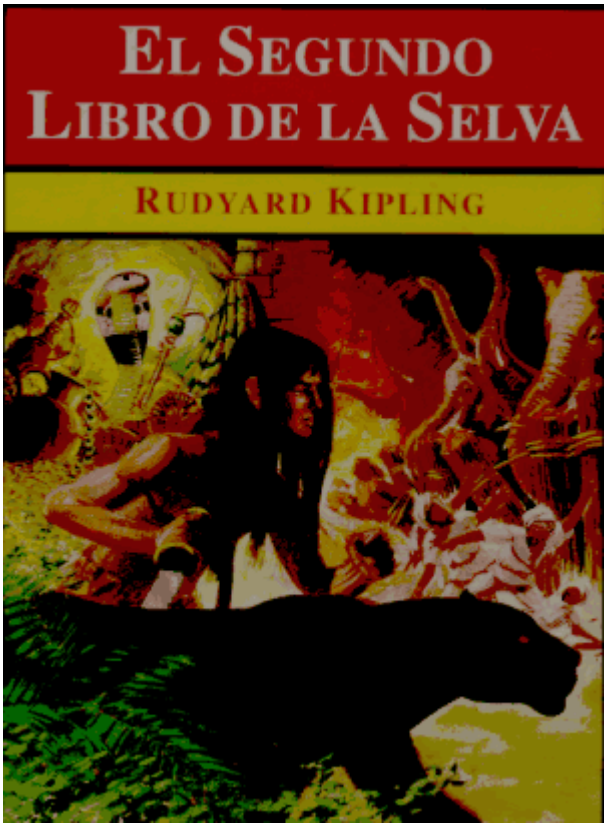
LIBRO dot.com

EL SEGUNDO LIBRO DE LA SELVA

RUDYARD KIPLING



Digitalizado por LIBRO dot.com
http://www.librodot.com

1

Cómo llegó el miedo

Bajó el caudal del arroyo, la laguna se secó, pero todavía somos camaradas vos y yo.

Secas las fauces sedientas y polvorientos los flancos, uno tras otro caminan a través de los barrancos. Van pensando en la sequía, esa terrible amenaza, que los obliga a olvidarse inclusive de la caza. Oculto bajo su madre, el cervatillo asustado ve al lobo enjuto, famélico y, como él, acobardado. También el gamo contempla, sin asustarse por ello, los colmillos del que un día destrozó a su padre el cuello. Ha bajado la laguna, el arroyo se secó, pero todavía somos compañeros vos y yo. Esa nube soltará al fin el agua que lleva, y, sin la Tregua del Agua, volverá a haber caza nueva.

Cómo llegó el miedo

Tiene previstos la Ley de la Selva, que es con mucho la más antigua del mundo, casi todos los casos que puedan ocurrir al pueblo que vive allí, y en la actualidad el tiempo y las costumbres han dejado su huella, haciéndola todo lo perfecta que pueda ser una ley. Recordaréis que Mowgli pasó gran parte de su vida con la Manada de Lobos de Seeonee, aprendiendo la Ley con Baloo, el oso pardo; y fue éste quien le dijo, cuando el muchacho se empezó a impacientar ante tanta norma, que la Ley es como la Enredadera Gigante, porque cae sobre todas las espaldas y nadie puede escapar de ella.

-Cuando hayáis vivido tanto como yo, hermanito, veréis que la Selva entera obedece a una Ley por lo menos. Y no será un espectáculo muy agradable -dijo Baloo.

Esto le entró por un oído y le salió por el otro, porque a un niño que se pasa el día comiendo y durmiendo no le preocupa nada hasta que realmente lo tiene delante. Pero un año, las palabras de Baloo se cumplieron, y Mowgli vio que toda la Selva funcionaba obedeciendo la Ley.

Todo empezó cuando las lluvias del invierno prácticamente acabaron e Ikki, el puerco espín, al encontrarse con Mowgli entre unas matas de bambú, le dijo que las batatas se estaban secando. Todo el mundo sabe que Ikki es muy maniático, casi ridículo, en lo referente a su comida; sólo elige lo mejor y tiene
que estar en su punto. Por tanto, Mowgli soltó una gran carcajada y dijo:

-¿Y a mí qué más me da?

-De momento, puede que os dé igual -dijo Ikki, sacudiéndose las púas de forma molesta y con aires de superioridad-; pero más adelante, ya veremos. ¿Aún se puede nadar en la Charca de las Rocas, ésa tan profunda que hay bajo las Rocas de las Abejas, hermanito?

-No. El agua, la muy tonta, se está marchando y no quiero romperme la cabeza al tirarme -dijo Mowgli, que en aquellos tiempos estaba convencido de saber más que cinco habitantes de la Selva juntos.

-Qué lástima. Si os hicierais una rajita en la cabeza, puede que os entrara algo de sabiduría.

Ikki se agachó rápidamente, para impedir que Mowgli le tirara de los pelillos del hocico, y Mowgli fue a contarle a Baloo lo que Ikki le había dicho. Baloo se puso muy serio y murmuró, casi hablando consigo mismo:

-Si estuviera solo, me buscaría otro territorio de caza ahora mismo, antes de que los demás se pongan a pensar. Sin embargo..., cazar entre extraños siempre acaba en pelea; y puede que hirieran al cachorro de hombre. Será mejor esperar a ver cómo florece el mohwa.

Aquella primavera el árbol de mohwa, que a Baloo le gustaba tanto, no floreció. Los capullos, de un color entre verde y crema, con aspecto ceroso, murieron abrasados antes de nacer; y cuando el oso se puso en pie y sacudió el árbol, sólo cayeron un par de pétalos malolientes. A partir de entonces, aquel calor inmoderado fue entrando, centímetro a centímetro, en el corazón de la Selva, volviéndola amarilla, marrón y, finalmente, negra. Las franjas verdes de los lados de los barrancos se convirtieron en una masa inerte de alambres quemados y retorcidos; las charcas ocultas se secaron y resquebrajaron, y en sus bordes se quedaba marcada hasta la huella del animal más pequeño, como si la hubieran moldeado en hierro; las enredaderas de tallo jugoso se desprendieron de los árboles que habían abrazado y murieron a sus pies; los bambúes se marchitaron, castañeteando al soplar el viento caliente; y las rocas de las zonas más profundas de la Selva se quedaron sin musgo, como si las hubieran despellejado, llegando a desprender tanto calor como los cantos azulados del lecho de los ríos, que se veían borrosos.

Los pájaros y el pueblo de los monos se habían ido al norte a principios de año porque sabían lo que les esperaba; los ciervos y jabalíes habían huido, escapando a los campos calcinados de las aldeas, muriendo algunos ante los ojos de hombres demasiado débiles para matarlos. Chil, el milano, se quedó y engordó, ya que había grandes cantidades de carroña; y noche tras noche traía noticias a los animales que no tenían fuerzas para intentar cambiar de territorio de caza, afirmando que el sol estaba matando a

la Selva entera, en un radio de tres días de vuelo.

Mowgli, que aún no había experimentado el hambre de verdad, se tuvo que conformar con miel rancia de hacía tres años, raspando para sacarla de las colmenas abandonadas que había en las rocas..., miel más negra que una endrina, y polvorienta por el azúcar seco. También se dedicó a cazar las larvas que anidan en la corteza de los árboles y a robar a las avispas sus crías. Toda la caza que había en la Selva no era más que piel y huesos, con lo cual Bagheera podía matar tres veces en una noche sin conseguir llenarse el estómago. Pero lo peor era la falta de agua, porque aunque los habitantes de la Selva beben muy de tarde en tarde, beben mucho cada vez.

Y el calor siguió y siguió, tragándose toda la humedad, hasta que, finalmente, el canal principal del Waingunga era la única corriente que había, un hilillo de agua entre dos orillas muertas; y cuando Hathi, el elefante salvaje, que vive más de cien años, vio aparecer, justo en el centro del río, el borde largo y delgado de una roca azul, se dio cuenta de que aquello era la Piedra de la Paz, y en ese mismo momento levantó la trompa y proclamó la Tregua del Agua, igual que había hecho su padre hacía cincuenta años. Los ciervos, jabalíes y búfalos le secundaron, gritando con voz ronca; y Chil, el milano, voló haciendo grandes círculos a lo largo y a lo ancho, silbando y gritando el aviso.

Según la Ley de la Selva, se castiga con pena de muerte al que mata en los bebederos, una vez declarada la Tregua del Agua. La razón de esto es que beber es más importante que comer. En la Selva, todos se apañan de alguna manera cuando hay poca caza; pero el agua es el agua, y cuando sólo hay un lugar donde obtenerla, toda la caza queda suspendida mientras los habitantes de la Selva van allí a abastecerse. En las temporadas buenas, cuando el agua era abundante, los que se acercaban al Waingunga (o a cualquier otro sitio) para beber, lo hacían jugándose la vida; y ese mismo riesgo contribuía a hacer fascinantes las actividades nocturnas. Acercarse tan sigilosamente que no se movía ni una hoja; vadear con el agua por las rodillas hasta llegar a los sitios poco profundos en los que el rugido del agua apaga todos los ruidos que quedan atrás; beber, vigilando por encima del hombro, con todos los músculos listos para dar el primer salto desesperado y pavoroso; revolcarse por la orilla arenosa y volver, con el hocico mojado y el cuerpo inflado, al rebaño que observa con admiración, era algo de lo que disfrutaban todos los gamos jóvenes con un buen par de astas, precisamente porque sabían que, en cualquier momento, Bagheera o Shere Khan se podían lanzar sobre ellos y derribarlos. Y ahora, se había acabado aquello de jugar con la vida y la muerte; los habitantes de la Selva se acercaban, famélicos y agotados, al angosto río; el tigre, el oso, el ciervo, el búfalo y el jabalí, todos juntos, bebían de aquellas aguas sucias y allí se quedaban, demasiado agotados para moverse.

Los ciervos y los jabalíes habían estado todo el día dando vueltas en busca de algo mejor que cortezas y hojas secas. Los búfalos no habían encontrado lodazales en los que refrescarse, ni cosechas verdes que pudieran robar. Las serpientes habían salido de la Selva, bajando al río con la esperanza de dar con alguna rana descarriada. Se enroscaban alrededor de las piedras húmedas y no hacían ni un amago de atacar cuando un jabalí, en busca de raíces, las molestaba con el hocico. Hacía mucho tiempo que las tortugas de río habían desaparecido, aniquiladas por Bagheera, la más astuta de las cazadoras, y los peces se habían enterrado ellos mismos en el barro, a bastante profundidad. La Piedra de la Paz era lo único que atravesaba las hondonadas del río, como una serpiente enorme; y al rozar sus costados, las ondas, cansadas, producían una especie de siseo mientras

desaparecían entre la arena caliente.

Allí era adonde iba Mowgli todas las noches, en busca de frescor y de compañía. El niño no hubiera interesado mucho, en aquella época, ni al más hambriento de sus enemigos. Su piel desnuda le hacía tener un aspecto mucho más delgado y miserable que el resto de sus compañeros. Tenía el pelo tan descolorido por el sol, que parecía estopa; se le notaban las costillas, como los mimbres de un cesto; y los bultos de los codos y rodillas, que le habían salido de tanto rastrear a cuatro patas, hacían que sus reducidos miembros parecieran tallos de hierba llenos de nudos. Pero su mirada, bajo el mechón tupido de la frente, era fría y serena, porque Bagheera, que se había convertido en su consejera durante aquella mala racha, le había dicho que se moviera silenciosamente, que cazara lentamente y que jamás, por ningún motivo, perdiera la calma.

-Son malos tiempos -dijo la pantera negra una noche en que hacía más calor que en un horno-, pero se acabarán, si logramos aguantar hasta el final. ¿Tenéis el estómago lleno, cachorro de hombre?

-Lo que tengo dentro no me sirve para mucho. ¿Creéis Bagheera, que las lluvias nos han olvidado y nunca volverán?

-¡Ni hablar! Volveremos a ver el mohwa en flor y a los cervatillos gordos de tanto comer hierba. Vamos a la Piedra de la Paz, a oír las noticias. Subid a mi espalda, hermanito.

-Estos no son tiempos para andar llevando peso. Aún puedo tenerme en pie, pero..., desde luego, vos y yo no parecemos precisamente dos bueyes cebados.

Bagheera se miró los flancos ondulados y polvorientos y susurró:

-Anoche maté un buey bajo el yugo. He caído tan bajo que creo que no me hubiera atrevido con él si hubiera estado suelto. ¡Wou!

Mowgli soltó una carcajada.

-Sí; menudos cazadores somos ahora -dijo-. Yo soy tan valiente que como larvas.

Y ambos avanzaron por la maleza crujiente hacia la orilla del río y la labor de encaje que formaban los bancos de arena que había por todas partes.

-El agua no vivirá mucho dijo Baloo, uniéndose a ellos-. Mirad al otro lado. Hay huellas como los caminos del Hombre.

En la enorme llanura de la otra orilla, la hierba tiesa había muerto de pie y se había momificado. Los rastros trillados de los ciervos y los jabalíes, que se dirigían todos ellos hacia el río, surcaban el llano descolorido, llenándolo de zanjas polvorientas abiertas en la hierba de tres metros de altura; y aunque era temprano, cada una de aquellas largas avenidas estaba llena de animales que se apresuraban para llegar los primeros al agua.

Se oía a las gamas y cervatillos tosiendo por el polvo, como si fuera rapé.

Río arriba, en la curva donde estaba el agua perezosa que formaba una charca alrededor de la Piedra de la Paz, cumpliendo con su deber de Guardián de la Tregua del Agua, estaba Hathi, el elefante salvaje, con sus hijos, grises y demacrados, bajo la luz de la luna, balanceándose hacia los lados..., siempre balanceándose. Algo más abajo estaba la vanguardia de los ciervos; por debajo de éstos, los jabalíes y búfalos salvajes; y en la orilla opuesta, donde los árboles altos tocaban el agua, estaba el lugar reservado a los Comedores de Carne: el tigre, los lobos, la pantera, el oso, y los demás.

Obedecemos la misma Ley, efectivamente -dijo Bagheera, metiéndose en el agua y mirando, enfrente, a las filas de cuernos que chocaban ruidosamente y de ojos asustados, donde los ciervos y jabalíes se daban empellones unos a otros-. Buena caza a

todos los de mi sangre -añadió, tumbándose todo lo larga que era, con un costado fuera del agua y diciendo luego, entre dientes-: Si no fuera por lo que manda la Ley, la caza iba a ser buenísima.

Los oídos atentos de los ciervos cogieron la última frase y entre las filas se extendió un susurro asustado: «¡La tregua! ¡Recordad la tregua!».

-¡Orden ahí! ¡Orden! -carraspeó Hathi, el elefante salvaje-. La Tregua se mantiene, Bagheera. Este no es el momento de ponerse a hablar de caza.

-Nadie lo sabe mejor que yo -contestó Bagheera, paseando sus ojos amarillos río arriba-. Soy una devoradora de tortugas..., una pescadora de ranas. ¡Ngaayah! ¡Lo que daría por que me gustara comer ramas!

-Nosotros también daríamos algo -baló un cervatillo que había nacido aquella primavera y no estaba muy contento. Aunque los del Pueblo de la Selva estaban desesperados, hasta a Hathi le entró la risa; y Mowgli, tumbado en el agua con los codos apoyados en el suelo, soltó grandes carcajadas, pataleando y removiendo la espuma.

-Bien dicho, brote de cuerno -ronroneó Bagheera-. Cuando termine la tregua, esto será recordado en favor vuestro.

Y escudriñó la oscuridad para estar segura de reconocer al cervato de nuevo.

Poco a poco, la conversación se fue extendiendo arriba y abajo por todo el bebedero. Se oía al jabalí restregando las patas y resoplando al pedir que le dejaran más sitio; los búfalos gruñéndose unos a otros mientras se lanzaban sobre los bancos de arena; y los ciervos contando historias tristísimas sobre sus caminatas agotadoras en busca de comida. De cuando en cuando hacían alguna pregunta a los Comedores de Carne de la otra orilla, pero todas las noticias eran malas y el viento caliente de la Selva rugía entre las rocas, hacía castañetear las ramas, o esparcía ramitas y polvo sobre el agua.

-Los hombres también mueren junto a sus arados -dijo un sambhur joven-. He visto a tres de ellos entre la puesta de sol y la noche. Están quietos, tumbados, y sus bueyes con ellos. Nosotros también moriremos dentro de poco.

-El río ha bajado desde ayer por la noche -dijo Baloo--. Hathi, ¿habéis visto una sequía como ésta alguna vez?

-Ya pasará, ya pasará -dijo Hathi, echándose agua a chorros en el lomo y los costados.

-Tenemos a alguien entre nosotros que no podrá resistir mucho más -dijo Baloo; y miró al niño a quien quería tanto.

-¿Yo? dijo Mowgli indignado, sentándose en el agua-. No tengo pelo largo que me cubra los huesos, pero..., pero si alguien te quitara la piel, Baloo...

Hathi se echó a temblar ante la idea, y Baloo dijo con aire severo:

-Cachorro de hombre, no es correcto decir eso a un Maestro de la Ley. Jamás me he dejado ver sin piel.

-Bueno; no pretendía ofenderos, Baloo; lo que ocurre es que vos sois, por así decirlo, como un coco con cáscara; y yo soy ese mismo coco, pero desnudo. Entonces, esa cáscara marrón que tenéis...

Mowgli estaba sentado con las piernas cruzadas y explicándolo todo con el dedo índice, como siempre, cuando Bagheera sacó una pata y lo tiró al agua de espaldas.

-Vamos de mal en peorn -dijo la pantera negra al salir el chico escupiendo agua-. Primero que si hay que quitarle la piel a Baloo; y ahora resulta que es un coco. Tened cuidado, que no haga lo que hacen los cocos maduros.

-¿Y qué es lo que hacen? -dijo Mowgli, desprevenido en aquel momento, aunque aquélla era una de las adivinanzas más antiguas de la Selva.

-Romperos la cabeza -lijo Bagheera tranquilamente, metiéndole bajo el agua otra vez.

-No está bien que hagáis bromas sobre vuestro maestro dijo el oso cuando Mowgli estaba saliendo de su tercer remojón.

-¿Que no está bien? ¿Y qué esperabais? Esa cosa desnuda se dedica a correr por ahí, imitando como un mono a quienes han sido buenos cazadores en sus tiempos, y a los mejores nos tira de los bigotes para divertirse -ira Shere Khan, el tigre cojo, que se acercaba al agua cojeando. Se detuvo un momento, para disfrutar del impacto que causaba en los ciervos de la orilla opuesta, y bajó la cabeza cuadrada y llena de rizos, lamiendo agua y gruñendo-: La Selva se ha convertido en un criadero de cachorros desnudos. ¡Miradme, cachorro de hombre!

Mowgli le miró -le clavó los ojos, mejor dicho- con toda su insolencia, y al momento Shere Khan desvió la mirada con aspecto intranquilo.

-Que si el cachorro de hombre esto..., que si el cachorro de hombre lo otro -rugió mientras seguía bebiendo-; el cachorro ése no es ni hombre ni cachorro, o hubiera tenido miedo. La próxima estación, ya me veo pidiéndole permiso para beber. ¡Augrh!

-Todo se andará -dijo Bagheera, mirándole fijamente a los ojos-. Todo se andará... ¡Bah, Shere Khan! ¿Qué nueva deshonra nos traéis ahora?

El tigre cojo había metido la barbilla y la quijada en el agua y de ellas salían unos regueros oscuros y oleosos, flotando corriente abajo.

-¡Un hombre! -dijo Shere Khan fríamente-. Hace una hora que he matado -siguió ronroneando y rugiendo entre dientes.

La fila de animales se echó a temblar, estremeciéndose de una punta a otra, y se empezó a oír un murmullo que acabó en grito:

-¡Un hombre! ¡Un hombre! ¡Ha matado a un hombre!

Y todos se volvieron hacia Hathi, que daba la sensación de no haber oído nada. Hathi nunca se mueve hasta que llega el momento oportuno, y ése es uno de los motivos de que viva durante tanto tiempo.

-¡Matar a un hombre, en tiempos como éstos! ¿No teníais más caza a mano? -dijo Bagheera desdeñosamente, saliendo del agua manchada y sacudiendo cada una de las patas, como los gatos.

-He matado por gusto, no para comer.

El murmullo horrorizado volvió a empezar y el ojillo blanco de Hathi, atento, miró en dirección a Shere Khan.

-Por gusto -replicó Shere Khan lentamente-. Y ahora vengo a beber y a limpiarme. ¿Hay alguien que se oponga?

La espalda de Bagheera empezó a arquearse como un bambú cuando hay viento fuerte, pero Hathi levantó la trompa y habló tranquilamente:

-¿Habéis matado por placer? -preguntó; y cuando Hathi hace una pregunta, es mejor contestar.

-Eso es. Estoy en mi derecho, porque ésta es mi Noche. Vos lo sabéis, Hathi -Shere Khan hablaba de una manera casi cortés.

-Sí, lo sé -contestó Hathi; y, después de un breve silencio-: ¿Habéis bebido lo necesario?

-Por esta noche, sí.

-Pues marchaos ya. El río es para beber, no para ensuciarlo. A nadie más que al tigre cojo se le hubiera ocurrido alardear sobre su derecho en una época en que..., en que padecemos juntos..., tanto el hombre como el Pueblo de la Selva. ¡Limpio o sucio marchad a vuestra guarida, Shere Khan!

Las últimas palabras resonaron como trompetas de plata, y los tres hijos de Hathi avanzaron medio paso, aunque no era necesario. Shere Khan se alejó, deslizándose sin hacer un ruido ni gruñir, porque sabía lo que todo el mundo sabe: que, en última instancia, Hathi es el Amo de la Selva.

-¿Cuál es ese derecho del que habla Shere Khan? -susurró Mowgli al oído de Bagheera-. Matar a un hombre siempre es deshonroso. Lo dice la Ley. Pero, según Hathi...

-Preguntádselo a él. Yo no lo sé, hermanito. Con derecho o sin él, si Hathi no hubiera hablado yo le hubiera dado a ese carnicero cojo su merecido. Venir a la Piedra de la Paz tras haber matado a un hombre..., y hacer alarde de ello..., es propio de un chacal. Además, ha manchado el agua de beber.

Mowgli esperó un momento para coger ánimos, porque nadie se atrevía a dirigirse a Hathi directamente, y entonces gritó:

-¿Cuál es el derecho de Shere Khan, Hathi?

Las dos orillas repitieron sus palabras porque todos los habitantes de la Selva son enormemente curiosos y acababan de ver algo que ninguno de ellos, excepto Baloo, que estaba muy pensativo, había logrado entender.

-Es una historia muy antigua -dijo Hathi-; más antigua que la Selva. Guardad silencio, las dos orillas, y os la contaré.

Hubo un momento de empujones y empellones entre los jabalíes y los búfalos, tras lo cual los jefes de las manadas gruñeron, uno tras otro, diciendo «estamos esperando», y Hathi avanzó hasta meterse en la charca con el agua por las rodillas. A pesar de su delgadez, sus arrugas y sus colmillos amarillentos, parecía lo que toda la Selva sabía que era, su amo.

-Hijos míos, sabéis -empezó- que, de todas las cosas, la que más teméis es el Hombre.

Y se oyó un murmullo de aprobación.

-Esta historia os concierne, hermanito -dijo Bagheera a Mowgli.

-¿A mí? Yo pertenezco a la Manada..., soy uno de los cazadores del Pueblo Libre -contestó Mowgli-. ¿Qué tengo yo que ver con el Hombre?

-¿Y no sabéis por qué teméis al Hombre? -continuó Hathi-. Esta es la razón: cuando se creó la Selva, que nadie sabe cuándo fue, nosotros, sus habitantes, caminábamos juntos, sin temernos unos a otros. En aquellos tiempos no había sequía; las hojas, flores y frutos crecían todos en el mismo árbol y no comíamos más que hojas, flores, hierba, frutos y cortezas.

-Me alegro de no haber nacido en aquella época -dijo Bagheera a Mowgli-. La corteza sólo sirve para afilarse las garras.

-Y el Señor de la Selva era Tha, el Primer Elefante. Sacó la Selva de entre las aguas profundas, con la trompa; y por donde hizo surcos en la tierra con los colmillos corrieron los ríos; y donde dio una patada salieron manantiales de agua para beber; y cuando sopló con la trompa..., así..., cayeron los árboles. Así fue cómo Tha hizo la Selva;

y así fue como a mí me lo contaron.

-La historia habrá ido engordando con el tiempo -susurró Bagheera, y Mowgli soltó una carcajada, tapándose la boca con la mano.

-En aquellos tiempos no había maíz, melones, pimienta, ni caña de azúcar, y tampoco había chozas como las que todos conocéis; y los habitantes de la Selva no habían oído hablar del Hombre, sino que vivían todos juntos, formando un gran pueblo. Pero en seguida empezaron a pelearse por la comida, aunque había suficiente pasto para todos. Eran unos vagos. Todos querían comer sin moverse de sus sitios, como hacemos nosotros a veces cuando hay buenas lluvias en primavera. Tha, el Primer Elefante, estaba ocupado haciendo selvas nuevas y encauzando ríos; por ello convirtió al Primer Tigre en amo y juez de la Selva, y todos debían ir a verle cuando surgiera una disputa. En aquellos tiempos, el Primer Tigre comía frutos y hierba como los demás. Era tan grande como yo y muy hermoso, todo él del mismo color que los capullos de la enredadera amarilla. Su piel no tuvo jamás rayas ni estrías en aquellos felices tiempos en que esta nuestra Selva era nueva. Todos sus habitantes se presentaban ante él sin temor y su palabra era Ley en la Selva entera. Formábamos entonces, tenedlo en cuenta, un solo pueblo.

»Pero una noche hubo una disputa entre dos gamos (una rencilla sobre el pasto, de ésas que hoy solucionáis con los cuernos y las patas delanteras), y cuentan que mientras los dos gamos hablaban frente al Primer Tigre, que estaba tumbado entre las flores, uno de ellos le empujó con un cuerno y el Primer Tigre olvidó en aquel momento que era el amo y juez de la Selva y, saltando sobre el gamo aquel, le partió el cuello.

»Hasta aquella noche, ninguno de nosotros había muerto jamás y el Primer Tigre, viendo lo que había hecho y enloquecido por el olor de la sangre, huyó a los pantanos del Norte, y los de la Selva nos quedamos sin juez, empezando a luchar entre nosotros; y Tha, al oír el ruido, volvió. Entonces unos dijimos una cosa y otros dijeron otra, pero él vio el gamo muerto sobre las flores y preguntó quién lo había matado; nosotros, los de la Selva, no se lo dijimos, porque el olor de la sangre nos había enloquecido. Corríamos de un lado a otro haciendo círculos y cabriolas, sacudiendo la cabeza. Entonces Tha dio a los árboles con ramas que cuelgan y a las enredaderas la orden de que marcaran al asesino del gamo, para que él pudiera reconocerlo, y dijo:

»-¿Quién quiere ser el amo del Pueblo de la Selva a partir de ahora?

»Y el mono gris que vive entre las ramas dio un salto y dijo: »-Yo seré el amo de la Selva a partir de ahora.

»Al oírlo, Tha soltó una carcajada y, marchándose muy enfa
dado, dijo:

-Así sea.

»Hijos míos, ya conocéis al mono gris. Entonces era igual que ahora. Al principio puso cara de listo, pero al poco rato empezó a dar arañazos y saltos; y al volver Tha, vio al mono gris colgado boca abajo de una rama, imitando a los que tenía debajo; y ellos, a su vez, le imitaban a él. Por tanto, en la Selva no había Ley, sólo palabrería absurda y voces sin sentido.

»Entonces Tha nos reunió a todos y dijo:

»-El primero de vuestros amos ha traído la muerte a la Selva, y el segundo la vergüenza. Ya va siendo hora de que tengáis una Ley, una Ley que debéis respetar. Ahora vais a conocer el miedo; y al encontrarlo, sabréis que es vuestro amo, y todo lo demás vendrá por sí solo.

»Entonces nosotros, los de la Selva, dijimos:

»-¿Qué es el miedo?

»Y Tha dijo:

»-Buscad y hallaréis.

»Fuimos, entonces, de un lado a otro de la Selva, buscando el miedo y, de repente, los búfalos...

-¡Ugh! -dijo Mysa, el jefe de los búfalos, desde su orilla.

-Sí, Mysa, eran los búfalos. Volvieron con noticias de que en una de las cuevas de la Selva estaba el Miedo, y que no tenía pelo, además de andar sobre sus patas traseras. Entonces nosotros, los de la Selva, seguimos al rebaño hasta llegar a aquella cueva, y allí vimos al Miedo, ante la entrada, y estaba, como habían dicho los búfalos, desnudo de pelo y se tenía sobre las patas traseras. Al vernos gritó, y su voz nos llenó del mismo temor que sentimos al oírla hoy; entonces salimos corriendo, pisoteándonos e hiriéndonos unos a otros porque teníamos miedo. Aquella noche, según cuentan, nosotros, los de la Selva, no nos tumbamos todos juntos, como teníamos por costumbre, sino que cada tribu se puso en un lugar distinto..., el jabalí con el jabalí, el ciervo con el ciervo; cuernos con cuernos, cascos con cascos..., cada uno con su igual; y en la Selva se tumbaron todos temblando.

»El único que no estaba con nosotros era el Primer Tigre, ya que estaba escondido en los pantanos del Norte, y cuando le llegaron noticias de la cosa que habíamos visto en la cueva, dijo:

»-Iré donde está la cosa y le retorceré el pescuezo.

»Estuvo corriendo toda la noche hasta llegar a la cueva; pero los árboles y enredaderas que hallaba a su paso, recordando la orden que había dado Tha, bajaron las ramas y le hicieron marcas mientras corría, pasándole los dedos por el lomo, el costado, la frente y la quijada. En cualquier lugar donde le tocaran quedaba una señal y una raya sobre su piel amarilla. ¡Y ésas son las rayas que llevan sus hijos hoy día! Al llegar a la cueva, Miedo, el que no tiene pelo, extendió un brazo y le llamó "el Rayado que viene de noche", y al Primer Tigre le dio miedo el que no tiene pelo y huyó a los pantanos gimoteando.

Aquí Mowgli soltó una risita, con la barbilla metida en el agua.

-Y aulló tan fuerte que Tha lo oyó y dijo:

»-¿Qué desgracia ocurre?

»Y el Primer Tigre, levantando el hocico hacia el cielo recién hecho entonces y tan antiguo ahora, dijo:

-Devolvedme el poder, Tha. He quedado en ridículo ante la Selva entera, he salido corriendo al ver a uno de los que no tienen pelo que me ha llamado un nombre deshonroso.

»-¿Y por qué? -dijo Tha.

»-Porque me he manchado con el lodo de los pantanos -dijo el Primer Tigre.

»-Entonces, nadad y frotaos con hierba húmeda, y si es lodo se os quitará -dijo Tha.

»Y el Primer Tigre nadó, rodó y rodó sobre la hierba, hasta que la Selva empezó a darle vueltas y vueltas ante los ojos, pero no se le quitó ni una sola raya de las que tenía en la piel, por muy pequeña que fuera; y Tha, al verlo, soltó una carcajada.

»Y el Primer Tigre dijo:

»-¿Qué he hecho yo para que me ocurra esto? »Tha le contestó:

»-Habéis matado al gamo, habéis traído la muerte a la Selva, y con la muerte ha venido el miedo, por lo cual los habitantes de la Selva tienen miedo unos de otros, y vos teméis al que no tiene pelo.

»El Primer Tigre dijo:

»-A mí nunca me tendrán miedo, pues los conozco desde el principio.

»Tha dijo:

»-Id a verlo.

»Y el Primer Tigre corrió por todas partes, llamando a los ciervos, los jabalíes, los sambhures, los puerco-espines, y a todos los pueblos de la Selva, pero todos huyeron de él, que había sido su juez, porque tenían miedo.

»Entonces el Primer Tigre volvió, vencido su orgullo, y dándose de cabezadas contra el suelo desgarró la tierra con las patas, diciendo:

Recordad que fui el amo de la Selva. ¡No me olvidéis, Tha! ¡Haced saber a mis hijos que hubo un tiempo en que no tuve miedo ni vergüenza!

»Y Tha dijo:

»-Haré algo por vos, porque ambos hemos visto nacer la Selva. Habrá una noche al año en que todo sea igual que antes de morir el gamo..., para vos y vuestros hijos. Durante esa sola noche, si encontráis al que no tiene pelo (que se llama Hombre), no le temeréis, sino que él os temerá a vosotros, como si fuerais los jueces de la Selva y los amos de todas las cosas. Sed piadosos con él en su noche de temor, puesto que vos también conocéis el miedo.

»Y el Primer Tigre contestó:

»-Me parece bien.

»Pero, al ir a beber, vio las rayas que cubrían su costado y su rostro, y se acordó del nombre que le había dado el que no tiene pelo, enfureciéndose. Estuvo un año viviendo en los pantanos esperando a que Tha cumpliera su promesa. Y una noche en que el Chacal de la Luna (la estrella vespertina) brillaba con fuerza por encima de la Selva, tuvo la sensación de que su Noche había llegado, y fue hacia aquella cueva en busca del que no tiene pelo. Y ocurrió lo que Tha había prometido, ya que el otro cayó ante él y se quedó inmóvil sobre el suelo; y el Primer Tigre lo golpeó, rompiéndole la espalda, porque estaba convencido de que en la Selva sólo existía una de aquellas criaturas y creía haber matado al Miedo. En aquel momento, mientras olfateaba al muerto, oyó a Tha, que venía de los bosques del Norte, y seguidamente la voz del Primer Elefante, que es la misma que oímos ahora...

El trueno siguió retumbando entre los montes secos y pelados, pero no trajo lluvia..., sólo un relámpago caliente que serpenteó por encima de los riscos..., y Hathi continuó:

»-Oyó una voz igual a ésta, que decía:

»-¿Y esto es tener piedad?

»El Primer Tigre se relamió y dijo:

»-¿Qué importa? He matado al Miedo.

»Y Tha dijo:

»-¡Ah, estáis ciego y loco! Habéis desatado los pies a la Muerte, y ésta seguirá vuestro rastro hasta que estéis muerto. ¡Habéis enseñado al hombre a matar!

»El Primer Tigre, erguido junto al cadáver, dijo:

»-Le ha ocurrido lo mismo que al gamo. Ya no existe el Miedo. Ahora volveré a ser juez de los pueblos de la Selva. »Y Tha dijo:

»-Los pueblos de la Selva jamás volverán a acercarse a vos. No volverán a cruzarse en vuestro camino, ni a dormir junto a vos, ni a seguiros, ni a pacer al lado de vuestra guarida. Sólo el Miedo os seguirá, teniéndoos a su merced con golpes que vos no podréis ver. Hará que la tierra se abra bajo vuestros pies, que la enredadera se enrosque a vuestro cuello, que los árboles crezcan juntos en torno a vos, con una altura mayor de la que podéis saltar; y finalmente, cogerá vuestra piel para envolver a sus cachorros cuando tengan frío. Vos no habéis tenido piedad con él, y hará lo mismo con vos.

»El Primer Tigre se sentía muy audaz, pues aún no había terminado su Noche, y dijo:

»-La Promesa de Tha es la Promesa de Tha: ¿No me quitaréis mi Noche?

»Tha le respondió:

»-La noche que os di es vuestra, como ya dije, pero debéis pagar un precio. Habéis enseñado al Hombre a matar y él no desaprovecha las lecciones.

»El Primer Tigre dijo:

»-Aquí lo tengo, bajo la pata y con la espalda rota. La Selva debe saber que he matado al Miedo.

»Entonces Tha soltó una carcajada y dijo:

»-Habéis matado a uno de tantos, pero vos mismo se lo diréis a la Selva, pues vuestra noche ha terminado.

»Y llegó el día; de la boca de la cueva salió otro de los que no tienen pelo y, viendo el cadáver en el camino y al Primer Tigre junto a él, cogió un palo puntiagudo...

-Ahora lanzan una cosa que corta -dijo Ikki, bajando hacia la orilla ruidosamente; ocurría que los gond consideraban a Ikki como un manjar exquisito (le llamaban Ho-Igoo), por lo que sabía bastante sobre el hacha gond, pequeña y malvada, que vuela sobre las llanuras girando a toda velocidad como una libélula.

-Era un palo puntiagudo, como los que ponen dentro de las trampas en forma de hoyo -dijo Hathi-; y, lanzándolo, lo hundió profundamente en el costado del Primer Tigre. Por tanto, ocurrió lo que Tha había dicho, ya que el Primer Tigre corrió por toda la Selva dando aullidos, hasta que logró sacarse el palo, y la Selva supo que el que no tiene pelo podía atacar desde lejos, y tuvieron más miedo que antes. Por tanto, resulta que el Primer Tigre enseñó al que no tiene pelo a matar (y ya sabéis el daño que esto ha hecho a nuestros pueblos desde entonces), con el lazo, la trampa del suelo, la trampa oculta, el palo que vuela, y la mosca punzante que sale del humo blanco (Hathi se refería al rifle), además de la Flor Roja que nos obliga a salir a los claros. Sin embargo, durante una noche al año, el que no tiene pelo teme al Tigre, como Tha prometió, y el Tigre nunca le ha dado motivos para dejar de tener ese miedo. Allí donde lo encuentra, lo mata, recordando cómo el Primer Tigre cayó en deshonra. Por lo demás, el Miedo recorre la Selva día y noche.

-¡Ahi! ¡Auu! -dijeron los ciervos, pensando en lo que todo aquello significaba para ellos.

-Y sólo en épocas de un gran miedo, como ésta de ahora, podemos nosotros, los de la Selva, dejar a un lado nuestros pequeños temores y reunirnos todos en un mismo lugar, como hacemos ahora.

-¿Sólo durante una noche teme el Hombre al Tigre? -dijo Mowgli.

-Sólo durante una noche -dijo Hathi.

-Pero yo..., pero nosotros..., pero toda la Selva sabe que Shere Khan mata al Hombre dos y tres veces en una misma luna.

-Así es. Pero entonces salta por la espalda y vuelve la cabeza al atacar, pues está lleno de temor. Si el Hombre le mirara, el Tigre saldría corriendo. Pero en esa única Noche suya, entra abiertamente en la aldea. Pasea entre las casas y mete la cabeza por las puertas; los hombres caen al suelo boca abajo, y allí es donde mata. Siempre hay una muerte en esa Noche.

-¡Ah -dijo Mowgli hablando solo, dándose la vuelta en el agua-. ¡Ahora entiendo por qué Shere Khan me pidió que le mirara! No le ha servido de nada, porque es incapaz de mantener fija la mirada; además..., además, yo no he caído a sus pies, precisamente. Aunque lo cierto es que yo no soy un hombre, pues pertenezco al Pueblo Libre.

-¡Hum! -dijo Bagheera desde lo más profundo de su garganta sedosa-. ¿El tigre sabe cuál es su noche?

-No hasta que el Chacal de la Luna se ve claramente sobre la neblina nocturna. A veces, esta Noche del Tigre cae en la sequía del verano y a veces en la época de grandes lluvias... Pero,
de no haber sido por el Primer Tigre, nada de esto hubiera ocurrido, y ninguno de nosotros conocería el miedo.

Los ciervos refunfuñaron con tristeza y Bagheera formó con los labios una sonrisa malévola.

-¿Los hombres conocen esta... historia? -preguntó.

-No la conoce nadie, excepto los tigres y nosotros, los elefantes..., los hijos de Tha. Y ahora la sabéis vosotros, los que habéis venido a las charcas, y he dicho.

Hathi metió la trompa en el agua, en señal de que no quería hablar más.

-Pero..., pero..., pero erijo Mowgli volviéndose hacia Baloo-, ¿por qué no siguió el Primer Tigre comiendo hierba, hojas y árboles? No había hecho más que romperle el cuello al gamo. No había comido. ¿Qué le hizo buscar la carne caliente?

-Los árboles y enredaderas le habían marcado, hermanito, convirtiéndolo en la cosa a rayas que vemos hoy. Por nada del mundo hubiera vuelto él a comer sus frutos; y desde aquel día quiso vengar su afrenta con los ciervos y los demás, los Comedores de Hierba -dijo Baloo.

-Conque vos conocéis la historia, ¿eh? ¿Cómo es que yo jamás la había oído?

-Porque la Selva está llena de historias semejantes. Me pondría a hablar y no acabaría nunca. Soltadme la oreja, hermanito.

2

La Ley de la Selva

Justamente para que os hagáis una idea de la inmensa variedad de la Ley de la Selva, he traducido en verso (Baloo siempre lo recitaba como una especie de cantilena) algunas de las leyes relativas a los lobos. Hay, por supuesto, varios centenares más, pero éstas bastan como muestra de los preceptos más sencillos.

Ved aquí nuestra Ley, la de la Selva,
una ley tan antigua como el cielo.
Prosperará aquel lobo que la cumpla;
si no, rodará muerto por el suelo.

Como la enredadera abraza al tronco,
la Ley, en su vaivén, va y viene y va.
Pues el Lobo da fuerza a la Manada,
y la Manada al Lobo fuerza da.

Cada día lavaos de cabo a rabo.
Bebed, mas sin exceso, no a lo loco;
no olvidéis que se caza por la noche,
pues el día hay que dárselo al reposo.

Quizá el Chacal vaya detrás del Tigre;
el Lobo en cambio caza de por vida:
Cachorro, en cuanto os crezcan los bigotes,
salid a conseguir vuestra comida.

Vivid con los Señores de la Selva
en paz: el Tigre, la Pantera, el Oso;
y no os burléis del Jabalí en su cueva
ni molestéis a Hathi el Silencioso.

Cuando en la Selva topen dos Manadas
y ninguna quiera soltar el rastro,
esperad hasta que hablen ambos jefes,
y en justicia quizá arreglen el caso.

Si tenéis que luchar con otro Lobo,
hacedlo solos y a distancia digna,
para evitar que, si interviene alguno,
a Manada se vea reducida.

Es la Cueva del Lobo su refugio,
el sitio donde construyó su hogar.
Allí no puede entrar nadie, ni el Jefe;
ni siquiera el Consejo puede entrar.

Es la Cueva del Lobo su refugio, pero,
si alguno lo ha elegido mal,
el Consejo le enviará un aviso
y deberá cambiarla de lugar.

Si a cazar vais antes de medianoche,
no despertéis los bosques con aullidos,
no sea que, espantándose los ciervos,
los hermanos se vayan de vacío.

Podéis matar para vuestras parejas,
para vosotros y vuestros cachorros.
Mas no matéis jamás por puro gusto
y no matéis al Hombre sobre todo.

Si le robáis la caza a alguien más débil,
no devoréis jamás toda la presa.

Los inferiores tienen su Derecho:
dejadle, pues, la piel y la cabeza.

La Caza de la Manada es de todos:
comedla en el lugar donde se encuentre.
Nadie podrá llevársela a su cueva,
de lo contrario encontrará la muerte.

Mas la Caza del Lobo es carne suya
y puede hacer con ella lo que quiera.
Pero, si el Lobo no ha dado permiso,
la Manada no puede comer de ella.

El Cachorro también tiene derechos.
Puede pedir comida a su Manada,
siempre que el cazador ya haya comido;
nadie puede negarle su pitanza.

El Derecho de Cría es de la Madre,
y puede pedir para su camada
una pierna de cada presa muerta;
nadie puede negarle su pitanza.

El Derecho de la Cueva es del Padre;
para los suyos puede cazar a solas.
Queda exento de atender a la Manada:
sólo el Consejo puede juzgar sus obras.

Por su edad, por su astucia y por su garra,
por su fuerza en cazar y acometer,
la palabra del jefe de los Lobos
es Ley en lo que no ataña a la Ley.

Estas Leyes, muchas y poderosas,
son las fundamentales de la Selva.
Mas su cabeza y garra, su pata y su joroba
sólo consiste en una: ¡Obedecerlas!

3

El milagro de Purun Bhagat

La noche en que supimos que la tierra
se iba a mover, de allí nos lo llevamos;
el amor que sentíamos por él
nos hacía saber sin percatarnos.

Cuando se abrió, rugiente, la montaña
y nuestro mundo se deshizo en lluvia,
nosotros, Pueblo Chico, le salvamos,
pero, mirad, ¡no ha regresado nunca!

Llorad, pues le salvamos por amor,
un pobre amor de criatura humilde.
Nuestro hermano, ¡oh dolor!, no volverá.
¡Y ahora los de su raza nos persiguen!

ENDECHA DE LOS LANGURES

El milagro de Purun Bhagat

Tiempo ha, hubo en la India un hombre que era el Primer Ministro de uno de los Estados semiindependientes de la parte noroccidental del país. Era un brahmán; pertenecía a R una casta tan alta que el tema de las,divisiones sociales no le preocupaba demasiado; su padre había sido un oficial importante dentro de esa chusma vestida de colorines que constituye una corte india montada a la antigua. Pero Purun Dass, al ir creciendo, se dio cuenta de que las cosas estaban cambiando. Y que quien quisiera salir

adelante en el mundo tenía que llevarse bien con los ingleses e imitar todo lo que ellos consideraran bueno. Pero, al mismo tiempo, un oficial indígena tenía que estar en buenas relaciones con su propio amo. Este era un juego difícil, pero aquel joven brahmán, tranquilo y discreto, que contó con la ayuda de una buena educación inglesa en la Universidad de Bombay, lo llevó a cabo con astucia y fue subiendo, paso a paso, hasta llegar a ser el Primer Ministro del reino; es decir, en realidad tenía más poder que su amo, el Maharajá.

Cuando el rey, ya viejo (que recelaba de los ingleses, con sus ferrocarriles y telégrafos), murió, Purun Dass contaba con las simpatías de su sucesor, que había tenido un tutor inglés; y entre los dos, aunque él siempre hizo ver que el mérito era de su amo, crearon colegios para niñas, construyeron carreteras, fundaron hospitales estatales, hicieron exposiciones de utensilios agrícolas y publicaron un libro anual de información oficial sobre El progreso moral y material del Estado, con lo cual el Ministerio de Asuntos Exteriores y el Gobierno de la India estaban felices. Hay muy pocos Estados indígenas-que acepten totalmente los progresos de los ingleses, ya que se niegan a creer lo que Purun Dass sí creía, que lo que es bueno para un inglés es el doble de bueno para un asiático. El Primer Ministro se convirtió en el amigo más agasajado de virreyes, gobernadores y subgobernadores, misioneros médicos, misioneros corrientes, expertos jinetes del ejército inglés que venían a cazar en las reservas estatales; además de conocer a las enormes multitudes de turistas que recorrían la India de arriba abajo durante las estaciones frías, dando lecciones sobre cómo había que hacer las cosas. En su tiempo libre creaba becas para el estudio de la Medicina y la Industria, siguiendo un modelo estrictamente inglés, y escribía cartas al Pioneer, el mejor diario indio, explicando los proyectos y objetivos de su amo.

Incluso acabó haciendo un viaje a Inglaterra, y a su vuelta tuvo que pagar a los sacerdotes grandes sumas de dinero, porque incluso un brahmán de tan alta casta como Purun Dass perdía prestigio al cruzar los negros mares. En Londres llegó a conocer y a tratar a todos aquellos que merecían la pena, personas cuyos nombres dan la vuelta al mundo, y vio mucho más de lo que contaría luego. Recibió títulos honoríficos de doctas universidades, pronunció discursos, habló de la reforma social hindú a las damas inglesas encopetadas, hasta que todo Londres clamó: «Este es el hombre más fascinante con quien hemos cenado jamás, desde la primera vez que se puso un mantel en una mesa.»

Al volver a la India se vio rodeado de una aureola de gloria, ya que el Virrey en persona hizo una visita al Maharajá, para concederle la Gran Cruz de la Estrella de la India..., toda de diamantes, cintas y esmalte; y en la misma ceremonia, al son de los cañonazos, Purun Dass fue proclamado Comendador de la Orden de Caballeros del Imperio Indio, con lo cual su nombre se convirtió en Purun Dass, K.C.I.E.

Aquella noche, durante la cena celebrada en la gran tienda del Virrey, se levantó con la condecoración y con el collar de la Orden sobre el pecho y, en contestación al brindis por la salud
de su amo, pronunció un discurso que pocos ingleses hubieran superado.

Al mes siguiente, cuando la ciudad había recuperado ya su tranquilidad calurosa, hizo algo que a un inglés ni se le hubiera pasado por la cabeza siquiera, ya que, en lo referente a los asuntos mundanos, murió, por así decirlo. La enjoyada condecoración de la Orden volvió a manos del Gobierno de la India; se nombró otro Primer Ministro que se ocupara de todas aquellas cuestiones, y entre los cargos subalternos se notó una agitación

tal que parecía que jugaban a Correos. Los sacerdotes sabían lo que había ocurrido y el pueblo se lo imaginaba; pero la India es el único país del mundo en que un hombre puede hacer lo que quiera sin que nadie le haga preguntas; y el hecho de que Dewan Sir Purun Dass, K.C.I.E., hubiera renunciado a su cargo, su palacio y su poder, cogiendo el cuenco para mendigar y poniéndose la vestimenta de color ocre típica de los sunnyasi, o santones, no causó una impresión demasiado extraordinaria a nadie. Había sido, como recomienda la Ley Antigua, durante veinte años un joven, durante otros veinte un luchador (aunque no había llevado un arma en su vida), y durante veinte años más un cabeza de familia. Había usado su riqueza y su poder donde sabía que podían ser útiles; no había despreciado los honores cuando se le habían cruzado en el camino; había conocido a muchos hombres y visto muchas ciudades, hombres y ciudades que se habían puesto en pie para honrarlo. Ahora iba a desprenderse de todas aquellas cosas, igual que un hombre deja caer el manto que ya no necesita.

Tras él, mientras cruzaba las puertas de la ciudad llevando una piel de antílope y una muleta con mango de latón bajo el brazo, un cuenco para pedir limosna, hecho de un coco de mar marrón y pulimentado, en la mano, descalzo, solo, mirando al suelo..., tras él lanzaban salvas, desde los baluartes, en honor a su feliz sucesor. Purun Dass asintió con la cabeza. Aquella forma de vida se había acabado; y no le producía ni más ni menos aversión que la que pueda producir a un hombre un sueño que apenas recuerde. Era ya un sunnyasi..., un mendigo errante, sin hogar, dependiendo del prójimo para conseguir el pan de cada día; y en la India, mientras haya comida, por poca que sea, ésta se reparte, y ni un sacerdote ni un mendigo se mueren de hambre. No había tomado carne en la vida, y pescado muy de tarde en tarde. Un billete de cinco libras hubiera bastado para cubrir sus gastos de manutención durante cualquiera de los muchos años en que había sido dueño absoluto de varios millones. Incluso, mientras le agasajaban en Londres, había tenido bien presente su sueño de paz y tranquilidad..., el largo camino indio, blanco y polvoriento, lleno de huellas de pies descalzos, el tráfico lento e incesante, y el olor acre de la leña quemada, cuyo humo se eleva en espirales bajo las higueras a la hora del crepúsculo, en que los caminantes se sientan a cenar.

Cuando llegó el momento de convertir ese sueño en realidad, el Primer Ministro dio los pasos necesarios; y a los tres días hubiera sido más fácil encontrar una burbuja en el inmenso Atlántico que a Purun Dass entre los millones de personas que se van separando, juntando, errando por la India.

De noche extendía la piel de antílope donde estuviera al oscurecer..., unas veces en un monasterio de sunnyasis junto al camino; otras, junto a un templete de Kala Pir, decorado con columnas de barro, donde los yoguis, que son otro grupo nebuloso de santones, le recibían como hacen los que conocen el valor de las castas y clases; otras veces en las afueras de una pequeña aldea india, donde los niños se le acercaban sigilosamente con la comida que sus padres habían preparado; y otras en las cuestas de los pastos desnudos, donde la llama de su hoguera de ramillas despertaba a los camellos adormecidos. Todo le era igual a Purun Dass... o Purun Bhagat, como se llamaba a sí mismo ahora. La tierra, la gente y la comida eran todos lo mismo. Pero, inconscientemente, los pies le fueron llevando hacia el Norte y hacia el Este; desde el Sur hasta Rohtak; desde Rohtak hasta Kurnool; de Kurnool a Samanah, en ruinas, y desde allí a remontar el cauce seco del río Gugger, que sólo se llena cuando cae lluvia en los montes, hasta que un día vio la línea lejana del gran Himalaya.

Entonces Purun Bhagat sonrió, pues se había acordado de que su madre era de los brahmanes de la raza de los rajhputras, que vivían cerca de Kulu -una mujer de montaña que siempre echaba de menos las nieves-, y una gota de sangre montañesa, por pequeña que sea, acaba arrastrando a un hombre al lugar donde pertenece.

-Allí -dijo Purun Bhagat, acometiendo las lomas más bajas de los Sewaliks, donde los cactos parecen candelabros con siete brazos-, allí me sentaré a adquirir sabiduría.

Y el viento frío del Himalaya le silbó en los oídos al avanzar por el camino hacia Simla.

La última vez que había pasado por allí había sido de forma pomposa, acompañado de una sonora escolta de caballería, para visitar al más gentil y amable de los virreyes; y ambos habían estado hablando, durante una hora, sobre amigos comunes que tenían en Londres y sobre las opiniones de la gente india. En esta ocasión, Purun Bhagat no hizo ninguna visita, sino que se apoyó en la verja del paseo, contemplando la magnífica vista de las llanuras que tenía debajo, una extensión de unos sesenta kilómetros, hasta que un policía natural de allí, un mahometano, le dijo que estaba obstruyendo el tráfico; y Purun Bhagat hizo una zalema en muestra de sumisión a la ley, porque sabía lo valiosa que era e iba en busca de una ley propia. Siguió su camino, durmiendo aquella noche en una cabaña abandonada en Chota Simla que, aunque parezca el auténtico fin del mundo, no era más que el principio de su viaje.

Cogió la ruta del Himalaya al Tibet, una senda pequeña de tres metros de ancho, barrenada en mitad de la roca o apuntalada con maderos sobre abismos de trescientos metros de profundidad, que baja a valles cálidos, húmedos y cerrados, o trepa por salientes desnudos, con algo de hierba, donde el sol pega como un espejo ustorio; o serpentea por bosques oscuros en que se oye gotear el agua, donde los helechos cubren los troncos de los árboles de arriba abajo y el faisán llama a su pareja. Y conoció a pastores tibetanos, con sus perros y rebaños de ovejas, cada una de las cuales llevaba un saquito de bórax sobre el lomo; y a leñadores errantes; y a lamas cubiertos de mantos y sayos que iban del Tibet en peregrinación a la India; a enviados que venían de Estados pequeños y solitarios, en mitad de los montes, corriendo la posta desesperadamente sobre sus caballitos estriados o llenos de manchas; o a veces se encontraba con la cabalgata de algún rajá que iba de visita; o si no, durante un día largo y luminoso, no veía más que un oso negro gruñendo y desenterrando raíces allá abajo en el valle. Al principio, el alboroto del mundo que había abandonado le retumbaba en los oídos, igual que el rugido de un tren al pasar por un túnel se sigue oyendo mucho tiempo después de haber salido; pero en cuanto franqueó el paso de Mutteeanee, todo se acabó, y Purun Bhagat se quedó a solas consigo mismo, paseando, haciéndose preguntas y pensando, los ojos en el suelo y las ideas en las nubes.

Una tarde, a última hora, cruzó el paso más alto que se había encontrado hasta entonces (había sido un ascenso de dos días), y se encontró frente a una línea de picos nevados que abarcaban todo el horizonte..., montañas de entre cinco y seis mil metros de altura que parecían estar casi a tiro de piedra, aunque estaban a unos ochenta o noventa kilómetros. El desfiladero estaba coronado por un bosque espeso y oscuro: deodaras, nogales, cerezos silvestres, olivos y perales silvestres, pero sobre todo deodaras, que son los cedros del Himalaya; y a la sombra de estos árboles había un templo abandonado, en honor a Kali..., que es Durga, que es Sitala, a la que a veces se venera para que cure las viruelas.

Purun Dass barrió el suelo de piedra dejándolo limpio; sonrió a la estatua que hacía una mueca permanente; se preparó un pequeño hogar de barro en la parte trasera del templo; extendió la piel de antílope sobre una capa de pinocha fresca; se colocó el bairagi (la muleta con mango de latón) bajo el brazo, y se sentó a descansar.

Justo a sus pies bajaba una ladera limpia y pelada, de unos cuatrocientos metros de longitud, donde un pueblecito de casas de piedra con tejados de barro se aferraba a la fuerte pendiente. Estaba completamente rodeado de diminutos terraplenes cultivados que parecían delantales hechos de retazos y puestos sobre la falda de la montaña; y entre los círculos de piedras lisas donde se trillaba, pastaban unas vacas no mucho mayores que un escarabajo. Mirando al otro lado del valle era difícil darse cuenta del verdadero tamaño de los objetos, y al principio uno no se daba cuenta de que lo que parecía un matojo en la montaña de enfrente era en realidad un bosque de pinos de treinta metros. Purun Bhagat vio un águila dejándose caer sobre la hondonada gigantesca, pero el gran ave fue disminuyendo de tamaño hasta convertirse en una mota, sin haber llegado aún al otro lado. Unas cuantas nubes desperdigadas se paseaban por encima del valle, enganchándose en algún saliente, o elevándose y desapareciendo al llegar a la cumbre del desfiladero.

-Aquí hallaré la paz -dijo Purun Bhagat.

Ahora bien, para un montañés, unas docenas de metros monte arriba o monte abajo, no significan nada; y en cuanto los aldeanos vieron que había humo en el templo abandonado, el sacerdote del pueblo subió por los terraplenes de la pendiente para saludar al forastero.

Cuando su mirada se encontró con la de Purun Bhagat (que tenía una mirada acostumbrada a mandar sobre miles de hombres), hizo una reverencia profunda, cogió el cuenco limosnero sin decir ni una palabra, y volvió al pueblo diciendo:

-Por fin tenemos un santón. En mi vida he visto un hombre semejante. Es de las llanuras, pero tiene la piel de color pálido... Un brahmán entre los brahmanes.

Entonces dijeron todas las esposas del pueblo:

-¿Creéis que se quedará con nosotros?

Y todas se esmeraron para hacerle al Bhagat la comida más sabrosa. La alimentación es de lo más sencilla en la montaña; pero con trigo sarraceno, maíz indio, arroz, pimienta roja, algo de pescado del río del valle, miel de las colmenas en forma de chimenea que hay sobre las paredes de piedra, orejones, cúrcuma, jengibre silvestre y tortas de harina, una mujer aplicada puede hacer cosas muy buenas, y cuando el sacerdote le llevó el cuenco a Bhagat, estaba lleno hasta arriba. Le preguntó si pensaba quedarse allí. ¿Iba a necesitar un chela (un discípulo) que mendigara para él? ¿Tenía una manta para protegerse del frío? ¿Le parecía buena la comida?

Purun Bhagat comió y dio las gracias al donante. Tenía intención de quedarse. El sacerdote dijo que con eso le bastaba. Con que el cuenco limosnero estuviera todos los días fuera del templo, en el hueco que formaban esas dos raíces retorcidas, el Bhagat recibiría su alimento, puesto que el pueblo se sentía honrado de que un hombre semejante (y miró a Bhagat con timidez) se quedara entre ellos.

Aquel día se acabaron para Bhagat los viajes. Había llegado al sitio que le estaba destinado..., a la paz y la tranquilidad. En aquel momento, el tiempo se detuvo y él, sentado a la puerta del templo, no sabía si estaba vivo o muerto; si era un hombre con capacidad para controlar los miembros de su cuerpo, o si era parte de las montañas, las

nubes, las lluvias y la luz del sol, tan variables. Se ponía a repetir un nombre en voz baja cientos y cientos de veces, hasta que, con cada repetición, le parecía irse separando de su cuerpo más y más, elevándose hasta llegar a las puertas de un descubrimiento formidable; pero, justo en el momento en que se empezaba a abrir la entrada, su cuerpo le arrastraba, obligándole a volver atrás, y con pesar se daba cuenta de que seguía encarcelado en la carne y los huesos de Purun Bhagat.

Todas las mañanas, el cuenco era colocado silenciosamente en la horcadura de las raíces que había fuera del templo. A veces lo traía el sacerdote; otras veces era un mercader ladakhi que paraba en el pueblo y que ansioso de reunir méritos subía trabajosamente por la ladera; pero, la mayoría de las veces, era la mujer que hubiera cocinado la comida por la noche, y ésta murmuraba en un hilillo de voz:

-Rogad a los dioses por mí, Bhagat. ¡Rogad por Fulanita, la mujer de Menganito!

De cuando en cuando, se le concedía este honor a algún muchacho atrevido, y Purun Bhagat le oía soltar el cuenco y correr todo lo deprisa que le llevaban sus piernecillas; pero el Bhagat jamás bajaba al pueblo. Lo tenía allí abajo, como un mapa a sus pies. Veía cómo se reunían a última hora de la tarde sobre las eras circulares, porque eran los únicos terrenos lisos que había; contemplaba el arroz tierno, de ese color verde tan maravilloso al que aún no se ha puesto nombre; los tonos añiles del maíz indio; el trigo sarraceno en campos que parecían diques; cuando era la temporada, las flores rojas del amaranto, cuyas semillas diminutas, al no ser grano ni legumbre, constituyen un alimento apto para que los indios lo coman en sus épocas de ayuno sin faltar a la doctrina.

Cuando el año estaba llegando a su fin, los tejados de las chozas se convirtieron en cuadraditos llenos del oro más puro, pues era en los tejados donde ponían las mazorcas de maíz a secar. El cuidado de las abejas, la recolección de la cosecha, la siembra del arroz y el desgrane, fueron pasando ante sus ojos; todo ello como si estuviera bordado allí abajo, sobre aquellos pedacitos de tierra que tenían tantos lados; y pensó en todas aquellas actividades preguntándose a qué conducían en realidad.

Incluso en la India civilizada, un hombre no puede quedarse quieto durante un día entero sin que los bichos lo recorran de arriba abajo como si fuera una piedra; y allí, en mitad de la montaña, los animales salvajes, que conocían bien el templo de Kali, no tardaron en llegar para ver cómo era el intruso. Los langures, los grandes monos del Himalaya, con sus bigotes grises, fueron los primeros, como era de esperar, porque son la curiosidad personificada; y una vez que hubieron tirado el cuenco al suelo, haciéndolo rodar, además de mordisquear la muleta con mango de latón y hacer muecas a la piel de antílope, decidieron que aquel ser humano que estaba tan quieto era inofensivo. Al anochecer, se lanzaban al suelo desde los pinos pidiendo comida con las manos; después se marchaban balanceándose sobre las ramas garbosamente. También les gustaba el calor del fuego y se acurrucaban en torno a él hasta que Purun Bhagat los apartaba a empujones para echar más leña; y por la mañana, más de una vez, encontraba a un mono peludo a su lado compartiendo la manta. Durante todo el día, alguno que otro de los de la tribu se sentaba junto a él, contemplando la nieve, canturreando, y poniendo una cara de seriedad y tristeza difícil de explicar.

Después de los monos llegó el barasing, un ciervo grande, parecido a los nuestros, pero más fuerte. Venía a frotar las astas contra la fría piedra de la estatua de Kali, para quitar el vello que les había salido, y pateó el suelo al ver al hombre del templo. Pero Purun Bhagat permaneció inmóvil y, poco a poco, aquel animal majestuoso se fue

acercando hasta tocarle el hombro con el hocico. Purun Bhagat le acarició las astas con su mano fría y el contacto apaciguó al animal, que bajó la cabeza, permitiendo que el hombre le frotara el vello, quitándoselo con delicadeza. Después de aquello, el barasing trajo a su hembra y a su cervato, criaturas dóciles que se instalaban en la manta del santón murmurando; y otras veces venía solo, de noche, con aquellos ojos que se le verdeaban a la luz del fuego, para recibir su parte de las nueces recién cogidas. Finalmente, el ciervo almizclero, el más tímido y casi el más pequeño de los ciervos menores, también acudió, erguidas sus grandes orejas conejunas; incluso el mushicknabha, abigarrado y silencioso, sintió curiosidad por descubrir lo que significaba aquella luz que había en el templo, dejando caer el hocico, parecido al de un alce, sobre las rodillas de Purun Bhagat, yendo y viniendo entre las sombras del fuego. Purun Bhagat los llamaba a todos «mis hermanos» y su voz grave gritando «¡Bhai! ¡Bhai!» los hacía salir del bosque al mediodía, si estaban lo bastante cerca para oírlo. El oso negro del Himalaya, temperamental y receloso (Sona, que tiene una marca blanca en forma de uve bajo la barbilla), pasó por delante más de una vez; y como el Bhagat no dio señal alguna de tener miedo, Sona tampoco se mostró enfurecido, pero siguió observándolo; y acabó acercándose, pidiendo su ración de caricias y un trozo de pan, o moras silvestres. A menudo, en la tranquilidad del amanecer, cuando el Bhagat subía a la cima más alta del desfiladero para ver cómo el día enrojecido se paseaba por los picos nevados, se encontraba con Sona pegado a los talones, arrastrando las patas y gruñendo, metiendo una pata curiosa bajo algún tronco caído y sacándola con un «Uuuf» impaciente; o despertaba a Sona con sus primeros pasos frente al lugar en que el animal dormía hecho un ovillo; y la enorme fiera se levantaba erguida pensando en luchar, hasta que oía la voz del Bhagat y reconocía a su mejor amigo.

La mayoría de los ermitaños y santones que viven alejados de las grandes ciudades tienen fama de obrar milagros con los animales salvajes; pero todo consiste en quedarse quieto, no hacer nunca un movimiento precipitado y no mirar al visitante directamente a los ojos durante un buen rato. Los aldeanos veían el contorno del barasing deslizándose como una sombra por el bosque oscuro que había detrás del templo; veían al minaul, el faisán del Himalaya, luciendo sus mejores colores ante la estatua de Kali; y los langures dentro del templo, sentados en cuclillas y jugando con cáscaras de nuez. Además, algunos de los niños habían oído a Sona arrullándose, como hacen los osos, detrás de unas piedras que se habían caído del templo, y la fama de obrador de milagros que tenía el Bhagat se reafirmó.

Sin embargo, los milagros eran lo último en que a él se le había ocurrido pensar. Estaba convencido de que todo era un gran milagro y un hombre que piensa eso ya tiene algo en qué basarse. Daba por hecho que en este mundo no hay cosas grandes y cosas pequeñas; día y noche se afanaba en encontrar un camino que llegara al corazón de las cosas, que le llevara de vuelta al lugar de donde procedía su alma.

Y así, pensando y pensando, el pelo acabó llegándole hasta los hombros; la losa de piedra que tenía junto a la piel de antílope se fue abollando por el roce constante de la muleta; y el hueco que había entre las raíces, donde descansaba el cuenco día tras día, se fue hundiendo y desgastando hasta convertirse en una cavidad casi tan pulimentada como la propia cáscara marrón; y cada animal tenía ya su sitio correspondiente junto al fuego. Los campos iban cambiando de color según cada estación; las eras se llenaban y vaciaban, y volvían a llenarse una y otra vez; y con la llegada de cada invierno, los

langures triscaban entre las ramas espolvoreadas de nieve hasta que, con la llegada de la primavera, las monas subían de los valles, donde siempre hacía más calor, trayendo consigo a sus crías de ojos tristes. El pueblo había cambiado poco. El sacerdote era más viejo y muchos de los niños que habían traído el cuenco limosnero enviaban ahora a sus propios hijos; y si se preguntaba a los aldeanos durante cuánto tiempo había vivido su santón en el templo de Kali que había en lo alto del desfiladero contestaban: «Siempre».

Y cayeron unas lluvias de verano como no se habían visto en las montañas durante muchas estaciones. El valle estuvo más de tres meses envuelto en nubes y en una neblina cálida... El agua caía constante, implacable, sucediéndose las tormentas una tras otra. El templo de Kali estaba por encima de las nubes casi todo el tiempo, y hubo un mes entero en que el Bhagat no vio ni un atisbo de su pueblo. Había quedado enterrado bajo un suelo de nubes blancas, una capa que se balanceaba, daba sacudidas, rodaba sobre sí misma y se arqueaba hacia arriba, pero sin separarse de sus estribos, los flancos del valle, convertidos en auténticos torrentes.

Durante todo ese tiempo, no oyó más que los millones de ruiditos que hacía el agua por encima, cayendo de los árboles, y por debajo, corriendo por el suelo; empapando la pinocha, goteando de las lenguas de los helechos embarrados y cayendo por las laderas en canales fangosos recién abiertos. De repente salió el sol, trayendo el buen aroma de las deodaras y los rododendros y, de aún más lejos, ese olor limpio que los montañeses llaman «el olor de las nieves». El calor del sol duró una semana, tras la cual todas las lluvias se reunieron en un último diluvio; y el agua caía en capas que despellejaban la corteza de la tierra, rebotando convertidas en barro. Purun Bhagat echó mucha leña a su hoguera aquella noche, pues estaba convencido de que sus hermanos necesitarían calor; pero no llegó ni un solo animal al templo, aunque llamó y llamó hasta caer rendido, intrigado con lo que habría ocurrido en el bosque.

Fue en mitad de aquella noche oscura, la lluvia tamborileando como mil tambores, cuando se despertó al sentir un tirón en la manta, y estirando un brazo tocó la manita de un langur.

-Aquí se está mejor que entre los árboles -dijo medio dormido, ahuecando un poco la manta-; tomadla para entrar en calor.

El mono le agarró la mano y tiró con fuerza.

-¿Qué queréis, comida? -dijo Purun Bhagat-. Esperad un momento, que en seguida os la preparo.

Al arrodillarse para echar más leña al fuego, el langur corrió hasta la puerta del templo, dio un chillido y volvió rápidamente, tirando de la rodilla d p1 hombre.

-¿Qué ocurre? ¿Qué os preocupa, hermano? -dijo Purun Bhagat, pues en los ojos del langur veía cosas que no podía descifrar-. A no ser que uno de vuestra casta haya caído en una trampa, y aquí nadie pone trampas, no estoy dispuesto a salir con este tiempo. ¡Mirad, hermano, hasta el barasing viene a refugiarse!

Las astas del ciervo chocaron con la puerta al entrar, chocaron con la estatua de Kali que seguía con su mueca. El animal bajó la cabeza en dirección a Purun Bhagat y pateó nerviosamente, resoplando con fuerza por el hocico medio contraído.

-¡Ha¡! ¡Hai! ¡Hai! -dijo el Bhagat chasqueando los dedos-. ¿Así me pagáis por daros cobijo una noche?

Pero el ciervo le empujó hacia la puerta y, mientras lo hacía, Purun Bhagat oyó el ruido de algo que se abría suspirando y vio dos losas del suelo separándose y cómo la

tierra pegajosa que había debajo se relamía, haciendo un chasquido con los labios.

-Ahora lo entiendo -dijo Purun Bhagat-. No culpo a mis hermanos por no haber venido a sentarse junto al fuego esta noche. La montaña se está viniendo abajo. Pero, ¿por qué he de irme? -Sus ojos fueron a parar sobre el cuenco vacío y la cara le cambió de expresión-. Me han traído una buena comida diaria desde..., desde que llegué y, si no me apresuro, mañana no quedará una boca en este valle. Indudablemente debo ir a avisar a los de abajo. ¡Atrás, hermano! Dejadme llegar hasta el fuego.

El barasing retrocedió de mala gana y Purun Bhagat metió una antorcha de pino en el fuego, removiendo hasta prenderla bien.

-¡Bueno! Habéis venido a avisarme -Mijo, poniéndose en pie-. Pero ahora haremos aún más, aún más. Vamos, salid; y vos, hermano, prestadme vuestro cuello, pues yo sólo tengo dos pies.

Con la mano derecha se asió al barasing, a los pelos erizados de la crucera; llevando la antorcha en alto, en la mano izquierda, y salió del templo, internándose en aquella noche terrible. No había ni un soplo de viento, pero la lluvia estuvo a punto de apagar la antorcha al precipitarse el ciervo ladera abajo dejándose resbalar sobre las ancas. En cuanto salieron del bosque se les fueron uniendo más hermanos del Bhagat. Oía, aunque no los veía, a los langures apretujándose a su alrededor, y desde detrás llegaba el «¡uh!, ¡uh!» de Sona. La lluvia le aplastaba la larga melena blanca convirtiéndola en cuerdas; el agua le salpicaba los pies descalzos al ponerlos en el suelo; y la túnica amarilla se le pegaba al cuerpo frágil y envejecido, pero él seguía bajando con paso firme apoyándose en el barasing. Ya no era un santón, sino Sir Puruln Dass, K.C.I.E., Primer Ministro de un Estado que no tenía nada de pequeño; un hombre acostumbrado a mandar, que había salido a salvar vidas. Por el camino empinado y pantanoso descendían todos en tropel, el Bhagat y sus hermanos, bajando y bajando hasta que los cascos del ciervo repiquetearon y tropezaron con el muro de una era, y resopló porque había olido al hombre. Habían llegado al principio de la única y tortuosa calle del pueblo y el Bhagat aporreó con la muleta en las ventanas de la casa del herrero que tenían barras por fuera, mientras la antorcha resplandecía protegida por el alero.

-¡Arriba y a la calle! -gritó Purun Bhagat; y se sorprendió ante su propia voz, pues hacía años que no hablaba a un hombre en voz alta-. ¡La montaña se cae! ¡La montaña se está viniendo abajo! ¡Arriba y a la calle, los de dentro!

-Es nuestro Bhagat -dijo la mujer del herrero-. Está rodeado de sus animales. Coged a los pequeños y dad la voz de alarma.

Ésta corrió de casa en casa mientras los animales, apiñados en la estrechez de la calle, se agitaban y acurrucaban en torno al Bhagat y Sona daba resoplidos de impaciencia.

La gente se precipitó a la calle (no había más de setenta almas en total) y a la luz de las antorchas vieron a su Bhagat sujetando al barasing aterrorizado, mientras los monos le daban tirones en la túnica poniendo cara de lástima, y Sona se sentaba y soltaba un rugido.

-¡Cruzad el valle y subid al monte opuesto! -gritó Purun Bhagat-. ¡Que no se quede nadie detrás! ¡Nosotros os seguimos!

Y todos echaron a correr como sólo los montañeses saben correr, pues sabían que cuando hay un derrumbamiento de tierra se debe subir a la parte más alta del lado opuesto del valle. Salieron huyendo, salpicándose al cruzar el riachuelo que había al

pie del monte, y subiendo casi sin aliento por los terraplenes cultivados del otro lado, con el Bhagat y su hermandad detrás.

Fueron ascendiendo por la montaña opuesta, llamándose unos a otros por sus nombres (la forma de pasar lista en el pueblo) y, pisándoles los talones, subía trabajosamente el enorme barasing, cargado con el peso de Purun Bhagat, que se estaba quedando sin fuerzas. Al fin, el ciervo se detuvo a la sombra de un pinar espeso, a más de ciento cincuenta metros de altura sobre la pendiente. Su instinto, que le había advertido de que iba a haber un derrumbamiento, le decía que aquel lugar era seguro.

Purun Bhagat, medio desmayado, se dejó caer junto a él, pues la lluvia helada y aquella subida precipitada lo estaban matando; pero primero gritó a las antorchas desperdigadas que tenía delante:

-Parad y contad cuántos sois.

Después, al ver cómo las luces se apiñaban, susurró al ciervo:

-Quedaos conmigo, hermano. Quedaos... hasta que muera.

En el aire se oyó un suspiro que se convirtió en murmullo; y un murmullo que se convirtió en rugido; un rugido que sobrepasaba los límites de lo tolerable para un oído humano, y la ladera donde estaban los aldeanos recibió un impacto en la oscuridad, una fuerte sacudida. Entonces, una nota firme, profunda y clara como el do de un órgano, apagó todo lo demás durante, quizá, unos cinco minutos, mientras los pinos temblaban hasta las raíces. Fue desapareciendo gradualmente, y el sonido de la lluvia cayendo sobre kilómetros de tierra endurecida y de hierba se convirtió en el chapaleteo sordo del agua sobre tierra blanda. Con eso está dicho todo.

Ni uno solo de los aldeanos, ni siquiera el sacerdote, tuvo el valor suficiente para hablar con el Bhagat que les había salvado la vida. Se acurrucaron bajo los pinos y esperaron a que llegara el día. Al amanecer, miraron hacia el otro lado del valle y vieron que lo que había sido bosque, terraplén cultivado y pasto cruzado de senderos, era ahora una mancha viscosa, pelada, roja, en forma de abanico, con unos cuantos árboles arrancados de cuajo y desparramados por la pendiente. Esa masa roja llegaba hasta muy arriba de la montaña donde se habían refugiado, taponando la corriente del riachuelo que había empezado a ensancharse, formando un lago de color ladrillo. Del pueblo, del camino que subía al templo, del propio templo y del bosque que tenía detrás, no quedaba ni rastro. En un espacio de más de un kilómetro y medio de ancho y unos seiscientos metros de profundidad, un trozo de la montaña se había derrumbado en masa, cortado en pico de arriba abajo.

Y los aldeanos, de uno en uno, avanzaron por el bosque, de puntillas, para rezar ante su Bhagat. Vieron a su lado al barasing, que salió corriendo cuando se acercaron; oyeron a los langures, aullando entre las ramas, y a Sona lamentándose monte arriba; pero su Bhagat estaba muerto, sentado, con las piernas cruzadas, la espalda apoyada en un árbol, la muleta debajo del brazo, y el rostro vuelto hacia el noroeste.

El sacerdote dijo:

-¡Contemplad otro milagro más, pues ésta es la postura en que deben ser enterrados los sunnyasis! Por tanto, en este lugar construiremos un templo a nuestro santón.

Antes de que hubiera pasado un año, ya habían levantado el templo (un santuario pequeño de piedra y barro) y llamaron al lugar «la montaña del Bhagat», y hoy día siguen rindiéndole culto con antorchas, flores y ofrendas. Pero no saben que el santo de su

devoción es el difunto Sir Purun Dass, K.C.I.E., D.C.L., Ph.D., etc., que fue Primer Ministro del docto y avanzado Estado de Mohiniwala y miembro honorario o correspondiente de más sociedades doctas y científicas de las que puedan tener alguna utilidad en este mundo o en el otro.

4

Canción de Kabir

Oh, ligero era el mundo que llevaba en sus manos!

Pesada la leyenda de sus tierras y honor!

Ha abandonado el guddee y, poniéndose el manto,

en traje de bairagi se ha ido sin pudor.

Ahora el camino blanco de Delhi es su [felpudo.

El sal y el kikar le guardarán del sol.

Su hogar es una tienda, los yermos y las gentes.

¡La senda del bairagi rastrea sin pudor!

Ha contemplado al hombre: sus ojos están limpios.

(Hubo y hay uno solo -dijo Kabir-, no dos.)

De Doing la Roja Niebla se ha convertido en nube.

¡La senda del bairagi elige sin pudor!

Que entre la Selva

Rodeadlos, cercadlos con un muro,

capullo, enredadera y hierba mala.

¡Olvidemos la forma y el sonido

y hasta el olor y el tacto de esa raza!

Junto al altar la enorme ascua negra.

Ha llegado la lluvia de pies blancos.

Se han traído los campos sin cultivo

los ciervos: ¡nadie volverá a espantarlos!

Ruinosos, ignorados, se agrietan los muros:

¡nadie volverá a habitarlos!

Que entre la Selva

Ya sabéis que después de haber clavado la piel de Shere Khan en la Roca del Consejo, Mowgli dijo a cuantos quedaban en la Manada de Seeonee que, a partir de ese momento, cazaría a solas en la Selva; y los cuatro hijos de Madre ó Loba y Padre Lobo dijeron que le acompañarían. Pero cambiar de vida en un momento no es fácil..., y menos en la Selva. Lo primero que hizo Mowgli, al dispersarse la desorganizada manada, fue ir a la cueva que había sido su hogar gar v dormir durante un día v una noche. Después contó a Madre Loba y Padre Lobo cuanto eran capaces de entender sobre sus aventuras entre los hombres; y cuando por la mañana hizo que el sol se reflejara en la hoja de su

cuchillo, el mismo que había usado para despellejar a Shere Khan, moviéndolo para que reluciera de arriba abajo, le dijeron que sí que había aprendido algo. Luego, Akela y Hermano Gris tuvieron que explicar su colaboración en la gran embestida de los búfalos en el barranco y Baloo subió resoplando por la cuesta para oír toda la historia, y Bagheera se rascaba por todas partes, de puro placer, al oír cómo Mowgli había dirigido su ataque.

Hacía ya un buen rato que había salido el sol, pero a ninguno se le pasaba por la cabeza irse a dormir y, de cuando en cuando, durante el relato, Madre Loba echaba hacia atrás la cabeza y respiraba profundamente, satisfecha de que el viento le llevara el olor de la piel de Shere Khan desde la Roca del Consejo.

-De no haber sido por Akela y por Hermano Gris, aquí presentes -dijo Mowgli al terminar-, no hubiera podido hacer nada. ¡Ay, madre, madre! ¡Si hubierais visto el rebaño de toros negros lanzándose por el barranco, o precipitándose por la puerta de la aldea mientras la Manada de hombres me tiraba piedras!

-Me alegro de no haber visto esto último -dijo Madre Loba estiradamente-. No estoy acostumbrada a soportar que traten a mis cachorros como si fueran chacales. Y hubiera cobrado un precio a la manada de los hombres; aunque hubiera perdonado a la mujer que os dio leche. Sí; pero sólo a ella.

-¡Calma, calma, Raksha! -dijo Padre Lobo perezosamente-. Nuestra rana ha vuelto..., y tan sabia que su propio padre debe lamerle los pies. ¿Y qué importa una herida más o menos en la cabeza? Dejad a los hombres en paz.

-Dejad a los hombres en paz -repitieron Baloo y Bagheera.

Mowgli, con la cabeza recostada en el flanco de Madre Loba, sonrió satisfecho y dijo que, por su parte, no tenía ningún interés en volver a ver, oír, u oler al hombre jamás.

-Pero -dijo Akela, levantando una oreja-, pero, ¿y si los hombres no os dejan en paz a vos, hermanito?

-Somos cinco -dijo Hermano Gris, mirando a los que le rodeaban y enseñando los dientes al decir la última palabra.

-Es posible que nosotros también asistamos a esa cacería -dijo Bagheera, meneando la cola y mirando a Baloo-. Pero, ¿por qué motivo hay para pensar en los hombres ahora, Akela?

-El motivo es éste -contestó el Lobo Solitario-: cuando la piel de ese rufián amarillo ya estaba colgada en la roca, volví sobre nuestros pasos hacia el pueblo, pasando por encima de mis huellas, saliéndome hacia los lados y tumbándome, para dejar un rastro mixto, por si alguien nos seguía. Pero cuando terminé de falsificar el rastro, de forma que incluso a mí me costaba reconocerlo, Mang, el murciélago, salió de entre los árboles, chillando, y se detuvo en el aire revoloteando sobre mí. Dijo Mang: «La aldea de la Manada del Hombre, de donde echaron al cachorro de hombre, está zumbando como un avispero.»

-Es que la piedra que les tiré yo era grande -rió Mowgli, que a menudo se había divertido tirando papayas maduras a algún avispero, corriendo a la charca más cercana para que las avispas no le cogieran.

-Le pregunté a Mang qué era lo que había visto. Dijo que la Flor Roja había brotado a la puerta de la aldea, y que a su alrededor se sentaban hombres con escopetas. En fin, que yo sé, y tengo mis motivos -Akela echó un vistazo a las cicatrices antiguas que tenía en los costados e ijadas-, que los hombres no llevan escopetas sólo por divertirse. No pasará mucho tiempo, hermanito, antes de que un hombre con escopeta

siga nuestro rastro, si es que no está ya sobre él.

-Pero, ¿por qué iba a hacerlo? Los hombres me han echado. ¿Qué más quieren? -dijo Mowgli indignado.

-Sois un hombre, hermanito -contestó Akela-. No nos corresponde a nosotros, los Cazadores Libres, deciros lo que hacen vuestros hermanos, ni por qué.

Tuvo el tiempo justo para apartar la pata, y el cuchillo se clavó con fuerza en la tierra que había debajo. Mowgli se había movido a mayor velocidad de lo que un ojo humano es capaz de seguir, pero Akela era un lobo; e incluso un perro, que tiene poco que ver con un lobo salvaje, aunque desciende de él, se despierta de un sueño profundo si la rueda de un carro le roza el costado, y le da tiempo a saltar antes de que la rueda le pase por encima.

-La próxima vez -dijo Mowgli tranquilamente, envainando su cuchillo- pensáoslo dos veces antes de hablar de la Manada de los hombres y de Mowgli.

-¡Puf? Qué diente más afilado -dijo Akela, olisqueando el tajo que había hecho el cuchillo en la tierra-; pero habéis perdido vista viviendo con la Manada de los hombres, hermanito. En lo que habéis tardado en lanzarlo podía haber matado a un gamo.

Bagheera se puso en pie de un salto, echó la cabeza hacia atrás todo lo que pudo, olfateó, y puso en tensión todos los músculos del cuerpo. Hermano Gris siguió su ejemplo en seguida, echándose un poco a la izquierda para captar el rastro que el viento traía por la derecha, mientras Akela corría una distancia de unos cincuenta metros, con el viento de frente, quedándose medio agachado y rígido. Mowgli los miró envidiosamente. Tenía un olfato muy superior al de la mayoría de los hombres, pero nunca había alcanzado la sensibilidad de una nariz de la Selva, que pone a un animal todos los pelos de punta; y los tres meses que había pasado en aquella aldea llena de humo le habían hecho perder facultades. Sin embargo, se humedeció un dedo, frotándose luego la nariz con él, y se puso en pie para percibir el rastro superior que, aunque es el más débil, también es el más cierto.

-¡El hombre! -rugió Akela, poniéndose en cuclillas.

-¡Buldeo! -dijo Mowgli, sentándose-.Viene siguiendo nuestro rastro y ahí se ve el reflejo del sol en su escopeta. ¡Mirad!

No fue más que una chispa de sol, durante una fracción de segundo, sobre las lañas del viejo mosquete Tower, pero ese parpadeo de luz en la Selva es inconfundible, exceptuando el que producen las nubes al deslizarse por el cielo. Entonces, un pedazo de mica, o una charca, o incluso una hoja bien pulimentada, centellean como un heliógrafo. Pero aquel día era tranquilo y sin nubes.

-Ya sabía yo que los hombres nos seguirían -dijo Akela en tono triunfal-. Por algo he sido Jefe de la Manada.

Los cuatro cachorros no dijeron nada, sino que se lanzaron cuesta abajo con el estómago pegado al suelo, fundiéndose con el espino y la maleza, como un topo avanzando por un prado.

-¿Dónde vais sin decir palabra? -gritó Mowgli.

-¡Shh! Antes del mediodía haremos rodar su cráneo por aquí -contestó Hermano Gris.

-¡Volved! ¡Volved y esperad! ¡El Hombre no come al Hombre! -chilló Mowgli.

-¿Quién decía que era un lobo hace un rato? ¿Quién me ha lanzado un cuchillo por llamarle Hombre? -dijo Akela, al tiempo que los cuatro lobos volvían

desganadamente y se dejaban caer sobre las patas traseras.

-¿Tengo que justificar todo lo que hago? -dijo Mowgli indignado.

-¡Así es el Hombre! ¡Así habla el Hombre! -murmuró Bagheera bajo el bigote-. Lo mismo decían los hombres que hablaban en torno a las jaulas en Oodeypore. Nosotros, los de la Selva, sabemos que el Hombre es el más sabio de todos. Si nos fiáramos de nuestros oídos pensaríamos que es lo más tonto del mundo -y elevando la voz, añadió-: El cachorro de hombre tiene razón en esto. Los hombres cazan en manadas. Matar a uno solo, sin saber lo que van a hacer los demás, es mala caza. Venid, veamos qué intenciones tiene este Hombre respecto a nosotros.

-No iremos -gruñó Hermano Gris-. Cazad solo, hermanito. Nosotros sí sabemos lo que queremos. A estas alturas, ese cráneo ya estaría listo para traerlo aquí.

Mowgli había estado observando a sus amigos, a unos y a otros, respirando agitadamente y con lágrimas en los ojos. Se acercó a los lobos, dando grandes zancadas, y poniendo una rodilla en el suelo, dijo:

-¿Acaso no sé lo que quiero? ¡Miradme!

Le miraron nerviosamente y en cuanto desviaban la mirada, volvía a llamarlos, hasta que se les puso a todos el pelo de punta y les temblaron las patas, mientras Mowgli seguía mirándoles fijamente a los ojos.

-Y ahora -les dijo-, de nosotros cinco, ¿quién es el jefe?

-Vos sois el jefe, hermanito -dijo Hermano Gris, lamiéndole los pies.

-Seguidme entonces -dijo Mowgli, y los cuatro, rabo entre piernas, fueron tras él pisándole los talones.

-Esto es lo que pasa por haber convivido con la Manada de los hombres -dijo Bagheera, deslizándose tras ellos-. Ya no es la Ley de la Selva lo único que hay aquí, Baloo.

El viejo oso no dijo nada, pero pensó muchas cosas.

Mowgli atajó por la Selva, sin hacer ruido, en ángulo recto con la dirección que seguía Buldeo, hasta que, separando la maleza con las manos, vio al viejo, el mosquete Tower sobre el hombro, siguiendo el rastro de anoche, trotando como un perro.

Recordaréis que Mowgli había salido de la aldea llevando sobre los hombros el enorme peso de la piel de Shere Khan recién arrancada, con Akela y Hermano Gris triscando detrás; por tanto, el triple rastro había quedado claramente marcado. En aquel momento, Buldeo llegó al lugar a partir del cual Akela había empezado a falsificarlo. Se sentó, tosió, gruñó, buscó a su alrededor, metiéndose un poco en la Selva para ver si lo recuperaba y, durante todo ese tiempo, podía haber lanzado una piedra por encima de quienes le observaban. No hay nadie tan silencioso como un lobo cuando no quiere que le oigan; y Mowgli, aunque los lobos consideraban que era muy patoso, se deslizaba como una sombra. Rodearon al viejo, como un banco de marsopas rodean a un vapor que va a toda máquina, y mientras lo iban cercando hablaban despreocupadamente, porque sus voces empezaban en el punto más bajo que pueda percibir un oído humano desentrenado. (En el otro extremo está el chillido agudo de Mang, el murciélago, que la mayoría de la gente no capta. A partir de esa nota viene todo el lenguaje de los pájaros, los murciélagos y los insectos.)

-Esto es más divertido que cualquier cacería -dijo Hermano Gris al tiempo que Buldeo se agachaba, escudriñaba algo y resoplaba-. Parece un jabalí perdido en los bosques que hay junto al río. ¿Qué está diciendo?

Buldeo farfullaba indignadamente. Mowgli lo tradujo:

-Dice que a mi alrededor han debido bailar manadas enteras de lobos. Dice que en su vida ha visto un rastro semejante. Dice que está cansado.

-Antes de que consiga volver a dar con el rastro habrá tenido tiempo para descansar -dijo Bagheera tranquilamente, mientras se deslizaba en torno a un árbol, siguiendo con el juego de la gallinita ciega-. Y ahora, ¿qué está haciendo el enclenque ése?

-Comer, o echar humo por la boca. Los hombres siempre están jugando con sus bocas -dijo Mowgli; y los rastreadores silenciosos contemplaron cómo el viejo llenaba, encendía y chupaba una pipa de agua, y se fijaron bien en el olor del humo, para poder dar con Buldeo en plena oscuridad de la noche, si fuera necesario.

Entonces bajó por el sendero un cogollo de carboneros y, como era natural, se detuvieron a hablar con Buldeo, que era famoso como cazador en un radio de al menos treinta kilómetros a la redonda. Se sentaron todos juntos a fumar y Bagheera y los demás se acercaron a mirar, mientras Buldeo empezaba a contar la historia de Mowgli, el Niño-diablo, de cabo a rabo, con añadidos e invenciones. Cómo era él quien realmente había matado a Shere Khan; y cómo Mowgli se había transformado en lobo, luchando con él durante toda la tarde, convirtiéndose después en niño otra vez y embrujándole el rifle, de forma que la bala se desvió cuando él apuntaba a Mowgli con ella, y fue a matar a uno de los búfalos del propio Buldeo; y cómo la aldea, sabiendo que él era el cazador más valiente de Seeonee, le había enviado a matar al Niño-diablo. Pero además, la aldea había cogido a Messua y su marido, que eran indudablemente el padre y la madre del Niño-diablo, y los habían encerrado en su propia choza, e iban a torturarlos pronto para hacerles confesar que eran bruja y brujo, tras lo cual los quemarían vivos.

-¿Cuándo? -dijeron los carboneros, puesto que estaban deseando presenciar la ceremonia.

Buldeo dijo que no se haría nada hasta que él volviera, porque los aldeanos querían que matara al Niño de la Selva primero. Entonces se desharían de Messua y su marido, dividiéndose entre todos sus tierras y búfalos. Además, los búfalos del marido de Messua eran increíblemente buenos. Era muy conveniente, según Buldeo, acabar con todos los brujos; y aquellas que se dedican a mantener a niños-lobos que salen de la Selva son las peores brujas que hay.

Pero, según los carboneros, sería un problema que se enteraran los ingleses. Habían oído que los ingleses estaban completamente locos, que eran una gente que no permitía a los campesinos honrados que mataran a sus brujas en paz.

En ese caso, según Buldeo, el jefe de la aldea daría parte de que Messua y su marido habían muerto al morderles una serpiente. Eso ya lo tenían previsto, y lo único que faltaba era matar al Niño-lobo. ¿No habrían visto ellos, por casualidad, algo parecido a semejante criatura?

Los carboneros miraron a su alrededor cautelosamente y dieron gracias a su buena estrella por no haberlo visto; pero estaban convencidos de que si alguien era capaz de encontrarlo tendría que ser Buldeo, puesto que era un hombre tan valiente. El sol ya estaba muy bajo y se les había ocurrido que podían acercarse a la aldea de Buldeo para ver a esa bruja malvada. Buldeo dijo que, aunque era su deber matar al Niño-diablo, no podía permitir que un grupo de hombres desarmados atravesaran la Selva, de la que podía salir el Lobo endemoniado en cualquier momento, sin ir escoltados por él. Por tanto, les

acompañaría, y si el hijo de los hechiceros hacía su aparición... ya les enseñaría él cómo el mejor cazador de Seeonee despachaba un caso semejante. El brahmán, según les dijo, le había dado un amuleto para protegerle contra la criatura, con lo cual no había absolutamente ningún peligro.

-¿Qué dice? ¿Qué dice? ¿Qué dice? -repetían los lobos cada pocos minutos; y Mowgli lo fue traduciendo hasta llegar a la parte de la bruja, que era algo complicada para él, por lo que les dijo que el hombre y la mujer que habían sido tan amables con él estaban atrapados.

-¿El Hombre pone trampas para cazar al Hombre? -dijo Bagheera.

-Eso dice. No entiendo sus palabras. Están todos locos. ¿Qué tendrán que ver Messua y su hombre conmigo para que los metan en una trampa? ¿Qué es toda esta charla sobre la Flor Roja? Debo intervenir. Lo que le van a hacer a Messua, sea lo que sea, no lo harán hasta que vuelva Buldeo. Entonces...

Mowgli se quedó pensando profundamente mientras sus dedos jugueteaban con el mango del cuchillo, y en aquel momento Buldeo y los carboneros se ponían en marcha valientemente alejándose en fila.

-Debo volver a la Manada de los hombres, ahora mismo -dijo Mowgli finalmente.

-¿Y esos? -dijo Hermano Gris, contemplando deseosamente las espaldas marrones de los carboneros.

-Cantadles algo por el camino -dijo Mowgli con una sonrisita-. No quiero que lleguen a las puertas de la aldea hasta el anochecer. ¿Podréis entretenerlos?

Hermano Gris enseñó los dientes desdeñosamente.

-Conociendo al Hombre, podemos tenerlos dando vueltas y más vueltas, como cabras atadas a una cuerda.

-Eso no es necesario. Cantadles un poco para que no se encuentren solos en el camino y, Hermano Gris, no hace falta que la canción sea de las más dulces. Id con ellos, Bagheera, y ayudadles a cantar. Cuando ya sea noche cerrada, me reuniré con vosotros junto a la aldea... Hermano Gris sabe dónde.

-No es caza ligera la de trabajar para un cachorro de hombre. ¿Cuándo podré dormir? -dijo Bagheera, bostezando aunque en los ojos se le notaba lo entusiasmada que estaba ante tanta diversión-. ¡Cantarles a hombres desnudos! ¡Yo! Pero veamos cómo lo hago.

Bajó la cabeza para que el sonido llegara más lejos y dio un larguísimo aullido de «Buena caza», un saludo de medianoche en plena tarde, lo cual, para empezar, ya era bastante horrible. Mowgli lo oyó retumbar, subir, bajar, e irse apagando en una especie de lamento horripilante por detrás de él, que ya iba corriendo por la Selva, y soltó una risita. Vio a los carboneros hechos una piña; el cañón del viejo Buldeo balanceándose como una hoja de plátano hacia todos los puntos del compás a la vez. Entonces, por delante de ellos, Hermano Gris soltó el ¡Ya-la-hi! ¡Ya-la-ha!, el grito de caza para los gamos que se usa cuando la manada persigue al nilghai, la gran vaca azul; y fue como si viniera de los confines de la tierra, acercándose más y más hasta acabar en un aullido parado en seco. Los otros tres contestaron y hubo un momento en que el propio Mowgli hubiera jurado que la Manada entera gritaba a pleno pulmón, y entonces entonaron todos juntos la magnífica «Canción de la mañana en la Selva», con todas las variaciones, adornos y notas especiales que conocen los lobos de la Manada que tienen buena voz. He aquí una traducción, algo tosca, de la canción, pero debéis imaginar cómo suena al romper el

silencio de una tarde en la Selva:

De nuestros cuerpos no había en el llano sombras,
sólo un instante ha,
y ahora nos siguen como negras alfombras;
volvamos a casa ya.
Cuando rompa el día con sus destellos,
el saludo no olvidéis:
«Felices sueños a todos aquellos
que guardan la Selva y su Ley».

Todos nuestros pueblos, cuerno y piel,
buscan ahora un lar;
lentos, cautelosos de mano y pie,
se ve a nuestros Barones andar.
Fuertes, rotundos, los bueyes del Hombre .
se esfuerzan con el arado.
Llega la aurora terrible, se ve su roja lumbre
sobre el talao iluminado.

¡Corred! ¡A la guarida! Ya veo el sol
brillando tras el matorral
entre bambúes corre la noticia, susurrada
de animal en animal.
Qué distintos están nuestros parajes,
con esta luz, que no es la mía;
ya está en el cielo el pato salvaje,
anunciando al Hombre el día.

En nuestra piel ya está seco el rocío
que la había mojado,
y donde bebimos, a la orilla del río,
está todo embarrado.
Aunque la noche traidora deja marcas;
esto no lo olvidéis.
Felices sueños a todos aquellos
que guardan la Selva y su Ley.

Pero ninguna traducción nos puede dar una idea del efecto que producía, ni del tono desdeñoso con que los Cuatro aullaban cada una de sus palabras, oyendo crujir las ramas de los árboles donde los hombres se habían encaramado a toda velocidad, mientras

Buldeo repetía conjuros y maleficios. Entonces se tumbaron a dormir porque, como todos aquellos que viven gracias a su propio esfuerzo, eran de carácter metódico; y no se puede trabajar bien sin haber dormido.

Mientras tanto, Mowgli iba dejando kilómetros a su espalda, catorce por hora, balanceando el cuerpo, muy satisfecho de estar en tan buena forma después de haber pasado tantos meses inactivo entre los hombres. Se le había metido en la cabeza sacar a Messua y su marido de la trampa, fuera la que fuera, porque cualquier tipo de trampa le inspiraba desconfianza. Más adelante, se prometió a sí mismo, pagaría ampliamente las deudas que tenía con la aldea.

Ya estaba anocheciendo cuando vio aquellos pastos de los que se acordaba tan bien, y el árbol de dhak donde le había esperado Hermano Gris la mañana en que mató a Shere Khan. A pesar de lo furioso que estaba con toda la raza y la comunidad del Hombre, se le hizo un nudo en la garganta y le costó respirar al ver los tejados de la aldea. Se dio cuenta de que todos habían vuelto del campo mucho más pronto que de costumbre y que en vez de dedicarse a preparar la cena, habían formado un corro bajo el árbol de la aldea, charlando y gritando.

-Los hombres no están contentos si no están preparando trampas para otros hombres -dijo Mowgli-. Anoche era contra Mowgli, aunque eso parezca ya hace muchas lluvias. Esta noche son Messua y su hombre. Mañana, y durante muchas noches a partir de entonces, le tocará el turno a Mowgli otra vez.

Avanzó sigilosamente por la parte exterior del cerco hasta llegar a la choza de Messua y mirar por la ventana de la habitación. Vio a Messua, amordazada y atada de pies y manos, gimiendo; su marido estaba atado al armazón coloreado de la cama. La puerta que daba a la calle estaba bien cerrada y sobre ella apoyaban la espalda tres o cuatro personas.

Mowgli conocía bastante bien las actividades y costumbres de la aldea. Dedujo que mientras pudieran comer, hablar y fumar, no harían nada más, pero en cuanto se les quitara el hambre, empezarían a ser peligrosos. Buldeo iba a llegar dentro de poco y, si su escolta había cumplido con su deber, tendría una historia muy interesante que contar. Por tanto, entró por la ventana y, agachándose junto al hombre y la mujer, les cortó las cuerdas y quitó las mordazas, buscando algo de leche con la mirada.

Messua estaba medio loca de dolor y miedo (le habían pegado y apaleado durante toda la mañana), y Mowgli le tapó la boca justo a tiempo para evitar que gritara. Su marido sólo estaba desconcertado y furioso, sentándose para quitarse el polvo y las cosas que tenía en la barba medio arrancada.

-Sabía..., sabía que acabaría viniendo -sollozó Messua finalmente-. ¡Ahora sí que sé que es mi hijo! -y abrazó a Mowgli contra su pecho.

Hasta ese momento, Mowgli había estado perfectamente tranquilo, pero, de repente, le empezó a temblar todo el cuerpo, lo cual le sorprendió enormemente.

-¿Qué significan estas correas? ¿Por qué os han atado? -preguntó al cabo de un momento.

-Para matarnos por haber hecho de vos nuestro hijo..., ¿para qué si no? -dijo el hombre malhumoradamente-. ¡Mirad! Estoy sangrando.

Messua no dijo nada, pero las heridas que Mowgli miraba eran las de ella, y le oyeron rechinar los dientes al ver la sangre.

-¿Quién ha hecho esto? -dijo-. Pagará por ello.

-Ha sido la aldea entera. Como soy rico y tengo mucho ganado, ella y yo somos brujos por haberos dado cobijo.

-No lo comprendo. Que me lo cuente Messua.

-Yo os di leche, Nathoo. ¿Lo recordáis? -dijo Messua con timidez-. Porque sois mi hijo, el que me quitó el tigre, y porque
os quiero con todo mi corazón. Ellos dicen que soy vuestra madre, la madre de un demonio, y que por tanto merezco la muerte.

-¿Y qué es un demonio? -dijo Mowgli-. La muerte la conozco.

El hombre levantó la vista con cara de cansancio, pero Messua soltó una carcajada.

-¿Veis? -dijo a su marido-. Lo sabía..., sabía que no era un hechicero. ¡Es mi hijo, mi hijo!

-Hijo o hechicero..., ¿qué más da? -contestó el hombre-. Nos podemos dar por muertos.

-Ahí está el camino de la Selva -dijo Mowgli señalando por la ventana-. Tenéis libres las manos y los pies. Huid ahora.

-Hijo mío, nosotros no conocemos la Selva como..., como vos -empezó Messua-. No creo que yo pueda llegar muy lejos.

-Y los hombres y mujeres saldrían detrás y nos volverían a traer aquí, a rastras -dijo el marido.

-¡Hmm! -dijo Mowgli, haciéndose cosquillas en la palma de la mano con la punta del cuchillo-; no pienso hacer daño a nadie en la aldea..., todavía. Pero no creo que intenten deteneros. Dentro de poco van a tener otras muchas cosas en que pensar. Ah... -levantó la cabeza al oír gritos y ruidos de pisadas fuera de la choza-. Conque ya han dejado volver a Buldeo...

-Salió esta mañana, con el encargo de mataros -exclamó Messua-. ¿Os encontrasteis con él?

-Sí..., nos..., me encontré con él. Ahora tiene una historia que contar y, mientras la cuenta, hay tiempo para hacer muchas cosas. Pero antes, voy a enterarme de sus propósitos. Pensad dónde queréis ir y decídmelo cuando vuelva.

Saltó por la ventana, volviendo a recorrer el muro de la aldea por la parte de fuera, poniéndose a una distancia del árbol pipal que le permitía escuchar al corro de gente que se había formado a su alrededor. Buldeo estaba tumbado en el suelo, tosiendo y gimoteando, y todos le hacían preguntas. Llevaba el pelo caído sobre los hombros; tenía las manos y piernas despellejadas de haber trepado por los árboles y casi no podía ni hablar, pero se daba muy bien cuenta de la expectación que estaba causando. De cuando en cuando decía algo sobre los demonios y sus canciones y hechizos mágicos para que el corro se fuera haciendo una idea de lo que les tenía reservado. Entonces pidió que le trajeran agua.

-¡Bah! -dijo Mowgli-. ¡Palabrería y más palabrería! ¡Cuentos y más cuentos! Los hombres son hermanos de los Bandarlog. Ahora tiene que lavarse la boca con agua; después tendrá que soplar humo; y cuando haya terminado con todo esto, aún tendrá su historia que contar. Los hombres son gente muy astuta... Nadie se encargará de vigilar a Messua hasta que todos se hayan atiborrado los oídos con los cuentos de Buldeo. Y yo..., ¡me estoy volviendo igual de vago que ellos!

Se desperezó, deslizándose de nuevo hacia la choza. Justo al llegar a la ventana

notó que algo le rozaba un pie.

-Madre -dijo, ya que conocía bien el tacto de aquella lengua-. ¿Qué hacéis vos aquí?

-He oído a mis hijos cantando en el bosque y he seguido al que más quiero. Ranita, me gustaría ver a la mujer que os dio leche -dijo Madre Loba, empapada de rocío.

-La habían atado y quieren matarla. Yo he cortado las ligaduras y va a escapar con su hombre por la Selva.

-Yo también iré detrás. Soy vieja, pero aún tengo mis dientes.

Madre Loba se enderezó sobre sus patas traseras y miró por la ventana al interior de la choza oscura. Al cabo de un momento, se dejó caer sin ruido y sólo dijo:

-Yo os di la primera leche; pero Bagheera está en lo cierto: el Hombre acaba volviendo al Hombre.

-Puede ser -dijo Mowgli, con un gesto muy malhumorado-; pero, en cuanto a esta noche, estoy muy lejos de ese rastro. Esperad aquí, pero sin dejar que ella os vea.

-Vos sí que nunca me tuvisteis miedo, Ranita -dijo Madre Loba, retrocediendo hacia la hierba alta y desapareciendo entre ella, cosa en la que era experta.

-Ahora -dijo Mowgli alegremente al volver a entrar en la choza de un salto- se han sentado todos alrededor de Buldeo, que les cuenta todo aquello que no ha ocurrido. Dicen que cuando haya terminado de hablar vendrán aquí con la Flor... con fuego, y os quemarán a los dos. ¿Y bien?

-He hablado con mi hombre -dijo Messua-. Khanhiwara está a unos cincuenta kilómetros de aquí, pero allí es posible que nos encuentren los ingleses...

-¿De qué manada son? -dijo Mowgli.

-No lo sé. Son blancos, se dice que gobiernan el país entero y que no toleran que las personas se quemen o se peguen entre sí sin tener testigos. Si logramos llegar allí esta noche, viviremos. Si no, moriremos.

-Entonces, viviréis. Nadie pasará esta noche por las puertas de la aldea. Pero, ¿qué está haciendo?

El marido de Messua estaba a gatas, cavando la tierra en una esquina de la choza.

-Es el poco dinero que tiene -dijo Messua-. No podemos llevarnos otra cosa.

-Ah, ya. Es eso que nunca se calienta, aunque va pasando de mano en mano. ¿También lo usan fuera de aquí? -dijo Mowgli.

El hombre le miró con cara de furia y murmuró:

-Este es un tonto, no un demonio. Con dinero podré comprar un caballo. Estamos demasiado magullados para poder andar mucho y dentro de una hora tendremos a la aldea entera detrás.

-Ya he dicho que no os seguirán hasta que a mí me parezca bien; pero lo del caballo es buena idea, pues Messua está cansada.

Su marido se puso en pie y anudó la última de las rupias a la banda que llevaba en la cintura Mowgli ayudó a Messua a salir por la ventana, y el aire fresco de la noche la despeja un poco, pero la Selva, a la luz de las estrellas, parecía muy oscura y aterradora.

-¿Sabéis el camino a Khanhiwara? -susurró Mowgli.

Asintieron con la cabeza.

-Bien. Recordad que no debéis tener miedo Y no es necesario que os apresuréis. Lo único..., lo único que puede pasar es que oigáis cantar delante y detrás de vosotros al entrar en la Selva.

-¿Creéis que nos hubiéramos arriesgado a pasar una noche en la Selva si no fuera por el miedo a morir quemados? Es mejor que a uno lo maten las fieras, y no los hombres -dijo el marido de Messua; pero Messua miró a Mowgli y sonrió.

-Escuchad -dijo Mowgli, hablando exactamente igual que Baloo al repetir una antigua ley de la Selva por centésima vez a un cachorro distraído-, os digo que no hay en toda la Selva ni un solo diente dispuesto a haceros daño; ni una sola pata dispuesta a levantarse en contra de vosotros. No hay hombre ni fiera que os vaya a detener hasta que tengáis Khanhiwara a la vista. Estaréis vigilados. Él no me cree, ¿y vos?

Claro que sí, hijo mío. Seáis hombre, espíritu, o lobo de la Selva,, yo os creo.

-El tendrá miedo al oír cantar a mi gente Vos sabréis lo que es y lo entenderéis. Marchad ya e id lentamente, pues no hay necesidad de apresurarse. Las puertas están cerradas.

Messua se arrojó a los pies de Mowgli sollozando, pero él la echó los brazos al cuello, diciéndole todas las bendiciones que se le ocurrieron, pero su marido miró hacia sus pastos con envidia, diciendo:

-Si llegamos a Khanhiwara y consigo que los ingleses me escuchen, el pleito que voy a poner al brahmán, a Buldeo y a todos los demás, va a dejar a la aldea en los huesos. Me van a pagar el doble de lo que valen mis campos sin cultivar y mis búfalos sin alimentar. Voy a hacer una gran justicia.

Mowgli soltó una carcajada.

-No sé lo que es la justicia, pero..., volved con las próximas lluvias y veréis lo que ha quedado aquí.

Se dirigieron hacia la Selva y Madre Loba salió de su escondite de un salto.

-¡Seguidlos! -dijo Mowgli-. Y procurad que la Selva entera sepa que estos dos han de estar a salvo. Haced que corra la voz. Yo llamaría a Bagheera.

El aullido largo y profundo se alzó y fue apagándose, y Mowgli vio al marido de Messua dar un respingo a punto de volver corriendo a la choza.

-Seguid adelante -gritó Mowgli alegremente-. Ya os había avisado que oiríais cantar. Esa voz os seguirá hasta Khanhiwara. Es un obsequio de la Selva.

Messua logró que su marido siguiera avanzando, tras lo cual la oscuridad se cerró en torno a ellos y a Madre Loba, justo en el momento en que Bagheera aparecía casi debajo de los pies de Mowgli, temblando con la emoción nocturna que enloquece a los habitantes de la Selva.

-Estoy avergonzada de vuestros hermanos -dijo ronroneando.

-¿Qué? ¿No han sabido cantar a Buldeo con dulzura? -dijo Mowgli

-¡Con demasiada! ¡Con demasiada! Me han hecho perder el orgullo, a mí, y, ¡por la Cerradura Rota que me libró, he ido cantando por toda la Selva como si estuviera galanteando en primavera! ¿No nos habéis oído?

-Tenía otra caza entre manos. Preguntad a Buldeo si le ha gustado vuestra canción. Pero, ¿dónde se han metido los Cuatro? No quiero que salga por la puerta ni uno solo de la Manada de los hombres.

-Entonces, ¿qué falta hacen los Cuatro? -dijo Bagheera, cambiando el peso de una pata a otra, los ojos relampagueantes, ronroneando con más fuerza que nunca-. Yo puedo detenerlos hermanito. ¿Por fin hay que matar a alguien? Estoy muy dispuesta después de cantar y ver a los hombres trepando por los árboles. ¿Quién es el Hombre para que tengamos que ser atentos con él? ¿El cavador desnudo y marrón, el pelado y desdentado,

el que come de la tierra? Llevo siguiéndole todo el día, desde esta tarde, a plena luz del sol. Lo he acechado como hacen los lobos con el gamo. ¡Soy Bagheera! ¡Bagheera! ¡Bagheera! Igual que bailo con mi sombra así he bailado con esos hombres. ¡Mirad!

La enorme pantera saltó como un gatito intentando coger la hoja seca que revolotea sobre su cabeza; dio zarpazos a derecha e izquierda, haciendo silbar el aire; se posó silenciosamente y volvió a saltar, una y otra vez, mientras la mezcla de ronroneo y rugido iba creciendo como vapor retumbando en el interior de una caldera.

-Soy Bagheera... en la Selva... en la noche, y estoy en posesión de todas mis fuerzas. ¿Quién va a impedir que ataque? Cachorro de hombre, ¡de un zarpazo puedo dejaros la cabeza tan aplastada como una rana muerta en verano!

-¡Atacad, pues! -dijo Mowgli en el dialecto de la aldea, no en el lenguaje de la Selva, y las palabras humanas hicieron que Bagheera se parara en seco, dejándose caer sobre las patas traseras, que le temblaban, con la cabeza justo a la altura de la de Mowgli. Una vez más, Mowgli utilizó su mirada igual que había hecho con los lobeznos rebeldes, clavando la vista en aquellos ojos de color verde berilo, hasta que el brillo rojo que había detrás del verde se apagó como la luz de un faro que desaparece en el mar a treinta kilómetros de distancia; hasta que los ojos miraron al suelo, y la enorme cabeza bajó con ellos, fue bajando más y más, y una lengua roja y rasposa frotó el empeine de Mowgli.

-Hermana..., Hermana..., ¡Hermana! -susurró el chico, ha ciéndole caricias suaves y continuas desde el cuello hasta el lomo-: ¡Quieta, quieta! No es culpa vuestra, sino de la noche.

-Han sido los olores de la noche -dijo Bagheera con aire penitente -. Este aire me habla a gritos. Pero, ¿vos cómo lo sabéis?

Por supuesto, el aire que rodea una aldea india está lleno de toda clase de olores y, para una criatura que piensa casi exclusivamente a través del olfato, los olores son igual de embriagantes que la música y las drogas para los seres humanos. Mowgli tranquilizó a la pantera durante unos minutos más y ésta se quedó tumbada como un gato ante una chimenea encendida, las patas dobladas bajo el pecho, y los ojos medio cerrados.

-Vos sois y no sois de la Selva -dijo finalmente-. Y yo soy sólo una pantera negra. Pero os quiero, hermanito.

-Están teniendo una charla muy larga bajo el árbol -dijo Mowgli como si no hubiera oído la última frase-. Buldeo debe haber contado muchas historias. Deben estar a punto de sacar a la mujer y su hombre fuera de la trampa y de meterlos en la Flor Roja. Se encontrarán con que la trampa está forzada. ¡Ja! ¡Ja!

-Mejor aún; escuchad -dijo Bagheera-. Ya no tengo fiebre en la sangre. ¡Hagamos que me encuentren a mí allí dentro! Pocos se atreverían a salir de sus casas después de haberme visto. No sería la primera vez que iba a estar metida dentro de una trampa; y a mí no creo que me aten con correas.

-Tened cuidado entonces -dijo Mowgli soltando una carcajada, ya que se estaba empezando a sentir tan alocado como Bagheera, la cual ya se había deslizado al interior de la choza.

-¡Puaj! -gruñó Bagheera-. Esto apesta a Hombre, pero hay una cama idéntica a la que me dieron para tumbarme en las jaulas que tenía el rey en Oodeypore. Voy a echarme sobre ella -Mowgli oyó crujir las cuerdas del camastro bajo el peso de la enorme fiera-. ¡Por la Cerradura Rota que me libró! ¡No se quejarán de la caza que han hecho! Venid y sentaos a mi lado, hermanito; les desearemos «Buena caza» los dos juntos.

-No; tengo otra idea en el estómago. La Manada de los hombres no sabrá que yo tomo parte en el juego. Cazad a solas. No quiero verlos.

-Así sea -dijo Bagheera-. ¡Ah, ya vienen!

En el extremo de la aldea, la conferencia que tenía lugar bajo el árbol pipal se había ido haciendo cada vez más ruidosa. Acabó estallando en alaridos salvajes y un tropel de hombres y mujeres corrió calle arriba, blandiendo garrotes, bambúes, hoces y cuchillos. Buldeo y el brahmán iban en cabeza, pero el gentío iba pisándoles los talones gritando:

-¡El brujo y la bruja! ¡A ver si les hacemos confesar con monedas calientes! ¡Quememos la choza sobre sus cabezas! ¡Así aprenderán a no recoger lobos endemoniados! ¡No, hay que apalearlos primero! ¡Antorchas! ¡Más antorchas! ¡Buldeo, calentad los cañones de la escopeta!

Aquí tuvieron una pequeña dificultad: la del pestillo de la puerta. Estaba muy bien fijado, pero el gentío lo arrancó de cuajo y la luz de las antorchas inundó la habitación donde, completamente estirada encima de la cama, las patas delanteras cruzadas y colgando un poco sobre un borde, negra como el abismo y pavorosa como un demonio, estaba Bagheera. Durante medio minuto se produjo un silencio aterrador, mientras las primeras filas de la multitud se abrían paso a empujones y arañazos, retrocediendo desde el umbral; y en ese momento, Bagheera levantó la cabeza y bostezó de forma lenta, cuidada y ostentosa, como solía hacer cuando quería insultar a un igual. Los bordes de los labios se encogieron y alzaron; la lengua roja se dobló hacia atrás; la quijada inferior fue bajando, bajando, hasta dejar ver la mitad de su gaznate tórrido; y los caninos gigantescos quedaron completamente al descubierto, incluso la parte cubierta por las encías, hasta que los superiores e inferiores se juntaron con un chasquido metálico, como el que hacen las guardas aceradas de los bordes de una caja fuerte. Un segundo después, la calle estaba vacía; Bagheera había vuelto a saltar por la ventana y estaba junto a Mowgli, mientras los aldeanos, en tropel, gritando y gimiendo, tropezaban y caían unos encima de otros, aterrados, en su afán por llegar cada uno a su choza.

-No se moverán hasta que llegue el día -dijo Bagheera tranquilamente-.¿ Y ahora, qué?

El silencio de la siesta parecía haberse apoderado de la aldea; pero, al ponerse a escuchar, les oyeron arrastrar por el suelo de tierra las cajas pesadas donde guardan el grano, poniéndolas contra las puertas. Bagheera tenía toda la razón; en la aldea no se iban a mover hasta que fuera de día. Mowgli se quedó quieto y pensativo, con la cara cada vez más sombría.

-¿Qué he hecho yo? -dijo Bagheera finalmente, poniéndose en pie con aire zalamero.

-Nada que no sea bueno. Ahora, vigiladlos hasta que amanezca. Yo voy a dormir.

Mowgli corrió hacia la Selva y se dejó caer sobre una roca como un muerto; durmió y durmió durante todo el día y toda la noche siguiente.

Cuando despertó, tenía a Bagheera a su lado y a un gamo recién muerto a los pies. La pantera lo miró con curiosidad mientras se ponía manos a la obra con el cuchillo, comía y bebía, tras lo cual se dio la vuelta, apoyando la barbilla en las manos.

-El hombre y la mujer han llegado sanos y salvos a las afueras de Khanhiwara -dijo Bagheera-. Vuestra madre loba mandó el recado con Chil, el milano. Encontraron un caballo antes de la medianoche y fueron a buen paso. Es una buena noticia, ¿verdad?

-Sí, lo es dijo Mowgli.

Y vuestra Manada de hombres de la aldea no se ha movido esta mañana hasta que el sol estaba ya alto. Han tomado su comida y han vuelto a sus chozas corriendo.

-¿Os vieron a vos, por casualidad?

-Es posible. Al amanecer me he estado revolcando en el polvo, delante de la puerta, y puede que haya cantado un poco sin darme cuenta. Ahora, hermanito, ya no queda más que hacer. Venid de caza conmigo y Baloo. Él tiene colmenas nuevas que enseñaros y todos queremos que volváis, como en los viejos tiempos. ¡No pongáis esa cara que me asusta incluso a mí! No van a meter al hombre y la mujer en la Flor Roja, y en la Selva todo va bien. ¿No es así? Olvidemos a la Manada de los hombres.

-Quedarán olvidados dentro de un rato. ¿Dónde come Hathi esta noche?

-Donde le apetezca. ¿Quién sabe lo que hace el Silencioso? Pero, ¿por qué? ¿Qué puede hacer Hathi que no podamos hacer nosotros?

-Rogadle que venga aquí con sus tres hijos.

-Pero, por lo que más queráis, hermanito, no está bien decirle a Hathi «venid» o «marchaos». No olvidéis que es el Amo de la Selva y que, antes de que la Manada de los hombres os cam- biara la expresión del rostro, fue él quien os enseñó las Palabras-clave de la Selva.

-Todo eso no importa. Ahora yo tengo una Palabra-clave para él. Rogadle que venga a ver a Mowgli, la rana; y si no os escucha a la primera, decidle que venga por el Saqueo de los Campos de Bhurtpore.

-El Saqueo de los Campos de Bhurtpore -Bagheera lo repitió dos o tres veces para estar segura-. Iré. Lo peor que puede pasar es que Hathi se enfade, y daría la caza de una luna entera por oír una Palabra-clave que ponga en marcha al Silencioso.

Se alejó, dejando a Mowgli entretenido en clavar frenética mente el cuchillo en la tierra. Mowgli no había visto sangre humana en su vida hasta que vio y (lo que para él era mucho más importante) olió la sangre de Messua en las correas con que la habían atado. Y Messua había sido amable con él y, por lo que creía saber sobre el amor, quería tanto a Messua como odiaba al resto de la humanidad. Pero por mucho que odiara su palabrería, su crueldad y su cobardía, por nada de cuanto pudiera ofrecerle la Selva sería capaz de acabar con una vida humana y volver a tener aquel terrible olor a sangre bajo lanariz. Su plan era más sencillo, pero mucho más eficaz; y le entró la risa al darse cuenta de que era una de las historias que contaba el viejo Buldeo bajo el árbol pipal lo que le había metido la idea en la cabeza.

-Efectivamente, era una Palabra clave -le susurró Bagheera al oído-. Estaban comiendo junto al río y han obedecido como si fueran bueyes. ¡Mirad, por ahí vienen!

Hathi y sus tres hijos habían llegado siguiendo su costumbre habitual: sin hacer ni un solo ruido. El barro del río que tenían en los costados aún estaba fresco y Hathi, pensativo, rumiaba el tallo verde de un plátano joven que acababa de arrancar con los colmillos. Pero todas las líneas de su cuerpo inmenso manifestaron a Bagheera, que sabía ver las cosas cuando las tenía delante, que no se trataba del Amo de la Selva hablando con un cachorro de hombre, sino de alguien que tenía miedo de presentarse ante quien no lo tenía. Sus tres hijos se balanceaban uno al lado de otro detrás de su padre.

Mowgli apenas levantó la cabeza cuando Hathi le deseó «Buena caza». Lo tuvo moviéndose, meciéndose, apoyándose en una y otra pata durante mucho tiempo, antes de empezar a hablar; y cuando abrió la boca se dirigió a Bagheera, no a los elefantes.

-Voy a contar una historia que a mí me contó el cazador a quien vos cazasteis hoy -dijo Mowgli-. Trata de un elefante viejo y sabio que cayó en una trampa; y la estaca afilada que había dentro lo arañó desde un poco más arriba del talón hasta la paletilla, dejándole una cicatriz blanca.

Mowgli extendió un brazo y, al girar Hathi, la luz de la luna cayó sobre uno de sus costados de color pizarra, mostrando una cicatriz blanca y alargada, como si le hubieran golpeado con un látigo al rojo vivo.

-Llegaron los hombres a sacarlo de la trampa -continuó Mowgli-, pero él, que era fuerte, rompió las cuerdas y huyó lejos, esperando a que se le curase la herida. Entonces volvió furioso, de noche, a los campos de aquellos cazadores. Y ahora recuerdo que tenía tres hijos. Todo esto ocurrió hace muchas, muchas lluvias, y lejos, muy lejos, en los campos de Bhurtpore.

¿Qué les ocurrió a aquellos campos al llegar la siguiente temporada de siega, Hathi?

-Los segamos nosotros, yo y mis tres hijos -dijo Hathi.

-¿Y al llegar la temporada de labranza tras la siega? -dijo Mowgli.

-No hubo labranza -dijo Hathi.

-¿Y a los hombres que viven junto a las cosechas verdes del suelo? elijo Mowgli.

-Se marcharon.

-¿Y a las chozas en que dormían los hombres? -dijo Mowgli.

-Los tejados los hicimos pedazos y la Selva se tragó las paredes -dijo Hathi.

-¿Y qué más? -dijo Mowgli.

-Toda la tierra buena que soy capaz de recorrer en dos noches, de este a oeste y de norte a sur, toda la que soy capaz de recorrer en tres noches, se la llevó la Selva. Hicimos que la Selva entrara en cinco aldeas; y en todas ellas, en sus tierras, sus pastos y campos de cultivo, no hay hoy ni un solo hombre que obtenga su comida del suelo. Así fue el Saqueo de los Campos de Bhurtpore que hicimos nosotros, yo y mis tres hijos; y ahora me gustaría saber, cachorro de hombre, ¿cómo tuvisteis vos noticias de ello? -dijo Hathi.

-Me lo contó un hombre, y ahora veo que incluso Buldeo es capaz de contar la verdad. Hicisteis bien, Hathi el de la cicatriz blanca; pero la segunda vez será aún mejor, puesto que hay un hombre al frente. ¿Conocéis la aldea de la Manada de hombres que me ha expulsado? Son vagos, insensatos y crueles; juegan con sus bocas y no matan a los débiles para alimentarse sino por diversión. Cuando han comido bien son capaces de arrojar a los de su misma raza a la Flor Roja. Esto lo he visto yo. No es bueno que sigan viviendo aquí. ¡Los odio!

-Matad, pues -dijo el más joven de los hijos de Hathi, cogiendo un manojo de hierba, rozándose las patas delanteras con él y arrojándolo lejos, mientras sus ojillos rojos miraban furtiva mente hacia los lados.

-¿Y a mí de qué me sirven unos huesos blancos? -contestó Mowgli indignado-. Yo, un cachorro de lobo, ¿voy a ponerme a jugar al sol con una cabeza despellejada? He matado a Shere Khan y su piel se está pudriendo en la Roca del Consejo; pero..., pero no sé dónde ha ido a parar Shere Khan y sigo teniendo el estómago vacío. Ahora me voy a apoderar de algo que pueda ver y tocar. ¡Haced que entre la Selva en esa aldea, Hathi!

Bagheera sintió un escalofrío y se acurrucó. Le parecía comprensible, si las cosas se ponían feas, una rápida embestida calle abajo y unos cuantos golpes a derecha' e izquierda entre el gentío, o matar astutamente a los hombres mientras labraban a la hora del crepúsculo; pero este plan de borrar deliberadamente una aldea entera a los ojos de

hombres y fieras la asustaba. Ahora comprendía por qué Mowgli había mandado llamar a Hathi. Nadie más que el elefante, con su larga experiencia, sería capaz de idear y llevar a cabo una guerra semejante.

-Haced que corran como corrían los hombres de los campos de Bhurtpore, hasta que nos quede el agua de lluvia como único arado y el tamborileo de las gotas al caer sobre las hojas gruesas en lugar del ruido del huso..., hasta que Bagheera y yo podamos guarecernos en casa del brahmán y el gamo beba en la cisterna que hay detrás del templo... ¡Que entre la Selva, Hathi!

-Pero yo..., pero nosotros no tenemos ninguna disputa con ellos, y para destrozar los lugares en que duermen los hombres es preciso sentir la ira desatada que viene de un dolor profundo -dijo Hathi dudando.

-¿Acaso sois vosotros los únicos comedores de hierba de la Selva? Haced entrar a todas vuestras gentes. Dejad que el ciervo, el jabalí y el nilghai se encarguen de ello. No hay ninguna necesidad de que se os vea ni un palmo de piel hasta que los campos hayan quedado desnudos. ¡Que entre la Selva, Hathi!

-¿No habrá ninguna muerte? Los colmillos se me pusieron rojos en el Saqueo de los Campos de Bhurtpore y no quisiera volver a despertar ese olor.

-Yo tampoco. Ni siquiera deseo que sus huesos yazcan sobre la tierra limpia. Dejad que se marchen a encontrar una guarida nueva. No pueden quedarse aquí. He visto y olido la sangre de la mujer que me dio comida..., la mujer a quien hubieran matado de no haber sido por mí. Sólo el aroma de la hierba fresca creciendo en los umbrales de sus casas puede borrar ese olor. Me arde en la boca. ¡Que entre la Selva, Hathi!

-¡Ah! -dijo Hathi-. Así me ardía la cicatriz de la estaca en la piel hasta que vimos cómo morían las aldeas bajo la vegetación de la primavera. Ahora lo entiendo. Vuestra guerra será la nuestra. ¡Haremos que entre la Selva!

Mowgli apenas tuvo tiempo de recuperar el aliento, pues le temblaba todo el cuerpo de rabia y odio, antes de que el lugar donde estaban los elefantes se quedara vacío, y Bagheera se quedó mirándole, horrorizada.

-¡Por la Cerradura Rota que me libró! -dijo la pantera negra finalmente-. Pensar que sois aquella criatura desnuda en favor de la cual hablé cuando todo era joven... Amo de la Selva, cuando me abandonen las fuerzas hablad en mi favor..., hablad en favor de Baloo... ¡Hablad en nombre de todos nosotros! ¡Comparados con vos no somos más que cachorros..., ramillas que crujen al pisarlas..., cervatos que han perdido a su madre!

La idea de que Bagheera fuera un cervato descarriado trastomó a Mowgli completamente, haciéndole reír hasta quedar sin aliento, llorar y volver a estallar en carcajadas, hasta que tuvo que tirarse a una charca para que se le pasara aquello. Se puso a nadar en círculos, zambulléndose entre las barras que proyectaba la luz de la luna, como la rana, su tocaya.

Entretanto, Hathi y sus tres hijos se habían separado, dirigiéndose cada uno hacia un punto cardinal, avanzando a zancadas por los valles, silenciosamente, a casi dos kilómetros de distancia. Así siguieron durante dos días, es decir, unos cien kilómetros selva a través; y todos sus pasos, todas sus sacudidas de trompa, eran vistos, observados cuidadosamente y comentados por Mang, Chil, el Pueblo de los Monos y todos los pájaros. De repente, se pusieron a comer y estuvieron comiendo tranquilamente durante una semana o así. Hathi y sus hijos son como Kaa, la serpiente pitón de la Roca: nunca se apresuran hasta que no queda más remedio.

Pasado ese tiempo, y sin que nadie supiera de dónde había salido, corrió un rumor por toda la Selva de que en tal y tal valle había mejor comida y agua. Los jabalíes (que, por supuesto, son capaces de ir al fin del mundo para llenarse el estómago) se pusieron en marcha los primeros, avanzando en grupos por encima de las rocas, dándose empujones; y los ciervos fueron detrás, con los pequeños zorros salvajes que viven de los muertos y moribundos de las manadas; y los nilghai, con sus hombros pesados, se movieron paralelamente a los ciervos, y los búfalos salvajes de los pantanos siguieron a los nilghai. Cualquier incidente, por pequeño que fuera, hubiera hecho volver a aquellas manadas dispersas y embarulladas que pacían, vagaban, bebían y volvían a pacer; pero en cuanto surgía algún motivo de alarma alguno de ellos se levantaba y tranquilizaba al resto. Unas veces era Ikki, el puerco espín, lleno de noticias sobre la comida tan buena que había un poco más adelante; otras veces Mang gritaba alegremente y entraba revoloteando en un claro para demostrar que no había nadie; o Baloo, con la boca llena de raíces, se acercaba bamboleándose a alguna fila desperdigada y, torpemente, medio en serio, medio en broma, los dirigía por el buen camino. Muchísimos animales se volvieron atrás, escaparon o perdieron interés, pero otros muchos siguieron adelante. Al cabo de unos diez días la situación era la siguiente: los ciervos, los jabalíes y los nilghai daban vueltas y vueltas en un radio de diez o quince kilómetros, mientras que los Comedores de Carne libraban sus escaramuzas en los bordes del círculo. Y en el centro estaba la aldea, y alrededor de la aldea iban madurando las cosechas, y entre las cosechas estaban los hombres, sentados sobre lo que ellos llaman machanes (plataformas parecidas a las alcándaras, hechas de palos colocados sobre cuatro postes) para espantar a los pájaros y demás ladrones. De repente, se acabaron los miramientos con los ciervos. Los Comedores de Carne se acercaron por detrás y les obligaron a avanzar hacia delante y hacia dentro.

Fue en una noche oscura cuando Hathi y sus tres hijos bajaron silenciosamente desde la Selva y rompieron los postes de los machanes con los colmillos. Cayeron como un tallo roto de cicuta en flor y los hombres que se vinieron abajo con ellos oyeron el gorgoteo profundo que hacen los elefantes. Entonces la vanguardia de las tropas de ciervos desconcertados no aguantó más y se lanzó sobre los pastos y campos de cultivo de la aldea; y el jabalí hozadero, con sus pezuñas afiladas, vino detrás y lo que dejaba el ciervo, lo estropeaba el jabalí; y de cuando en cuando, una voz de alarma sobre unos lobos sacudía a las manadas que corrían de un lado a otro desesperadamente, pisoteando la cebada tierna y allanando las acequias. Antes de que rompiera la aurora, la presión de la parte externa del círculo hizo que éste cediera en un Punto. Los Comedores de Carne habían retrocedido, dejando libre el paso hacia el sur, y por allí huyeron los gamos a manadas. Otros, más valientes, se quedaron agazapados entre los arbustos, esperando a que llegara la noche siguiente para terminar su comida.

Pero el trabajo ya estaba prácticamente terminado. Cuando los aldeanos miraron sus campos por la mañana, se dieron cuenta de que las cosechas estaban perdidas. Y eso significaba la muerte, a no ser que huyeran, pues, año tras año, tenían la muerte por inanición tan cerca como tenían la Selva. Al mandar a pacer los búfalos, las bestias hambrientas se encontraron con que los ciervos habían arrasado los pastos, y acabaron metiéndose en la Selva, desperdigándose con sus parejas salvajes; y cuando llegó el crepúsculo, los tres o cuatro ponis pertenecientes a la aldea aparecieron en sus establos con la cabeza destrozada. Sólo Bagheera era capaz de dar golpes como esos y sólo a Bagheera se le hubiera ocurrido arrastrar insolentemente el último cadáver y dejarlo en

mitad de la calle.

A los aldeanos no les quedaron ánimos para encender hogueras en los campos aquella noche, con lo cual Hathi y sus tres hijos se pusieron a espigar lo que había quedado; y por donde ha espigado Hathi no hace falta volver a pasar. Los hombres decidieron vivir del maíz que tenían almacenado para sembrar, hasta que llegaran las lluvias, y después trabajar como sirvientes para recuperar el año perdido, pero mientras el comerciante de granos pensaba en sus arcas repletas de maíz y en los precios que iba a conseguir vendiéndolo, los colmillos afilados de Hathi estaban arrancando la esquina de su choza de barro y abriendo de un golpe el gran cofre de mimbre cubierto de estiércol de vaca donde se guardaba tan preciada sustancia.

Cuando se descubrió aquella última pérdida llegó el momento de que hablara el brahmán. Había rezado a sus propios dioses sin obtener respuesta. Podría ser, según decía él, que, inconscientemente, la aldea hubiera ofendido a alguno de los dioses de la Selva, porque, indudablemente, la Selva se había vuelto en contra de ellos. Por tanto, mandaron llamar al jefe de la tribu más próxima de gond errantes (cazadores pequeños, sabios y muy negros, que viven en las profundidades de la Selva, descendientes de la raza más antigua de la India), los propietarios aborígenes de aquellas tierras. Obsequiaron al gond con lo poco que les quedaba y él se quedó de pie, con una pierna levantada, el arco en la mano, dos o tres flechas envenenadas dentro del moño que llevaba encima de la cabeza, mirando a los aldeanos inquietos y sus campos destrozados con una mezcla de temor y desdén. Ellos querían saber si sus dioses (los Dioses Antiguos) estaban enfadados y qué sacrificios había que ofrecer. El gond no dijo nada, pero cogió un sarmiento de la karela, la viña que da una calabaza silvestre amarga, y lo entrelazó de un lado a otro de la puerta del templo, frente a la imagen hindú de color rojo que le miraba fijamente. Entonces hizo un signo con la mano poniéndose en un espacio abierto, ya sobre el camino que llevaba a Khanhiwara, y empujando el aire con la mano; después volvió a su Selva y observó cómo sus habitantes pasaban por ella. Sabía que cuando la Selva se pone en movimiento sólo los hombres blancos pueden detenerla.

No fue necesario preguntar el significado. La calabaza silvestre crecería en el lugar donde habían adorado a su Dios, y cuanto antes se pusieran a salvo, mejor.

Pero no es fácil soltar a una aldea de sus amarras. Allí se quedaron mientras hubo alimentos de la temporada veraniega e intentaron recolectar nueces en la Selva, pero eran vigilados por sombras de ojos brillantes que se deslizaban delante de ellos incluso a plena luz del día. Y cuando volvían corriendo hacia sus paredes, asustados, en los árboles que habían pasado no hacía ni cinco minutos veían la marca de una pata llena de garras, la corteza arrancada y el tronco cincelado. Cuanto menos salían de su aldea más atrevidas se volvían las criaturas salvajes que triscaban y aullaban en los pastos a orillas del Waingunga. No tuvieron tiempo de arreglar y poner parches a las paredes traseras de los establos vacíos que daban a la Selva; los jabalíes las pisotearon y las enredaderas nudosas los siguieron rápidamente, metiendo los codos en la tierra recién conquistada, y detrás de las viñas venía la hierba áspera y tiesa, como las lanzas de un ejército fantasma siguiendo a otro en retirada. Los hombres solteros huyeron primero, corriendo por todas partes la noticia de que la aldea estaba condenada a la ruina. ¿Cómo iban a luchar, decían ellos, contra la Selva o los dioses de la Selva si la mismísima cobra de la aldea había abandonado su agujero en la plataforma bajo el árbol pipal? Y así, el escaso comercio que tenían con el mundo exterior fue disminuyendo, al tiempo que los caminos pisados que

atravesaba la maleza se iban haciendo cada vez más borrosos. Finalmente, los trompeteos nocturnos de Hathi y sus tres hijos dejaron de preocuparles porque ya no tenían nada que se les Pudiera robar. Les habían dejado sin la cosecha de la tierra sin la semilla de la tierra. Los campos de los alrededores ya estaban perdiendo su forma y había llegado el momento de ponerse en manos de la caridad de los ingleses que había en Khanhiwara.

Siguiendo una típica costumbre indígena, fueron retrasando su partida, día tras día, hasta que les cogieron las primeras lluvias y los tejados descuidados dejaron pasar una tromba; en los pastos llegaba el agua por los tobillos y aquello se llenó de vida tras los calores del verano. Entonces echaron a andar lentamente por el fango, hombres, mujeres y niños, atravesando la lluvia cegadora y cálida de la mañana, pero no pudieron evitar mirar hacia atrás para despedirse de sus hogares.

Oyeron, mientras la última familia cargada de bultos salía en fila por la puerta, un estrépito de vigas y cañas cayendo tras las paredes. Vieron serpentear y elevarse una trompa negra y brillante que desparramó paja empapada por todas partes. Desapareció y se oyó otro estruendo seguido de un bramido. Hathi había estado arrancando techos a las chozas como quien coge nenúfares, y una de las vigas, al rebotar, le había pinchado. Esto había bastado para hacerle desencadenar toda su fuerza ya que, de todas las criaturas de la Selva, el elefante salvaje enfurecido es el más destructivo, aunque no tenga una justificación. Dio una patada hacia atrás alcanzando una pared de barro que se resquebrajó y, al irse deshaciendo, se convirtió en barro amarillo bajo el torrente de lluvia. Entonces giró bruscamente y dio un alarido, echando a correr por aquellas calles estrechas, apoyándose en las chozas de uno y otro lado, haciendo que las puertas temblaran alocadamente y despedazando los aleros; sus tres hijos iban bramando detrás, igual que habían hecho en el Saqueo de los Campos de Bhurtpore.

-La Selva se tragará estas cáscaras -dijo una voz tranquila en mitad del destrozo-. Es la pared de fuera la que debe quedar tumbada.

Y Mowgli, con la lluvia cayéndole a chorros sobre los hombros y brazos desnudos, saltó hacia atrás para esquivar una pared que se estaba desplomando como un búfalo cansado.

-Todo a su debido tiempo jadeó Hathi-. Ah, qué rojos tenía yo los colmillos en Bhurtpore... ¡A la pared de fuera, hijos míos! ¡Con la cabeza! ¡Todos juntos! ¡Ahora!

Los cuatro empujaron uno junto al otro; y el muro se abombó,
resquebrajó y desplomó, y los aldeanos, enmudecidos por el pánico, vieron aparecer por el boquete las feroces cabezas de los destructores embadurnadas de arcilla. Entonces, ya sin hogar ni comida, huyeron valle abajo mientras su aldea, desmenuzada, esparcida y pisoteada, se derretía tras ellos.

Al cabo de un mes, aquel lugar era un montículo lleno de hoyos y cubierto por una vegetación tierna y verde; y al terminarse las lluvias, había una Selva en plena ebullición en el sitio por el que había pasado el arado no hacía aún seis meses.

5

Canción de Mowgli contra los hombres

Incitaré contra todos
la veloz enredadera
¡Para aplastar vuestras filas
llamaré a la Selva entera!
Los tejados de las casas
se dispersarán ante ella,
y las vigas y paredes
se hundirán en su presencia.
¡Pronto lo cubrirá todo
la Karela,
la amarga Karela!

Haré que mi pueblo cante
ante vuestras asambleas.
El Pueblo de los Murciélagos
se colgará ante la puerta
de vuestras trojes vacías,
y tendréis de centinela
a la serpiente impasible
junto a una losa desierta.
¡Porque donde antes dormíais
dará fruto la Karela,

la amarga Karela!

No veréis mis asaltantes
cuando ataquen por sorpresa;
lo supondréis al oírlos
en medio de las tinieblas.
Antes que salga la luna,
os exigiré mi presa.
Tendréis de pastor al lobo
donde estaba antes la cerca.
¡Porque donde antes amabais,
germinará la Karela,
la amarga Karela!

Yo segaré vuestros campos
que sembró una turba inmensa;
espigaréis tras mis hoces,
buscando el pan de otras épocas.
Vuestros bueyes serán ciervos
junto a una punta barbecha.
¡Pues donde antes construíais
florecerá la Karela
la amarga Karela!

He soltado contra todos
la torcida enredadera.
¡Para chafar vuestras filas
he enviado a toda la Selva!
¡Los árboles..., ved, los árboles

están ahí ya, muy cerca!

Las vigas de vuestras casas

caerán en su presencia.

¡Y pronto os cubrirá a todos

la Karela,

la amarga Karela!

Los enterradores

Si llamáis a Tabaqui «hermano mío»

e invitáis a las hienas a comer,

podéis hacer una tregua con Jacala,

el vientre que corre a cuatro pies.

LEY DE LA SELVA

Los enterradores

Respetad a los ancianos!

Era una voz espesa, una voz fangosa que os hubiera dado escalofríos; una voz como algo blando partiéndose en dos. Había en ella una vibración; croaba y gemía a la vez.

-¡Respetad a los ancianos! ¡Compañeros ;, ñeros del Río, respetad a los ancianos!

En toda la ancha extensión del río no se veía nada más que una pequeña flota de barcazas, con velas cuadradas y clavijas de madera, cargadas de piedras para la construcción, que acababan de pasar bajo el puente del ferrocarril e iban corriente abajo.

Movieron sus toscos timones para evitar el banco de arena que había formado el agua al rozar contra los estribos del puente y, al pasar tres de frente. aquella voz horrible volvió a empezar.

-¡Brahmanes del Río..., respetad a los débiles ancianos!

Un barquero, sentado en la regala, se volvió, levantó una mano, dijo algo que no era precisamente una bendición, y los barcos siguieron adelante, crujiendo bajo la luz del crepúsculo. Aquel ancho río indio, que parecía una cadena de lagunas en vez de una corriente de agua, estaba tan liso como un cristal y reflejaba el cielo de color rojo arenoso en el centro, pero con manchas de color amarillo y morado oscuro junto a sus bajas orillas. En la temporada de lluvias se formaban arroyos que llegaban hasta el río, pero ahora se veían sus bocas secas por encima del nivel del agua. En la orilla izquierda y casi debajo del puente del ferrocarril había una aldea de barro y ladrillo, de ramas y cañas, cuya calle principal, llena de ganado que volvía a los establos, llegaba hasta el borde del río, terminando en un tosco embarcadero de ladrillo, donde la gente que quisiera lavarse podía entrar en el agua paso a paso. Era el ghaut de la aldea de Magar Ghaut.

La noche iba cayendo rápidamente sobre los campos de lentejas, arroz y algodón, en aquellas tierras bajas que el río inundaba todos los años; sobre los juncos que bordeaban el recodo de la curva y la selva enmarañada de los pastos que había tras los cañaverales inmóviles. Los papagayos y cuervos, que habían estado charloteando y gritando al tomar su bebida del atardecer, ya habían volado tierra adentro para descansar, cruzándose con los batallones de murciélagos que salían; y aparecieron nubes de pájaros acuáticos, silbando y graznando, en busca del abrigo de los cañaverales. Había gansos, con la cabeza en forma de barril y el lomo negro, trullos, cercetas, lavancos, tadorna, chorlitos, y algún que otro flamenco.

Una grulla-ayudante cerraba torpemente la marcha, volando como si cada aletada que daba fuera a ser la última.

-¡Respetad a los ancianos! ¡Brahmanes del Río... respetad a los ancianos!

El ayudante giró la cabeza a medias, se desvió un poco, siguiendo la dirección de la voz, y aterrizó muy tieso en el banco de arena que había bajo el puente. Entonces se pudo ver el aire de rufián que tenía aquel animal. El aspecto que ofrecía desde atrás era tremendamente respetable, pues medía casi dos metros y parecía más bien un pastor protestante calvo. Por delante era diferente, porque en la cabeza, que era a lo Ally Sloper, y en el cuello no tenía ni una sola pluma, y debajo de la barbilla tenía una bolsa horrible, hecha de pellejo, donde guardaba todo lo que conseguía robar con el pico, que era como un estilete. Las patas eran largas, finas y descarnadas, pero las movía con delicadeza y las contemplaba con orgullo al alisarse las plumas de la cola de color gris cenizo, mirar por encima de su hombro inclinado y ponerse rígido, en posición de «¡Firmes!».

Un chacal pequeño y sarnoso, que había estado ladrando de hambre encima de una cuesta, estiró las orejas y la cola, correteando entre las sombras para unirse al ayudante.

Pertenecía a lo más bajo de su casta (no es que los mejores chacales sirvan para mucho, pero éste era uno de los más bajos, al ser medio mendigo, medio delincuente), dedicado a limpiar los montones de basura de la aldea, extremadamente tímido o brutalmente valiente, un hambriento sempiterno y lleno de una astucia que nunca le hacía ningún bien.

-¡Bah! -dijo, sacudiéndose dolorosamente al caer-. ¡Ojalá la sarna roja destruya a

los perros de esta aldea! Tengo tres mordiscos por cada pulga que llevo encima, y todo porque he mirado (os aseguro que no he hecho más que mirar) un zapato viejo que había en un establo de vacas. ¿Podré comer barro?

Se rascó debajo de la oreja izquierda.

-He oído -dijo el ayudante con una voz como una sierra roma atravesando un tablón-, he oído que había un perrito recién nacido en ese mismo zapato.

-Hay palabras que son todo hoja y no tienen fruto -dijo el chacal, que había aprendido bastantes refranes escuchando a los hombres que hablaban en torno a las fogatas al anochecer.

-Muy cierto. Por eso, para ponerlo en claro, me hice cargo del perrito mientras los perros se encontraban en otro lugar atendiendo un asunto.

-Un asunto muy importante -dijo el chacal-. En fin, tendré que dejar pasar un tiempo antes de volver a la aldea en busca de sobras. Entonces, ¿era verdad que había un perrito ciego en ese zapato?

-Aquí está -dijo el ayudante, entornando los ojos por encima del pico en dirección a su buche lleno-. Es pequeño, pero resulta aceptable en estos tiempos en que la caridad ha muerto en el mundo.

-¡Ahai! El mundo es de hierro hoy día -gimoteó el chacal. En ese momento, sus ojos inquietos se fijaron en una pequeña ondulación del agua, y continuó apresuradamente-: La vida es dura para todos nosotros y estoy convencido de que incluso nuestro excelente amo, el Orgullo del Ghaut y la Envidia del Río...

-Un mentiroso, un adulador y un chacal han nacido los tres del mismo huevo -dijo el ayudante sin dirigirse a nadie en concreto, puesto que a él tampoco se le daba nada mal mentir cuando se tomaba la molestia de hacerlo.

-Sí, la Envidia del Río -repitió el chacal, alzando la voz-. Es indudable que incluso él se ha dado cuenta de que desde que han construido el puente la buena comida es más escasa. Pero también es cierto, aunque jamás me atrevería a decirlo ante su noble rostro, que él es tan sabio y virtuoso, todo lo contrario que yo...

-Cuando el chacal admite que es gris, ¡qué negro debe estar el chacal! -murmuró el ayudante. No se daba cuenta de lo que venía.

-... que nunca le faltará comida, por lo cual...

Se oyó un ruido leve, de algo que raspaba, como un barco tocando fondo en aguas poco profundas. El chacal giró bruscamente y se encaró (es mejor mirar siempre de frente) a la criatura de la que había estado hablando. Era un cocodrilo de casi ocho metros de largo, forrado de algo muy semejante a la chapa que se usa para hacer calderas, pero con triples remaches; clavos, crestas y refuerzos; las puntas amarillas de sus dientes superiores sobresalían justo por encima de la mandíbula inferior, hermosamente aflautada. Era el Magar de la aldea de Magar Ghaut, con su morro achatado y con más años que cualquier hombre de la aldea a la que había dado su nombre; el terror del vado del río, antes de que construyeran el puente del ferrocarril; asesino, devorador de hombres y fetiche local, todo en uno. Se quedó con la barbilla metida en el agua de la orilla, manteniéndose en su sitio gracias a una ondulación casi invisible de la cola, y el chacal sabía bien que una sacudida de la misma bastaba para sacar al Magar del río con la rapidez de una máquina de vapor.

-¡Feliz encuentro, Protector de los Pobres! -aduló, retrocediendo con cada palabra-. Oímos una voz deliciosa y vinimos con la esperanza de tener una conversación

placentera. Mi presunción desmesurada me ha llevado, por cierto, a hablar de vos mientras esperábamos. Espero que no hayáis alcanzado a oír lo dicho.

Quede claro que el chacal había hablado precisamente para que lo oyeran, pues sabía que la adulación era la mejor manera de conseguir comida, y el Magar sabía que el chacal había hablado con este fin, y el chacal sabía que el Magar lo sabía, y el Magar sabía que el chacal sabía que lo sabía, con lo cual estaban todos tan tranquilos.

El bicharraco, que ya estaba viejo, avanzó por la orilla jadeando, gruñendo y murmurando:

-¡Respetad a los débiles ancianos!

En todo momento le brillaban los ojos como ascuas bajo los Párpados pesados y callosos que coronaban su cabeza triangular, al tiempo que arrastraba aquel cuerpo hinchado como un barril entre sus patas curvadas. Luego se instaló y, aunque el chacal estaba muy acostumbrado a verlo, no pudo evitar un respingo, por centésima vez, al comprobar la exactitud con que el Magar imitaba a un tronco varado sobre la arena. Incluso se había molestado en colocarse formando con el agua el mismo ángulo en que quedaría un tronco a la deriva al encallar, teniendo en cuenta cómo era la corriente durante aquella época y en aquel lugar. Todo aquello no era más que cuestión de costumbre, por supuesto, porque el Magar se había acercado a la orilla por capricho; pero un cocodrilo nunca se acaba de conformar con lo que ha comido, y el chacal, de haberse dejado engañar por la semejanza, no hubiera vivido para poder filosofar sobre ella.

-Hijo mío, no he oído nada -dijo el Magar cerrando un ojo-. El agua me cubría, y además estaba desfallecido de hambre. Desde que han construido el puente del ferrocarril, las gentes de mi aldea han dejado de quererme; y eso me parte el corazón.

-¡Qué vergüenza! -dijo el chacal-. ¡Un corazón tan noble, además! Pero los hombres son todos iguales, en mi opinión.

-No, hay diferencias muy grandes, ciertamente -contestó el Magar con dulzura- Unos son tan flacos como el mástil de un barco. Otros son tan gordos como un cachorro de cha..., de perro. Jamás se me ocurriría vituperar a los hombres sin tener motivo. Los hay de todas las clases, pero los años me han demostrado que, en conjunto, son muy buenos. Hombres, mujeres y niños..., no tienen defectos para mí. Y tened en cuenta, hijo, que aquél que desprecia al mundo será despreciado por él.

-La adulación es peor que una lata vacía en el estómago, pero lo que acabamos de oír es sabiduría -dijo el ayudante bajando una pata.

-Admitid, sin embargo, que son ingratos con este ser excelente -empezó el chacal tiernamente.

-¡No, no, no es ingratitud! -dijo el Magar-. No piensan en los demás, simplemente. Pero me he dado cuenta, estando en mi puesto bajo el vado, de que las escaleras del puente nuevo son cruelmente difíciles de subir, tanto para los ancianos como para los niños. Los primeros, ciertamente, no son muy dignos de consideración, pero estoy desolado, verdaderamente desolado, en lo que se refiere a los niños que están gordos. Aun así, creo que dentro de poco, cuando haya pasado la novedad del puente, volveremos a ver a mis gentes chapoteando valerosamente para cruzar el vado con sus piernas marrones y desnudas. Entonces el viejo Magar se verá honrado de nuevo.

-Pero si yo he visto guirnaldas de caléndulas flotando en el borde del Ghaut hoy mismo, al mediodía -dijo el ayudante.

Las guirnaldas de caléndulas son una muestra de veneración en toda la India.

-Un error..., un error. Era la mujer del vendedor de dulces. Va perdiendo vista año tras año y no distingue entre un tronco y yo... el Magar del Ghaut. Me di cuenta de la equivocación cuando tiró la guirnalda, puesto que yo estaba justo al pie del Ghaut, y si ella hubiera dado un paso más podía haberle enseñado una pequeña diferencia. Pero su intención era buena y debemos valorar el verdadero sentido de la ofrenda.

-¿De qué sirven las guirnaldas de nenúfares cuando uno vive del estercolero? -dijo el chacal buscándose pulgas, pero sin perder de vista a su Protector de los Pobres.

-Cierto, pero aún no se ha visto el estercolero al que vaya a parar yo. Cinco veces he visto al río retroceder desde la aldea dejando tierra nueva al pie de la calle. Cinco veces he visto reconstruir la aldea sobre la orilla y aún la veré reconstruida cinco veces más. Yo no soy el Gavial infiel que se dedica a cazar peces hoy en Kasi y mañana en Prayag, como se suele decir, sino el leal y firme vigilante del vado. No es en vano, hijo, que la aldea lleve mi nombre, y «el que persevera», como se suele decir, «obtendrá, al fin, su recompensa».

-Yo llevo mucho tiempo perseverando, muchísimo tiempo, casi toda mi vida, y la única recompensa que he tenido han sido mordiscos y golpes -dijo el chacal.

-¡Ja, ja, ja! -gritó el ayudante-:

Nació en agosto el chacal;
las lluvias, al mes siguiente,
y dijo él, viendo el torrente:
«¡No recuerdo nada igual!»

El ayudante tiene una peculiaridad muy desagradable. Inesperadamente le dan unos ataques agudos de convulsiones y calambres en las piernas, y aunque a simple vista es más virtuoso que el resto de las grullas, las cuales son todas enormemente respetables, se entrega de lleno a unas danzas guerreras salvajes, revoloteando sobre sus zancos descabalados, entreabriendo las alas y sacudiendo la cabeza calva de arriba abajo; además, y tendrá sus motivos para ello, siempre hace que coincidan sus peores ataques con sus comentarios más ofensivos. Al llegar a la última palabra de su cancioncilla, volvió a ponerse en posición de «firmes», pareciendo entonces diez veces más ayudante que antes.

El chacal se encogió, aunque ya tenía cierta edad, pues había visto tres estaciones del año, pero uno no se puede ofender ante un insulto cuando quien lo ha dicho tiene un pico de casi un metro de largo y la fuerza para clavarlo como si fuera una jabalina. El ayudante era un cobarde notorio, pero el chacal era aún peor.

-Hay que vivir para aprender -dijo el Magar-y debo decir que los chacales jóvenes son muy abundantes, hijo, pero un cocodrilo como yo no es corriente. Aun así, no soy orgulloso, pues el orgullo es la destrucción; pero, fijaos bien, es obra del Destino, y contra el Destino nadie que nade, camine o corra debe levantar la voz. Yo estoy bien conforme con el Destino. Teniendo buena suerte, buena vista, y la costumbre de comprobar que las calas y remansos tienen salida antes de meterse en ellos, se puede hacer mucho.

-Una vez me contaron que el propio Protector de los Pobres cometió un error dijo

el chacal con saña.

-Cierto, pero mi Destino me ayudó en aquella ocasión. Era antes de haber llegado a mi tamaño actual, en la anterior a las tres últimas hambres (¡por las dos orillas del Gunga!, ¡qué llenas estaban las aguas en aquellos tiempos!). Sí, yo era joven e insensato, y al llegar la inundación me puse más contento que nadie. Me conformaba con muy poco por aquel entonces. La aldea estaba anegada y nadé por encima del Ghaut, avanzando tierra adentro hasta los campos de arroz, que estaban llenos de un barro estupendo. También recuerdo un par de pulseras (eran de cristal y me dieron no pocos trastornos) que encontré aquella tarde. Sí, pulseras de cristal; y si la memoria no me falla, un zapato. Hubiera debido arrancar los dos zapatos, pero tenía hambre. Más tarde aprendí la lección. Sí. Comí, pues, y descansé; pero cuando me hallé dispuesto a volver al río, las aguas habían bajado y me paseé por el barro de la calle principal. ¿Quién lo hubiera hecho? Salieron todas mis gentes, sacerdotes, mujeres y niños, y yo los miré con benevolencia. El barro no es buen sitio para luchar. Un barquero dijo: «Coged hachas y matadlo, porque es el Magar del vado». «No es cierto», dijo el brahmán. «¡Mirad, se lleva la inundación por delante! Es el Señor de la aldea.» Entonces me arrojaron muchas flores y uno de ellos tuvo la feliz ocurrencia de ponerme una cabra en mitad del camino.

-¡Qué rica..., qué riquísima está la cabra! -dijo el chacal.

-Es peluda, demasiado peluda, y cuando uno se la encuentra en el agua es más que probable que lleve oculto un anzuelo en forma de cruz. Pero aquella cabra la acepté, y bajé hasta el Ghaut entre grandes honores. Más adelante, mi Destino me envió al barquero que había querido cortarme la cola con un hacha. Se le encalló el barco en un alfaque, que había antes, que vosotros no recordaréis.

-No todos los que estamos aquí somos chacales -dijo el ayudante-. ¿Era el alfaque en que se hundieron los barcos que cargaban piedras, el año de la gran sequía..., un alfaque alargado que resistió a tres inundaciones?

-Había dos -dijo el Magar-; un alfaque superior y otro inferior.

-Sí, lo había olvidado. Estaban separados por un canal que luego se secó de nuevo -dijo el ayudante, que se preciaba de tener buena memoria.

-En el alfaque inferior encalló la embarcación del hombre que tan bien me quería. Estaba durmiendo en la proa y, sin haber despertado del todo, saltó fuera, con el agua por la cintura..., no, sólo le llegaba a las rodillas..., para empujar. Su barco vacío siguió adelante y volvió a varar en la siguiente bordada, tal y como iba el río entonces. Yo lo seguí porque sabía que saldrían hombres para arrastrarlo hasta la playa.

-¿Y salieron? -dijo el chacal, bastante sorprendido. Aquellos métodos de caza le habían dejado admirado.

-En aquel lugar y algo más abajo. Yo no seguí avanzando, pero sólo con aquello conseguí tres en un mismo día..., manjis (barqueros) bien alimentados todos ellos y, excepto en el caso del último (con el que cometí un descuido), no hubo ni un grito que avisara a los que estaban en la orilla.

-¡Ah, qué modo de cazar! ¡Pero cuánta astucia y buen criterio requiere! -dijo el chacal.

-No se trata de tener astucia, hijo, sino de pensar. Pensar un poco en la vida es como echar sal al arroz, según dicen los barqueros, y yo siempre he pensado mucho. Mi primo, el gavial, el comedor de peces, me ha contado lo que le cuesta seguirlos y lo distintos que son unos de otros, y que tiene que conocerlos a todos, tanto juntos como

separados. Para mí, eso es tener sabiduría; pero, por otra parte, mi primo, el gavial, vive entre sus gentes. Mis gentes no nadan en grupos, con la boca fuera del agua, como hace Rewa, ni suben constantemente a la superficie del agua a tumbarse de lado, como Mohoo y el pequeño Chapta; ni se reúnen en los bancos de arena después de las inundaciones, como Batchua y Chilwa.

-Todos son manjares deliciosos -dijo el ayudante, castañeteando el pico.

-Eso dice mi primo, y arma mucho revuelo cuando los caza, pero no trepan por las orillas huyendo de su morro afilado. Mis gentes son otra cosa. Viven encima de la tierra, en casas, entre el ganado. Yo tengo que saber lo que están haciendo y lo que están a punto de hacer; y añadiendo la cola a la trompa, como se suele decir, tengo el elefante entero. ¿Hay una rama verde y un anillo de hierro colgando encima de una puerta? El viejo Magar sabe que en esa casa ha nacido un niño que acabará bajando al Ghaut a jugar un día. ¿Se va a casar una doncella? El viejo Magar lo sabe, pues ve pasar a los hombres trayendo y llevando regalos; y ella también baja al Ghaut a bañarse antes de su boda, y... él está allí. ¿El río ha cambiado su curso y ha hecho tierra nueva donde sólo había arena? El Magar lo sabe.

-Bien, ¿y de qué sirve esa sabiduría? -dijo el chacal-. El río ha cambiado incluso durante mi corta vida.

Los ríos indios se mueven en sus cauces casi constantemente, y a veces se desvían entre tres y cinco kilómetros en una sola estación, anegando los campos de una orilla y dejando tierras fértiles en la otra.

-No hay una sabiduría más útil -dijo el Magar-, ya que los terrenos nuevos traen discusiones nuevas. El Magar lo sabe. Ay, que si lo sabe... En cuanto el agua se ha retirado, sube por los arroyuelos en los que los hombres creen que no cabe ni un perro, y allí espera. Al poco rato aparece un granjero diciendo que va a plantar pepinos aquí y melones allí, en la nueva tierra que le ha dado el río. Tantea el buen lodo con sus pies desnudos. En seguida llega otro diciendo que pondrá cebollas, zanahorias y caña de azúcar en tal y tal sitio. Se encuentran, como dos barcos a la deriva, y se miran moviendo los ojos en todas las direcciones bajo el gran turbante azul. El viejo Magar observa y escucha. Se llaman «hermano» uno al otro y empiezan a acotar la tierra nueva. El Magar corre con ellos de un punto a otro, arrastrándose muy pegado al barro. ¡Ahora empiezan a discutir! ¡Ahora se dicen insultos! ¡Ahora se arrancan los turbantes! Ahora levantan los lathis (garrotes) y, finalmente, uno cae de espaldas en el barro y el otro sale corriendo. Cuando vuelve, la disputa ha quedado zanjada, como puede atestiguar el bambú ribeteado de hierro del perdedor. Sin embargo, no se muestran agradecidos con el Magar. No..., gritan: «¡Asesino!» y sus familias luchan con palos, veinte en cada lado. Mi gente es buena gente..., Jats de las montañas..., Malwais del Bet. No dan golpes a lo tonto y, tras la lucha, el viejo Magar espera en el río, mucho más abajo, donde no pueden verlo desde la aldea, detrás de los rastrojos de kikar que hay por allí. Entonces van bajando ocho o nueve de ellos bajo las estrellas, mis Jats de anchos hombros, llevando al hombre muerto encima de una cama. Son hombres viejos, con barbas grises y una voz tan profunda como la mía. Encienden un pequeño fuego..., ¡ah, qué bien conozco ese fuego!..., y beben tabaco, asintiendo todos a la vez y en circulo, o moviendo la cabeza a un lado, hacia el muerto, en la orilla. Dicen que las leyes inglesas vendrán con una cuerda para solucionar la cuestión, y que la familia de tal y cual hombre va a caer en la vergüenza, porque tal y cual hombre debe ser ahorcado en el gran patio de la cárcel Entonces dicen los amigos

del muerto: ¡Que lo ahorquen!, y la charla vuelve a empezar desde el principio..., una, dos, veinte veces durante toda la noche. De repente dice uno, por fin: «La lucha ha sido justa. Aceptemos un precio por el derramamiento de sangre, un poco más de lo que ofrece el asesino, y no se hable más.» Entonces se ponen a regatear el precio, porque el muerto era un hombre fuerte que deja muchos hijos. Pero aún antes del amratvela (amanecer), lo queman un poco, según la costumbre, y el muerto viene a parar a mí, y él sí que no dice nada sobre el asunto. ¡Ay, hijos míos, el Magar lo sabe..., el Magar lo sabe... y mis Malwais Jats son muy buena gente!

-¡Son demasiado tacaños..., demasiado mezquinos para satisfacer mi buche -graznó el ayudante-. No malgastan el barniz en los cuernos de la vaca, como se suele decir; y además,

¿qué se puede aprovechar en un sitio por el que ha pasado un Malwai?

-Ah, yo..., ¡los aprovecho a ellos! -dijo el Magar.

-Pues, en Calcuta del Sur, en los viejos tiempos -siguió el ayudante-, lo tiraban todo a la calle y hasta podíamos elegir. ¡Esos sí que eran buenos tiempos! Pero hoy día, tienen las calles tan limpias como la cáscara de un huevo, y mi gente huye volando. Una cosa es ser limpio; pero quitar el polvo, barrer y regar siete veces al día aburre hasta a los mismísimos dioses.

-Un chacal de las tierras bajas, que lo sabía por su hermano, me contó que en Calcuta del Sur todos los chacales estaban tan gordos como las nutrias en época de lluvias -dijo el chacal, haciéndosele la boca agua sólo de pensarlo.

-Ah, pero allí están los caras blancas, los ingleses, que tienen unos perros traídos en barco de un sitio río abajo, perros grandes y gordos, para mantener delgados a esos chacales -dijo el ayudante.

-Entonces, ¿tienen el corazón tan duro como esta gente? La verdad es que no me extraña. Ni la tierra, ni el cielo, ni el agua son caritativos con el chacal. La estación anterior, después de las lluvias, vi las tiendas de campaña de un cara blanca y cogí una brida amarilla, que estaba nueva, para comérmela. Los caras blancas no preparan el cuero como es debido. Me puse muy enfermo.

-Lo mío fue peor -dijo el ayudante-. Cuando tenía tres estaciones y era un pájaro joven y atrevido, fui al río, al sitio por el que entran los barcos grandes. Los barcos de los ingleses son tres veces más grandes que esta aldea.

-Este ha llegado a Delhi y viene contando que los de allí andan cabeza abajo -murmuró el chacal.

El Magar abrió el ojo derecho y miró al ayudante fijamente.

-Es cierto -insistió el pajarraco-. Un mentiroso miente cuando quiere que le crean. Nadie que no haya visto esos barcos podría creerse esta verdad.

-Eso es más razonable -dijo el Magar-. ¿Y qué ocurrió?

-De las entrañas de un barco estaban sacando unos trozos grandes de algo blanco que al poco tiempo se convertía en agua. Se iba rompiendo y muchos de los trozos se cayeron en la orilla; el resto lo metieron rápidamente en una casa con paredes gruesas. Pero un barquero, que se reía, cogió un trozo no mayor que un cachorro de perro y me lo tiró. Yo, como todos los míos, trago sin reflexionar, y me tragué aquello, siguiendo nuestra costumbre. Inmediatamente, sentí un frío enorme que, empezando en el buche, me iba bajando hasta llegar a la punta de las patas, y me dejó sin habla, mientras los barqueros se reían de mí. En mi vida he sentido un frío semejante. El dolor y el

aturdimiento me hicieron brincar, hasta que logré recuperar el aliento; y entonces volví a brincar, protestando a gritos contra la falsedad de este mundo; y los barqueros se burlaron de mí hasta caer por los suelos. Lo más asombroso de todo el asunto, dejando aparte aquel frío tan peculiar, fue que, cuando terminé mis lamentaciones, ¡no tenía absolutamente nada dentro del buche!

El ayudante había descrito lo mejor que había podido sus sensaciones después de haberse tragado un pedazo de hielo de tres kilos, sacado del lago Wenham y transportado por un barco frigorífico norteamericano, en la época en que Calcuta aún no tenía maquinaria para fabricar hielo; pero como no sabía lo que era el hielo, y como el Magar y el chacal lo sabían menos todavía, la historia perdió emoción.

-Cualquier cosa -dijo el Magar volviendo a cerrar el ojo izquierdo, cualquier cosa es posible si sale de un barco que es tres veces mayor que Magar-Ghaut. Mi aldea no es precisamente pequeña.

Se oyó un pitido encima del puente y el tren correo de Delhi se deslizó sobre él con todos sus vagones iluminados y brillantes, y las sombras lo siguieron fielmente por el río. Volvió a perderse en la oscuridad, chirriando, pero el Magar y el chacal estaban tan acostumbrados a él, que ni siquiera volvieron la cabeza.

-¿Acaso eso es menos maravilloso que un barco tres veces mayor que Magar-Ghaut? -dijo el pájaro levantando la cabeza.

-Eso lo he visto construir, hijo. Piedra a piedra he visto cómo se iban elevando los estribos del puente, y cuando los hombres se caían (la mayoría tenían unos pies extraordinariamente firmes... pero, en fin, cuando se caían) yo estaba al tanto. Una vez que acabaron el primer estribo, no volvieron a ocuparse de buscar el cuerpo río abajo para quemarlo. Esa fue otra ocasión en que les resulté muy útil. No tuvo nada de extraño la construcción del puente -dijo el Magar.

-Pero eso que pasa por encima, tirando de los carros con techo, ¡eso sí que es extraño! -repitió el ayudante.

-Es, sin duda alguna, una nueva raza de bueyes. Pero algún día resbalará cuando esté ahí arriba y caerá como hicieron los hombres. Entonces, el viejo Magar estará al tanto.

El chacal miró al ayudante y el ayudante miró al chacal. Si había algo de lo que estaban completamente seguros era de que la locomotora podía ser cualquier cosa del mundo entero, menos un buey. El chacal se había fijado en ella una y otra vez, desde los arbustos de áloe que había al borde de la línea, y el ayudante llevaba viendo locomotoras desde que habían aparecido las primeras en la India. Pero el Magar sólo la había visto desde abajo, con lo cual la cúpula de bronce se parecía bastante a la joroba de un buey.

-Mmm..., sí, una nueva clase de buey -repitió el Magar gravemente, como para convencerse a sí mismo; y el chacal dijo:

-Por supuesto que es un buey.

-Aunque también puede ser... -empezó el Magar, con aire áspero.

-Por supuesto..., por supuesto -dijo el chacal, sin esperar a que terminara de hablar el otro.

-¿Qué? -dijo el Magar furioso, pues se daba cuenta de que los otros sabían más que él-. ¿Qué es lo que puede ser? Yo todavía no había terminado de hablar. Habías dicho que era un buey.

-Lo que complazca al Protector de los Pobres. Yo soy su sirviente, no el sirviente

de eso que cruza el río.

-Sea lo que sea, es cosa de los caras blancas -dijo el ayudante-, y en cuanto a mí se refiere, este banco de arena está demasiado cerca de él.

-Vosotros no conocéis a los ingleses como yo -dijo el Magar-. Cuando estaban construyendo el puente, hubo aquí un cara blanca y, al anochecer, cogía un barco y arrastraba los pies por las tablas del fondo y susurraba: «¿Está ahí? ¿Está ahí? Traedme la escopeta». Yo le oía antes de verle..., todos los ruidos que hacía..., crujidos, resoplidos, golpes con la escopeta, mientras subía y bajaba por el río. En cuanto yo me llevaba a uno de sus trabajadores, evitando así un gran gasto en leña para quemarlo, bajaba al Ghaut y decía a gritos que iba a cazarme y librar al río de mí..., ¡el Magar de Magar Ghaut! ¡De mí! Hijos, estuve nadando bajo el fondo de su barco durante horas y horas, oyéndole disparar su escopeta a los troncos; y cuando estuve bien seguro de su agotamiento, salí del agua a su lado, y le chasqueé los dientes
delante de sus propias narices. Cuando terminaron el puente, se marchó. Todos los ingleses cazan así, menos cuando ellos se convierten en presa.

-¿Quién caza a los ingleses? -ladró el chacal agitadamente.

-Ahora, nadie, pero yo los he cazado en mis tiempos.

-Recuerdo algo de esa Cacería. Yo era joven entonces -dijo el ayudante, castañeteando el pico de forma significativa.

-Yo ya estaba bien asentado aquí. Estaban construyendo mi aldea por tercera vez, según recuerdo, cuando mi primo, el gavial, me trajo noticias de unas aguas excelentes, más arriba de Benarés Al principio no quería ir, porque mi primo, que es un comedor de peces, no siempre distingue entre lo bueno y lo malo; pero oí a mis gentes hablando al anochecer y lo que dijeron me convenció.

-¿Y qué dijeron? -preguntó el chacal.

-Dijeron lo suficiente para hacer que yo, el Magar de Magar Ghaut, saliera del agua y echara a andar. Fui de noche, usando arroyos diminutos siempre que podía, pero estaba empezando la estación cálida y todos llevaban poca agua. Crucé caminos polvorientos; me metí entre hierbas altas; subí cuestas a la luz de la luna. Incluso trepé por las rocas, hijos..., tened esto bien presente. Crucé el extremo del Sirhind, el que no lleva agua, antes de dar con la serie de riachuelos que fluyen hacia el Gunga. Estaba a un mes de distancia de mis gentes y del río que yo conocía. ¡Aquello fue asombroso!

-¿Qué comida había por el camino? -dijo el chacal, que tenía el alma en el estómago y no le habían impresionado lo más mínimo las andanzas por tierra del Magar.

-La que pude encontrar..., primo -dijo el Magar lentamente, arrastrando cada sílaba.

Hay que tener en cuenta que, en la India, no se llama a un hombre primo a no ser que se pueda establecer algún parentesco, y, como no se ha visto que un Magar se case con un chacal más que en los cuentos de hadas antiguos, el chacal comprendió por qué motivo había sido ascendido, entrando a formar parte de la familia del Magar. Si hubieran estado solos no le hubiera importado, pero los ojos del ayudante brillaron de alegría al oír aquella broma malvada.

-Claro, Padre; no sé cómo no se me ha ocurrido -dijo el chacal.

A un cocodrilo no le hace ninguna gracia que le llamen padre de chacales, lo cual dejó muy claro el Magar de MagarGhaut... además de decir muchas otras cosas que no es necesario repetir aquí.

-El Protector de los Pobres ha establecido un parentesco. ¿Cómo voy a acordarme del grado exacto? Aún es más, comemos lo mismo. El lo ha dicho -fue la respuesta del chacal.

Aquello empeoró bastante las cosas, ya que lo que el chacal había insinuado era que, durante su marcha terrestre, el Magar habría tomado comida fresquísima todos los días, en lugar de llevarla consigo hasta que estuviera en su punto, como hace todo cocodrilo que se precie y la mayoría de los animales salvajes, siempre que puedan. Por cierto, uno de los peores insultos que circulan por el cauce del río es «comedor de carne fresca». Es casi como llamar caníbal a un hombre.

-Aquello sucedió hace treinta estaciones -dijo el ayudante tranquilamente-. Aunque hablemos durante treinta estaciones más, no volverá a suceder. Contadnos, pues, qué ocurrió al llegar a las buenas aguas después de vuestro viaje terrestre, tan maravilloso. Si escucháramos a los chacales cada vez que aúllan, las actividades de la aldea se detendrían, como se suele decir.

El Magar debió agradecer aquella interrupción, puesto que continuó precipitadamente:

-¡Por las dos orillas del Gunga! ¡Jamás había visto unas aguas semejantes!

-Entonces, ¿eran mejores que las de las inundaciones de la última estación?

-¡Mejores! Esas inundaciones fueron iguales que las que llegan cada cinco años..., un puñado de forasteros ahogados, alguna gallina, y un buey muerto que se queda en el barro debido a las corrientes cruzadas. Pero en la estación a la que me refiero, el río estaba bajo, manso, siempre al mismo nivel, y, como ya me había advertido el gavial, los ingleses muertos bajaban por él pegados unos a otros. En esa estación sí que crecí... a lo ancho y a lo largo. Desde Agra, cerca de Etawah y el ensanchamiento de la aguas a la altura de Allahabad...

-¡Ah, el remolino que se formó bajo los muros del fuerte de Allahabad! -dijo el ayudante-. Se metían en él como las cercetas en los cañaverales, y daban vueltas y más vueltas..., ¡así!

Volvió a bailar aquella danza tan horrible, al tiempo que el chacal miraba con envidia. Él, lógicamente, no podía acordarse del año del Motín del que hablaban, que fue terrible. El Magar siguió:

-Si, en Allahabad se podía estar tumbado en el agua mansa, dejando pasar a veinte hasta elegir uno; y lo mejor era que los ingleses no iban cargados de joyas, de aros en la nariz y en los tobillos, como van mis mujeres hoy día. Aficionarse a los adornos es acabar con una soga de collar, como se suele decir. Todos los cocodrilos de todos los ríos crecieron entonces, pero mi Destino me hizo ser el más gordo de todos. ¡Se decía que perseguían a los ingleses para arrojarlos a los ríos, y, ¡por las dos orillas del Gunga!, nosotros pensamos que era cierto. Cuanto más bajaba hacia el Sur más me lo creía; y me dejé llevar por la corriente hasta más allá de Monghyr y las tumbas que dan al río.

-Conozco ese lugar -dijo el ayudante-. Desde aquellos días, Monghyr es una ciudad perdida. Muy pocos viven allí ahora.

-A partir de allí subí contra corriente, muy lenta y perezosamente, y algo más arriba de Monghyr bajaba un barco lleno de caras blancas... ¡vivos! Eran, según recuerdo, mujeres tumbadas bajo una tela sostenida por unos palos, y lloraban a gritos. En aquellos tiempos, a los vigilantes de los vados no nos disparaban ni un solo tiro. Todas las escopetas estaban ocupadas en otros sitios. Las oíamos día y noche, tierra adentro, yendo

y viniendo según cambiaba el viento. Me enderecé del todo, apoyado en el barco, porque nunca había visto a los caras blancas vivos, aunque los conocía bien..., de otra manera. Un niño blanco, desnudo, estaba arrodillado junto al costado del barco e, inclinándose sobre él, intentaba meter las manos en el río a toda costa. Es bonito ver lo que le gusta a un niño que el agua fluya. Yo había comido aquel día, pero aún me quedaba un pequeño hueco. De todas formas, subí hacia las manos del niño para divertirme, no para comer. Era un blanco tan fácil que ni siquiera miré al cerrar la boca, pero eran tan pequeñas que, aunque las tuve entre mis quijadas (de eso estoy seguro), el niño las levantó rápidamente sin recibir daño. Debieron pasar entre los dientes... aquellas manos blancas tan pequeñas. Tenía que haberle cogido de través, por los codos; pero, como he dicho, había salido del agua simplemente por divertirme y para ver cosas nuevas. En el barco empezaron a gritar uno detrás de otro y en seguida volví a salir para verlos. La embarcación pesaba demasiado para hacerla volcar. Sólo había mujeres, pero el que se fíe de una mujer acabará intentando andar sobre el verdín de un estanque, como se suele decir; y ¡por las dos orillas del Gunga, que es verdad!

-Una vez, una mujer me dio piel de pescado seca -dijo el chacal-. Lo que yo quería era cogerle el hijo, pero es mejor la comida del caballo que su coz, como se suele decir. ¿Qué hizo vuestra mujer?

-Me disparó con un arma corta que no había visto entonces ni he vuelto a ver después. Cinco tiros, todos seguidos el Magar debió haberse cruzado con un revólver antiguo; y yo me quedé con la boca abierta, atónito, la cabeza envuelta en humo. En mi vida había visto nada igual. Cinco veces, con la misma rapidez con que yo muevo la cola..., ¡así!

El chacal, al que cada vez iba interesando más la historia, saltó hacia atrás justo a tiempo, en el momento en que la cola pasaba a su lado como una guadaña.

-No antes del quinto disparo -dijo el Magar como si no se le hubiera pasado por la cabeza asustar a uno de sus oyentes-, no antes del quinto disparo, me sumergí, volviendo a salir a tiempo para oír a uno de los barqueros decir a todas aquellas mujeres blancas que yo estaba muerto sin duda alguna. Una de las balas se me había incrustado bajo una escama del cuello. No sé si aún sigue ahí, puesto que no puedo girar la cabeza. Ven a verlo, hijo. Así se demostrará que mi relato es cierto.

-¿Yo? -dijo el chacal-. ¿Acaso un comedor de zapatos viejos, un rompedor de huesos, puede dudar de la palabra de la Envidia del Río? ¡Que me coman la cola los cachorros ciegos si la sombra de una idea semejante ha pasado por mi pobre mente! El Protector de los Pobres se ha dignado informarme, a mí, su esclavo, de que una vez en su vida ha sido herido por una mujer. Con eso basta, y contaré la historia a todos mis hijos sin pedir pruebas.

-Hay ocasiones en que la urbanidad excesiva puede ser peor que la descortesía excesiva, porque, como se suele decir, se puede ahogar a un invitado incluso con cuajada. No deseo que ninguno de tus hijos sepa que el Magar de Magar-Ghaut recibió su única herida de una mujer. Tendrán otras muchas cosas en que pensar si consiguen su carne de una forma tan miserable como su padre.

-¡Eso ya está olvidado! ¡No se ha dicho nunca! ¡Nunca ha existido una mujer blanca! ¡No hubo barco alguno! No sucedió absolutamente nada.

El chacal movió su cola para demostrar de qué forma tan absoluta había quedado borrado de su memoria todo aquello, y se sentó con muchos aires.

La verdad es que sucedieron muchas cosas dijo el Magar, que había fallado en su segundo intento de superar en astucia a su amigo.

(Ninguno de los dos tenía mala intención, sin embargo. Comer y ser comido era la ley que imperaba en todo el río, y el chacal siempre se acercaba a coger su parte de las sobras cuando el Magar terminaba de comer.)

-Dejé allí aquel barco y fui aguas arriba, y al llegar a Arrah, a los remansos que tiene detrás, se acabaron los ingleses muertos. El río se quedó vacío durante un rato. Entonces llegaron uno o dos muertos, con chaquetas rojas, no ingleses, sino de una misma clase todos (hindúes y purbeeahs); luego cinco o seis de frente, y al final, desde Arrah hasta el Norte, más allá de Agra, daba la sensación de que aldeas enteras se habían echado al agua. Salían de los arroyuelos uno detrás de otro, igual que bajan los troncos con las lluvias. Cuando el río subía, ellos también, elevándose en grupo de los alfaques en los que habían yacido; y la inundación que bajaba los arrastraba mientras iba a través de los campos y los bosques, cogidos del pelo. Toda la noche, además, hacia el Norte, estuve oyendo disparos y, de día, pisadas de hombres calzados cruzando ríos y el ruido que hace un carro pesado al rozar la arena bajo el agua; y cada olilla traía más muertos. Incluso acabé teniendo miedo, porque me decía: «Si a los hombres les ocurre esto, ¿cómo va a escapar el Magar de Magar-Ghaut?» También había barcos que se me acercaban por detrás sin velas, ardiendo sin parar, como hacen a veces los barcos de algodón, pero sin hundirse.

-¡Ah! -dijo el ayudante-. Hay barcos como esos que llegan a Calcuta del Sur. Son altos y negros, y golpean el agua con una cola que tienen, y son...

-Tres veces mayores que mi aldea. Mis barcos eran bajos y blancos; golpeaban el agua a los lados y no eran mayores de lo que deben ser los barcos de aquél que dice la verdad. Me dieron mucho miedo, así que salí del agua y volví a este río mío escondiéndome de día y avanzando de noche cuando no lograba encontrar arroyos que me sirvieran. Volví a mi aldea, pero no esperaba hallar en ella a mis gentes. Sin embargo, estaban arando sembrando y segando, yendo de aquí para allá por sus campos igual de tranquilos que su ganado.

-¿Aún quedaba buena comida en el río? -dijo el chacal.

-Más de la que podía desear. Incluso yo..., que no como precisamente barro..., incluso yo estaba cansado, y, según recuerdo, algo asustado, ante aquella bajada constante de hombres silenciosos. Oí decir a mis gentes de la aldea que todos los ingleses habían muerto; pero aquellos que venían, boca abajo, con la corriente, no eran ingleses, como ellos mismos podían ver. Entonces mis gentes decidieron que lo mejor era no decir nada de nada, seguir pagando el impuesto y arando la tierra. Al cabo de mucho tiempo, el río se fue vaciando, y aquellos que bajaban por él eran claramente ahogados procedentes de las inundaciones como pude comprobar a simple vista; y aunque entonces dejó de ser tan fácil conseguir comida, yo me alegré cordialmente. Matar de cuando en cuando no es malo.., pero incluso el Magar se acaba hartando, como se suele decir.

-¡Maravilloso! ¡Verdaderamente maravilloso! -dijo el chacal-. He engordado simplemente con oír hablar de tanta buena comida. Y después, si se me permite preguntarlo, ¿qué hizo el Protector de los Pobres?

-Me dije a mí mismo (y, ¡por las dos orillas del Gunga!, que tengo ese juramento metido entre los dientes), me dije que jamás volvería a vagar por ahí. Por eso me he quedado a vivir junto a Ghaut, bien cerca de mis gentes, a quienes he vigilado año tras

año; y me quieren tanto que me tiran guirnaldas de caléndulas cada vez que asomo la cabeza. Sí, y mi Destino ha sido muy bueno conmigo, y el río ha tenido la benevolencia de respetar a mi pobre y débil persona; aunque...

-Nadie es feliz desde el pico hasta la cola -dijo el ayudante comprensivamente-. ¿Qué más necesita el Magar de Magar Ghaut?

-Aquel niño blanco que no pude conseguir -dijo el Magar con un suspiro profundo-. Era muy pequeño, pero no me he olvidado de él. Ahora estoy viejo, pero, antes de morir, me gustaría hacer una cosa más. Es cierto que son una gente torpe, ruidosa y atontada, y que sería una caza poco importante, pero aún recuerdo los viejos tiempos en que estuve más allá de Benarés, y si el niño vive, también lo recordará. Puede que se dedique a subir y bajar por la orilla de algún río, contando que una vez pasó las manos entre los dientes del Magar de Magar Ghaut, y que ha vivido para contarlo. Mi Destino ha sido muy bueno conmigo, pero eso me obsesiona y a veces sueño con ello..., la idea de aquel niño blanco en la proa de aquel barco...

Bostezó y cerró las quijadas.

-Y ahora voy a descansar y pensar. No hagáis ruido, hijos míos, y respetad a los ancianos.

Se volvió, moviéndose con rigidez, y subió lentamente hasta lo alto del banco de arena, al tiempo que el chacal retrocedía junto al ayudante, refugiándose bajo un árbol solitario que había en el extremo más cercano al puente del ferrocarril.

-Aquélla sí que era una vida agradable y provechosa -dijo sonriendo el chacal, mirando de forma inquisitiva a un pájaro que tenía encima, a bastante altura-. Y ni una sola vez, oídme bien, se ha dignado decirme en qué parte de las orillas puede haber quedado algo de comida. Sin embargo, yo a él le he contado cien veces que bajaban cosas buenas revolcándose en las aguas. ¡Qué cierto es ese refrán que dice: «Todos se olvidan del chacal y del barbero después de haberles sacado las noticias»! ¡Y encima se va a dormir! ¡Arr!

-¿Cómo va a cazar un chacal con un cocodrilo? -dijo el ayudante fríamente-. Entre un ladrón y un ratero, es fácil adivinar quién se queda con los desperdicios.

El chacal se volvió gimoteando impacientemente, y estaba a punto de acurrucarse bajo el tronco del árbol, cuando de repente dio un respingo y miró por entre las ramas ajadas, en dirección al puente que tenía casi encima de la cabeza.

-¿Qué pasa ahora? -dijo el ayudante, desplegando las alas con inquietud.

-Ya lo veremos. El viento sopla desde nosotros hacia ellos, pero esos dos hombres no nos buscan a nosotros...

-Ah, ¿son hombres? Mi oficio me protege. Toda la India sabe que soy sagrado.

Al ayudante, por ser un basurero de primera clase, se le permite moverse a sus anchas. con lo cual el nuestro ni se inmutó.

-Yo no merezco que me golpee nada más importante que un zapato viejo -dijo el chacal, poniéndose a escuchar otra vez-. ¡Atento al ruido de ese paso! -continuó- No es cuero campesino, sino el pie calzado de un cara blanca. ¡Escuchad ahora! ¡Hierro chocando con hierro! ¡Es una escopeta! Amigo mío, ¡esos ingleses torpes y atontados han venido a hablar con el Magar!

-Avisadle, pues. Hace muy poco tiempo, alguien parecido a un chacal famélico le llamaba el Protector de los Pobres.

-Dejemos que mi primo se ocupe de su propio pellejo. Me ha dicho una y otra vez

que con los caras blancas no hay nada que temer. Estos tienen que ser caras blancas. Ni un solo aldeano de Magar-Ghaut se atrevería a venir tras él. ¿Lo veis? ¡Ya os había dicho que era una pistola! Ahora, con un poco de suerte, comeremos antes del amanecer. No oye bien cuando está fuera del agua, y..., ¡esta vez no se trata de una mujer!

Un cañón pulido relució un instante a la luz de la luna, encima de los durmientes. El Magar estaba echado encima del banco de arena, tan quieto como su propia sombra, las patas delanteras algo separadas, la cabeza caída entre ellas, roncando como un... cocodrilo.

Una voz sobre el puente susurró:

-Es un ángulo extraño.., casi perpendicular..., pero a bocajarro. Es mejor apuntar detrás del cuello. ¡Qué barbaridad! ¡Menudo bicho! Pero los de la aldea se van a enfurecer si muere. Es el deota (Señor) de estos lugares.

-Me importa un bledo -contestó otra voz-; se llevó como unos quince de mis mejores culíes mientras el puente estaba en construcción, y ya va siendo hora de que alguien le pare los pies. Llevo semanas metido en un barco persiguiéndolo. Ten el Martini preparado para cuando le haya vaciado los dos cañones de esto encima.

-Cuidado con el culatazo, entonces. Un disparo doble con un calibre cuatro no es ninguna broma.

-Eso ya lo decidirá él. ¡Ahí va!

Se oyó un estruendo como el de un cañón pequeño (las escopetas grandes que se usan para cazar elefantes no son muy distintas de algunas piezas de artillería), y una llamarada doble, seguida del chasquido seco de un Martini, cuya bala larga atraviesa fácilmente las escamas de un cocodrilo. Pero las balas explosivas ya habían cumplido. Una de ellas le dio al Magar justo detrás del cuello y la otra estalló un poco más abajo, al principio de la cola. En noventa y nueve casos de cada cien, un cocodrilo mortalmente herido consigue arrastrarse hasta aguas profundas y escapar; pero el Magar de Magar-Ghaut estaba literalmente roto en tres pedazos. Apenas movió algo la cabeza antes de quedar sin vida, igual de tieso que estaba el chacal.

-¡Rayos y truenos! ¡Truenos y rayos! -dijo aquel animalejo miserable- ¿Por fin se ha caído la cosa esa que arrastra los carros con techo por encima del puente?

-No es más que una escopeta -dijo el ayudante, aunque le temblaban hasta las plumas de la cola-. Nada más que una escopeta. Está bien muerto. Ahí vienen los caras blancas.

Los dos ingleses habían bajado del puente rápidamente, llegando hasta el banco de arena, donde estaban admirando la longitud del Magar. Entonces, un indígena con un hacha le cortó la cabeza enorme, y los cuatro hombres lo arrastraron por el alfaque.

-La última vez que tuve la mano dentro de la boca de un cocodrilo -dijo uno de los ingleses agachándose (era el hombre que había construido el puente)- fue a los cinco años, más o menos... bajando el río en barco hacia Monghyr. Yo fui uno de los «hijos del Motín», como nos llaman. Mi pobre madre también iba en el barco y me contaba a menudo cómo había disparado a la cabeza del bicho con la pistola vieja de mi padre.

-Vaya, pues te has vengado bien con el jefe del clan..., aunque la escopeta te haya hecho sangrar la nariz. ¡Eh, barqueros! Subid la cabeza a la orilla y la herviremos para conservar la calavera. La piel está demasiado estropeada para guardarla. Bueno, vamos a dormir. Ha merecido la pena estar toda la noche esperando, ¿verdad?

Curiosamente, el chacal y el ayudante hicieron justo el mismo comentario menos

de tres minutos después de que se hubieran marchado los hombres.

6

Canción de la ola

Ola espumosa que llegó a la orilla,
cuando ardía, al ponerse, el sol dorado.
Salpicando la mano de la joven,
se volvió nuevamente junto al vado.

-Pie delicado y sosegado pecho.
Ven a sentarte, cruza la corriente.
-Doncella, espera. ¡Espérate un momento!
-dijo entonces la ola- ¡Soy la Muerte!

-Si me llama mi amor, yo voy allí.
Mostrarse fría sería vergonzoso.
(Era un pez que nadaba haciendo círculos,
volviéndose con rapidez y arrojo.)

-Pie delicado y tierno corazón,
espérate a que la barcaza llegue.
-¡Espera, aguarda, espérate, doncella!
-dijo entonces la ola-. ¡Soy la Muerte!

-Si me llama mi amor, yo me apresuro.
¡No se casa la Dama desdeñosa!
(Olas, olas en torno a su cintura.
La corriente hizo un remolino de olas.)

Corazón imprudente y mano fiel,

pies pequeños que no vuelven a tierra.

Lejos se fue la ola de la orilla.

¡Ola de color rojo, ola... sangrienta!

El ankus del rey

Estos son los Cuatro que nunca están satisfechos,

que no se han saciado desde que el Rocío tiene nombre;

La boca de Jacala, la gula del milano,

las manos del mono, y los ojos del Hombre.

PROVERBIO DE LA SELVA

El ankus del rey

Kaa, la gran serpiente pitón de la Roca, había cambiado de piel, lo que había hecho ya unas doscientas veces desde que nació; y Mowgli, que nunca olvidaba que le debía la vida a Kaa por su labor de aquella noche en las Guaridas Frías, como tal vez recordaréis, fue a felicitarla. Mudar de piel siempre hace que las serpientes estén irritables y deprimidas, hasta que la piel nueva empieza a brillar y ponerse hermosa. Kaa había dejado de burlarse de Mowgli y lo aceptaba, igual que el resto del Pueblo de la Selva, como Amo de la Selva, y le llevaba todas las noticias que conseguía oír una pitón como ella, gracias a su tamaño. Lo que Kaa no supiera de la Selva Media, como se la

suele llamar (la vida que bulle cerca de la tierra o bajo ella, la vida del guijarro, la madriguera y el tronco de árbol), podía escribirse en la más pequeña de sus escamas.

Aquella tarde, Mowgli estaba sentado en el círculo que formaban los anillos de Kaa, toqueteando la piel antigua, desconchada y rajada que seguía tirada encima de las rocas, tan retorcida y desmadejada como la había dejado la serpiente. Kaa, muy atentamente, se había hecho un ovillo bajo los anchos hombros desnudos de Mowgli, de forma que el chico estaba apoltronado en un auténtico sillón vivo.

-Es perfecta; hasta las escamas de los ojos lo son -dijo

Mowgli en voz baja, jugando con la piel antigua-. ¡Qué extraño resulta tener a los pies de uno la envoltura de la propia cabeza!

-Sí, aunque yo no tengo pies -dijo Kaa-; y puesto que es una costumbre de todos los de mi raza, yo no lo encuentro extraño. ¿Vos nunca os notáis la piel vieja y áspera?

-Entonces voy y me lavo, Cabeza Plana; pero, es cierto, en los grandes calores he deseado poder mudar la piel sin dolor y correr sin ella.

-Yo, además de lavarme, mudo la piel. ¿Qué aspecto tiene mi abrigo nuevo?

Mowgli pasó la mano por el jaquelado diagonal del inmenso lomo.

-La tortuga tiene la espalda más dura, pero no tan alegre. La rana, mi tocaya, es más alegre, pero no tan dura -dijo sentenciosamente-. Es muy hermosa de ver... como las motas de la boca del lirio.

-Necesita agua. Una piel nueva no coge todo su color hasta después del primer baño. Vamos a bañarnos.

-Yo os llevaré -dijo Mowgli.

Y se agachó, riendo, para levantar la parte central del enorme cuerpo de Kaa, justamente por donde el barril se ensanchaba. Era igual que si un hombre intentara levantar una cañería maestra de más de medio metro de ancho; y Kaa se quedó quieta, resoplando y riéndose para sus adentros. Entonces empezó el juego habitual del anochecer (el chico con la agitación de su gran fuerza, y la serpiente con su suntuosa piel nueva, de pie uno frente al otro, echando un pulso), una prueba de agilidad y fuerza. Por supuesto, Kaa podía haber aplastado a una docena de Mowglis si no se contuviera; pero jugaba cuidadosamente, sin llegar a usar la décima parte de su potencia. En cuanto Mowgli llegó a ser suficientemente fuerte para aguantar un trato un poco rudo, Kaa le enseñó aquel juego que daba elasticidad a sus miembros de forma única. A veces, Mowgli se veía envuelto casi hasta el cuello por los anillos movedizos de Kaa, intentando sacar un brazo para cogerla por la garganta. Entonces Kaa cedía, aflojando sus anillos, y Mowgli, con la agilidad que le daban los dos pies, intentaba sujetar la cola gigantesca que retrocedía rápidamente buscando el apoyo de una roca o un tronco. Se bamboleaban hacia los lados, pegadas las cabezas, cada uno esperando su oportunidad, hasta que aquel grupo tan hermoso, semejante a una estatua, se fundía en un torbellino de anillos dorados y negros, de piernas y brazos que se movían violentamente, para volver a levantarse ambos una y otra vez.

-¡Vamos! ¡Vamos! !Vamos! -decía Kaa, haciendo fintas con la cabeza que ni las manos ágiles de Mowgli lograban desviar-. ¡Mirad! ¡Os toco aquí, hermanito! ¡Aquí y aquí! ¿Tenéis las manos dormidas? ¡Aquí, de nuevo!

El juego siempre acababa de la misma manera, la cabeza daba un golpe fuerte y directo que arrojaba al chico al suelo una y otra vez. Mowgli era incapaz de aprender a ponerse en guardia contra aquella embestida centelleante y, como decía Kaa, era

completamente inútil intentarlo.

-¡Buena caza! -acabó diciendo Kaa con un gruñido; y Mowgli, como de costumbre, salió despedido a más de cinco metros, jadeando y riéndose. Se levantó, con las manos llenas de hierba, y siguió a la astuta Kaa hasta su lugar de baño preferido, una laguna profunda, negra como la pez, rodeada de rocas e interesante por los troncos hundidos que había en ella. El chico se deslizó dentro del agua, al estilo de la Selva, sin hacer ni un solo ruido, y buceó hasta el otro lado; salió, también sin hacer ruido, y se puso boca arriba, los brazos detrás de la cabeza, viendo cómo salía la luna por entre las rocas, y rompiendo con los pies el reflejo de ésta en el agua. La cabeza de Kaa, con su forma de diamante, cortó la laguna como si fuera una cuchilla y salió a descansar sobre el hombro de Mowgli. Se quedaron quietos, disfrutando de la voluptuosa sensación del agua fría.

-Esto está muy bien -dijo Mowgli finalmente, con voz de sueño-. En la Manada de los hombres, a esta hora, según recuerdo, se tumbaban encima de unos trozos de madera dura, dentro de unas trampas hechas de barro, y teniendo cuidado de no dejar entrar ni una corriente de aire limpio se echaban una tela apestosa encima de la cabeza atontada y hacían unos sonidos horribles con la nariz. En la Selva se está mejor.

Una cobra apresurada se dejó caer sobre una roca y bebió, deseándoles «Buena caza» y marchándose.

-¡Ssss! -dijo Kaa, como si se hubiera acordado de algo repentinamente-. Entonces, ¿la Selva os da todo lo que siempre habéis deseado, hermanito?

-Todo, no -dijo Mowgli, soltando una carcajada-; porque debería haber un Shere Khan fuerte y nuevo para matar en cada
luna. Ahora ya sería capaz de matar con mis propias manos, sin pedir ayuda a los búfalos. También he deseado que el sol brille en medio de las lluvias, y que las lluvias cubran el sol en mitad del verano; además, nunca he estado con el estómago vacío sin desear haber matado una cabra; y nunca he matado una cabra sin desear que fuera un gamo; ni un gamo sin desear que fuera un nilghai. Pero esto nos pasa a todos nosotros.

-¿No tenéis ningún otro deseo? -exigió la gran serpiente.

-¿Qué más puedo desear? ¡Tengo la Selva y cuento con su favor! ¿Es que hay algo más en algún lugar entre la salida y la puesta del sol?

-Pues la cobra dijo... -empezó Kaa.

-¿Qué cobra? Esa que se acaba de marchar no ha dicho nada. Estaba cazando.

-Fue otra.

-¿Tratáis muchos asuntos con el Pueblo del Veneno? Yo les dejo que sigan su camino. Llevan la muerte en el diente-delantero y eso no es bueno... con lo pequeñas que son. Pero ¿con qué capucha habéis hablado vos?

Kaa giró lentamente dentro del agua, como un barco de vapor en un mar iluminado.

-Hace tres o cuatro lunas -dijo-, cacé en las Guaridas Frías, lugar que vos no habéis olvidado. Y aquello que yo perseguía pasó a toda velocidad por delante de las cisternas dando alaridos, entró en aquella casa cuyo lado rompí por vuestro bien, y desapareció bajo tierra.

-Pero los habitantes de las Guaridas Frías no viven en madrigueras -Mowgli sabía que Kaa estaba hablando del Pueblo de los Monos.

-No es que el animal viviera allí, sino que pretendía seguir con vida -contestó

Kaa, haciendo vibrar la lengua-. Se metió en una madriguera que llegaba muy lejos. Yo fui detrás y, después de matar, dormí. Al despertar, seguí avanzando.

-¿Por debajo de la tierra?

-Eso es; hasta que me encontré con una capucha blanca (una cobra blanca) que me habló de cosas que estaban más allá de mis conocimientos, y me enseñó muchos objetos que jamás había visto antes.

-¿Caza nueva? ¿Era de buena calidad? -y Mowgli se puso de lado rápidamente.

-No se trataba de caza, y me hubiera roto todos los dientes con ello; pero la capucha blanca dijo que cualquier hombre (y hablaba como si conociera bien la especie), que cualquier hombre daría el aire que lleva bajo sus costillas sólo por poder contemplar aquellos objetos.

-Iremos a verlo -dijo Mowgli-. Ahora recuerdo que yo fui hombre una vez.

-Calma..., calma. La prisa mató a la Serpiente Amarilla que se comió el sol. Estuvimos hablando. un rato bajo la tierra, y yo os mencioné, diciendo que erais un hombre. Dijo la capucha blanca (que, por cierto, es tan vieja como la Selva): «Hace tiempo que no veo un hombre. Que venga y vea todas estas cosas, por la más pequeña de las cuales estarían dispuestos a morir muchísimos hombres.

-Tiene que tratarse de caza nueva. Y, sin embargo, el Pueblo del Veneno nunca nos avisa cuando hay caza a la vista. Son gente antipática.

-No es caza. Es..., es..., no sé deciros lo que es.

-Iremos allí. Nunca he visto una capucha blanca, y deseo ver las otras cosas. ¿Las mató ella?

-Son cosas muertas. Ella dice que es la guardiana de todas ellas.

-¡Ah! Igual que un lobo vigila la carne que ha llevado a su cueva. Vamos.

Mowgli nadó hasta la orilla, se restregó sobre la hierba para secarse, y ambos partieron hacia las Guaridas Frías, ciudad desierta de la que puede que hayáis oído hablar. Mowgli, en aquellos tiempos, no tenía el menor miedo al Pueblo de los Monos, aunque éste le tenía auténtico pánico a Mowgli. Sus tribus, sin embargo, estaban saqueando la Selva, con lo cual las Guaridas Frías estaban vacías y silenciosas bajo la luz de la luna. Kaa le guió hasta las ruinas del pabellón de las reinas, sobre la terraza, pasó por encima de los escombros y se metió de cabeza por las escaleras medio hundidas que bajaban desde el centro del pabellón. Mowgli dijo el saludo de las serpientes («Vos y yo somos de la misma sangre»), y fue tras ella a gatas. Recorrieron una buena distancia arrastrándose por un pasadizo inclinado que daba vueltas y revueltas, hasta llegar a un lugar en el que la raíz de un árbol enorme, que crecía a casi diez metros por encima de sus cabezas, había arrancado una de las piedras macizas de la pared. Pasaron por el hueco y se encontraron dentro de una gran cripta cuyo techo abovedado también estaba atravesado por raíces de árboles, de forma que unos cuantos rayos de luz atravesaban la oscuridad.

-Qué guarida tan segura -dijo Mowgli, poniéndose en pie-, pero está demasiado lejos para visitarla todos los días. Y ahora, ¿dónde está aquello tan digno de verse?

-¿Acaso yo os parezco poco? -dijo una voz en mitad de la cripta; y Mowgli vio moverse algo blanco, hasta que, poco a poco, se alzó la cobra más gigantesca que jamás había visto, una criatura de casi tres metros de largo que se había ido decolorando por estar a oscuras hasta llegar a un blanco marfil desgastado. Incluso la marca en forma de anteojos que tenía en su capucha abierta se había desteñido, quedando de un color amarillo pálido. Tenía los ojos del mismo tono que los rubíes y, en conjunto, ofrecía un

aspecto de lo más sorprendente.

-¡Buena caza! -dijo Mowgli, que llevaba consigo sus modales igual que su cuchillo, es decir, siempre.

-¿Qué hay de la ciudad? -dijo la cobra blanca, sin contestar al saludo-. ¿Qué hay de la enorme ciudad amurallada..., la ciudad con sus cien elefantes, veinte mil caballos, y tanto ganado que es imposible contarlo..., la ciudad del Rey de los Veinte Reyes? Me estoy volviendo sorda aquí y hace mucho que no oigo sus gongs guerreros.

-Sobre nuestras cabezas está la Selva -dijo Mowgli-. En cuanto a elefantes, sólo conozco a Hathi y sus hijos. Bagheera ha matado a todos los caballos de una aldea, y..., ¿qué es un Rey?

-Ya os conté -dijo Kaa suavemente a la cobra-, ya os conté, hace cuatro lunas, que vuestra ciudad no existe.

-La ciudad..., la gran ciudad del bosque, cuyas puertas están custodiadas por las torres del Rey..., no puede morir jamás. ¡La construyeron antes de que el padre de mi padre saliera del huevo, y perdurará cuando mis hijos estén igual de blancos que yo! Salomdhi, hijo de Chandrabija, hijo de Viyeja, hijo de Yegasuri, la levantó en los tiempos de Bappa Rawal. ¿Quién es el dueño de vuestro rebaño?

-Esto es un rastro perdido -dijo Mowgli, volviéndose hacia Kaa-. No conozco su lenguaje.

-Ni yo. Es muy vieja. Madre de las Cobras, aquí no hay más que la Selva, y así ha sido desde el principio.

-Entonces, ¿quién es él -dijo la cobra blanca-, sentado ante mí, sin temor, sin conocer el nombre del Rey, hablando nuestro lenguaje con los labios de un hombre? ¿Quién es el del cuchillo y la lengua de serpiente?

-Me llaman Mowgli -fue la respuesta-. Soy de la Selva. Los lobos son mi pueblo y Kaa, aquí presente, es mi hermana. Madre de las Cobras, ¿quién sois vos?

-Soy la Guardiana del Tesoro del Rey. Kurrun Raja construyó la piedra que tengo encima en los tiempos en que mi piel era oscura para que yo enseñara la muerte a quienes vinieran a robar. Entonces bajaron el tesoro, pasándolo a través de la piedra, y oí la canción de los Brahmanes, mis maestros.

-¡Mmm! -dijo Mowgli, hablando solo-. He tenido algo que ver con un brahmán, en la Manada de los hombres, y... sé lo que sé. El mal va a llegar aquí pronto.

-Cinco veces desde que estoy aquí han levantado la piedra, pero siempre ha sido para dejar algo, jamás para llevarse nada. No hay riquezas iguales a éstas..., los tesoros de cien reyes. Pero hace mucho, mucho tiempo que no se mueve la piedra, y creo que mi ciudad se ha olvidado.

-No hay ninguna ciudad. Mirad hacia arriba. Allí tenéis las raíces de los grandes árboles que están separando las piedras. Árboles y hombres no crecen juntos -insistió Kaa.

-Dos y tres veces han llegado hombres hasta aquí -contestó la cobra blanca enfurecida-; pero no lograron hablar hasta que yo di con ellos a tientas en la oscuridad, y entonces no tuvieron tiempo de gritar mucho. Pero vosotros venís con mentiras, ambos, hombre y serpiente, queriendo hacerme creer que no existe la ciudad y que mi custodia ha terminado. Poco cambian los hombres a lo largo de los años. ¡Pero yo no cambio jamás! ¡Hasta que se levante la piedra y bajen los brahmanes cantando las canciones que conozco, y me den leche caliente para beber, y vuelvan a sacarme a la luz, yo..., yo..., yo,

y nadie más que yo, soy la Guardiana del Tesoro del Rey! ¿Decís que la ciudad ha muerto y que aquí están las raíces de los árboles? Agachaos, pues, y tomad lo que queráis. La tierra no tiene tesoros semejantes a éstos. ¡Hombre con lengua de serpiente, si sois capaz de salir con vida por el mismo camino que usasteis para entrar, los reyes menores serán vuestros sirvientes!

-He vuelto a perder el rastro -dijo Mowgli fríamente-. ¿Será posible que un chacal se haya amadrigado a estas profundidades y haya mordido a esta gran capucha blanca? No hay duda de que padece la locura. Madre de las Cobras, no veo aquí nada para llevarme.

-¡Por los Dioses del sol y la luna, el chico padece la locura de la muerte! -siseó la cobra-. Antes de que vuestros ojos se cierren, os permitiré este favor. ¡Mirad, y ved lo que jamás ha visto un hombre!

-No abundan en la Selva quienes hablan a Mowgli de favores -dijo el chico entre dientes-; pero bien sé que la oscuridad lo cambia todo. Miraré, si con ello os complazco.

Miró, frunciendo el ceño, alrededor de la cripta, y entonces cogió del suelo un puñado de algo que brillaba.

-¡Vaya! -dijo-. Se parece a lo que usan en la Manada de los hombres para jugar, pero esto es amarillo y lo otro es marrón.

Dejó caer las monedas de oro y siguió adelante. El suelo de la cripta estaba enterrado bajo un metro y medio de oro y plata acuñada, que habían hecho estallar los sacos en que habían estado al principio y, durante los muchos años, el metal se había ido consolidando y asentando, como la arena en marea baja. Encima de aquella masa y dentro de ella, elevándose como los restos de un naufragio en la arena, había asientos adoselados de los que se colocan sobre los elefantes, hechos de plata repujada y enjoyados, con planchas de oro batido y adornos de carbúnculos y turquesas. Había palanquines y andas para llevar reinas, enmarcadas y trabadas con plata y esmaltes, las varas remachadas de jade, los anillos de las cortinas de ámbar; había candelabros de oro de los que colgaban esmeraldas horadadas, que se bamboleaban sobre los brazos de éstos; había imágenes engarzadas de dioses olvidados, de metro y medio de altura, de plata y con piedras preciosas por ojos; había cotas de malla, con oro incrustado sobre el acero, ribeteadas de aljófar negruzco y carcomido; había yelmos coronados y ensartados con rubíes de color de sangre de pichón; había escudos lacados, de concha de tortuga y de piel de rinoceronte, con bandas y tachones de oro rojo, y bordes engastados con esmeraldas; había haces de espadas, dagas y cuchillos de caza con empuñaduras de diamantes; había cuencos y cazos de oro para los sacrificios, y altares portátiles con una forma que jamás ve hoy la luz del día; había vasos y pulseras de jade; incensarios, peines y frascos para perfume, alheña y polvos de ojos, todos ellos de oro repujado; había aros para la nariz, brazaletes, diademas, anillos y cinchos en cantidades imposibles de contar; cinturones de siete dedos de ancho, hechos de diamantes y rubíes cuadrados, y cajas de madera ensamblada con hierro, en las cuales la madera se había convertido en polvo, mostrando el montón de zafiros orientales, ópalos, ojos de gato, zafiros comunes, rubíes, diamantes, esmeraldas y granates sin tallar que había en su interior.

La cobra blanca tenía razón. No había dinero que bastara ni para empezar a pagar el precio de aquel tesoro, de aquella recolección selecta, obtenida tras siglos de guerra, pillaje, comercio y tributos. Sólo las monedas eran de un valor incalculable, sin contar las piedras preciosas; y el peso bruto del oro y la plata, separados del resto, podía ser de unas

doscientas o trescientas toneladas. Hoy día, todos los gobernantes de la India, por muy pobres que sean, tienen una reserva a la que siempre van añadiendo algo; y aunque, muy de tarde en tarde, puede que algún príncipe esclarecido envíe cuarenta o cincuenta carretas de bueyes cargadas de plata, para cambiarlas por títulos de la Deuda, la mayoría de ellos guardan su tesoro y el conocimiento de que existe con sumo cuidado.

Pero Mowgli, lógicamente, no comprendía el significado de todas estas cosas. Los cuchillos le interesaron algo, pero estaban peor equilibrados que el suyo y los dejó caer al suelo. Por fin encontró algo verdaderamente fascinante sobre la testera de uno de los asientos adoselados, que estaba medio enterrado en las monedas. Era un ankus, o sea una aguijada para elefantes, de casi un metro de largo... algo similar a un bichero pequeño. El extremo superior consistía en un rubí redondo y brillante, y veinte centímetros de la empuñadura que venía después estaban engastados en turquesas sin tallar, pegadas unas a otras, lo que formaba un asidero muy satisfactorio. Bajo ellas había un ribete de jade rodeado de un adorno floral..., sólo que las hojas eran esmeraldas y los capullos eran rubíes hundidos en la piedra verde y fría. El resto de la empuñadura era un cilindro de marfil puro, mientras que la punta (el aguijón y el gancho) era de acero con incrustaciones de oro, representando escenas de la caza del elefante, y los dibujos atrajeron a Mowgli, que se dio cuenta de que estaban relacionados con su amigo Hathi el Silencioso.

La cobra blanca le había ido siguiendo de cerca.

-¿No merece la pena morir por contemplar esto? -dijo-. ¿No os he hecho un gran favor?

-No comprendo -dijo Mowgli-. Son cosas duras y frías y, desde luego, no se pueden comer. Pero esto -levantó el ankusme gustaría llevármelo para verlo a la luz del sol. ¿Y decís que todo ello es vuestro? ¿Me lo dais y yo os traigo ranas para comer?

La cobra blanca tembló de arriba a abajo, de puro placer malvado.

-Por supuesto que os lo daré -dijo-. Os daré todo cuanto hay aquí.., hasta que os vayáis.

-Pero me voy ya. Este sitio es oscuro y frío y quiero sacar a la Selva la cosa puntiaguda como una espina.

-¡Mirad junto a vuestro pie! ¿Qué es lo que hay?

Mowgli cogió algo blanco y liso.

-Es el hueso de la cabeza de un hombre -dijo tranquilamente-. Y aquí hay dos más.

-Vinieron a llevarse el tesoro hace muchos años. Yo les hablé en la oscuridad, y no volvieron a moverse.

-Pero ¿para qué necesito yo esto que se llama tesoro? Si permitís que me lleve el ankus, será buena caza. Si no, también será buena caza. Jamás lucho con el Pueblo del Veneno y, además, me enseñaron las Palabras clave de vuestra tribu.

-Aquí sólo hay una Palabra-clave. ¡La mía!

Kaa se lanzó hacia delante con los ojos echando chispas.

-¿Quién me invitó a traer al Hombre? -siseó.

-Yo, por supuesto -balbució la vieja cobra-. Hacía mucho tiempo que no veía un hombre, y éste habla nuestra lengua.

-Pero no hablamos de matar. ¿Cómo voy a ir a la Selva diciendo que he sido yo quien le ha guiado hasta la muerte? -dijo Kaa.

-Yo no hablo de matar hasta que llega el momento. Y en cuanto a que vos os marchéis o no, ahí tenéis el agujero de la pared. ¡Dejadme en paz, mata-monos gigante! No tengo más que tocaros el cuello y la Selva no volverá a saber de vos. Nunca ha venido aquí un hombre que haya podido salir con aire bajo las costillas? ¡Soy la Guardiana del Tesoro de la Ciudad del Rey!

-Pero, gusano blanco de las tinieblas, ¡ya os he dicho que no hay rey ni ciudad! ¡La Selva nos rodea por todas partes! -gritó Kaa.

-Aún queda el Tesoro. Pero podemos hacer una cosa. Esperad un momento, Kaa de las Rocas, y veréis correr al muchacho. Aquí hay sitio para grandes cacerías. La vida es buena. ¡Corred por aquí un poco y divertidnos, chico!

Mowgli, con tranquilidad, puso la mano encima de la cabeza de Kaa.

-Este bicho blanco parece ser que sólo ha tratado a los de la Manada de los hombres A mí no me conoce -susurró-. Ha sido ella quien ha pedido esta clase de caza. Vamos a dársela.

Mowgli había estado de pie, sosteniendo el ankus con la punta hacia abajo. Lo lanzó rápidamente y cayó atravesado justo detrás de la capucha de la enorme serpiente, dejándola clavada en el suelo. En un abrir y cerrar de ojos, Kaa lanzó todo su peso sobre aquel cuerpo que se retorcía, paralizándolo desde la capucha hasta la cola. Los ojos rojos ardían, y los quince centímetros de cabeza que habían quedado libres golpeaban furiosamente a derecha e izquierda.

-¡Matad! -dijo Kaa, en el momento en que Mowgli acercaba la mano al cuchillo.

-No -dijo mientras sacaba la hoja de la funda-; nunca volveré a matar si no es para comer. Pero, ¡mirad, Kaa!

Cogió a la serpiente por detrás de la capucha, obligándola a abrir la boca con el canto del cuchillo, y mostró los terribles colmillos venenosos de la mandíbula superior, negros y ajados en la encía. La cobra blanca había vivido más tiempo que su veneno, como les suele ocurrir a las serpientes.

-Thuu (Está seco) -dijo Mowgli, y haciendo señas a Kaa para que se apartara cogió el ankus, dejando libre a la cobra blanca-. El Tesoro del Rey necesita un nuevo guardián -dijo solemnemente-. Thuu, habéis hecho mal. ¡Corred por aquí un poco y divertidnos, Thuu!

-Estoy avergonzada. ¡Matadme! -siseó la cobra blanca.

-Ya se ha hablado demasiado de matar. Ahora nos vamos. Me llevo la cosa puntiaguda como una espina, Thuu, porque he luchado y os he vencido.

-Cuidad, pues, de que la cosa no os acabe matando. ¡Es la Muerte! ¡No lo olvidéis, es la Muerte! Contiene lo suficiente para matar a todos los hombres de mi ciudad. No la poseeréis durante mucho tiempo, Hombre de la Selva, ni tampoco aquel que os la quite. ¡Matarán, matarán y matarán por ella! Mis fuerzas se han secado, pero el ankus continuará mi labor. ¡Es la Muerte! ¡Es la Muerte! ¡Es la Muerte!

Mowgli pasó a gatas por el agujero, saliendo al pasadizo de nuevo, y lo último que vio fue a la cobra blanca golpeando furiosamente con sus colmillos inofensivos las doradas caras impávidas de los dioses que estaban tirados por los suelos, siseando: «¡Es la Muerte!».

Se alegraron de volver a salir a la luz del día; y ya de vuelta en su propia Selva, cuando Mowgli hizo brillar el ankus a la luz de la mañana, se puso casi igual de contento que si hubiera encontrado un ramo de flores desconocidas con que adornarse el pelo.

-Esto brilla más que los ojos de Bagheera -dijo entusiasmado, mientras hacía girar el rubí-. Se lo enseñaré; pero ¿qué habrá querido decir Thuu al hablar de la muerte?

-No lo sé. Me desespera hasta la punta de la cola que no haya probado vuestro cuchillo. Siempre hay maldad en las Guaridas Frías..., sobre la tierra o bajo ella. Pero tengo hambre ahora. ¿Vais a cazar conmigo este amanecer?

-No; Bagheera tiene que ver esto. ¡Buena caza!

Mowgli se fue correteando, blandiendo el enorme ankus y deteniéndose, de cuando en cuando, para admirarlo, hasta que llegó a la parte de la Selva que usaba Bagheera con preferencia, y la encontró bebiendo tras una caza indigesta. Mowgli le contó todas sus aventuras, de principio a fin, mientras Bagheera, entretanto, olisqueaba el ankus. Cuando Mowgli llegó a las palabras finales de la cobra blanca, la pantera ronroneó con aprobación.

-Entonces, ¿la capucha blanca ha dicho lo que realmente es? -preguntó Mowgli rápidamente.

-Yo nací en las jaulas del Rey, en Oodeypore, y tengo en el estómago la certeza de conocer un poco al Hombre. Muchísimos hombres matarían tres veces en una noche con tal de conseguir simplemente esa piedra roja y grande.

-Pero la piedra pesa en la mano. Mi pequeño cuchillo brillante es mejor; y..., ¡mirad!, la piedra roja no se puede comer. Entonces, ¿por qué se van a poner a matar?

-Mowgli, id a dormir. Vos habéis vivido entre hombres y...

-Lo recuerdo. Los hombres matan porque no van de caza; simplemente porque se aburren y por gusto. Despertad, Bagheera. ¿Con qué fin se ha hecho esta cosa puntiaguda?

Bagheera entreabrió los ojos (tenía mucho sueño) con un brillo malicioso.

-Los hombres lo hicieron para clavarlo en la cabeza de los hijos de Hathi, para que salga la sangre a chorros. Eso lo he visto yo en la calle de Oodeypore, delante de las jaulas. Ese objeto ha probado la sangre de muchos como Hathi.

-Pero, ¿por qué lo clavan en la cabeza de los elefantes?

-Para enseñarles la Ley del Hombre. Como no tienen garras ni dientes, los hombres fabrican cosas como ésta..., y peores.

-Siempre acaba habiendo sangre en los sitios a los que me acerco, incluso cuando son cosas que ha hecho la Manada de los hombres -dijo Mowgli con cara de asco. Estaba empezando a cansarse del peso del ankus-. De haber sabido esto, no lo hubiera cogido. Primero, la sangre de Messua en las correas y, ahora, la de Hathi. No voy a usarlo más. ¡Mirad!

El ankus voló por los aires, soltando destellos, y se clavó de punta a más de veinticinco metros de distancia, entre los árboles.

-Ya tengo las manos limpias de toda muerte -dijo Mowgli, restregando las palmas de las mismas en la tierra fresca y húmeda-. Aunque Thuu dijo que la Muerte irá tras de mí. Es una vieja blanca y loca.

-Blanca o negra, vida o muerte, yo me voy a dormir, hermanito. No puedo estar toda la noche cazando y todo el día aullando, como hacen algunos.

Bagheera se marchó hacia una guarida que usaba después de cazar, a unos tres kilómetros de distancia. Mowgli subió rápidamente al árbol más apropiado, anudó tres o cuatro enredaderas, y en menos tiempo del que se usa en contarlo, se estaba columpiando en una hamaca a quince metros del suelo. Aunque no le encontraba ningún inconveniente

concreto a la fuerte luz del día, Mowgli seguía la costumbre de sus amigos, usándola lo menos posible. Al despertar entre las gentes gritonas que viven en los árboles, ya era de nuevo la hora del crepúsculo, y había estado soñando con esos guijarros tan bonitos que había tirado al aire.

-Por lo menos, voy a volver a mirarlo -dijo, y se deslizó hasta el suelo por una enredadera; pero Bagheera se le había adelantado .

Mowgli la oyó olfateando en la media luz de aquella hora -¿Dónde está la cosa puntiaguda? -gritó Mowgli. -Se la ha llevado un hombre. Aquí está el rastro.

-Ahora veremos si Thuu decía la verdad. Si la cosa que pincha es la muerte, el hombre morirá. Sigámosle.

-Matad primero -dijo Bagheera-. Un estómago vacío equivale a un ojo descuidado. Los hombres son muy lentos y la Selva está tan mojada que conservará hasta la mínima huella.

Mataron lo más pronto que pudieron, pero pasaron casi tres horas antes de que terminaran de comer y beber, tras lo cual se pusieron a seguir el rastro. Los habitantes de la Selva saben que no merece la pena comer con prisas.

-¿Creéis que la cosa puntiaguda girará en la mano del hombre y lo matará? -preguntó Mowgli-. Thuu dijo que es la Muerte.

-Ya lo veremos al encontrarla -dijo Bagheera, trotando con la cabeza agachada-. Es un solo pie -quería decir que no había más que un hombre-, y el peso de la cosa le ha hecho clavar el talón con fuerza.

-¡Ha¡! Está tan claro como un relámpago en verano -contestó Mowgli; y empezaron a avanzar con el trote rápido y cambiante que se usa al seguir un rastro, entrando y saliendo de los escaques que formaba la luz de la luna, siguiendo las huellas de aquellos dos pies descalzos-. Ahora corre deprisa -dijo Mowgli-. Los dedos están muy separados -pasaron por una zona húmeda- ¿Por qué se desvía aquí?

-¡Esperad! -dijo Bagheera, lanzándose de frente con un salto magnífico, llegando todo lo lejos que pudo.

-Lo primero que hay que hacer cuando una pista se vuelve confusa es pasar por encima de ella, sin embarullar más el terreno con nuestras propias huellas. Bagheera se volvió hacia Mowgli al caer, diciendo en voz alta:

-Aquí hay otro rastro que se une con el primero. Es un pie más pequeño y los dedos están torcidos hacia dentro.

Entonces Mowgli se acercó corriendo a mirar.

-Es el pie de un cazador gond -dijo-. ¡Mirad! Aquí ha arrastrado su arco por encima de la hierba. Por eso el primer rastro se ha desviado rápidamente. Pie Grande se ha escondido de Pie Pequeño.

-Es verdad -dijo Bagheera-. Ahora, para no cruzar el rastro de uno con el del otro y desfigurar las huellas, sigamos un rastro cada uno. Yo soy Pie Grande, hermanito, y vos sois Pie Pequeño, el gond.

Bagheera volvió al primer rastro de un salto, dejando a Mowgli agachado sobre el rastro estrecho y curioso de aquel salvaje hombrecillo de los bosques.

-Ahora -dijo Bagheera, siguiendo paso a paso la cadena formada por las huellas-, yo, Pie Grande, tuerzo aquí hacia un lado. Ahora me escondo tras una roca y me quedo quieto, sin atreverme a mover los pies. Contadme vuestro rastro, hermanito.

-Ahora, yo, Pie Pequeño, llego a la roca -dijo Mowgli, corriendo tras su rastro-.

Ahora, me siento debajo de ella, apoyándome en la mano derecha y dejando el arco entre los dedos de los pies. Espero un buen rato, pues la marca de mis pies es profunda aquí

-Yo también -dijo Bagheera, escondida detrás de la roca-. Espero, apoyando la punta de la cosa que pincha en una piedra. Resbala, porque hay un arañazo en ella. Contadme vuestro rastro, hermanito.

-Aquí hay uno... dos tallos y una rama grande que están rotos -dijo Mowgli en voz baja-. ¿Cómo explico esto? ¡Ah! Ya lo entiendo. Yo, Pie Pequeño, me voy haciendo ruido y pisoteando para que Pie Grande me oiga.

Se fue separando de la roca paso a paso, metiéndose entre los árboles, clavando la voz, desde lejos, al irse acercando a una pequeña cascada.

-Me...marcho ...muy...lejos ...para ... que ... la ... caída ... del... agua ... apague ... mi ... ruido; y...aquí ...espero. ¡Contadme vuestro rastro, Bagheera, Pie Grande!

Bagheera había estado oteando en todas las direcciones para averiguar cómo se separaba de la roca el rastro de Pie Grande. Al fin, gritó:

-Salgo de detrás de la roca, de rodillas, arrastrando la cosa puntiaguda. Al no ver a nadie, echo a correr. Yo, Pie Grande, corro velozmente. El rastro está claro. Que cada uno siga el suyo. ¡Voy corriendo!

Bagheera se deslizó sobre el rastro tan bien señalado y Mowgli siguió las huellas del gond. Durante un rato, hubo silencio en la Selva.

-¿Dónde estáis, Pie Pequeño? -gritó Bagheera.

La voz de Mowgli le contestó a unos cuarenta metros de distancia hacia la derecha.

-¡Mmm! -dijo la pantera con una tos profunda-. ¡Corren uno al lado del otro, y van acercándose!

Siguieron corriendo a toda velocidad durante un poco menos de un kilómetro, manteniéndose a casi la misma distancia, hasta que Mowgli, que no llevaba la cabeza tan pegada al suelo como Bagheera, gritó:

-Se han encontrado. Buena caza... ¡mirad! Aquí estaba Pie Pequeño, con la rodilla encima de una roca... ¡y allí está el mismísimo Pie Grande!

A unos ocho metros de distancia, frente a ellos, tirado encima de unas rocas desmenuzadas, estaba el cuerpo de un aldeano de la comarca, con una flecha gond, pequeña y de plumas cortas, atravesándole el pecho y la espalda.

-¿Seguís diciendo que Thuu es una vieja loca, hermanito? -dijo Bagheera con suavidad-. Ya tenemos una muerte, como poco.

-Sigamos. Pero, ¿dónde está la cosa que bebe sangre de elefante... la espina con el ojo rojo?

-La tiene Pie Pequeño..., tal vez. Vuelve a ser un solo pie.

El rastro solitario de un hombre ligero que había estado corriendo rápidamente, llevando un peso sobre el hombro izquierdo, continuaba sobre un trecho de hierba baja y seca en el que cada pisada parecía, a los ojos expertos de sus seguidores, marcada con un hierro candente.

Ninguno de los dos abrió la boca hasta que el rastro llegó a las cenizas de una hoguera ocultas en el fondo de un barranco.

-¡Otra vez! -dijo Bagheera, dando un respingo y quedándose como si fuera una estatua.

El cuerpo pequeño y arrugado de un gond yacía con los pies dentro de las ascuas,

y Bagheera miró a Mowgli inquisitivamente.

-Lo han hecho con un bambú -dijo el chico nada más verlo-. Cuando serví en la Manada de los hombres, usaba uno igual al salir con los búfalos. La Madre de las Cobras (siento haberme reído de ella) conocía bien a la raza y yo debería haberme dado cuenta. ¿No os había dicho que matan por divertirse?

-Lo cierto es que han matado por culpa de las piedras rojas y azules -contestó Bagheera-. No olvidéis que yo estuve en las jaulas del Rey en Oodeypore.

-Uno, dos, tres, cuatro rastros -dijo Mowgli, agachándose sobre las cenizas-. Cuatro rastros de hombres con pies calzados. No avanzan con la misma rapidez que los gond. Pero, ¿qué daño les había hecho el hombrecillo de los bosques? Mirad, los cinco han estado hablando, de pie, antes de matarlo. Bagheera, volvámonos. Tengo el estómago lleno y, aun así, me sube y baja como el nido de una oropéndola en la punta de una rama.

-Dejar piezas sueltas es no cazar bien. ¡Adelante! -dijo la pantera-. Esos ocho pies calzados no habrán ido muy lejos.

No se habló más durante una hora entera, mientras seguían el ancho rastro de los cuatro hombres con pies calzados.

Ya estaban a pleno sol y había empezado a hacer calor, cuando Bagheera dijo:

-Huele a humo.

Los hombres siempre están más dispuestos a comer que a correr -contestó Mowgli, trotando y esquivando los matorrales bajos de la Selva nueva que estaban explorando. Bagheera, que iba a su izquierda a cierta distancia, hizo un ruido indescriptible con la garganta.

-Aquí hay uno que ya ha terminado de comer -dijo.

Debajo de un arbusto yacía un revoltijo de ropas de colorines y en el suelo, alrededor de él, había harina.

-Esto también lo han hecho con el bambú -dijo Mowgli-. ¡Mirad! Ese polvo blanco es lo que comen los hombres. Le han quitado la presa a éste (él llevaba la comida), convirtiéndole en presa de Chil, el milano.

-Es el tercero -dijo Bagheera.

-Voy a llevar ranas grandes y frescas a la Madre de las Cobras para que se ponga muy gorda -se dijo Mowgli a sí mismo-. La cosa que bebe sangre de elefante es la mismísima Muerte, pero ¡sigo sin entenderlo!

-¡Adelante! -dijo Bagheera.

Habían avanzado algo más de medio kilómetro cuando oyeron a Ko, el cuervo, cantando la canción de la muerte en la copa de un tamarisco bajo cuya sombra había tres hombres muertos. Un fuego medio apagado humeaba en mitad del círculo, bajo una plancha de hierro en la que había una torta negra y chamuscada hecha de pan sin levadura. Cerca del fuego y reluciendo al sol estaba el ankus de rubíes y turquesas.

-La cosa trabaja con rapidez; todo termina aquí -dijo Bagheera- ¿Cómo han muerto éstos, Mowgli? Ninguno tiene marcas.

Un habitante de la Selva aprende por experiencia lo mismo que saben muchos de los médicos sobre plantas y bayas venenosas. Mowgli olfateó el humo que salía del fuego, partió un trozo del pan ennegrecido, lo probó y lo escupió rápidamente.

-La Manzana de la Muerte -tosió-. El primero debe haberla mezclado en la comida de éstos, que lo han matado a él, después de haber matado al gond.

-¡Qué caza tan buena! Las muertes van una detrás de otra -dijo Bagheera.

La «Manzana de la Muerte» es el nombre que dan en la Selva al estramonio o datura, el veneno más efectivo de toda la India.

-¿Y ahora qué? -dijo la pantera-. ¿Vos y yo también debemos matarnos uno al otro por el asesino del ojo rojo?

-¿Podrá hablar? -dijo Mowgli en un susurro-. ¿Le habré ofendido al tirarlo? A nosotros dos no puede hacernos ningún mal, ya que no deseamos lo que desean los hombres. Si se queda aquí, no hay duda de que seguirá matando a un hombre tras otro con la misma rapidez que caen las nueces cuando hay mucho viento. No siento afecto por los hombres, pero tampoco pretendo que mueran seis cada noche.

-¿Qué importa? No son más que hombres. Se han matado unos a otros, quedando muy satisfechos -dijo Bagheera-. El primero, el hombrecillo de los bosques, cazaba bien.

-Aun así, no son más que cachorros; y un cachorro es capaz de ahogarse intentando morder la luz de la luna sobre el agua. La culpa ha sido mía -dijo Mowgli, que hablaba como si lo supiera absolutamente todo-. Nunca volveré a traer cosas extrañas a la Selva... aunque sean tan bonitas como las flores. Esto -cogió el ankus cautelosamente- va a ser devuelto a la Madre de las Cobras. Pero primero hay que dormir, aunque no junto a estos durmientes. Además, hay que enterrar la cosa, no vaya a ser que se escape y mate a otros seis. Hacedme un hoyo bajo ese árbol.

-Pero, hermanito -dijo Bagheera-, yendo hacia el lugar indicado, os aseguro que no es culpa de la cosa que bebe sangre. Lo malo son los hombres.

-Es lo mismo -dijo Mowgli-. Haced profundo el hoyo. Cuando despertemos, lo sacaré y lo devolveré a su sitio.

Dos noches después, mientras la cobra se lamentaba en la oscuridad de la cripta, avergonzada, robada y sola, el ankus de las turquesas entró a toda velocidad por el agujero de la pared, cayendo ruidosamente sobre el suelo de las monedas de oro.

-Madre de las Cobras elijo Mowgli (tuvo la precaución de quedarse al otro lado de la pared)-, conseguid que uno de los de vuestro pueblo, más joven y preparado, os ayude a custodiar el Tesoro del Rey, para que ningún hombre vuelva a salir de aquí con vida.

-¡Ah! ¿De modo que la cosa ya está de vuelta? Os dije que era la Muerte. ¿Cómo es que vos seguís vivo? -murmuró la vieja cobra, enroscándose cariñosamente alrededor del mango del ankus.

-¡Por el Toro que me compró, la verdad es que no lo sé! Esa cosa ha matado seis veces en una noche. No permitáis que vuelva a salir de aquí.

7

Canción del Pequeño Cazador

Es el miedo, Pequeño Cazador, es el Miedo!

Antes de que Mor el Pavo aletee,

antes de que el Pueblo de los Monos grite,
antes de que Chil el Milano se deje caer en picado varios metros,
una sombra y un suspiro
atraviesan la Selva suavemente.
¡Es el Miedo, Pequeño Cazador, es el Miedo!

Suavemente una sombra observa y espera,
bajando por el claro,
y el susurro se extiende y desparrama
a lo ancho y a lo largo,
y se os perla de sudor la frente,
pues ahora mismo pasa frente a vos.
¡Es el Miedo, Pequeño Cazador, es el Miedo!

Antes de que la luna trepe a la montaña,
antes de que las rocas aparezcan rayadas con su luz,
cuando los caminos que bajan,
embarrados, se tornan melancólicos,
se oye detrás de vos fuerte resuello,
un jadeo en la noche.
¡Es el Miedo, Pequeño Cazador, es el Miedo!

Arrodillaos y sacad el arco,
pedid a la aguda flecha que dispare,
clavad la lanza en el matorral vacío y burlón;
pero vuestras manos están flojas y débiles,
y ha quedado sin color vuestra mejilla.
¡Es el Miedo, Pequeño Cazador, es el Miedo!

Cuando la nube de color absorba la tormenta,
cuando caigan los pinos astillados,
cuando los chaparrones cegadores y estrepitosos en torbellino azoten,
entre los gongs guerreros de los truenos
se oye una voz más fuerte que las otras.
¡Es el Miedo, Pequeño Cazador, es el Miedo!

Ahora bajan los ríos con una gran crecida,
ahora las rocas saltan sin pies.
Ahora los relámpagos muestran claramente
hasta el nervio más pequeño de una hoja,
pero vuestra garganta está cerrada y seca
y el corazón os martillea en el costado:
¡Es el Miedo, Pequeño Cazador, eso es el Miedo!

Quiquern

Las gentes de los Hielos del Este
se derriten lo mismo que la nieve;
mendigan café y azúcar,
y van donde el hombre blanco va.

Las gentes de los Hielos del Oeste
aprenden a robar y a luchar;
venden en el mercado sus pieles,
y con ellas sus almas a los blancos.

Las gentes de los Hielos del Sur

comercian con la tripulación de los balleneros;

sus mujeres tienen muchos lazos,

pero sus tiendas son escasas y están rotas.

Pero las gentes de los Hielos Mayores,

que escapan a la comprensión del blanco,

hacen sus lanzas con el cuerno del narwhal

¡y de todos los hombres son los últimos!

Quiquern

-Ha abierto los ojos. ¡Mira!

-Vuelve a meterlo en la piel. Va a ser un perro fuerte. En su cuarto mes, le pondremos un nombre.

-¿El de quién? -dijo Amoraq.

Kadlu paseó la mirada por la casa de nieve forrada de piel hasta fijarla en Kotuko, el chico de catorce años que estaba sentado en el banco-cama, fabricando un botón con un diente de morsa.

-Ponle mi nombre -dijo Kotuko sonriendo-. Algún día me hará falta.

Kadlu le contestó con una sonrisa que le dejó los ojos casi enterrados tras las mejillas rechonchas y planas, y le hizo un gesto de asentimiento a Amoraq, mientras la impetuosa madre del cachorro aullaba al ver al perrito retorcerse y quedar fuera de su alcance en la pequeña bolsa de piel de foca colgada sobre el calor de la lámpara de grasa de ballena. Kotuko siguió tallando y Kadlu lanzó un fardo de arreos para perros, hechos de cuero, a un cuarto diminuto que se abría en uno de los costados de la casa, se quitó el traje de caza, que pesaba por ser de piel de reno, lo metió en la red de barbas de ballena que había encima de otra lámpara, y se sentó pesadamente encima del banco-cama, para mordisquear un trozo de carne de foca congelada hasta que Amoraq, su mujer, trajera la cena de costumbre que consistía en carne hervida y sopa de sangre. Había salido nada más amanecer, yendo a los agujeros de las focas que estaban a quince kilómetros, y había vuelto a casa con tres focas grandes. Desde la mitad del pasadizo o túnel de nieve que conducía hasta la puerta interior de la casa llegaban ladridos y ruidos de mordiscos, mientras los perros que formaban el tiro de su trineo, libres de su labor diaria, se apretujaban para conseguir un sitio caliente.

Cuando los ladridos empezaron a armar demasiado ruido, Kotuko se levantó perezosamente del banco-cama y cogió un látigo con un mango de cuarenta y cinco centímetros de barba de ballena, que es muy flexible, y con casi ocho metros de cuero grueso trenzado. Se metió de cabeza en el túnel, armándose tal alboroto que daba la

sensación de que los perros se lo estaban comiendo vivo; pero aquello no era más que su oración de gracias antes de comer. Cuando salió a gatas por el otro extremo, media docena de cabezas peludas le siguieron con la mirada mientras se dirigía a una especie de armazón hecho de quijadas de ballena que era donde estaba colgada la carne para los perros; con un arpón de punta ancha, cortó la carne congelada en trozos grandes; y se quedó allí con el látigo en una mano y la carne en la otra. Llamaba a cada animal por su nombre, los más débiles primero, y pobre del perro que se moviera antes de que le tocara el turno, porque el látigo abrasador salía disparado como un relámpago de cuero arrancándole unos tres centímetros de pelo y piel. Cada animal gruñía al recibir su ración, la agarraba con los dientes y se la tragaba de golpe, volviendo rápidamente al abrigo del pasadizo, mientras el chico se quedaba sobre la nieve, bajo la brillante aurora boreal, impartiendo justicia. El último en ser servido era el enorme perro negro que dirigía el tiro y mantenía el orden cuando estaban todos enganchados; y a él, Kotuko le dio una ración doble de carne, además de un chasquido de látigo.

-¡Ah! -dijo Kotuko, recogiendo la cola del látigo-. Tengo un pequeñajo encima de la lámpara que va a dar grandes aullidos. ¡Sarpok! ¡Adentro!

Regresó, pasando por encima de los perros agazapados, se quitó la nieve de las pieles con el plumero de barbas de ballena que Amoraq guardaba junto a la puerta, golpeó suavemente la piel con que estaba forrado el techo de la casa, para hacer caer los carámbanos que pudieran haber caído de la cúpula de nieve que había encima, y se tumbó en el banco, hecho un ovillo. Los perros del túnel roncaban y gimoteaban en sueños, el niño pequeño que tenía Amoraq en su profunda capucha de piel pataleaba, se atragantaba y hacía gorgoritos, y la madre del cachorro al que acababan de poner nombre estaba echada junto a Kotuko, los ojos fijos sobre el bulto envuelto en piel de foca, caliente y seguro encima de la ancha llama amarilla de la lámpara.

Y todo esto sucedía muy lejos, hacia el norte, más allá del Labrador, pasado el estrecho de Hudson, donde las mareas levantan masas de hielo, al norte de la península de Melville (incluso más arriba del pequeño estrecho del Fury y del Hecla), en la costa septentrional de Tierra de Baffin, donde la isla de Bylot se eleva sobre el hielo del estrecho de Lancaster como una budinera boca abajo. Al norte del estrecho de Lancaster no hay casi nada conocido, menos Devon del Norte y Tierra de Ellesmere; pero incluso allí sólo viven unas cuantas personas desperdigadas, que son los vecinos, por así decirlo, del mismísimo Polo.

Kadlu era un inuit, lo que se conoce como un esquimal, y su tribu, unas treinta personas en total, pertenecía al Tununirmiut («el país que está detrás de algo»). En los mapas, esa costa despoblada recibe el nombre de ensenada del Consejo de la Marina, pero es mejor el nombre de inuit, porque aquella tierra está detrás del mundo entero. Durante nueve meses al año no hay más que hielo y nieve, ventiscas y más ventiscas, con un frío imposible de imaginar para quien no ha visto el termómetro ni siquiera a cero grados. Durante seis de esos nueve meses, se está a oscuras; y por eso es tan horrible. En los tres meses del verano, sólo hiela un día sí y otro no, y por las noches; entonces empieza a deshacerse la nieve en las pendientes que dan al sur, y unos cuantos sauces enanos sacan sus brotes lanosos, y algún diminuto ombligo de Venus da la sensación de que va a florecer; aparecen playas de arena fina y cantos rodados que llegan hasta el mar; surgen rocas bruñidas y piedras veteadas bajo la nieve en polvo. Pero todo ello deja de existir a las pocas semanas, y el crudo invierno vuelve a cernerse sobre la tierra; mientras,

los hielos surcan el mar abierto, apiñando y apretando, rompiendo y rozando, moliendo y machacando, hasta formar una capa helada de tres metros de espesor desde la tierra hasta alta mar.

En invierno, Kadlu seguía a las focas hasta el borde de la tierra helada, atravesándolas con un arpón cuando salían de sus agujeros a respirar. Las focas necesitan agua en que vivir y cazar peces, y en pleno invierno era frecuente que el hielo llegara a ciento cincuenta kilómetros tierra adentro, sin interrupción, desde la costa más próxima. En primavera, él y los suyos se retiraban de los témpanos de hielo flotante, yendo a la rocosa tierra firme, donde montaban tiendas hechas de piel, cazando a las aves marinas con trampas y a las focas con arpones mientras tomaban el sol en la playa. Más adelante iban hacia el sur, a Tierra de Baffin, para cazar renos y hacerse con su provisión anual de salmón en los centenares de riachuelos y lagos que había en el interior, volviendo hacia el norte en septiembre u octubre para cazar bueyes almizcleros y para la acostumbrada matanza de focas en invierno. Todos estos viajes eran en trineos de perros, recorriendo entre treinta y cincuenta kilómetros al día, o en sus «barcos de mujeres» hechos de piel, con los que iban por la costa llevando a los perros y a los niños entre los pies de los remeros, y las mujeres cantaban al irse deslizando de un cabo a otro sobre las aguas vidriosas y frías. Todos los lujos que se conocían en Tununirmiut venían del sur: maderos que llegaban a la deriva y les servían para fabricar los patines de los trineos, hierro en barras para la punta de los arpones, cuchillos de acero, calderos de estaño en los que se cocinaba mucho mejor que en los antiguos de esteatita, pedernal, acero e incluso cerillas; además de cintas de colores para el pelo de las mujeres, espejillos baratos, y tela roja para los bordes de las chaquetas de piel de reno. Kadlu usaba los dientes retorcidos del narval y el buey almizclero, que eran muy blancos y llamativos (son casi tan valiosos como las perlas), para comerciar con los inuit del sur, y éstos, a su vez, negociaban con los balleneros y con los misioneros que se habían instalado en los estrechos de Exeter y Cumberland; y la cadena continuaba, de forma que un caldero comprado por el cocinero de un barco en el bazar de Bhendy podía acabar pasando su vejez encima de una lámpara de grasa de ballena, en alguna parte del lado más frío del Círculo Polar Ártico.

Kadlu, que era un buen cazador, poseía un gran número de arpones de hierro, cuchillos para cortar nieve, dardos para pájaros, y todas esas cosas que hacen la vida más fácil allá arriba, donde hace tanto frío; y él era el jefe de su tribu, o, como ellos dicen, «el hombre que lo sabe todo por propia experiencia». Esto no le daba ninguna autoridad, exceptuando que, de cuando en cuando, podía aconsejar a sus amigos que cambiaran de territorio Para cazar; pero Kotuko lo aprovechaba para mangonear un poco, con el estilo perezoso característico de los rollizos inuit, a los demás chicos cuando salían de noche a jugar a la pelota a la luz de la luna o a cantar la «Canción del niño a la Aurora Boreal».

Pero un inuit se considera a sí mismo un hombre a los catorce años, y Kotuko estaba harto de hacer trampas para pájaros salvajes y zorros pequeños, y lo que menos le gustaba era ayudar a las mujeres a masticar pieles de foca y de reno (es la mejor forma de ablandarlas) durante todo el día, mientras los hombres estaban de caza. Quería entrar en el quaggi, la Casa de los Cánticos, cuando los cazadores se reunían allí para sus misterios y el angekok, el hechicero, tras haber apagado las lámparas, les hacía tener unos delirios maravillosos, de puro pánico, y se oía el Espíritu del Reno, que pateaba encima del tejado; además, si lanzaban un arpón a lo lejos, en mitad de la noche oscura, volvía

cubierto de sangre caliente. Quería poder echar sus grandes botas en la red, con el aspecto cansado de un cabeza de familia, y poder estar con los cazadores cuando venían a hacer una visita al anochecer y jugaban a una especie de ruleta casera con un cazo de estaño y un clavo. Había cientos de cosas que quería hacer, pero los hombres se reían de él y decían: «Antes tienes que probar la hebilla, Kotuko. No siempre que se caza se cobra.»

Ahora que su padre había dado su nombre a un cachorro, las cosas habían mejorado. Un inuit no desperdicia un buen perro dándoselo a su hijo hasta que el chico sabe algo sobre su manejo; y Kotuko estaba absolutamente convencido de que sabía más de lo necesario.

Si el cachorro no hubiera sido fuerte como el hierro hubiera muerto de tanto como le daban de comer y de tanto toqueteo. Kotuko le hizo unos arreos diminutos, le puso un ronzal, y se dedicó a arrastrarlo por todo el suelo de la casa, gritando: «¡Aua! ¡Ja aua!» (A la derecha), «¡Choiachoi! ¡Ja choiachoi!» (A la izquierda), «¡Ohaha!» (Quieto). Al cachorro no le gustaba lo más mínimo, pero andar a rastras como un pez era maravilloso comparado con formar parte del tiro de un trineo sin haberlo hecho jamás. Se sentó en la nieve y se puso a jugar con el ronzal de piel de foca que iba desde sus arreos hasta el pitu, la gran correa de la parte delantera del trineo. Entonces los perros del tiro se pusieron en marcha y el cachorro se encontró con el corpulento trineo de tres metros pegado a su lomo, arrastrándole por la nieve, mientras Kotuko lloraba de risa. Luego vinieron los días interminables del látigo cruel silbando como el viento sobre el hielo, y todos sus compañeros se reían de él porque no sabía hacer su trabajo, y el roce de los arreos le hacía daño, y ya no le dejaban dormir con Kotuko, sino que tenía que quedarse en el sitio más frío del pasadizo. Fueron malos tiempos para el cachorro.

El chico también iba aprendiendo con la misma rapidez que el cachorro; aunque un trineo es muy difícil de manejar. Cada animal va enganchado (los más débiles junto al jefe) por su propio ronzal, que le pasa por debajo de la pata delantera izquierda y se une a la correa principal mediante una especie de botón y una presilla que se desenganchaba con un giro de la muñeca, pudiendo así soltar a cada perro por separado. Esto es muy necesario, porque a los perros jóvenes se les suele meter el ronzal entre las patas traseras, donde les roza hasta llegar al hueso. Y todos ellos se empeñan en hacer visitas a sus amigos mientras corren, saltando por encima de los ronzales. Después se pelean y el resultado es más confuso que un sedal mojado descubierto por la mañana. Se pueden evitar muchísimos problemas si se usa el látigo de una forma científica. Todos los chicos inuit se precian de ser expertos en el manejo de la larga cola; pero acertar con una marca colocada en el suelo no es lo mismo que inclinarse hacia delante y golpear a un perro vago justamente entre los hombros cuando el trineo va a toda velocidad. Si se llama a un perro por su nombre, para regañarle por haberse ido de «visita», y se le da un latigazo a otro por equivocación, los dos se pondrán a luchar inmediatamente, haciendo que se paren todos los demás. Además, si durante el viaje se va hablando con un acompañante o cantando a solas, los perros se detendrán, dándose la vuelta y sentándose a escuchar lo que se está diciendo. A Kotuko se le escapó el trineo una o dos veces por haberse olvidado de bloquearlo al parar; rompió muchos látigos y destrozó unas cuantas correas antes de que se le pudiera confiar un tiro completo de ocho perros y el trineo más ligero. Entonces se sintió un hombre importante y avanzaba sobre el hielo negro y liso, con un corazón valiente y un codo ágil, deslizándose sobre la superficie como una jauría a todo correr. Recorría quince kilómetros hasta llegar a los agujeros de las focas, y estando ya en

terreno favorable desenganchaba uno de los ronzales del pitu, dejando libre al gran jefe negro, que era el más listo de todos. En cuanto el perro olfateaba uno de los agujeros, Kotuko volteaba el trineo, clavando profundamente en la nieve el par de astas serradas que salían del respaldo como los hierros del asidero de un cochecito para niños, evitando así que los perros se escaparan. Después iba avanzando a gatas, centímetro a centímetro, esperando a que la foca saliera a respirar. Entonces lanzaba rápidamente el arpón atado a una cuerda y, tirando de ella, subía a la foca hasta el borde del hielo, momento en el que el gran perro negro se acercaba para ayudarle a arrastrar el cadáver por el hielo hacia el trineo. Al verlo, los perros del tiro se agitaban, ladrando y soltando espuma por la boca; el látigo de Kotuko se convertía en una barra de hierro al rojo vivo, golpeándoles en la cara hasta que el cadáver se quedaba congelado. La vuelta a casa era lo más duro. Había que arrastrar el trineo cargado por el hielo áspero, y los perros se sentaban y miraban a la foca con cara de hambre, en vez de tirar. Por fin, llegaban al camino trillado por los trineos de la aldea, tratando por el hielo que resonaba como metal, con las cabezas bajas y las colas en alto, mientras Kotuko entonaba el «An-gutivaun tai-na tau na-ne taina» (La canción del cazador que regresa) y se oían voces de saludo, casa tras casa, bajo aquel enorme cielo sombrío y estrellado.

Kotuko, el perro, al hacerse mayor, también empezó a divertirse. Fue ganando puestos entre los perros del tiro de forma constante, lucha tras lucha, hasta que un anochecer, mientras comían, luchó con el gran perro negro (Kotuko, el chico, vio que había sido justo), y lo convirtió en el segundo del tiro, como dicen ellos. Así, pues, ascendió a perro jefe, usando la correa correspondiente y corriendo a metro y medio por delante del resto; a partir de entonces tuvo la obligación de poner fin a todas las peleas, con arreos o sin ellos, y llevó un collar de alambre de cobre muy grueso y pesado. En ocasiones especiales se le permitía entrar en la casa y comer alimentos cocinados, o dormir en el banco con Kotuko. Se le daba bien cazar focas y sabía acorralar a un buey almizclero, ladrando en torno a él y mordisqueándole las patas. Incluso era capaz (y esto en un perro de tiro es una prueba de gran valentía) de hacer frente al delgado lobo ártico, a quien todos los perros del norte, por norma general, temen mucho más que a cualquier otro animal que viva entre las nieves. Él y su amo (olvidándose de que iban acompañados del resto de los perros del tiro) cazaban juntos, día tras día, noche tras noche, el chico envuelto en pieles y el animal con un aspecto imponente: pelo largo y amarillo, ojos pequeños, colmillos blanquísimos. Lo único que hacen los inuit es conseguir comida y pieles para ellos y sus familias. Las mujeres convierten las pieles en ropa y, muy de tarde en tarde, ponen trampas para caza menor; pero la mayor parte de la comida (y comen muchísimo) corre a cargo de los hombres. Si se quedan sin provisiones, allí no hay nadie a quien comprar, rogar o pedir prestado. Se mueren todos de hambre.

Un inuit no se plantea esta posibilidad hasta que se ve en la obligación de hacerlo. Kadlu, Katuko, Amoraq, y el niño pequeño que pataleaba dentro de la capucha de piel de ésta, mascando trozos de grasa de ballena durante todo el día, vivían tan felices como cualquier otra familia del mundo. Pertenecían a una raza muy pacífica (un inuit se altera raras veces y casi nunca pega a un niño), en la que no se sabía con exactitud lo que es una mentira y menos aún cómo se roba. Se conformaban con un arpón para sacar sus alimentos del corazón de aquel frío tremendo y eterno; con mostrar sus sonrisas oleosas y pasar anocheceres contando extrañas historias sobre duendes y fantasmas; con comer hasta que no podían más y cantar la interminable canción de las mujeres, «Amna aya, aya

amna, ¡ah! ¡ah!», en los largos días que transcurren a la luz de la lámpara, cosiendo la ropa y los arreos de caza.

Pero un terrible invierno todo se volvió en su contra. Los tununirmiut volvieron de la pesca del salmón de aquel año y construyeron sus casas sobre los primeros hielos, al norte de la isla de Bylot, listos para ir tras las focas en cuanto se helara el mar. El otoño, que se adelantó, fue brutal. Durante todo septiembre hubo vendavales que rompieron la capa de hielo de las focas cuando sólo medía alrededor de un metro y medio de espesor, empujándola tierra adentro y formando una enorme barrera, de unos treinta kilómetros de ancho, de hielo apelmazado, rugoso y lleno de carámbanos, sobre la cual era imposible pasar con un trineo. El borde del témpano en el que pescaban las focas en invierno estaba, tal vez, a unos treinta kilómetros al otro lado de la barrera, fuera del alcance de los tununirmiut. Aun así, quizá hubieran logrado aguantar el invierno con su provisión de salmón congelado y grasa en conserva, además de lo que les proporcionaran las trampas, pero en diciembre uno de sus cazadores se encontró con una tupik (una tienda de piel) en la que había tres mujeres y una niña, medio muertas, cuyos hombres habían bajado desde un lugar muy lejano del norte y habían muerto aplastados en sus botes de piel mientras iban a la caza del narval de largo diente. A Kadlu, por supuesto, no le quedó más remedio que distribuir a las mujeres entre las chozas de su aldea de invierno, pues ningún inuit es capaz de negar su comida a un extraño. No sabe cuándo le va a tocar a él el turno de tener que pedirla. Amoraq se quedó con la niña, que tenía unos catorce años, para que fuera una especie de sirvienta en su casa. Por el corte de su capucha puntiaguda y los dibujos en forma de diamantes alargados que tenía en las polainas de piel de reno blanco, supusieron que venía de Tierra de Ellesmere. Nunca había visto cocinar en un caldero de estaño, ni había visto jamás un trineo con patines de madera; pero Kotuko, el chico, y Kotuko, el perro, le cogieron bastante cariño.

De repente, todos los zorros se fueron hacia el sur y ni siquiera el carcajú, ese ladronzuelo gruñón de cabeza plana, se molestó en seguir la fila de trampas vacías que había puesto Kotuko. La tribu perdió un par de sus mejores cazadores, que quedaron gravemente heridos en una pelea con un buey almizclero, lo que hizo que el resto tuviera más trabajo. Día tras día, con un trineo ligero y cinco o seis de los perros más fuertes, Kotuko iba en busca de un trecho de hielo liso en que una foca hubiera podido escarbar un agujero para respirar, y le acababan doliendo los ojos de tanto mirar. Kotuko, el perro, recorría grandes distancias y, en la quietud mortal de los campos de hielo, Kotuko, el chico, oía sus gemidos nerviosos y medio ahogados al encontrar un agujero a cinco kilómetros de distancia, llegando hasta él con la misma claridad que si estuviera a su lado. Cuando el perro encontraba un agujero, el chico se hacía una pared de nieve, baja y pequeña, para protegerse del crudo viento y allí esperaba diez, doce, veinte horas, a que la foca saliera a respirar, los ojos pegados a la diminuta señal que había hecho encima del respiradero para apuntar mejor con el arpón al lanzarlo, con una alfombrilla de piel de foca bajo los pies y las piernas atadas con el tutareang (la hebilla de la que le habían hablado los cazadores). Sirve para evitar que a un hombre le den calambres mientras se pasa horas y horas esperando a que salga la foca de oído finísimo. Aunque no es nada apasionante, es fácil darse cuenta de que estar sin moverse, con la hebilla puesta, estando el termómetro a unos cuarenta grados bajo cero, es la labor más dura que conoce un inuit. Cuando cogían una foca, Kotuko, el perro, se lanzaba hacia delante con el ronzal arrastrando y ayudaba a tirar del cuerpo hacia el trineo, donde los perros cansados y

hambrientos estaban tumbados al socaire del hielo partido, con un aspecto muy sombrío.

Una foca no daba para mucho, ya que cada boca de la pequeña aldea tenía derecho a recibir su ración, y no se desperdiciaban ni los huesos, ni la piel, ni los tendones. La carne que correspondía a los perros se la comían los hombres, por lo que Amoraq tenía que alimentar a los componentes del tiro con trozos de tiendas de verano viejas que sacaba de debajo del banco-cama, y los animales aullaban sin parar, despertándose para seguir aullando de hambre. Al ver las lámparas de esteatita en el interior de las chozas se notaba que el hambre estaba al acecho. En las buenas épocas, cuando abundaba la grasa de ballena, la luz de aquellas lámparas en forma de barco tenía más de medio metro de altura y era de un amarillo alegre, aceitoso. Ahora apenas llegaba a los quince centímetros, pues Amoraq, en cuanto una llama escapaba a su vigilancia y se avivaba de repente, bajaba cuidadosamente la mecha de musgo y los ojos de toda la familia permanecían atentos a su mano. El pánico que provoca el hambre allá en los grandes fríos no es tanto a la muerte en sí como a morir en la oscuridad. Todos los inuit detestan la negrura que les acosa sin interrupción durante seis meses al año; y, cuando las llamas de las lámparas empiezan a estar bajas, las mentes se tornan débiles y confusas.

Pero aún no había ocurrido lo peor.

En los pasadizos, los perros famélicos gruñían y daban dentelladas, lanzando miradas furibundas a las estrellas gélidas y olisqueando el vendaval, noche tras noche. Cuando dejaban de aullar, volvía a caer el silencio, tan sólido y espeso como un montón de nieve pegado a una puerta, y los hombres notaban cómo les latía la sangre al pasar por los pequeños conductos de sus oídos, cómo les martilleaba el corazón, haciendo tanto ruido como los tambores de los hechiceros resonando sobre la nieve. Una noche, Kotuko, el perro, que había estado más tristón de lo normal al ir enganchado en el tiro, se levantó de un salto y restregó la cabeza contra la rodilla de Kotuko. El chico le acarició, pero el perro siguió empujando hacia delante ciegamente, muy halagüeño. Entonces se despertó Kadlu, que cogió entre las manos aquella cabeza de lobo, mirándole fijamente a los ojos vidriosos. El perro se puso a gimotear y temblar entre las rodillas de Kadlu. Se le erizó el pelo del cuello y empezó a gruñir como si hubiera un extraño en la puerta; luego ladró alegremente, revolcándose por el suelo y mordiendo la bota de Kotuko igual que un cachorro.

-¿Qué le pasa? -dijo Kotuko, que estaba un poco asustado.

-Es el mal -contestó Kadlu-. El mal de los perros.

Kotuko, el perro, levantó el hocico y aulló una y otra vez.

-Nunca había visto esto. ¿Qué le va a pasar? -dijo Kotuko.

Kadlu levantó un hombro sin mucho convencimiento y atravesó la choza para coger su arpón más corto y afilado. El enorme perro le miró, volvió a aullar y se metió en el pasadizo, mientras los otros perros se echaban a los lados para hacerle sitio. Una vez fuera, en la nieve, ladró furiosamente como si estuviera siguiendo el rastro de un buey almizclero y, entonces, ladrando, saltando y jugueteando, desapareció. No tenía hidrofobia, sino locura normal y corriente. El frío, el hambre y, sobre todo, la oscuridad, le habían hecho perder la cabeza; y cuando aparece el mal del perro entre los que forman el tiro de un trineo, se extiende como el fuego. Al siguiente día de caza, otro perro cayó enfermo y Kotuko lo mató al instante, en cuanto empezó a dar mordiscos y tirones a los ronzales. Entonces, el gran perro negro, que había sido jefe en los viejos tiempos y que ahora era el segundo, avisó al notar el rastro de un reno imaginario y, cuando le

desengancharon del pitu, se tiró a la garganta de un bloque de hielo y huyó como lo había hecho su jefe, con los arreos colgando. Después de aquello nadie volvió a salir con los perros. Los necesitaban para otra cosa y los animales lo sabían; y a pesar de estar atados y de recibir la comida de la mano de sus dueños, en los ojos se les notaba la desesperación y el horror que sentían. Como si no bastara con aquello, las viejas empezaron a contar cuentos de miedo, a decir que se habían encontrado con los espíritus de los cazadores muertos aquel otoño y que les habían vaticinado unas cosas horribles.

Kotuko sintió más que nada la pérdida de su perro; pues un inuit, aunque come una barbaridad, también sabe pasar hambre. Pero la escasez, la oscuridad, el frío y el tiempo pasado a la intemperie, fueron minando sus fuerzas; empezó a oír voces dentro de su cabeza, a ver personas que no existían por el rabillo del ojo. Una noche (se acababa de quitar la hebilla, después de haber estado diez horas esperando junto a un agujero de foca de los llamados «ciegos», y volvía a la aldea tambaleándose, débil y mareado), se detuvo para apoyar la espalda en una roca que resultó estar apoyada, como esas rocas que se balancean, sobre un solo pico de hielo. Su peso rompió el equilibrio de aquello, la roca cayó rodando pesadamente y, aunque Kotuko saltó a un lado para esquivarla, la piedra se deslizó hacia él, chirriando y silbando sobre la pendiente helada.

A Kotuko le bastó con aquello. Había sido educado en la creencia de que todas las rocas y peñas tienen un dueño (un inua), que suele ser una especie de criatura femenina con un solo ojo y que recibe el nombre de tornaq; cuando una tornaq tiene la intención de ayudar a un hombre, va rodando tras él en su casa de piedra y le pregunta si quiere aceptarla como su espíritu guardián. (En los deshielos del verano, las rocas y pedruscos que están sujetos por bloques de hielo ruedan y se deslizan por toda la superficie de aquellas tierras, con lo cual no es difícil entender de dónde salió la idea de las piedras vivas.) Kotuko había oído la sangre latiéndole en los oídos, cosa que llevaba oyendo durante todo aquel día, y creyó que era la tornaq de la piedra hablándole. Antes de llegar a su casa ya estaba absolutamente convencido de que había tenido una larga conversación con ella y, como todas sus gentes pensaban que aquello podía ocurrir perfectamente, nadie le llevó la contraria.

-Me ha dicho: «Bajo de un salto, bajo del lugar que he ocupado hasta ahora en la nieve» -gritó Kotuko, con los ojos hundidos y echándose hacia delante en la penumbra de la choza-. Me ha dicho: «Seré tu guía». Me ha dicho: «Te llevaré a los mejores agujeros de foca». Mañana saldré y la tornaq me guiará.

En ese momento llegó el angekok, el hechicero de la aldea, y Kotuko contó la historia por segunda vez. Al hacerlo no escatimó ni un detalle.

-Sigue a los tornait (los espíritus de las piedras), pues ellos volverán a darnos comida -dijo el angekok.

Por cierto, la chica del norte llevaba varios días tumbada junto a la lámpara, comiendo poco y hablando menos aún; pero a la mañana siguiente, cuando Amoraq y Kadlu se pusieron a preparar un pequeño trineo de mano para Kotuko, cargándolo y atándolo, metiendo en él todos los útiles de caza del chico y la mayor cantidad de grasa de ballena y carne de foca congelada, ella cogió la cuerda que servía para arrastrar el trineo y se colocó valientemente al lado del muchacho.

-Tu casa es mi casa -dijo, mientras el trineo, con sus patines hechos de hueso, chirriaba y daba saltos a sus espaldas en aquella terrible noche ártica.

-Mi casa es tu casa -dijo Kotuko-; aunque creo que tú y yo vamos a acabar yendo

a ver a Sedna.

Sedna es la Señora de los Infiernos y, según los inuit, todos los que mueren pasan un año en sus horribles dominios antes de llegar a Quadliparmiut, el Lugar Feliz, donde no hay hielo y se consiguen unos renos gordísimos que se acercan con sólo llamarlos.

En la aldea, la gente decía a gritos:

-A Kotuko le han hablado los tornait. Van a guiarle hasta los hielos rasos. ¡Nos traerá las focas de nuevo!

Las voces se perdieron en aquella oscuridad fría e inmensa, mientras Kotuko y la chica avanzaban, hombro con hombro, tirando de la cuerda o empujando el trineo sobre el hielo en dirección al mar Polar. Kotuko estaba empeñado en que la tornaq de la piedra le había dicho que fuera hacia el norte, y hacia el norte fueron caminando bajo Tuktugdjung el Reno (ese grupo de estrellas que nosotros llamamos la Osa Mayor).

Ningún europeo hubiera podido avanzar doce kilómetros al día sobre aquel hielo triturado y lleno de aristas afiladas; pero ellos sabían exactamente qué giro de muñeca convenía hacer para rodear un montículo con el trineo, cómo había que dar el tirón para sacarlo casi de golpe si se había metido en una grieta y la fuerza que es preciso emplear con el arpón al dar un par de toques con la punta para abrir un camino cuando todo parecía perdido.

La chica no abría la boca e iba con la cabeza agachada, y el ribete de cuero de carcajú que adornaba su capucha de armiño caía sobre su cara ancha y morena. El cielo que se extendía sobre sus cabezas era de un negro intenso y aterciopelado, convirtiéndose en el horizonte en bandas de un rojo almagre en las que brillaban enormes estrellas que parecían farolas. De cuando en cuando, una de las franjas verdosas de la aurora boreal atravesaba la cavidad de los grandes cielos, ondeaba como una bandera y desaparecía; o un meteoro restallaba de oscuridad en oscuridad, esparciendo una lluvia de chispas al pasar. Entonces veían la superficie ondulada y rugosa de los témpanos flotantes con ribetes y adornos de colores extraños... rojos, cobrizos y azulados; pero bajo la luz normal de las estrellas, todo se volvía de un gris pétreo. Los islotes de hielo, como recordaréis, habían sido golpeados y maltratados por los vendavales del otoño, convirtiéndose en un terremoto congelado. Había surcos, barrancos, y hoyos como cascajales, cortados en el hielo; bultos y pedazos desperdigados que se habían congelado sobre la superficie primitiva de los témpanos; manchas de hielo viejo y negruzco que algún temporal había arrojado bajo la masa flotante y ahora habían surgido de nuevo; bolas de hielo; crestas con dientes de sierra, talladas por la nieve que vuela delante del viento; y hondonadas en las que había diez o quince hectáreas por debajo del nivel del resto del terreno. Los bultos de hielo, a cierta distancia, podían tomarse por focas o morsas, trineos volcados, hombres en expedición de caza, o el mismísimo gran Espíritu del Oso Blanco de las diez patas; pero a pesar de todas aquellas formas fantásticas, todas a punto de cobrar vida, no había ni un solo ruido, ni el más leve eco. Y a través de aquel silencio, de aquella devastación surcada por unas luces repentinas, de cuando en cuando, el trineo y los dos que tiraban de él reptaban como criaturas de una pesadilla..., una pesadilla sobre el fin del mundo en el fin del mundo.

Cuando se cansaban, Kotuko hacía lo que los cazadores llaman una «media casa», una choza de nieve diminuta en la que se apretujaban con la lámpara de viaje e intentaban descongelar la carne de foca. Después de haber dormido, reemprendían la marcha..., cincuenta kilómetros al día, para avanzar poco más de quince en dirección al norte. La

chica siempre iba muy silenciosa, pero Kotuko hablaba solo y entonaba canciones que había aprendido en la Casa de los Cánticos (canciones sobre el verano, los renos y el salmón), todas ellas completamente fuera de lugar en aquella estación. De repente, decía que había oído gruñir a la tornaq y subía rápidamente a un montículo, agitando los brazos y hablando en un tono fuerte y amenazador. A decir verdad, Kotuko estuvo muy cerca de la locura en aquel tiempo, pero la chica estaba convencida de que su espíritu guardián le guiaba y que todo iba a salir bien. Por tanto, no le sorprendió que Kotuko, al final de la cuarta jornada, con los ojos ardiéndole como dos bolas de fuego, le dijera que su tornaq les iba siguiendo por la nieve, en forma de un perro con dos cabezas. La chica miró hacia donde señalaba Kotuko y le pareció ver algo metiéndose en un barranco. Desde luego no era un ser humano, pero todos sabían que los tornait prefieren hacer sus apariciones en forma de oso, de foca, o cosas así.

Hasta podía ser el mismísimo Espíritu del Oso Blanco de las diez patas, o cualquier otra cosa, porque Kotuko y la chica estaban tan débiles que sus ojos eran poco fiables. No habían atrapado nada y no habían visto ni rastro de caza desde que salieron de la aldea; con la comida que llevaban no podían aguantar ni una semana más y había un vendaval en camino. Una ventisca polar puede estar soplando durante diez días seguidos, en los cuales está asegurada la muerte para aquél que no esté a cubierto. Kotuko hizo una casa de nieve suficientemente grande para meter el trineo de mano (uno jamás debe separarse de su carne) y, mientras estaba dando forma al último trozo de hielo irregular que sería la clave de la bóveda, vio una Criatura que le observaba desde un risco de hielo a menos de un kilómetro de distancia. Había bruma, pero la cosa aquella parecía medir doce metros de ancho y tres de alto, con seis metros de cola y una forma con bordes temblorosos. La chica también lo vio, pero, en vez de gritar aterrorizada, dijo tranquilamente:

-Es Quiquern. ¿Qué ocurrirá ahora?

-Va a decirme algo -contestó Kotuko; pero el cuchillo con el que cortaba hielo le tembló en la mano, ya que, por muy convencido que esté un hombre de ser amigo de espíritus extraños y feos, no suele gustarle que sigan sus palabras al pie de la letra. Además, Quiquern es el fantasma de un gigantesco perro desdentado y pelado, del que se supone que vive en el lejano Norte, dedicándose a vagar por el país justo antes de que vaya a ocurrir algo. Las cosas que sucedan pueden ser agradables o desagradables, pero ni siquiera a los hechiceros les gusta hablar de Quiquern. Es quien hace que los perros se vuelvan locos. A igual que el Espíritu del Oso, tiene varios pares de patas de más (seis u ocho); y, desde luego, aquella Criatura que daba saltos entre la bruma tenía más patas de las que necesita un perro de verdad. Kotuko y la chica corrieron a agazaparse en la choza. Evidentemente, si Quiquern hubiera querido, podía haberla hecho pedazos, pero tener una pared de treinta centímetros entre ellos y la malvada oscuridad era un gran consuelo. La tempestad estalló con un silbido de viento que parecía el de un tren, y continuó durante tres días y tres noches sin variar en nada, ni atenuarse durante algún instante. Se colocaron la lámpara de piedra entre las rodillas, manteniéndola encendida, y estuvieron mordisqueando carne de foca tibia y viendo cómo se acumulaba hollín negro en el techo durante setenta y dos largas horas. La chica contó la comida que había en el trineo; no había más que para dos días. Y Kotuko revisó las puntas de hierro y las ataduras de tendón de alce de su arpón, de su lanza para focas y de su dardo para pájaros. No había nada más que hacer.

-Pronto iremos a Sedna..., muy pronto -susurró la chica-. Dentro de tres días nos tumbaremos y partiremos. ¿Tu tornaq no puede hacer algo? Cántale una canción de angekok para que venga.

Él empezó a cantar, aullando en un tono muy agudo, como requieren las canciones mágicas, y la tempestad fue amainando lentamente. En mitad de la canción, la chica dio un respingo poniendo primero, en el suelo de la choza, una de las manoplas que cubrían sus manos, y después la cabeza. Kotuko siguió su ejemplo, y los dos se quedaron de rodillas, mirándose fijamente. con todos los nervios en tensión, escuchando atentamente. El chico arrancó una tira de barba de ballena del borde de una de las trampas para pájaros que había encima del trineo y, después de enderezarla, la colocó muy tiesa en un agujerito que hizo en el hielo, asegurándola con uno de sus mitones. Quedó ajustada casi con la misma delicadeza que la aguja de una brújula y, entonces, en vez de escuchar se pusieron a mirar. La varilla tembló un poco..., una sacudida mínima; después vibró durante unos segundos, se detuvo, y volvió a vibrar, esta vez señalando a otro punto de la brújula.

-¡Demasiado pronto! -dijo Kotuko-. Un témpano ha abierto una brecha ahí fuera.

La chica señaló hacia la varilla y sacudió la cabeza.

-Es la gran ruptura -dijo-. Escucha el hielo que hay debajo. Se oyen golpes.

Al ponerse de rodillas esta vez, oyeron unos gruñidos y golpes sordos de lo más curioso, aparentemente por debajo de sus pies. Unas veces, el ruido se parecía a un cachorro ladrando encima de la lámpara; otras, parecía que restregaban una piedra contra un hielo muy duro; y otras, era como si tocaran un tambor cubierto con algo; pero todos los sonidos llegaban prolongados y disminuidos, como si vinieran desde muy lejos a través de un cuerno pequeño.

-No iremos a Sedna tumbados -dijo Kotuko-. Es la gran ruptura. Vamos a morir.

Todo esto podrá parecer absurdo, pero estaban ante un peligro muy real. Los tres días de vendaval habían barrido hacia el sur el agua de la bahía de Baffin, amontonándola sobre el borde de la gran extensión de hielo que va desde la isla de Bylot hacia el oeste. Además, la fuerte corriente que sale del estrecho de Lancaster en dirección este llevaba kilómetros y kilómetros de lo que llaman hielo en bloque (hielo tosco que no ha formado capas); y esta masa bombardeaba el témpano a la vez que el empuje de las olas del mar tempestuoso lo iba minando y debilitando. Lo que Kotuko y la chica habían estado escuchando eran los ecos lejanos de aquella lucha que tenía lugar a unos cincuenta o sesenta kilómetros de allí, y la varilla no hacía más que reflejar su violencia.

Los inuit suelen decir que cuando el hielo se despierta tras su largo sueño invernal, nunca se sabe lo que puede ocurrir, ya que el hielo sólido de los témpanos flotantes cambia de forma casi con la misma rapidez que una nube. El vendaval era, evidentemente, uno de los de primavera llegado fuera de tiempo, y todo era posible.

A pesar de todo, los dos estaban más contentos que antes. Si el témpano se abría en pedazos se acabaría la espera y el sufrimiento. Había espíritus, duendes y brujos pululando por encima del hielo comprimido, y podía ser que entraran en el país de Sedna acompañados de toda clase de Criaturas fantásticas, todos ellos exaltados ante los acontecimientos. Cuando salieron de la choza tras la tormenta, el ruido del horizonte seguía creciendo de forma constante, y el hielo macizo gemía y zumbaba a su alrededor.

-Aún está esperando -dijo Kotuko.

Encima de un montículo estaba sentada o agachada la Criatura de ocho patas que

habían visto tres días antes... y aullaba desesperadamente.

-Sigámosle -dijo la chica- Puede que conozca algún camino que no llegue a Sedna.

Pero al coger la cuerda del trineo se tambaleó de lo desfallecida que estaba. La Criatura echó a andar lenta y torpemente por los riscos, dirigiéndose siempre hacia el oeste y hacia la tierra firme, y ellos fueron detrás, mientras el ruido atronador de la masa de hielo flotante se iba acercando cada vez más. El borde del hielo estaba rajado y abierto en todas las direcciones, en una extensión de cinco o seis kilómetros tierra adentro, y había grandes planchas de tres metros de grosor, que medían desde unos pocos metros cuadrados hasta unas ocho hectáreas, que daban sacudidas, se hundían y chocaban unas con otras, o contra el témpano que aún estaba entero; mientras, el oleaje enfurecido las iba minando a base de golpes espumosos. Este ariete de hielo era, por así decirlo, la avanzada del ejército que el mar lanzaba contra el témpano flotante. Los constantes choques y crujidos de estos tochos casi ahogaban el ruido desgarrado de las láminas de hielo en bloque que se iban metiendo bajo el témpano como cartas escondidas bajo un tapete apresuradamente. En los lugares donde el agua era poco profunda, estas láminas quedaban amontonadas unas encima de otras, hasta que la inferior tocaba el barro que había a quince metros de profundidad, y el mar descolorido se estancaba detrás del hielo enlodado hasta que la presión creciente empujaba todo hacia delante otra vez. Además de los témpanos y el hielo en bloque, la tempestad y las corrientes estaban trayendo verdaderos icebergs, montañas móviles arrancadas de las costas de Groenlandia o del lado norte de la bahía de Melville. Iban entrando lenta y solemnemente, con las olas rompiendo en espuma blanca a su alrededor, como una flota antigua con todas las velas desplegadas. De repente, un iceberg que parecía dispuesto a llevarse el mundo por delante encallaba desesperadamente en aguas profundas, tambaleándose y chapaleando entre espuma barrosa y rociadas de hielo desmenuzado, mientras otro iceberg mucho más pequeño y bajo rajaba la masa flotante, penetrando en ella y lanzando a los lados toneladas de hielo, abriendo una grieta de casi un kilómetro antes de quedar detenido. Unos caían como espadas, cortando surcos de bordes afilados; otros estallaban en una lluvia de pedazos que pesaban docenas de toneladas cada uno y caían girando y silbando sobre las pendientes; y los había que se alzaban completamente del agua al fondear, como si se estuvieran retorciendo de dolor, y caían de lado onerosamente, mientras el mar les azotaba las espaldas. Toda esta actividad del hielo, que se prensaba, apiñaba, doblaba, comprimía, curvaba, adoptando todas las formas posibles, estaba teniendo lugar en toda la costa septentrional de los témpanos hasta donde alcanzaba la vista. Desde donde estaban Kotuko y la chica, toda aquella confusión no parecía más que una serie de ondulaciones irregulares en el horizonte; pero se iba acercando a ellos sin parar y, a lo lejos, del lado de la tierra, se oía un gran estrépito, como el de una artillería resonando a través de la niebla. Eso quería decir que la mole de hielo estaba quedando encajonada en los acantilados férreos de la isla de Bylot que se hallaba al sur, detrás de donde estaban ellos.

-Esto no se ha visto nunca -dijo Kotuko, mirándolo todo con aire estupefacto-. No es el momento. ¿Cómo es posible que el hielo se esté rompiendo ahora?

-¡Síguelo! -gritó la chica, señalando a la Criatura que iba medio cojeando, medio corriendo alocadamente delante de ellos.

Continuaron avanzando con el trineo a rastras, mientras el avance atronador del

hielo se iba oyendo cada vez mas cerca. Finalmente, los campos que les rodeaban empezaron a abrirse y a resquebrajarse en todas las direcciones, y las grietas chasqueaban como los dientes de un lobo. Pero donde estaba la Criatura, encima de un montón de trozos de hielo desperdigados y avejentados, con una altura de unos quince metros, no había movimiento alguno. Kotuko se lanzó frenéticamente hacia delante, llevando a la chica con él, y se arrastró hasta el pie del montículo. Las voces del hielo eran cada vez más fuertes a su alrededor, pero el terraplén se mantenía firme; al mirar la chica a Kotuko, éste levantó el codo derecho hasta que quedó perpendicular a su cuerpo, lo cual simbolizaba una isla y era la forma con que los inuit expresaban la idea de «tierra». Y efectivamente, aquella Criatura que cojeaba sobre sus ocho patas les había llevado a tierra..., a un islote con un pico de granito rodeado de playas arenosas, cubierto, forrado y disfrazado de hielo, de forma que ningún hombre hubiera sido capaz de distinguirlo de un témpano; pero, por debajo tenía tierra sólida, y no hielo móvil. Los choques y rebotes de los trozos flotantes, al irse desmenuzando y astillando, iban dejando marcas en las orillas; tenía un banco de arena que se extendía hacia el norte, desviando convenientemente el avance de los bloques más grandes, exactamente igual que una reja de arado voltea marga. Existía, por supuesto, el peligro de que alguna plancha de hielo muy comprimida se lanzara playa arriba, arrancando de cuajo la parte superior de la isla; pero Kotuko y la chica no pensaron en ello mientras construían su casa de nieve y se ponían a comer, oyendo el ruido del hielo martilleando y deslizándose por la playa. La Criatura había desaparecido y Kotuko había empezado a hablar acaloradamente de su poder sobre los espíritus, acurrucándose en torno a la lámpara. En mitad de su desenfrenada palabrería, la chica empezó a reírse, balanceando el cuerpo hacia atrás y hacia delante.

A sus espaldas, entrando sigilosamente en la choza, paso a paso, se veían dos cabezas, una amarilla y otra negra, que pertenecían a los dos perros más avergonzados del mundo. Kotuko, el perro, era uno, y el jefe negro era el otro. Ambos estaban ahora gordos, con buen aspecto, y completamente curados de la locura; pero iban emparejados del modo más extraño. Cuando el jefe negro se escapó, recordaréis que llevaba los arreos colgando. Debía haberse encontrado con Kotuko y jugar o pelearse con él, porque la correa que le rodeaba los hombros se había quedado enganchada en el collar de cobre trenzado que llevaba Kotuko, y como la tira estaba muy apretada ninguno de los dos podía agarrarla y morderla, con lo cual se habían quedado pegados uno al cuello del otro. Esto, unido a la libertad de poder cazar por su propia cuenta, debía haberles hecho recuperar la razón. Estaban muy serios.

La chica empujó a los dos animales avergonzados hacia Kotuko y, llorando de la risa, dijo:

-Este es Quiquern, el que nos ha salvado. ¡Mira sus ocho patas y sus dos cabezas!

Kotuko cortó la correa para separarlos y se echaron a sus brazos, mezclándose el amarillo con el negro, intentando explicar cómo habían recobrado la razón. Kotuko les pasó una mano por las costillas, que estaban redondeadas y bien arropadas.

-Han encontrado comida -dijo sonriendo-. Creo que no vamos a ir a Sedna por ahora. Mi tornaq nos los ha enviado. Ya no tienen el mal.

Nada más saludar a Kotuko, los dos animales, que no habían tenido más remedio que dormir, comer y cazar juntos durante las últimas semanas, se lanzaron uno al cuello del otro y se produjo una magnífica batalla dentro de la casa de nieve.

-Los perros no luchan con el estómago vacío -dijo Kotuko-. Han encontrado a las

focas. Vamos a dormir. Ya encontraremos comida.

Cuando despertaron, había agua en la playa septentrional de la isla y todo el hielo suelto había sido arrastrado tierra adentro. Para un inuit, el ruido de las primeras olas es el más delicioso del mundo, pues quiere decir que la primavera está en camino. Kotuko y la chica se cogieron de la mano y sonrieron, pues el rugido claro y potente de las olas rompiendo contra el hielo les recordaba la temporada del salmón y el reno y el aroma de los sauces enanos en flor. Pero, ante sus propios ojos, el mar empezó a solidificarse entre los témpanos de hielo debido al frío que hacía; mas en el horizonte había un gran techo rojo y brillante, la luz del sol hundido. En vez de estar levantándose, parecía más bien estar bostezando en mitad del sueño, y la claridad no duró más que unos minutos, pero simbolizaba el cambio de estación. Eso, para ellos, era inalterable.

Kotuko encontró a los perros peleándose por una foca recién matada que había ido siguiendo a los peces a quienes una tormenta siempre altera. Aquélla era la primera de las veinte o treinta focas que fueron llegando a la isla a lo largo del día y, hasta que el mar se heló del todo, se vieron centenares de cabezas oscuras y saltarinas disfrutando del agua poco profunda y flotando entre los témpanos de hielo.

Era estupendo volver a comer hígado de foca; llenar las lámparas de grasa desmesuradamente y ver cómo la llama alcanzaba casi un metro de altura; pero en cuanto se consolidó aquel nuevo mar helado, Kotuko y la chica cargaron el trineo de mano y pusieron a los perros a tirar como no habían tirado en su vida, porque temían que les hubiera ocurrido algo a los de la aldea. El clima era tan despiadado como de costumbre; pero es más fácil arrastrar un trineo cargado de comida fresca que cazar con hambre. Dejaron veinticinco cadáveres de foca enterrados en el hielo de la playa, listos para su uso, y se apresuraron a regresar con sus gentes. Los perros les indicaron el camino en cuanto Kotuko les explicó lo que quería y, aunque no había ni un solo punto de referencia, a los tres días estaban ladrando a la puerta de la casa de Kadlu. Sólo les contestaron tres perros; a los demás se los habían comido; y las casas estaban todas a oscuras Pero cuando Kotuko gritó: «¡Ojo!» (carne hervida, en su idioma), le contestaron unas voces muy débiles, y cuando pasó lista a la aldea, nombre por nombre y con voz muy clara, no hubo ninguna falta.

Una hora más tarde las lámparas resplandecían en casa de Kadlu; habían puesto agua de nieve a calentar; los calderos hervían al fuego, y caían gotas de agua del techo mientras Amoraq preparaba una comida para toda la aldea; el niño, metido en la capucha, mordisqueaba una suculenta tira de grasa noguerada; y los cazadores, de forma lenta y metódica, se iban atiborrando de carne de foca. Kotuko y la chica se pusieron a contar sus aventuras. Los dos perros estaban sentados entre ellos y, cada vez que oían decir sus nombres, levantaban una oreja y ponían cara de estar absolutamente avergonzados de sí mismos. Un perro que ha estado loco y se ha recuperado dicen los inuit que queda inmune a la enfermedad.

-Así que la tornaq no se olvidó de nosotros -dijo Kotuko.

Sopló el vendaval, se rompió el hielo y las focas entraron nadando tras los peces asustados por la tormenta. En fin, los agujeros nuevos están a menos de dos días de distancia. Que mañana vayan los mejores cazadores y traigan las focas que he matado: son veinticinco y están enterradas en el hielo. Cuando nos las hayamos comido iremos todos en busca de las focas de los témpanos.

-Y vosotros, ¿qué vais a hacer? -le preguntó el hechicero con el mismo tono en

que se dirigía a Kadlu, el más rico de los tununirmiut.

Kadlu miró a la chica del norte y dijo tranquilamente:

-Nosotros vamos a construir una casa.

Kadlu señaló hacia el lado noroeste de la suya, ya que es el lado en donde se instalan los hijos o hijas casados.

La chica levantó las palmas hacia el techo, sacudiendo ligeramente la cabeza con aire de desesperación. Era una extranjera que habían recogido medio muerta de hambre, y no podía aportar nada a la casa.

Amoraq, dando un salto, se levantó del banco en el que había estado sentada y empezó a amontonar cosas sobre las rodillas de la chica: lámparas de piedra, raederas de hierro para las pieles, calderos de estaño, pieles de reno con bordados hechos de dientes de buey almizclero y auténticas agujas capoteras como las que usan los marineros; la mejor dote que se ha recibido jamás en los confines del Círculo Polar Artico, y la chica del norte inclinó la cabeza hasta tocar el suelo.

-¡Estos también! -dijo Kotuko soltando una carcajada y señalando a los perros, que pasaron sus hocicos fríos por la cara de la chica.

-Ah -dijo el angekok, tosiendo con aires de importancia como si hubiera estado meditando sobre todo aquello-. En cuando Kotuko salió de la aldea, fui a la Casa de los Cánticos y entoné canciones mágicas. Me pasé noches enteras cantando e invoqué al Espíritu del Reno. Han sido mis cantos los que han hecho que soplara el vendaval que rompió el hielo y que los perros llegaran hasta Kotuko en el momento en que el hielo le iba a partir los huesos. Mi voz hizo que llegaran las focas tras el hielo partido. Mi cuerpo estaba encerrado en el quaggi, pero mi espíritu corría por la nieve guiando a Kotuko y los perros en todo lo que han hecho. Todo lo he hecho yo.

Todos estaban llenos y tenían sueño, con lo cual nadie le llevó la contraria; y el angekok, en virtud de su oficio, se sirvió aún otro trozo de carne hervida, quedándose a dormir con los demás en la casa cálida, iluminada e impregnada del olor a aceite.

Para pasar el tiempo, Kotuko, que dibujaba muy bien al estilo inuit, talló dibujos de todas estas aventuras en un trozo de marfil largo y aplastado que tenía un agujero en uno de los lados. Cuando la chica y él fueron hacia el norte, a Tierra de Ellesmere, en el año del Gran Invierno Abierto, le dejó aquella placa a Kadlu, quien la perdió en un pedregal cuando se le rompió el trineo un verano a orillas del lago Netilling, en Nikosiring; y allí la encontró un inuit del lago la primavera siguiente y se la vendió en Imigen a un hombre que hacía de intérprete en un ballenero del estrecho de Cumberland, y éste se la vendió a Hans Olsen, que luego sería contramaestre a bordo de un gran vapor que llevaba turistas al cabo Norte de Noruega. Al terminar la temporada turística, el vapor hizo la travesía de Londres a Australia, haciendo escala en Ceilán, y allí Olsen vendió el marfil a un joyero cingalés por dos zafiros falsos. Yo la encontré bajo un montón de chatarra en una casa en Colombo, y la he traducido de punta a cabo.

8

«Angutivaun taina»

[Esta es una traducción muy libre de la Canción del Guerrero que regresa, tal como la cantaban los hombres al volver de cazar focas. Los inuit siempre repiten las cosas una y otra vez.]

id: están los guantes tiesos de sangre helada.

Y también nuestras pieles por los copos de nieve.
Eso fue cuando entramos con la foca... ¡la foca!
desde el borde del témpano.

¡Au ¡Au! ¡Aua! ¡Oha! ¡Haq!
Y los perros del tiro ladran al avanzar,
las látigos chasquean y los hombres regresan
desde el borde del témpano.

Seguimos a la foca a su lugar secreto,
oímos su jadeo arañando allá abajo.
Hicimos nuestra marca y a mirar nos pusimos
en el borde del témpano.

A respirar salió y alzamos nuestra lanza,
la arrojamos de pronto, la clavamos... ¡así!
La engañamos así y así al fin la matamos,
en el borde del témpano.

Los guantes se han pegado de sangre congelada
y también nuestras ojos por las copos de nieve,
pero ahora volvemos donde nuestras mujeres
¡desde el borde del témpano!
¡Au jana! ¡Aua! ¡Oha! ¡Haq!
Y los perros del tiro regresan muy cargados,
y las mujeres oyen al marido que vuelve
¡desde el borde del témpano!

El perro Jaro

¡Por nuestras noches blancas y excelentes,
por las noches de veloces carreras!
¡Por esos tramos largos, vista aguda,
buena caza y astucia tan certera!
¡Por el olor, intacto, a la alborada,
antes de que el rocío se evapore!
¡Por la carrera en medio de la niebla
y la presa que va corriendo a ciegas!
¡Por el grito de las parejas nuestras,
cuando el Sambhur se queda acorralado!
¡Por el riesgo, el tumulto de la noche!
¡Por el sueño y la boca de la cueva
de par en par abierta por el día,
ha llegado el momento de la lucha!
¡Aullad! ¡Aullad!

El perro Jaro

Inmediatamente después de entrar en la Selva empezó la época más agradable de la vida de Mowgli. Tenía esa tranquilidad de conciencia que se consigue al pagar las deudas; era amigo de toda la Selva, que le tenía sólo un poco de miedo. Las cosas que hizo, vio y oyó en su vagar de un pueblo a otro, con o sin sus cuatro compañeros, servirían para escribir muchas, muchísimas historias, cada una tan larga como ésta. Así pues, nunca sabréis cómo conoció al Elefante Loco de Mandla que mató a veintidós bueyes que llevaban vaban once carros de plata acuñada a la Contaduría duría General, desparramando todas las rupias relucientes por el polvo; cómo luchó con Jacala, el cocodrilo, en los Pantanos del Norte durante una noche entera, rompiéndosele el cuchillo de monte en las escamas del lomo de aquella fiera; cómo encontró un cuchillo nuevo, más largo, atado al cuello de un hombre a quien había matado un jabalí, y cómo siguió el rastro de aquel jabalí, matándole en justo pago por el cuchillo; cómo se vio atrapado en una estampida de ciervos durante el Gran Hambre, a punto de morir aplastado por aquellas manadas frenéticas; cómo salvó a Hathi el Silencioso de volver a caer en una trampa con una estaca al fondo y cómo, al día siguiente, él mismo cayó en una astutísima trampa para leopardos de la que le sacó Hathi rompiendo los gruesos barrotes de madera por encima de su cabeza; cómo ordeñó a los búfalos salvajes en los fangales, y cómo...

Pero las historias hay que contarlas de una en una. Padre Lobo y Madre Loba murieron y Mowgli tapó la boca de la cueva con una piedra muy grande, llorándoles con la Canción de la Muerte; Baloo ya estaba viejo y torpe e incluso Bagheera, que tenía unos nervios de acero y unos músculos de hierro, era algo más lenta al matar. Akela, de puro viejo, pasó del gris al blanco lechoso; se le notaban las costillas y andaba como si fuera de madera, y era Mowgli quien mataba para él. Pero los lobos jóvenes, los hijos de la desmembrada Manada de Seeonee, crecieron y se multiplicaron y, cuando llegaron a ser unos cuarenta lobos de cinco años de edad, rebeldes, ruidosos y rápidos, Akela les dijo que deberían unirse y seguir la Ley obedeciendo a un jefe, como correspondía a los del Pueblo Libre.

En esta cuestión Mowgli no quería intervenir, pues, como él decía, había comido fruta agria y sabía de qué árbol colgaba; pero cuando Fao, hijo de Faona (cuyo padre fue el Rastreador Gris en los tiempos del mando de Akela), luchó hasta conseguir llegar a jefe de la Manada de acuerdo con la Ley de la Selva, y empezaron a oírse otra vez los antiguos aullidos y cantos resonando bajo las estrellas, Mowgli volvió a ir a la Roca del Consejo en honor a los viejos tiempos. Cuando decidía intervenir, la Manada le escuchaba hasta que terminaba de hablar, y se sentaba junto a Akela, en una roca que había encima de la de Fao. Aquéllas fueron épocas de mucha caza y mucho dormir. Los extraños procuraban no entrar en las selvas que pertenecían al pueblo de Mowgli, como llamaban a la Manada; los lobos jóvenes se hicieron gordos y fuertes y había muchos cachorros para llevar a la Vista. Mowgli siempre iba a las Vistas, recordando la noche en que una pantera negra pagó para meter en la Manada a un niño desnudo y marrón y aquel grito prolongado de «Mirad, mirad bien, lobos» que le había dado un vuelco al corazón. Otras veces se internaba en la Selva con sus cuatro hermanos probando, tocando, viendo y sintiendo cosas nuevas.

Un anochecer en que iba correteando despreocupadamente por los montes para llevar a Akela la mitad del gamo que había matado, con los Cuatro trotando detrás, medio riñendo y dándose empujones del puro placer de estar vivos, oyó un grito que no se había vuelto a escuchar desde los malos tiempos de Shere Khan. Era lo que en la Selva llaman el fíal, una especie de aullido espeluznante que da el chacal al ir cazando detrás de un tigre o cuando hay caza mayor a la vista. Si lográis imaginaros una mezcla de odio, aire triunfal, miedo y desesperación, todo ello con una especie de risa sardónica, os haréis una vaga idea del fíal que se elevó en el aire, descendió, vibró y trinó a lo lejos, al otro lado del Waingunga. Los Cuatro se pararon en seco, erizándose y gruñendo. La mano de Mowgli fue hacia su cuchillo y él se detuvo, la cara enrojecida, el ceño fruncido.

-No hay ningún Rayado que se atreva a matar aquí -dijo.

-No es así el grito del Delantero -contestó Hermano Gris-. Se trata de una gran cacería. ¡Escuchad!

Volvió a quebrar el aire una mezcla de grito y llanto, como si el chacal tuviera labios humanos y flexibles. Mowgli tomó una bocanada de aire y salió corriendo hacia la Roca del Consejo, adelantando por el camino a otros lobos de la Manada. Fao y Akela ya estaban sobre la roca, juntos, y bajo ellos, con todos los nervios tensos, estaban los demás Las madres y los cachorros trotaban hacia sus cuevas porque cuando suena el fíal es mejor que no anden sueltos los más débiles.

No se oía nada más que el murmullo y gorgoteo del Waingunga en la oscuridad y el aire que corre entre las copas de los árboles al anochecer, hasta que, de repente, al otro lado del río, aulló un lobo. No era ninguno de la Manada porque estaban todos en la roca. La nota varió, convirtiéndose en un alarido largo y desesperado; y entonces dijo: «¡Dhole!». Y seguidamente: «¡Dhole! ¡Dhole! ¡Dhole!». Oyeron pasos cansados sobre las rocas y un lobo demacrado, con manchas rojas en los costados, inutilizada la pata delantera derecha y con las quijadas llenas de espuma blanca, se desplomó jadeando en el interior del círculo, a los pies de Mowgli.

-¡Buena caza! ¿El nombre de vuestro jefe? -dijo Fao con gran seriedad.

-¡Buena caza! Soy un Won-tolla -fue la respuesta.

Con esto quería decir que era un lobo solitario, responsable de su propia defensa, de la de su compañera y sus cachorros, que debía vivir en una cueva apartada como hacen muchos lobos en el sur. Won-tolla significa ermitaño, ser que vive separado de cualquier manada Al verle jadear se dieron cuenta de que se tambaleaba hacia atrás y hacia delante, al ritmo de los latidos de su corazón.

-¿Quién corre? -dijo Fao-, pues es lo que preguntan todos los habitantes de la Selva tras oír el fíal.

-El dhole, el dhole del Dekkan..., el perro Jaro, ¡el asesino! Han venido al norte desde el sur diciendo que el Dekkan se ha quedado vacío y matando todo lo que se les cruza en el camino. Cuando esta luna estaba llena yo tenía cuatro de familia..., mi compañera y tres cachorros. Ella les enseñaba a matar en las praderas escondiéndose para cazar al gamo, como hacemos los de las llanuras. A medianoche los oí pasar juntos, aullando tras el rastro. Al soplar el viento de la madrugada los encontré tiesos sobre la hierba..., los cuatro, Pueblo Libre, los cuatro, cuando esta luna era nueva. Entonces reclamé el Derecho de la Sangre y encontré al dhole.

-¿Cuántos? -dijo Mowgli rápidamente; la Manada gruñó desde el fondo de sus gargantas.

-No lo sé. Tres de ellos no volverán a matar, pero a mí me acabaron acorralando como a un gamo, haciéndome correr con tres patas. ¡Mirad, Pueblo Libre!

Adelantó la pata mutilada, oscurecida por la sangre seca. Tenía los costados llenos de mordiscos salvajes y el cuello desgarrado y lacerado.

-Comed -dijo Akela, apartándose de la carne que le había traído Mowgli, y el ermitaño se abalanzó sobre ella.

-No lo desperdiciaré -dijo humildemente tras haber calmado un poco su hambre-. Dadme algo de fuerza, Pueblo Libre, y yo también mataré. Mi cueva, que estuvo llena cuando esta luna era nueva, está vacía, y la Deuda de la Sangre no está pagada del todo.

Fao oyó el chasquido de sus colmillos al dar con el hueso de la grupa y gruñó en señal de aprobación.

-Esas quijadas van a sernos útiles -dijo-. ¿Los dhole traen cachorros?

-No, no. Son todos cazadores rojos; los perros adultos de la Manada, grandes y fuertes, aunque en el Dekkan no coman más que lagartos.

Lo que Won-tolla había dicho significaba que el dhole, el cazador rojo del Dekkan, tenía la intención de matar, y todos los de la Manada sabían que incluso el tigre cede su presa recién cobrada al dhole. Se lanzan Selva a través y todo cuanto se les cruza lo echan al suelo y despedazan. Aunque no son tan grandes ni la mitad de astutos que un lobo, sí son muy fuertes y muy numerosos. Los dhole, por ejemplo, no consideran a una manada como tal hasta que reúna a cien de ellos, mientras que cuarenta lobos forman una manada más que aceptable. Los viajes de Mowgli le habían llevado hasta el borde de las altas praderas del Dekkan y había visto a los temerarios dhole durmiendo, jugando y rascándose en los hoyos y montecillos que usan como madrigueras. Sintió odio y desprecio por ellos porque no olían como el Pueblo Libre, porque no vivían en cuevas y, sobre todo, porque tenían pelo entre los dedos de las patas, cosa que no les ocurría ni a sus amigos ni a él. Pero sabía, porque Hathi se lo había contado, lo feroz que puede ser una manada de dhole cazadores. Incluso Hathi les deja libre el camino y, hasta que mueren o empieza a escasear la caza, siguen avanzando.

Akela también sabía algo sobre los dhole, pues le dijo a Mowgli tranquilamente:

-Más vale morir en una Manada Completa que solo y sin jefe. Esta va a ser buena caza y... la última para mí. Pero, con lo que viven los hombres, a vos os quedan aún muchas noches y muchos días, hermanito. Id hacia el norte y quedaos agazapado allí, y si queda alguien vivo después de que hayan pasado los dhole irá a llevaros noticias de la lucha.

-Ah -dijo Mowgli muy seriamente-, ¿es que he de ir a los pantanos a coger pececillos y dormir en un árbol, o quizá pedir a los Bandar-log que me ayuden a partir nueces mientras la Manada lucha aquí abajo?

-La lucha es a muerte -dijo Akela-. Vos no conocéis a los dhole. Incluso el Rayado...

-¡Aowa! ¡Aowa! -dijo Mowgli cariñosamente-. Yo he matado a un mono a rayas y mi estómago me dice que Shere Khan hubiera sido capaz de abandonar a su propia compañera para que se la comieran los dhole al haber sentido el rastro de una de sus manadas, aunque estuvieran a tres montes de distancia. Escuchadme bien: hubo un lobo que era mi padre y una loba que era mi madre, y un viejo lobo gris (no muy sensato; ahora es blanco), que fue mi padre y mi madre. Por tanto -levantó la voz- yo digo que cuando vengan los dhole, Mowgli y el Pueblo Libre serán uña y carne en esa cacería; y

digo, por el toro que me compró (por el toro con que Bagheera pagó por mí en los viejos tiempos de los que nadie se acuerda ya en la Manada), digo, y que los árboles y el río lo oigan y recuerden por si yo lo olvido, digo que este cuchillo será como uno de los dientes de la Manada... Y, sinceramente, tiene la punta bastante afilada. Esta es ¡ni palabra y cuanto tenía que decir.

-Vos no conocéis al dhole, hombre con lengua de lobo -dijo Won-tulla-. Yo sólo quiero liquidar la Deuda de la Sangre que tenemos pendiente antes de que me hagan pedazos. Avanzan despacio, matando cuanto encuentran, pero en dos días habré recuperado algo de mi fuerza y volveré tras ellos para saldar la Deuda de la Sangre. Pero en cuanto a vosotros, Pueblo Libre, mi palabra es que vayáis al norte y os contentéis con comer poco hasta que los dhole se marchen. Esta cacería no os va a dar carne.

-¡Escuchad al ermitaño! -dijo Mowgli soltando una carcajada-. Pueblo Libre, hemos de ir al norte y escarbar en las orillas en busca de lagartos y ratas para evitar a toda costa encontrarnos con los dhole. Hay que permitir que arrasen nuestro territorio mientras nosotros nos escondemos en el norte hasta que se les antoje devolvernos lo que es nuestro. ¡Son perros, cachorros de perro, rojos, con la tripa amarilla, sin cubil y con pelos entre los dedos de las patas! Tienen entre seis y ocho cachorros por camada, como Chikai, la ratita que da brincos. ¡No hay duda de que debemos huir, Pueblo Libre, y rogar a los del norte que nos den los restos del ganado muerto! Ya conocéis el dicho: «Al norte, sabandijas; al sur, piojos. Nosotros somos la Selva.. Elegid, pues, elegid. ¡Es buena caza! ¡Por la Manada..., por la Manada entera.... por la cueva y la camada; por la caza de dentro y la de fuera; por la compañera que sigue al gamo y por el cachorrillo que está en la cueva..., hay que luchar..., hay que luchar..., hay que luchar!

La Manada contestó con un ladrido profundo y atronador que resonó en la noche como un árbol cayéndose.

-¡Hay que luchar! -gritaron.

-Quedaos aquí -dijo Mowgli a los Cuatro-. Todos los dientes son pocos. Que Fao y Akela preparen la batalla Yo voy a ir a contar los perros.

-¡Eso es la muerte! -gritó Won-tolla, medio incorporándose-. ¿Qué puede hacer alguien con tan poco pelo contra el perro Jaro? Ya sabréis que incluso el Rayado...

-Sois un verdadero ermitaño -gritó Mowgli por encima de su hombro-; pero ya hablaremos cuando hayan muerto los dhole. ¡Buena caza a todos!

Se internó rápidamente en la oscuridad corriendo alocadamente, casi sin mirar por dónde pisaba, y la consecuencia lógica fue que cayó de bruces al tropezar con los enormes anillos de Kaa, al llegar al lugar en que la enorme serpiente pitón vigilaba un sendero de ciervos que había junto al río.

-¡Ksssaa! -dijo Kaa enfurecida-. ¿Os parece bonito andar por la Selva dando traspiés y trompicones, para estropearle a una el trabajo de toda una noche..., con la caza tan buena que hay además?

-Reconozco mi culpa -dijo Mowgli levantándose-. La verdad es que os estaba buscando, Cabeza Plana, pero siempre que os veo habéis crecido y engordado por lo menos tanto como mide mi brazo. No hay nadie como vos en toda la Selva, sabia, vetusta, fuerte y hermosísima Kaa.

-¿A ver qué hay detrás de este rastro? -la voz de Kaa se había suavizado-. Hace menos de una luna, un hombrezuelo que llevaba cuchillo me tiró piedras a la cabeza y me insultó como un gato montés, por dormir al aire libre.

-Sí, y por espantar a los ciervos hacia los cuatro vientos cuando Mowgli estaba de caza y esta Cabeza Plana que tengo delante estaba demasiado sorda para oírle cuando le avisó con un silbido de que dejara libres los senderos de los ciervos -contestó Mowgli sosegadamente, sentándose entre los anillos coloreados.

-Y ahora ese mismo hombrezuelo viene con palabras tiernas y conmovedoras a esa misma Cabeza Plana, hablándole de lo sabia, fuerte y hermosa que es, y esa misma Cabeza Plana se lo cree y hace sitio, pues, a ese mismo hombrezuelo que tiraba piedras, y... ¿Estáis cómodo? ¿Con Bagheera tenéis un sitio así de bueno para descansar?

Como siempre, bajo el peso de Mowgli, Kaa se había convertido en una especie de sillón. El chico extendió un brazo en la oscuridad y atrajo hacia sí el cuello cimbreante como un alambre hasta que la cabeza de Kaa quedó encima de su hombro y, entonces, le contó todo lo que había pasado en la Selva aquella noche.

-Sabia, no sé -dijo Kaa al final-, pero sorda, desde luego. De lo contrario hubiera oído el fíal. Ahora entiendo por qué están nerviosos los Comedores de Hierba. ¿Cuántos son los dhole?

Aún no los he visto. He venido a vos con pie ligero. Habéis vivido más que Hathi. Pero, Kaa -y al decirlo, Mowgli dio un respingo de pura emoción-, será una gran caza. Pocos de nosotros veremos la siguiente luna.

-¿Es que vos vais a meter la mano en esto? No olvidéis que sois un hombre y no olvidéis cuál fue la Manada que os echó. Dejad que el lobo se ocupe del perro. Vos sois un hombre.

-Las nueces de antaño son hoy tierra negra -dijo Mowgli-. Es cierto que soy un hombre. Pero mi estómago me dice que esta noche he dicho que soy un lobo. He pedido al río y a los árboles que lo recordaran. Pertenezco al Pueblo Libre, Kaa, hasta que los dhole sigan su camino.

-Pueblo Libre -gruñó Kaa-. ¡Ladrones libres! ¿Y os habéis ligado a ellos, con el nudo de la muerte, por honrar la memoria de los lobos muertos? Esto sí que no es buena caza.

-He dado mi palabra. Lo saben los árboles, lo sabe el río. Hasta que se hayan ido los dhole, mi palabra no es mía.

¡Ngsss! Esto trastoca todos los rastros. Había pensado llevaros conmigo a los Pantanos del Norte, pero la palabra (incluso la palabra de un hombrecillo desnudo y sin pelo) es la palabra. Por lo cual yo, Kaa, digo...

-Pensadlo bien, Cabeza Plana, no vaya a ser que también os liguéis con el nudo de la muerte. No me hace falta vuestra palabra, porque bien sé que...

-Así sea, entonces -dijo Kaa-. No daré palabra alguna; pero ¿qué os dice el estómago que hagáis cuando vengan los dhole?

-Tienen que pasar a nado el Waingunga. Había pensado ir a su encuentro con mi cuchillo, en la parte donde cubre poco y con la manada detrás; y así, estocada por aquí y arremetida por allá, puede que les hagamos huir río abajo o que se les enfríe la garganta.

-Los dhole no huyen y siempre tienen la garganta caliente -dijo Kaa-. Con una cacería así, no va a quedar ni hombrecillo ni cachorro de lobo, sólo unos huesos secos.

-¡Alala! Si morimos, moriremos. Será una cacería de las mejores. Pero tengo un estómago joven y aún no he visto muchas lluvias. No soy sabio ni fuerte. ¿Tenéis un plan mejor, Kaa?

-Yo he visto cientos y cientos de lluvias. Antes de que a Hathi se le cayeran los

colmillos de leche yo ya dejaba un gran rastro en el polvo. Por el primer huevo, soy mayor que muchos árboles y he visto cuanto se ha hecho en la Selva

-Pero ésta es caza nueva -dijo Mowgli-. Los dhole nunca se habían cruzado en nuestro rastro.

-Lo que es, ha sido. Lo que va a ser no es más que un año olvidado que vuelve de golpe. Estaos quieto mientras cuento estos años míos.

Mowgli estuvo una hora entera tumbado entre los anillos, mientras Kaa, con la cabeza quieta en el suelo, pensaba en todo lo que había visto y conocido desde el día en que salió del huevo. Fue como si los ojos se le quedaran sin luz, igual que dos ópalos rancios, y de cuando en cuando daba unas estocadas torpes con la cabeza, a derecha e izquierda, como si estuviera cazando en sueños. Mowgli se echó una siesta tranquilamente porque sabía que no hay nada mejor que dormir antes de cazar, y era capaz de conciliar el sueño a cualquier hora del día o de la noche.

De repente, se dio cuenta de que el cuerpo de Kaa estaba creciendo y ensanchándose debajo de él mientras la enorme serpiente pitón iba ensanchándose, silbando como el ruido de una espada al salir de una vaina de acero.

-He visto todas las estaciones muertas - dijo Kaa finalmente-, y los grandes árboles, los viejos elefantes y las rocas que estaban desnudas y afiladas antes de que creciera el musgo ¿Seguís vivo, hombrecillo?

-Se acaba de poner la luna -dijo Mowgli-. No entiendo...

-¡Chss! Vuelvo a ser Kaa. Ya sabía que sólo había pasado un rato. Ahora vamos a ir al río y os enseñaré lo que hay que hacer contra los dhole.

Se dio la vuelta, lanzándose como una flecha hacia la parte más ancha del Waingunga y hundiendo parte del cuerpo en el agua, algo más arriba de la laguna que oculta la Roca de la Paz, con Mowgli pegado a su lado.

-No, no nadéis. Yo voy más deprisa. A mi espalda, hermanito.

Mowgli se agarró al cuello de Kaa con el brazo izquierdo, dejó el derecho flojo y pegado al cuerpo, y enderezó las piernas. Entonces Kaa remontó la corriente como sólo ella sabía hacerlo y el rizo del agua frenada formó una chorrera alrededor del cuello de Mowgli que iba con los pies dando bandazos en el remolino que había bajo los costados de la serpiente. A un kilómetro o dos más arriba de la Roca de la Paz, el Waingunga se estrecha al pasar por una garganta de rocas de mármol de unos veinticinco o treinta metros de alto y la corriente se precipita como por el caz de un molino entre toda clase de piedras siniestras. Pero Mowgli no hizo caso al agua; había poca agua en el mundo que lograra asustarle. Estaba mirando a ambos lados de la garganta y husmeando el aire con inquietud, pues notaba un olor agridulce, como el de un hormiguero grande en un día de mucho calor. Instintivamente bajó el cuerpo, dejando que le cubriera el agua del todo y sacando la cabeza sólo de vez en cuando, para respirar, hasta que Kaa echó anclas enroscando dos veces la cola alrededor de una roca hundida, llevando a Mowgli sujeto en el hueco de un anillo, mientras el agua seguía corriendo a toda velocidad.

-Este es el Lugar de la Muerte -dijo el chico-. ¿Por qué venimos aquí?

-Están durmiendo -dijo Kaa-. Hathi no se aparta del camino del Rayado, pero tanto Hathi como el Rayado se apartan del camino del dhole, y el dhole, según dicen, no se aparta nunca. No obstante, ¿ante quién se aparta el Pueblo Pequeño de las Rocas? Decidme, Amo de la Selva, ¿quién es el Amo de la Selva?

-Ellas -susurró Mowgli . Es el Lugar de la Muerte. Vámonos.

-No, mirad bien, pues están dormidas. Las cosas son como eran cuando yo medía menos que vuestro brazo.

Las rocas de la garganta del Waingunga, gastadas y descoloridas, habían pertenecido desde el principio de la Selva al Pueblo Pequeño de las Rocas: las abejas negras de la India, frenéticas, violentas y salvajes; y, como bien sabía Mowgli, todos los rastros se detenían bruscamente al llegar a un kilómetro de distancia de la garganta. El Pueblo Pequeño llevaba siglos enjambrando allí, pululando de grieta en grieta y bullendo, dejando manchas de miel rancia en el mármol blanco, construyendo sus colmenas en lo alto y profundo de las cavernas interiores, donde jamás había llegado animal, fuego o agua. La garganta, en toda su longitud y a ambos lados, estaba adornada con unas cortinas negras de terciopelo brillante y Mowgli se sumergió en el agua mientras las contemplaba, pues eran los millones de abejas apiñadas y dormidas. También había bodoques y festones, además de una especie de troncos carcomidos que salpicaban la superficie de la roca, las antiguas colmenas de años anteriores, o ciudades nuevas construidas en las sombras de aquella garganta sin viento; y habían ido cayendo grandes masas de hojarasca podrida y esponjosa, enganchándose en los árboles y enredaderas que trepaban por la pared de roca. Mientras escuchaba oyó más de una vez el roce y crujido de algún panal repleto de miel al volcarse o caer a lo lejos, en el interior de la oscuridad de aquellas galerías; y después el eco de un furioso aleteo, seguido del sombrío «plop, plop, plop» de la miel desperdiciada que iba deslizándose hasta rebasar uno de los salientes del exterior, goteando pegajosamente sobre las ramas. En una de las orillas del río había una playa diminuta, de menos de un metro y medio de ancho, en la que se había ido amontonando la basura de años incontables. Abejas y zánganos muertos, broza, panales carcomidos y alas de polillas despistadas que habían venido en busca de miel, todo ello acumulado en montones regulares del más fino polvo negro. Aquel olor tan acre bastaba para asustar a cualquier ser que no tuviera alas y supiera lo que es el Pueblo Pequeño.

Kaa volvió a dirigirse río arriba hasta llegar a un banco de arena que había donde terminaba la garganta.

-Aquí está la caza de esta temporada -dijo-. ¡Mirad!

En la arena se veían los esqueletos de un par de ciervos jóvenes y un búfalo. Mowgli se dio cuenta de que los huesos no los había tocado chacal ni lobo alguno, pues estaban colocados en su posición natural.

-Cruzaron la línea; no conocían la Ley -murmuró Mowgli- y el Pueblo Pequeño los ha matado. Vámonos antes de que despierten.

-No se despiertan hasta el amanecer -dijo Kaa-. Ahora os lo voy a contar todo. Un gamo acorralado llegó aquí desde el sur hace muchas, muchas lluvias, sin conocer la Selva, con una manada siguiéndole el rastro. Ciego de terror, saltó desde arriba, con la manada rabiosa y acalorada, pisándole los talones. El sol estaba alto; los del Pueblo Pequeño eran muchos y muy furiosos. Muchos, también, fueron los de la manada que saltaron al Waingunga, pero hallaron la muerte antes que el agua. Aquellos que no saltaron murieron entre las rocas de arriba. Sin embargo, el gamo sobrevivió.

-¿Cómo?

-Porque llegó el primero, corriendo para salvar la vida, saltando antes de que el Pueblo Pequeño se diera cuenta; y ya estaba en el río antes de que ellas se amontonaran para matarlo. La manada que venía detrás se perdió por completo bajo el peso del Pueblo

Pequeño.

-¿El gamo sobrevivió? -repitió Mowgli lentamente.

-Al menos no murió entonces, aunque al caer no hubiera nadie con un cuerpo fuerte esperando para protegerle del agua, como haría cierta Cabeza Plana, vieja, rechoncha, sorda y amarilla por cierto hombrecillo..., sí, aunque éste tuviera a todos los dhole del Dekkan tras su rastro. ¿Qué os dice el estómago?

Kaa tenía la cabeza pegada a la oreja de Mowgli, pero pasó algún tiempo antes de que el chico contestara.

-Es como tirar del bigote a la mismísima muerte, pero..., Kaa, efectivamente, sois la más sabia de la Selva.

-Eso me han dicho muchos otros. Veamos si los dhole os siguen.

-Como con toda seguridad me seguirán... ¡Ja! ¡Ja! Debajo de la lengua tengo muchos pinchos para clavarles en la piel.

-Si os siguen rabiosos y acalorados, con la mirada fija sobre vuestros hombros, aquéllos que no mueran arriba caerán al agua aquí o más abajo, porque el Pueblo Pequeño subirá y los envolverá. Como el Waingunga es un río hambriento y no van a tener a una Kaa que los sujete, los que sobrevivan irán río abajo, hasta los vados de las Cuevas de Seeonee, donde la Manada puede encargarse de sus cuellos.

-¡Aja¡! ¡Eowawa! Es casi mejor que las lluvias en la estación seca. Ahora sólo queda la pequeña cuestión de la carrera y el salto. Haré que los dhole me conozcan para que me sigan muy de cerca.

-¿Habéis visto las rocas que tenéis encima... desde arriba?

-Pues, no. Se me había olvidado.

-Id a mirarlas. Es un terreno podrido, lleno de grietas y agujeros. Ir sin mirar y poner mal uno de esos pies tan patosos que tenéis significaría el final de la cacería. Bien; aquí os dejo, y sólo por vos voy a llevarles noticias a los de la Manada, para que sepan dónde deben buscar a los dhole. Ningún lobo y yo somos uña y carne.

Cuando Kaa renegaba de una amistad sabía ser más desagradable que cualquier otro habitante de la Selva, exceptuando, tal vez, a Bagheera. Nadó río abajo y, al otro lado de la roca, se encontró con Fao y Akela, atentos a los ruidos de la noche.

-¡Chsss! ¡Perros! -dijo Kaa alegremente-. Los dhole bajarán con la corriente. Si no tenéis miedo, podéis matarlos en los vados.

-¿Cuándo vienen? -dijo Fao.

-¿Y dónde está mi cachorro de hombre? -dijo Akela.

-Vendrán cuando vengan -dijo Kaa-. En cuanto a vuestro cachorro de hombre, a quien habéis tomado la palabra y puesto en manos de la muerte, vuestro cachorro de hombre está conmigo y, si no está muerto ya, no es precisamente gracias a vos, ¡perro desteñido! Esperad aquí a los dhole y alegraos de que el cachorro de hombre y yo luchemos a vuestro lado.

Kaa se lanzó río arriba de nuevo y atracó en mitad de la garganta, levantando la vista hacia el borde del acantilado. En seguida vio la cabeza de Mowgli recortándose contra las estrellas y entonces se oyó un silbido en el aire, el «chssplop» agudo y nítido de un cuerpo que cae con los pies primero, y un momento después ya estaba Mowgli descansando entre los anillos del cuerpo de Kaa.

-Este salto, de noche, no es nada -dijo Mowgli tranquilamente-. Yo he saltado desde el doble de esa altura porque me divierte; pero es mal sitio el de ahí arriba...,

arbustos bajos y grietas muy, muy profundas, todas llenas del Pueblo Pequeño. He puesto piedras grandes, unas encima de otras, al borde de tres de las grietas. Las tiraré con los pies al pasar corriendo y el Pueblo Pequeño subirá tras de mí muy furioso.

-Habláis como un hombre y con la astucia de un hombre -dijo Kaa-. Sois sabio, pero el Pueblo Pequeño está furioso siempre.

-No, al anochecer todas las alas descansan un rato. Jugaré con los dhole al anochecer, puesto que de día cazan mejor. Ahora van tras el rastro de sangre que ha dejado Won-tolla.

-Chil no abandona un buey muerto y los dhole no abandonan un rastro de sangre -dijo Kaa.

-Entonces les voy a dar un rastro nuevo, hecho con su propia sangre, si puedo, y les haré morder el polvo. ¿Os quedáis aquí, Kaa, hasta que vuelva con mis dhole?

-Sí, pero ¿y si os matan en la Selva, o el Pueblo Pequeño os mata antes de que podáis saltar al río?

-La caza de mañana la conseguiremos mañana -dijo Mowgli citando un refrán de la Selva-. Cuando muera, habrá que entonar la Canción de la Muerte. ¡Buena caza, Kaa!

Apartó el brazo del cuello de la serpiente y bajó por la garganta como un tronco en una riada, chapoteando hacia la orilla más lejana, en la que cubría menos, y soltando una carcajada de pura felicidad. No había nada que gustara tanto a Mowgli como «tirar del bigote a la muerte», según él mismo decía, y demostrar a la Selva que era su amo y señor. Muchas veces, con ayuda de Baloo, había robado colmenas que estuvieran en árboles aislados y sabía que el Pueblo Pequeño detesta el olor del ajo silvestre. Así, pues, cogió un racimo, lo ató con una tira de corteza y siguió el rastro de sangre de Won-tolla en dirección sur desde las Guaridas a lo largo de unos ocho kilómetros, riéndose por el camino.

«Mowgli, la rana, he sido -se dijo a sí mismo-, Mowgli, el lobo, he dicho que soy. Y ahora debo ser Mowgli, el mono, antes de llegar a ser Mowgli, el gamo. Al final, seré Mowgli el hombre. ¡Ja!»

Y pasó el dedo gordo por la hoja de cuarenta centímetros que tenía su cuchillo.

El rastro de Won-tolla, señalado con manchas de sangre seca, pasaba bajo un bosque de árboles gruesos y apiñados que se extendían hacia el nordeste, dispersándose cada vez más hasta llegar a tres kilómetros de las Rocas de las Abejas. Desde el último de los árboles hasta llegar a los matojos de las Rocas todo era campo abierto, donde casi no había suficiente maleza para ocultar a un lobo. Mowgli correteaba entre los árboles calculando las distancias de una rama a otra, subiéndose a un tronco de cuando en cuando y dando un salto de prueba hasta el árbol siguiente, y así llegó al campo abierto, que estudió con mucho detenimiento durante una hora. Entonces se volvió, tomó el rastro de Won-tolla donde lo había dejado, se acurrucó en un árbol que tenía una rama muy larga a unos dos metros y medio del suelo y allí se quedó, afilándose el cuchillo en la planta del pie y canturreando.

Un poco antes del mediodía, en un momento en que hacía mucho calor, oyó ruido de pasos y sintió el olor abominable de la manada de los dhole, que correteaban despiadadamente tras el rastro de Won-tolla. Visto desde arriba, el dhole rojo no parece ni la mitad de grande que un lobo, pero Mowgli sabía lo fuertes que son sus patas y quijadas. Mowgli vio la cabeza puntiaguda y de color marrón rojizo del jefe que iba olisqueando y siguiendo el rastro y le saludó diciendo:

-¡Buena caza!

El animal levantó la vista y sus compañeros se pararon detrás de él, veintenas y veintenas de perros jaros con colas casi hasta el suelo, espaldas anchas, grupas delgadas y bocas sangrientas. Por lo general, los dhole son un pueblo muy silencioso y no tienen modales, ni siquiera en su propia Selva. Unos doscientos de ellos se congregaron a sus pies, pero se dio cuenta de que los jefes seguían olfateando el rastro de Won-tolla con aspecto hambriento, intentando que la manada siguiera adelante. Eso sería desastroso, pues llegarían a las cuevas a plena luz del día y Mowgli tenía la intención de retenerlos bajo su árbol hasta el anochecer.

-¿Quién os ha dado permiso para venir aquí? -dijo Mowgli.

-Todas las selvas son nuestra Selva -fue la respuesta, y el dhole que se la dio mostró sus dientes blancos. Mowgli miró hacia abajo sonriendo e imitó perfectamente el chirrido agudo de Chikai, la rata saltarina que vive en el Dekkan, dando a entender a los dhole que no eran mejores que Chikai. La manada se acercó más al árbol y el jefe ladró ferozmente, llamando a Mowgli mono de los árboles. Por toda respuesta, Mowgli estiró una pierna desnuda y movió los dedos del pie justo encima de la cabeza del perro. Eso fue suficiente y más que suficiente para desatar la ira embrutecida de la manada. A quienes tienen pelo entre los dedos de los pies no les gusta que se lo recuerden. Mowgli quitó el pie en el momento en que el jefe saltaba hacia arriba y le dijo dulcemente:

-¡Perro, perro Jaro! Volved al Dekkan a comer lagartos. ¡Volved con Chikai, vuestra hermana..., perro, perro... Jaro, perro Jaro! ¡Tenéis pelo entre todos vuestros dedos! -y movió los de su pie por segunda vez.

-¡Bajad de ahí, porque si no, os vamos a hacer morir de hambre, mono sin pelo! -gritó la manada, y esto era exactamente lo que Mowgli quería. Se tumbó en la rama, el carrillo sobre la corteza, el brazo derecho libre, y contó a la manada lo que pensaba y sabía sobre ellos, sus modales, costumbres, compañeras y cachorros. No hay en el mundo entero un lenguaje tan rencoroso y mordaz como el que usan los del Pueblo de la Selva para manifestar desdén y menosprecio. Si lo pensáis bien, os daréis cuenta de que así debe ser. Como Mowgli había dicho a Kaa, tenía muchos pinchos debajo de la lengua; lenta y deliberadamente fue llevando a los dhole del silencio a los gruñidos, de los gruñidos a los alaridos, y de los alaridos a unos delirios roncos y espumajosos. Intentaron contestar a sus mofas, pero era igual que si un cachorro enfurecido hubiera pretendido contestar a Kaa; y Mowgli mantuvo la mano derecha encogida junto al costado en todo momento a punto para entrar en acción, con los pies enganchados alrededor de la rama. El enorme jefe de color teja había saltado muchas veces en el aire, pero Mowgli no quería arriesgarse a dar un golpe en falso. Finalmente, con el impulso de su propia ira, dio un salto de unos dos metros. Entonces la mano de Mowgli salió disparada como la cabeza de una de las serpientes que viven en los árboles y lo cogió por la piel del pescuezo, lo cual hizo que la rama diera una sacudida al ceder por el peso, casi tirando a Mowgli al suelo. Pero se asió con fuerza y, centímetro a centímetro, fue alzando hasta la rama al animal, que colgaba en el aire como un chacal ahogado. Con la mano izquierda cogió el cuchillo y le cortó la cola roja y peluda, lanzando al dhole al suelo después. No hizo falta más. La manada no iba a seguir tras el rastro de Won-tolla hasta que hubieran matado a Mowgli, o Mowgli a ellos. Los vio sentarse en círculos, con un temblor en la grupa que significaba que se iban a instalar allí, con lo cual trepó a una horcadura más alta, apoyó la espalda cómodamente, y se puso a dormir.

Al cabo de tres o cuatro horas despertó y se puso a contar la manada. Estaban todos silenciosos, fuertes, con la boca seca y los ojos de acero. El sol estaba empezando a desaparecer. Dentro de media hora el Pueblo Pequeño de las Rocas estaría terminando sus quehaceres y, como sabéis, los dhole no realizan sus mejores cacerías al anochecer.

-No me hacían falta unos vigilantes tan fieles -dijo cortésmente, poniéndose en pie sobre una rama-, pero me acordaré de esto. Sois verdaderos dhole, pero a mí me parecéis todos iguales. Por eso no le devuelvo la cola al gran comedor de lagartos. ¿No estáis contento, perro Jaro?

-¡Yo mismo os arrancaré las tripas! -gritó el jefe, arañando al pie del árbol.

-No, pero tened en cuenta una cosa, rata sabia del Dekkan. Ahora va a haber muchas camadas de cachorrillos jaros sin cola, sí, con muñones rojos en carne viva que escocerán cuando la arena esté caliente. Volved a casa, perro Jaro, y decid a gritos que eso os lo ha hecho un mono. ¿No queréis ir? ¡Venid entonces conmigo y aprenderéis a ser muy sabio!

Saltó al árbol siguiente al estilo de los bardar-log y luego al próximo y al de más allá, mientras la manada iba tras él con la cabeza levantada y aspecto hambriento. De cuando en cuando fingía caerse y los perros rodaban uno encima del otro al apresurarse a participar en su muerte. Era un espectáculo curioso..., el chico con el cuchillo, que brillaba con la luz de la puesta de sol al deslizarse entre las copas de los árboles, y la manada silenciosa con su pelo rojo en llamas, apiñándose y siguiéndolo desde abajo.

Al llegar al último árbol cogió los ajos y se frotó el cuerpo de arriba abajo con ellos, mientras los dhole chillaban desdeñosamente.

-Mono con lengua de lobo, ¿pretendéis ocultar vuestro rastro? -dijeron-. Os seguiremos hasta la muerte.

-Tomad vuestra cola -dijo Mowgli, arrojándola en la dirección por la que había venido. La manada se abalanzó sobre ella instintivamente-. Y ahora, seguidme... hasta la muerte.

Ya se había deslizado por el tronco del árbol hasta el suelo y corrió como un torbellino descalzo hacia las Rocas de las Abejas, antes de que los dhole se dieran cuenta de lo que iba a hacer.

Soltaron un alarido gutural y adoptaron aquel medio galope largo y pesado que acaba rindiendo a cualquier criatura que corra. Mowgli sabía que sus manadas son mucho más lentas que las de los lobos, o nunca se hubiera arriesgado a correr tres kilómetros a plena vista. Ellos estaban seguros de que acabarían dándole caza y él estaba seguro de poder jugar con ellos cuanto quisiera. El único problema era lograr que estuvieran suficientemente acalorados con el rastro para evitar que se desviaran antes de llegar al lugar. Corría de forma metódica y acompasada, con elasticidad, el jefe sin cola a unos cinco metros tras él, y la manada siguiéndole en un espacio de unos cuatrocientos metros, locos, ciegos por el ansia de matar. El medía la distancia con el oído, reservando su último esfuerzo para correr sobre las Rocas de las Abejas.

El Pueblo Pequeño se había dormido a primera hora del crepúsculo porque no estaban en la estación de las flores que se abren tarde; pero en cuanto resonaron los primeros pasos de Mowgli sobre el suelo hueco, el ruido que oyó fue como si la tierra entera canturreara. Entonces echó a correr como no había corrido en su vida, dando un puntapié a uno..., dos..., tres de los montones de piedras que estaban junto a las grietas oscuras de aroma dulce; oyó un rugido como el mar dentro de una cueva; vio por el

rabillo del ojo que el aire se iba oscureciendo tras él; miró hacia la corriente del Waingunga, allá abajo, viendo una cabeza plana, con forma de diamante, en el agua; saltó en el vacío con toda su fuerza, notando tras el hombro el chasquido de la dentellada que daba en el aire el dhole sin cola, y cayendo, con los pies primero, hacia la seguridad del río, sin aliento y triunfante. No tenía ni una sola picadura, pues el olor a ajo había mantenido alejado al Pueblo Pequeño durante los pocos segundos que estuvo entre las abejas. Cuando salió a la superficie, los anillos de Kaa lo sostenían mientras saltaban cosas desde el borde del acantilado; grandes bolas, según parecía, de abejas apiñadas cayendo como pesas de plomo, pero antes de que cualquiera de los bultos llegara al agua, las abejas volaban hacia arriba y el cuerpo de un dhole se precipitaba río abajo. Por encima de sus cabezas, oían gritos breves y enfurecidos, ahogados en un rugido como el de las rompientes: eran las alas del Pueblo Pequeño de las Rocas. Algunos de los dhole habían caído en las grietas que comunicaban con las cavernas subterráneas y allí se ahogaban, luchaban y daban dentelladas entre los panales desprendidos, acabando por alzarse, incluso estando ya muertos, sobre las oleadas ascendentes de las abejas que tenían debajo, saliendo disparados por alguno de los agujeros de la pared, rebozándose en los montones negros de los desperdicios. Otros dhole habían dado un salto corto, cayendo encima de los árboles del acantilado, y las abejas les emborronaban los contornos; pero la mayoría de ellos, enloquecidos por las picaduras, se habían lanzado al agua; y, como había dicho Kaa, el Waingunga es un río hambriento.

Kaa mantuvo a Mowgli inmóvil hasta que el chico recuperó el aliento.

-No podemos quedarnos aquí -dijo-. El Pueblo Pequeño está muy furioso. ¡Vamos!

Procurando nadar con el cuerpo metido en el agua y sumergiéndose siempre que podía, Mowgli descendió la corriente cuchillo en mano.

-Calma, calma -dijo Kaa-. No se mata a cien con un solo diente, como no sea de cobra, y muchos de los dhole se han echado al agua rápidamente al ver salir al Pueblo Pequeño.

-Más trabajo para mi cuchillo, entonces. ¡Fa¡! ¡Cómo nos sigue el Pueblo Pequeño!

Mowgli se hundió de nuevo. La superficie estaba cubierta por una capa de abejas salvajes que zumbaban tercamente y picaban todo cuanto encontraban.

-Nunca se ha perdido nada por guardar silencio -dijo Kaa, pues no había aguijón que lograra atravesar sus escamas-, y tenéis toda la noche por delante para cazar. ¡Fijaos en sus aullidos!

Casi la mitad de la manada había visto la trampa en que habían caído sus compañeros y, torciendo hacia un lado rápidamente, habían saltado al agua donde la garganta se convertía en orilla empinada. Los gritos de furia y las amenazas contra el «mono de los árboles» que les había traído la desgracia se mezclaban con los aullidos y gruñidos de aquéllos a quienes había castigado el Pueblo Pequeño. Quedarse en tierra significaba morir y cada uno de los dhole lo sabía bien. La corriente barrió a la manada hacia abajo hasta los hondos remansos de la Laguna de la Paz, pero el Pueblo Pequeño, enfurecido, llegó incluso allí, obligándolos a seguir dentro del agua. Mowgli oyó la voz del jefe sin cola pidiendo a los suyos que aguantaran y no dejaran vivo ni un solo lobo en todo Seeonee. Pero no perdió el tiempo escuchándole.

-¡Alguien mata a oscuras por la espalda! -ladró un dhole-. ¡Aquí hay agua

manchada!

Mowgli se había lanzado hacia delante, buceando como una nutria, y había dado una cuchillada a un dhole afanoso antes de que pudiera abrir la boca, apareciendo unos anillos oscuros en el agua al emerger el cuerpo y volverse de lado. Los dhole intentaron retroceder, pero se lo impedía la corriente, el Pueblo Pequeño les aguijoneaba la cabeza y orejas, oían el reto de la Manada de Seeonee, haciéndose más fuerte y profundo en la oscuridad creciente. De nuevo se zambulló Mowgli, de nuevo quedó un dhole bajo el agua y subió muerto, de nuevo se alzó un clamor en las últimas filas de la manada; unos aullando que era mejor ir a la orilla, otros exigiendo a su jefe que los llevara de vuelta al Dekkan, y otros pidiendo a Mowgli que apareciera y se dejara matar.

-Han venido a la lucha con dos estómagos y varias voces -dijo Kaa-. El resto les corresponde a vuestros hermanos que están allá abajo. El Pueblo Pequeño ya se marcha a dormir. Han llegado lejos siguiéndonos. Yo también me marcho, pues ningún lobo y yo somos uña y carne. Buena caza, hermanito, y no olvidéis que el dhole da mordiscos bajos.

Un lobo con tres patas llegó corriendo por la orilla dando saltos, pegando la cabeza al suelo, curvando la espalda, y lanzándose por los aires como si estuviera jugando con sus cachorros. Era Won-tolla, el ermitaño, que no dijo una palabra en ningún momento, pero siguió haciendo sus horribles contorsiones junto a los dhole. Estos ya llevaban mucho tiempo en el agua y hacían esfuerzos para seguir nadando, les pesaba el pelo empapado, las colas peludas les colgaban como esponjas, y estaban tan cansados y desconcertados que también guardaban silencio, mirando aquel par de ojos llameantes que se movían frente a ellos.

-Esta no es buena caza -dijo uno jadeando.

-¡Buena caza! -dijo Mowgli al surgir valientemente junto a la fiera, clavándole el largo cuchillo tras el hombro y empujando con fuerza para evitar la dentellada final.

-¿Estáis ahí, cachorro de hombre? -dijo Won-tolla desde la orilla.

-Preguntad a los muertos, ermitaño -contestó Mowgli-. ¿No ha llegado ninguno río abajo? A estos perros les he hecho morder el polvo, les he engañado a plena luz del día, he dejado a su jefe sin cola, pero aún os quedan unos pocos. ¿Dónde queréis que los acorrale?

-Esperaré -lijo Won-tolla-. Tengo toda la noche por delante.

El aullido de los lobos de Seeonee se iba acercando cada vez más.

-¡Por la manada, por la manada entera hay que luchar! -y un recodo del río precipitó a los dhole entre las arenas y aguas poco profundas que había frente a las cuevas.

Entonces se dieron cuenta de su error. Tenían que haber tocado tierra ochocientos metros más arriba para atacar a los lobos en terreno seco. Ahora ya era demasiado tarde. La orilla estaba llena de filas de ojos centelleantes y, excepto el horrible fíal que no se había detenido desde la puesta de sol, no se oía ni un ruido en la Selva. Era como si Won-tolla les hubiera engatusado para que salieran del agua. «¡Atacad y agarrad!», dijo el jefe de los dhole. La manada en pleno se precipitó sobre la orilla, acurrucándose y chapoteando en el agua poco profunda, hasta que la faz del Waingunga se quedó blanca y agitada y las olillas que lo atravesaban de un lado a otro fueron como las que hace la proa de un barco. Mowgli se unió a la embestida dando tajos y cuchilladas, al tiempo que los dhole subían por la ribera en masa.

Entonces empezó la larga lucha, alzando y aplastando, rompiendo y desperdigando, encogiendo y ensanchándose sobre las arenas rojas y húmedas, entre las raíces enmarañadas, en medio de los arbustos, dentro y fuera de las matas de hierba, ya que, incluso ahora, había el doble de dhole que de lobos. Pero éstos luchaban por todo lo que significaba la Manada, y no sólo eran los cazadores cortos, altos, de hombros anchos y colmillos blancos, sino también las lahinis de ojos inquietos (las hembras del cubil, como se suele decir), luchando por sus camadas, además de algún que otro lobo de un año, con la primera piel aún lanosa, dando tirones y revolcones junto a ellas. Debéis tener en cuenta que un lobo se lanza al cuello o muerde en el flanco, mientras que un dhole suele clavar los dientes en la tripa, de modo que cuando los perros luchaban fuera del agua teniendo que levantar la cabeza los lobos llevaban ventaja. Al luchar en terreno seco los lobos sufrían grandes pérdidas; pero, tanto en el agua como en la orilla, el cuchillo de Mowgli salía y entraba sin parar. Los Cuatro habían conseguido llegar a su lado. Hermano Gris, agazapado entre las rodillas del chico, le protegía el estómago, mientras los otros le guardaban la espalda y los costados, o le cubrían cuando la sacudida de un dhole, que daba voces al haberse incrustado de un salto en la firme hoja del cuchillo, le hacía caer al suelo. En cuanto al resto, era una confusión embrollada, una masa compacta y bamboleante que iba de derecha a izquierda y de izquierda a derecha por toda la orilla; o daba vueltas y más vueltas sobre su propio centro. De repente se veía un bulto hinchado, como una pompa de agua en un remolino, que estallaba igual que una ampolla de la que salían despedidos cuatro o cinco perros malheridos que se empeñaban en volver al centro; o un solo lobo derribado por dos o tres dhole, arrastrándolos hacia delante trabajosamente, hundiéndose en el intento; o un cachorro de un año quedaba sostenido en el aire por la presión de los que le rodeaban, aunque estaba muerto hacía un rato, mientras su madre, enloquecida por una ira que la volvía torpe, giraba sobre sí misma de forma frenética, dando dentelladas y acabando por morir; o en mitad de la parte más densa de la lucha, tal vez, un lobo y un dhole, olvidando todo lo demás, hacían toda clase de maniobras para conseguir dar el primer mordisco, hasta que salían despedidos al pasar un tropel de guerreros enfurecidos.

Una de las veces Mowgli pasó junto a Akela, que iba con un dhole a cada flanco y clavando las mandíbulas, que no estaban precisamente desdentadas, en las ijadas de un tercero; y otra vio a Fao hundiendo los dientes en la garganta de un dhole, arrastrando al perro maldispuesto hacia delante para que los lobos de un año pudieran acabar con él. Pero la lucha en sí consistía en un barullo rodeado de oscuridad polvorienta; golpear, tropezar y caer, ladrar, gruñir y morder, morder, morder en torno, detrás y encima de él. Al ir avanzando la noche, la velocidad de aquel tiovivo delirante fue aumentando. Los dhole estaban acobardados y no se atrevían a atacar a los lobos más fuertes, aunque tampoco querían huir. Mowgli se dio cuenta de que el final estaba cerca, y se contentaba con hacer heridas que los dejaran tullidos. Los lobos jóvenes se estaban volviendo más atrevidos, de cuando en cuando había tiempo para tomarse un respiro o decir algo a un amigo, y a veces bastaba con enseñar el cuchillo para que un perro se apartara.

-Ya sólo queda la carne pegada al hueso --gritó Hermano Gris.

Tenía una veintena de heridas profundas y ensangrentadas.

-Pero hay que partir el hueso -dijo Mowgli-. ¡Eowawa! ¡Así hacemos las cosas en la Selva!

La cuchilla roja corrió como una llama sobre el costado de un dhole cuyas ancas

estaban ocultas bajo el peso de un lobo que lo tenía agarrado.

-¡Es mío! -resopló el lobo, arrugando el hocico-. Dejádmelo a mí.

-¿Aún tenéis el estómago vacío, ermitaño? -dijo Mowgli.

Won-tolla estaba tremendamente malherido, pero tenía paralizado al dhole, que no podía volverse para atacarle.

-¡Por el toro que me compró! -dijo Mowgli con una carcajada malévola-. ¡Es el que no tiene rabo!

Y efectivamente, era el jefe de color cobrizo.

-No es de sabios matar cachorros y lahinis -continuó Mowgli con aire filosófico, restregándose los ojos para quitarse la sangre- si no se mata también al ermitaño; y mi estómago me dice que este Won-tolla va a acabar con vos.

Un dhole se lanzó en ayuda de su jefe; pero antes de que sus dientes dieran con el flanco de Won-tolla el cuchillo de Mowgli se hundió en su estómago y Hermano Gris se encargó de rematarlo.

-Así hacemos las cosas en la Selva -dijo Mowgli.

Won-tolla no dijo una palabra, pero sus dientes cada vez apretaban más sobre el espinazo del dhole, mientras él mismo se iba quedando sin vida. El dhole se estremeció, inclinó la cabeza y no volvió a moverse, al tiempo que Won-tolla se desplomaba encima de él.

-¡Ja! La Deuda de Sangre ha quedado pagada -dijo Mowgli-. Cantad la canción, Won-tolla.

-Ya no cazará más -dijo Hermano Gris- y Akela ya lleva un tiempo en silencio.

-¡El hueso está partido! -rugió Fao, hijo de Faona-. ¡Se marchan! ¡Matad, aniquiladlos, cazadores del Pueblo Libre!

Los dhole, uno tras otro, se iban alejando sigilosamente de aquellas arenas oscuras y ensangrentadas hacia el río, hacia la espesa Selva, corriente arriba o corriente abajo, según donde veían despejado el camino.

-¡La deuda! ¡La deuda! -gritó Mowgli-. ¡Pagad la deuda! ¡Han matado al Lobo Solitario! ¡No dejéis escapar ni uno!

Se había lanzado hacia el río, cuchillo en mano, para detener a cualquier dhole que osara echarse al agua, cuando, entre un montón de nueve cadáveres, surgieron la cabeza y los cuartos delanteros de Akela, y Mowgli se dejó caer de rodillas junto al Lobo Solitario.

-¿No os había dicho que ésta sería mi última lucha? –dijo Akela jadeando-. Ha sido buena caza. ¿Y vos, hermanito?

-Yo vivo, tras haber matado a muchos.

-Bien. Yo me muero, y quisiera..., quisiera morir a vuestro lado, hermanito.

Mowgli se colocó la cabeza llena de horribles heridas sobre sus rodillas y rodeó con los brazos el cuello desgarrado.

-Ha pasado mucho tiempo desde los días en que vivía Shere Khan, cuando un cachorro de hombre se revolcaba desnudo en el polvo.

-No, no, yo soy un lobo. El Pueblo Libre y yo somos uña y carne -exclamó Mowgli-. No tengo ningún deseo de ser un hombre.

-Sois un hombre, hermanito, lobezno de mis desvelos. Sois un hombre y de lo contrario la manada hubiera huido ante el dhole. Os debo la vida, y hoy habéis salvado a la manada igual que yo os salvé a vos. ¿Lo habéis olvidado? Todas las deudas están

pagadas. Id con vuestro propio pueblo.

-No iré jamás. Cazaré a solas en la Selva. Ya lo he dicho.

-Tras el verano vienen las lluvias y tras las lluvias viene la primavera. Volved antes de que os veáis obligado.

-¿Y quién ha de obligarme?

-Mowgli obligará a Mowgli. Volved con vuestro pueblo. Id con el hombre.

-Cuando Mowgli obligue a Mowgli iré -contestó Mowgli.

-No se hable más -dijo Akela-. Hermanito, ¿podéis ponerme en pie? Yo también fui jefe del Pueblo Libre.

Con mucho cuidado y delicadeza, Mowgli apartó los cuerpos que le rodeaban y puso a Akela en pie, sujetándolo con los dos brazos; el Lobo Solitario tomó una bocanada de aire y entonó la Canción de la Muerte que todo jefe de manada debe cantar al morir. Fue adquiriendo mayor fuerza por momentos, elevándose y elevándose, resonando por encima del río, a lo lejos, hasta llegar al «¡Buena caza!» final; Akela se apartó de Mowgli bruscamente, dio un salto en el aire y cayó de espaldas, muerto, en la última y más terrible de sus cacerías.

Mowgli se quedó sentado con la cabeza en las rodillas, insensible a cuanto le rodeaba, mientras los últimos dhole que intentaban huir eran alcanzados y despedazados por las lahinis implacables. Poco a poco fueron cesando los gritos y los lobos volvían cojeando, al enfriarse las heridas, para hacer recuento de las bajas. Quince de la manada, además de media docena de lahinis, yacían muertos junto al río y de los restantes no había ni uno solo ileso. Mowgli permaneció sentado mientras tanto, hasta que llegó el frío del amanecer y notó en la mano el hocico de Fao, húmedo y rojo; entonces se apartó para mostrar el cuerpo demacrado de Akela.

-¡Buena suerte! -dijo Fao, como si Akela estuviera vivo aún, dirigiéndose luego a los otros por encima de su hombro desgarrado-. ¡Aullad, perros! ¡Un lobo ha muerto esta noche!

Pero de toda aquella manada de doscientos dhole guerreros que hacían alarde de ser dueños de todas las selvas y de que no había ser viviente que se les resistiera, ni uno volvió al Dekkan a llevar aquella noticia.

9

Canción de Chil

[Esta es la canción que cantaba Chil cuando los milanos iban bajando, uno tras otro, al lecho del río después de la gran batalla. Chil se lleva bien con todos, pero es una criatura de corazón frío, porque sabe que casi todos los habitantes de la Selva acabarán llegando hasta él.]

Todos estos eran mis compañeros
y avanzaban en medio de la noche.
(¡A Chil! ¡Buscad a Chil!)
Ahora vengo silbando para darles
el aviso del fin de la batalla.
(¡Chil! ¡Las vanguardias de Chil!)

Desde arriba noticias me llegaron
de una presa que estaba recién muerta.
Desde abajo también les di noticias
de los gamos que corren por el llano.
Pero todos los rastros aquí acaban.
¡No volverán a hablar!

Los que dieron el grito de la caza
o seguían la presa muy de cerca.
(¡A Chil! ¡Buscad a Chil!)
Los que al Sambhur pidieron que girase
o aquellos que al pasar lo acorralaron.
(¡Chil! ¡Las vanguardias de Chil!)
Los que se rezagaban tras el rastro,
o los que iban delante y en cabeza.
Los que huían de un cuerno semejante
o los que dominaban...
Pero todos los rastros aquí acaban,
¡y aquellos a cazar no volverán!
Todos estos eran mis compañeros.
¡Lástima que hayan muerto!
(¡A Chil! ¡Buscad a Chil!)

A consolarlos vengo, porque otrora
los conocí orgullosos y arrogantes.
(¡Chil! ¡Las vanguardias de Chil!)
Costado hecho jirones, ojo hundido,
boca abierta y la lengua roja fuera,
muriendo van, escuálidos y solos,
anquilosados muerto sobre muerto.
Porque todos los rastros aquí acaban,
y aquí es donde mis huestes se alimentan.

Escapadas primaverales

¡El Hombre se vuelve al Hombre! ¡Corre la voz por la Selva!
Aquel que fue nuestro Hermano se marcha por la vereda.
Escuchadme, pues, ahora y juzgad, Pueblo de la Selva.
Contestad: ¿Quién le acompaña? Respondedme: ¿Quién se queda?

¡El Hombre se vuelve al Hombre! Está llorando en la Selva.
Aquel que fue nuestro Hermano sufre de dolor y pena.
¡El Hombre se vuelve al Hombre! (¡Cómo le amaba la Selva!)
Se va a la senda del Hombre: no podemos ir por ella.

Escapadas primaverales

Transcurrieron dos años desde la gran lucha contra el perro Jaro y la muerte de

Akela, Mowgli debía de tener unos diecisiete siete años. Parecía más mayor, ya que el rudo ejercicio, la mejor de las mejores comidas y los baños en cuanto tenía calor o se encontraba polvoriento, le habían dado una fuerza y un tamaño muy superiores a los que correspondían a su edad. Cuando era necesario vigilar los senderos de los árboles, podía estar balanceándose durante media hora seguida agarrado con una sola mano a cualquiera de las ramas altas. Era capaz de detener a un gamo joven a medio galope, agarrarlo por la cabeza y echarlo al suelo. Podía incluso voltear a los enormes y feroces jabalíes azules que viven en los Pantanos del Norte. El Pueblo de la Selva, que antes le temía por su astucia, le temía ahora por su fuerza y, cuando se paseaba tranquilamente, pendiente de sus asuntos, el mero rumor de sus pasos era suficiente para dejar despejados los senderos del bosque. Pero la expresión de sus ojos siempre era apacible. Incluso cuando estaba luchando no brillaban como los de Bagheera. Sólo iban demostrando cada vez más interés y agitación; y ésa era una de las cosas que la propia Bagheera no lograba entender.

Le preguntó a Mowgli sobre ello y el chico soltó una carcajada diciendo:

-Si doy un golpe fallido me pongo furioso. Si tengo que estar
dos días sin comer me pongo muy furioso. ¿Tampoco hablan mis ojos entonces?

-La boca está hambrienta -dijo Bagheera- pero los ojos no dicen nada. Cazar, comer o nadar, lo mismo da..., como una piedra, llueva o no.

Mowgli la miró con aire perezoso bajo sus largas pestañas y, como siempre, la pantera bajó la cabeza. Bagheera sabía quién era su amo.

Estaban tumbados cerca de la cumbre de un monte que dominaba el Waingunga y las nieblas de la mañana colgaban bajo ellos en jirones blancos y verdes. El sol, al irse elevando, se convirtió en mares burbujeantes de color rojo y dorado que se fundieron dejando que los rayos más bajos llenaran de franjas la hierba seca sobre la que descansaban Mowgli y Bagheera. Se estaba acabando la estación fría, las hojas y los árboles parecían marchitos y descoloridos y, cuando soplaba el viento, se oía un rumor seco y crujiente por todas partes. Una hojilla empezó a golpear frenéticamente contra una rama, como ocurre cuando una corriente de aire agita a una hoja solitaria. Aquello captó la atención de Bagheera que se puso a olfatear el aire matinal con una tos profunda y cavernosa, se tiró al suelo de espaldas y dio zarpazos a la hoja que temblaba sobre su cabeza.

-Se acaba el año -dijo Bagheera-. La Selva avanza. Se acerca la Temporada del Lenguaje Nuevo. Esa hoja lo sabe. Qué bien.

-La hierba está seca -dijo Mowgli arrancando un puñado-. Hasta el Ojo-de-la-Primavera (que es una flor roja con forma de trompeta que parece hecha de cera y crece entre la hierba), hasta el Ojo-de-la-Primavera está cerrado y..., Bagheera, ¿os parece bonito que la pantera negra se tumbe de espaldas y dé manotazos en el aire como un gato montés?

-¿Aau? -dijo Bagheera.

Parecía estar pensando en otra cosa.

-Digo que si os parece bonito que la pantera negra se ponga a dar gritos, toser, aullar y revolcarse. No olvidéis que vos y yo somos los Amos de la Selva.

-Sí, por supuesto. Os he oído, cachorro de hombre.

Bagheera dio media vuelta rápidamente y se sentó con los flancos negros llenos de polvo. (Estaba mudando la piel de invierno.)

-¡Claro que somos los Amos de la Selva! ¿Quién es tan fuerte como Mowgli?

¿Quién es tan sabio?

En la voz había un modo curioso de arrastrar las palabras que hizo que Mowgli se volviese para ver si la pantera negra se estaba burlando de él, porque la Selva está llena de palabras que suenan a una cosa y significan otra.

-Digo que no hay duda de que somos los Amos de la Selva -repitió Bagheera-. ¿He hecho algo incorrecto? No tenía idea de que el cachorro de hombre hubiera dejado de tumbarse en el suelo. ¿Es que ahora vuela, acaso?

Mowgli se sentó con los codos apoyados en las rodillas, mirando por encima del valle hacia la luz del día. En algún lugar del bosque que tenían debajo, un pájaro con un hilo de voz ronca intentaba dar las primeras notas de su canción primaveral. No era más que una sombra del torrente que lanzaría más adelante, pero Bagheera lo oyó.

-Digo que se acerca la Temporada del Lenguaje Nuevo -gruñó la pantera, moviendo la cola hacia los lados.

-Ya lo he oído -contestó Mowgli-. Bagheera, ¿por qué os tiembla todo el cuerpo? El sol calienta.

-Ese es Ferao, el pájaro carpintero de color escarlata -dijo Bagheera-. El sí que no se ha olvidado. Ahora yo también debo recordar mi canción -y empezó a ronronear y canturrear, escuchándose a sí misma con aire poco satisfecho una y otra vez.

-No hay caza a la vista -dijo Mowgli.

-Hermanito, ¿tenéis los dos oídos taponados? No es un grito de caza, sino mi canción, que estoy ensayando para cuando me haga falta.

-Lo había olvidado. Pero sabré cuándo llega la Temporada del Lenguaje Nuevo, porque entonces vos y los demás salís todos corriendo y me dejáis solo -dijo Mowgli de forma un tanto salvaje.

-Pero a decir verdad, hermanito -empezó Bagheera-, no siempre os...

-Os digo que sí -contestó Mowgli, agitando el dedo índice con furia-. Sí que salís corriendo, y yo, que soy el Amo de la Selva, tengo que pasear solo. ¿Qué ocurrió la temporada pasada cuando quería coger caña de azúcar en los campos de una Manada de hombres? Envié un mensajero..., ¡os envié a vos...!, a pedir a Hathi que fuera allí aquella noche para arrancar con la trompa un poco de hierba dulce.

-Sólo se retrasó dos noches -dijo Bagheera acobardándose un poco-; y de aquella hierba dulce y larga que tanto deseabais cogió más de la que cualquier cachorro de hombre lograría comerse durante todas las noches de todas las lluvias. De aquello no tuve yo la culpa.

-No vino la noche en que yo lo mandé llamar. No, estaba trompeteando, corriendo y bramando por los valles, a la luz de la luna. Dejaba un rastro como el de tres elefantes porque no se escondía entre los árboles. Estuvo bailando a la luz de la luna frente a las casas de la Manada de hombres. Yo le vi, pero no quiso acercarse, y... ¡yo soy el Amo de la Selva!

-Era la Temporada del Lenguaje Nuevo -dijo la pantera, siguiendo con su tono humilde-. Tal vez, hermanito, en esa ocasión no usasteis ninguna Palabra-clave. ¡Disfrutad escuchando a Ferao!

El mal humor de Mowgli parecía haberse disipado. Se tumbó con la cabeza apoyada en los brazos y los ojos cerrados.

-No lo sé..., ni me importa -dijo con voz de sueño-. Durmamos, Bagheera. Me pesa el estómago. Dejadme apoyar la cabeza.

La pantera volvió a echarse, dando un suspiro, porque oía a Ferao ensayando y volviendo a ensayar su canción para la primavera, la Temporada del Lenguaje Nuevo, como ellos dicen.

En una Selva india, las estaciones se deslizan una detrás de otra casi sin separación. No parece haber más que dos: la húmeda y la seca; pero mirando detenidamente bajo los torrentes de lluvia y las nubes de carbón y polvo, se comprueba que las cuatro se suceden según el ciclo acostumbrado. La primavera es la más maravillosa porque no tiene que cubrir de hojas y flores nuevas un campo limpio y desnudo, sino llevarse por delante y guardar la maraña de cosas medio verdes que han aguantado y sobrevivido al suave invierno, además de hacer que la tierra avejentada y medio vestida vuelva a sentirse nueva y joven una vez más. Y esto lo hace tan bien que no hay en el mundo entero una primavera como la de la Selva.

Hay un día en que todo parece estar cansado y hasta los olores, al flotar en el aire cargado, parecen viejos y usados. No se puede explicar, pero esa es la sensación que da. Luego llega otro día (a simple vista no ha cambiado absolutamente nada) en que todos los olores son nuevos y deliciosos, y a los habitantes de la Selva les tiemblan los bigotes hasta la raíz, y el pelo del invierno se les cae de los costados en mechones largos y raídos. Entonces, tal vez cae algo de lluvia y todos los árboles, arbustos, bambúes, musgos y plantas de hojas jugosas se despiertan, empiezan a crecer, haciendo un ruido que casi se percibe, y por debajo de este rumor corre, día y noche, un zumbido profundo. Así es el ruido de la primavera... un estruendo vibrante que no hacen las abejas, ni el agua que cae, ni el viento en las copas de los árboles, sino un mundo cálido que ronronea de felicidad.

Hasta aquel año, Mowgli siempre había disfrutado con el cambio de las estaciones. Era él, generalmente, quien veía el primer Ojo-de-la-Primavera, escondido entre la hierba y el primer cúmulo de nubes primaverales que no se parecen a nada en el mundo. Su voz se oía en todos los sitios húmedos e iluminados por las estrellas donde hubiera algo en flor, ayudando a las grandes ranas a cantar sus coros o imitando a los pequeños búhos que cuelgan boca abajo ululando durante las noches claras. Como todos los suyos, la primavera era la estación que prefería para sus escapadas, corriendo, por el mero placer de sentir el aire tibio, cuarenta, sesenta, ochenta kilómetros entre el crepúsculo y el lucero del alba, volviendo sin aliento, riendo y coronado de flores extrañas. Los Cuatro no le acompañaban en aquellas excursiones salvajes por la Selva, sino que se marchaban a cantar canciones con los otros lobos. El Pueblo de la Selva está muy ocupado en primavera y Mowgli oía gruñidos, gritos o silbidos, según la especie que fuera. En esta época del año, sus voces son distintas y es una de las razones por las que en la Selva se llama a la primavera la Temporada del Lenguaje Nuevo.

Pero aquella primavera, como le había dicho a Bagheera, notaba algo raro en el estómago. Desde que los brotes de bambú se habían puesto marrones y con manchas, estaba deseando que llegara la mañana en que cambiaban los olores. Pero cunado ésta llegó y Mor, el pavo real, resplandeciendo de bronce, azul y dorado, fue dando el aviso por los bosques envueltos en niebla, Mowgli abrió la boca para repetir el grito y las palabras se le quedaron atascadas entre los dientes; entonces notó una sensación que empezaba en los dedos de los pies y le llegaba hasta el pelo..., una sensación de profundo malestar que le hizo mirarse de arriba abajo para asegurarse de que no había pisado una espina. Mor siguió dando el aviso de los olores nuevos, el resto de los pájaros lo repitieron y, desde unas rocas que había junto al Waingunga, oyó el alarido ronco de

Bagheera, una mezcla entre el grito del águila y el relincho del caballo. En las ramas llenas de brotes que tenía encima oyó los chillidos y correteos de los Bandar-log, y allí estaba Mowgli, con el pecho que había llenado para contestar a Mor, vaciándose a hipidos por culpa de aquel malestar.

Miró a su alrededor pero no vio más que a los burlones Bandarlog triscando por los árboles y a Mor, con la cola abierta en todo su esplendor, bailando en las hondonadas que había algo más abajo.

-Los olores han cambiado -gritó Mor-. ¡Buena caza, hermanito! ¿Dónde está vuestra respuesta?

-¡Hermanito, buena caza! -silbaron Chil y su pareja, bajando en picado por el aire. Pasaron volando bajo la nariz de Mowgli, tan cerca que se les desprendió un poco de plumón blanco.

Una ligera lluvia primaveral (lluvia de elefantes, como ellos la llaman) pasó por la Selva en una franja de más de medio kilómetro de ancho, dejó las hojas nuevas chorreando y temblando, y acabó con un arco iris doble y unos truenos bastante débiles. El zumbido de la primavera estalló durante un momento y desapareció, pero todos los habitantes de la Selva parecían estar gritando a la vez. Todos menos Mowgli.

«La comida que he tomado era buena -se dijo a sí mismo-. El agua que he bebido era buena. La garganta no me arde ni se pone pequeña, como cuando mordí aquella raíz con manchas azules que, según Oo la tortuga, se podía comer. Pero me pesa el estómago y he sido muy grosero con Bagheera y con los otros, todos ellos gentes de la Selva, mis gentes. Además, tan pronto tengo frío como tengo calor, y de repente no tengo ni frío ni calor, sino ira contra algo que no consigo ver. ¡Hmmhmm! ¡Ha llegado el momento de hacer una escapada! Esta noche cruzaré los pastos; sí, haré una excursión primaveral hasta los Pantanos del Norte y volveré. Llevo demasiado tiempo cazando sin hacer ningún esfuerzo. Los Cuatro vendrán conmigo, porque se están poniendo tan gordos como una larva blanca.»

Los llamó, pero ninguno de los Cuatro respondió. Estaban demasiado lejos para oírle, cantando una y otra vez las canciones de la primavera (las de la Luna y el Sambhur) con los lobos de la Manada, ya que en la estación vernal el Pueblo de la Selva hace muy pocas distinciones entre el día y la noche. Dio el ladrido de tono agudo, pero la única respuesta que obtuvo fue el miau burlón del pequeño gato montés moteado que se deslizaba por las ramas en busca de nidos tempranos. Al oírlo se puso a temblar de rabia y empezó a sacar el cuchillo. Luego adoptó un aire muy altivo, aunque allí no había nadie que pudiera verlo, y bajó la cuesta dando unas zancadas muy solemnes, la barbilla en alto y el ceño fruncido. Pero ninguno de los suyos le hizo una sola pregunta porque estaban todos demasiado ocupados con sus propios asuntos.

«Sí -dijo Mowgli para sus adentros, aunque en el fondo sabía que no tenía ninguna razón-. Que venga el perro Jaro del Dekkan, o que baile la Flor Roja entre los bambúes, y la Selva entera viene gimoteando a ver a Mowgli, llamándole nombres dignos de un elefante. Pero ahora, porque el Ojo-de-la-Primavera se ha puesto rojo y a Mor le ha dado por enseñar las piernas desnudas en una de sus danzas de primavera, la Selva se vuelve igual de loca que Tabaqui...»

-¡Por el toro que me compró! Soy el Amo de la Selva, ¿sí o no? ¡Silencio! ¿Qué hacéis aquí?

Por un sendero iban trotando dos de los lobos jóvenes de la Manada buscando un

claro en el que luchar. (Recordaréis que la Ley de la Selva prohíbe pelearse donde pueda contemplarlo la Manada.) Tenían los pelos del pescuezo erizados como alambres y ladraban furiosamente, agazapándose para dar el primer mordisco. Mowgli se lanzó hacia delante y agarró con cada mano los cuellos estirados con la intención de empujarlos hacia atrás, como había hecho a menudo en juegos o cacerías de la Manada. Pero era la primera vez que intervenía en una lucha de primavera. Ambos saltaron hacia delante y lo apartaron bruscamente y sin perder el tiempo en explicaciones rodaron y rodaron aferrados uno al otro.

Mowgli ya estaba en pie casi antes de tocar el suelo, mostrando el cuchillo y los dientes, y en aquel momento hubiera sido capaz de matarlos a los dos nada más que por luchar cuando él quería que estuvieran quietos, aunque según la Ley cualquier lobo tiene pleno derecho a pelearse. Danzó en torno a ellos, agachados los hombros, temblorosa la mano, listo para dar una doble estocada cuando se deshiciera el ovillo de los primeros momentos; pero, mientras esperaba, fue como si las fuerzas le abandonaran, la punta del cuchillo fue bajándose y acabó por enfundarlo y quedarse mirando.

-No hay duda de que he comido veneno -suspiró finalmente-. Desde que hice desaparecer el Consejo con la Flor Roja..., desde que maté a Shere Khan..., no había nadie en la Manada capaz de apartarme de un empujón. ¡Y éstos no son más que los lobos que van a la cola de la Manada..., malos cazadores! He perdido la fuerza y no tardaré en morir. Ay, Mowgli, ¿por qué no los matáis a los dos?

La lucha continuó hasta que un lobo salió corriendo y Mowgli se quedó solo, sobre aquella tierra pisoteada y sangrienta, mirando ya a su cuchillo, ya a sus piernas y brazos, mientras aquella sensación de tristeza que no había tenido hasta entonces le iba envolviendo como si fuera un tronco al que va cubriendo el agua.

Cazó temprano aquella noche y comió poco, queriendo estar en forma para su escapada primaveral, y comió a solas porque todo el Pueblo de la Selva estaba lejos, cantando o luchando. Era una perfecta noche blanca, como ellos dicen. Desde la mañana, todas las cosas verdes parecían haber crecido lo mismo que en un mes. La rama que había tenido hojas amarillas el día anterior, soltó gotas de savia cuando Mowgli la rompió. Los rizos de los musgos se habían vuelto tibios y mullidos bajo sus pies, la hierba joven no cortaba al tocarla, y todas las voces de la Selva resonaban hondamente como una sola cuerda de arpa en manos de la luna..., la luna del Lenguaje Nuevo que soltaba luz a chorros sobre las rocas y las lagunas, a franjas entre los troncos y las enredaderas, y en hilos entre un millón de hojas. Olvidando su malestar, Mowgli empezó a cantar a pleno pulmón, sintiendo un gran placer, mientras iba acompasando sus zancadas. Lo cierto es que iba casi volando, pues había elegido la cuesta larga y empinada que llega hasta los Pantanos del Norte atravesando el corazón de la parte principal de la Selva, donde el terreno acolchado apagaba el ruido de sus pasos. Un hombre educado entre hombres hubiera tropezado no pocas veces bajo la engañosa luz de la luna, pero los músculos de Mowgli, adiestrados por los años de experiencia, hacían que su cuerpo se deslizara como una pluma. Cuando daba con el pie en algún tronco podrido o una piedra oculta, lograba mantener el equilibrio sin moderar la velocidad, sin el menor esfuerzo ni preocupación. Cuando se hartaba de andar por el suelo, levantaba los brazos, se agarraba a la enredadera más próxima, al estilo de los monos, y trepaba, aunque más bien parecía flotar, por las ramas delgadas, tomando desde allí alguno de los caminos de los árboles, hasta que cambiaba de parecer y se lanzaba en picado, describiendo una larga curva entre las hojas,

Librodot

volviendo al suelo otra vez. Había hondonadas tranquilas y calurosas, rodeadas de piedras húmedas, donde casi no podía respirar debido al fuerte aroma de las flores nocturnas y de los capullos de las enredaderas; avenidas oscuras en las que la luz de la luna formaba franjas tan regulares como el mármol jaquelado de la nave de una iglesia; trechos de maleza en que los matorrales jóvenes y húmedos le llegaban al pecho y le echaban los brazos a la cintura; y cimas coronadas de rocas partidas donde iba saltando de piedra en piedra, asustando a los zorros en sus cubiles. De cuando en cuando oía, muy débil y lejano, el chag-drag que hacía un jabalí al afilarse los colmillos en un tronco; y se acababa encontrando a aquella fiera gris y enorme, dedicada a rajar y descuartizar la corteza de un árbol muy alto, chorreando espuma por la boca y echando llamas por los ojos. Otras veces se apartaba de su camino al oír el choque de unos cuernos y unos gruñidos silbantes, y pasaba corriendo junto a un par de sambhures enfurecidos, tambaleándose hacia delante y hacia atrás con la cabeza baja, cubiertos de rayas de sangre que parecían negras a la luz de la luna. O en un vado de agua veloz oía a Jacala, el cocodrilo, bramando como un buey, o pisaba uno de los nudos enmarañados que forman los del Pueblo del Veneno, pero antes de que pudieran atacarle ya estaba lejos, corriendo por los guijarros brillantes, internándose en las profundidades de la Selva de nuevo.

Así iba corriendo, gritando unas veces, canturreando otras, la criatura más feliz que había en la Selva aquella noche, hasta que el olor de las flores le avisó de que se estaba acercando a los pantanos que estaban lejísimos de su territorio de caza más lejano.

Aquí, de nuevo, un hombre educado entre hombres se hubiera hundido hasta el cuello al dar los tres primeros pasos, pero Mowgli tenía ojos en los pies y éstos le llevaban de médano en médano y de roca en roca bamboleante sin pedir ayuda a los ojos de la cara. Corrió hasta el centro del pantano espantando a los patos al pasar y se sentó en un tronco cubierto de musgo que sobresalía del agua negra. El pantano bullía a su alrededor, pues el Pueblo de los Pájaros tiene el sueño muy ligero en Primavera y estaban yendo y viniendo en bandadas durante toda la noche.

Pero ninguno de ellos prestó la menor atención a Mowgli que, sentado entre los altos cañaverales, canturreaba canciones sin letra y se miraba las plantas de los pies, marrones y endurecidas, en busca de alguna espina que hubiera pasado por alto. Parecía haber dejado todo su malestar allá en- la Selva y estaba empezando a entonar una canción a voz en grito cuando volvió a sentirlo..., diez veces peor que antes.

Esta vez, Mowgli se asustó.

-¡Aquí también! Me ha seguido -dijo a media voz, y miró por encima del hombro, no fuera a ser que tuviera aquello detrás-. No hay nadie.

Se siguieron oyendo los ruidos nocturnos del pantano, pero no hubo pájaro ni fiera que le dirigiese una palabra y aquella nueva sensación tan triste fue aumentando.

-Está claro que he comido veneno -dijo con voz de espanto-. Debe ser que he comido veneno sin darme cuenta y me estoy quedando sin fuerzas. He tenido miedo y, sin embargo, no era yo el que lo sentía... Mowgli ha tenido miedo al ver a dos lobos peleándose. Akela, o incluso Fao, los hubieran dominado; no obstante, Mowgli ha tenido miedo. Es un síntoma evidente de que he tomado veneno... Pero, a los de la Selva, ¿qué les importa? Cantan, aúllan, luchan y corren en tropel bajo la luna, mientras yo..., ¡haimai...l, yo me estoy muriendo aquí, en los pantanos, por ese veneno que he comido.

Le dio tanta lástima de sí mismo que estuvo a punto de echarse a llorar.

-Y luego -continuó- me encontrarán muerto en el agua negra. No, volveré a mi

Selva y moriré encima de la Roca del Consejo, y Bagheera, a quien quiero..., y si es que no está dando berridos en el valle..., Bagheera, tal vez, vigilará durante un rato lo que quede de mí para que Chil no haga conmigo lo que hizo con Akela.

Una lágrima grande y caliente le cayó encima de la rodilla y, a pesar de lo desgraciado que se sentía, disfrutaba al sentirse tan desgraciado, aunque no sé si lograréis entender esta clase tan confusa de felicidad.

-Lo que hizo Chil, el milano, con Akela -repitió- la noche en que yo salvé a la manada del perro Jaro.

Se quedó en silencio un rato, pensando en las últimas palabras del Lobo Solitario, de las que os acordaréis por supuesto.

-La verdad es que Akela me dijo muchas tonterías antes de morir, porque nos cambia el estómago en el momento de la muerte. Dijo que..., pero no importa, ¡yo pertenezco a la Selva!

Al irse acalorando con los recuerdos de la lucha a orillas del Waingunga dijo las últimas palabras en voz alta, y una hembra de búfalo salvaje que estaba entre los juncos se levantó del suelo, poniéndose de rodillas rápidamente, y resopló:

-¡Un hombre!

-¡Uh! -dijo Mysa, el búfalo salvaje (Mowgli lo oyó moverse en el lodazal)- eso no es un hombre. No es más que el lobo sin pelo de la Manada de Seeonee. En las noches de esta época se dedica a correr por todas partes.

-¡Uh! -dijo la hembra, bajando la cabeza para seguir pastando- creí que era un hombre.

-Os digo que no. ¡Mowgli! ¿Hay algún peligro? -mugió Mysa.

-¡Mowgli! ¿Hay algún peligro? -repitió el chico burlándose-. Es lo único que pasa por la cabeza de Mysa: «¿Hay algún peligro?» Pero Mowgli, que se recorre la Selva de noche vigilando, ¿qué os importa?

-¡Cómo grita! -dijo la hembra.

-Así gritan -dijo Mysa con aire despectivo- los que no saben cómo comer la hierba después de haberla arrancado.

«Por mucho menos que esto -se dijo Mowgli a sí mismo, soltando un gruñido-, por mucho menos que esto y hace muy poco tiempo, incluso en estas últimas lluvias, hubiera pinchado a Mysa hasta sacarlo del lodazal y, montado encima, lo hubiera paseado por todo el pantano con un ronzal de enea puesto.»

Alargó la mano para romper uno de los juncos que parecía un plumero, pero se detuvo dando un suspiro. Mysa continuó rumiando sin parar y la larga hierba empezó a clarear donde estaba paciendo el búfalo.

-No pienso morirme aquí -dijo Mowgli enfurecido-. Mysa, que es pariente carnal de Jacala y del jabalí, me vería. Vayamos al otro lado del pantano a ver qué ocurre. Nunca había hecho una escapada primaveral como ésta... Tengo frío y calor a la vez. ¡Vamos, Mowgli!

No pudo resistir la tentación de avanzar con sigilo entre los juncos hasta donde estaba Mysa y pincharle con la punta del cuchillo. El gigantesco búfalo empapado saltó fuera del charco como una bomba al estallar, mientras Mowgli se reía hasta caer sentado.

-Confesad que el lobo sin pelo de la Manada de Seeonee os ha llevado en su rebaño, Mysa -gritó.

-¿Lobo, vos? -resopló el búfalo, dando patadas al barro-. La Selva entera sabe que

habéis sido cuidador de ganado domesticado..., como los mocosos esos que' dan gritos en el polvo junto a las cosechas que hay ahí. ¿Vos, uno de la Selva? ¿Qué cazador se hubiera arrastrado como una serpiente entre sanguijuelas para gastar una broma sucia..., una broma de chacal..., y avergonzarme delante de mi hembra? Venid aquí, a tierra firme, que os voy a..., os voy a...

Soltó espuma por la boca, ya que Mysa es tal vez el que peor genio tiene de toda la Selva.

Mowgli se quedó mirándolo mientras bufaba y resoplaba, con aquellos ojos que nunca cambiaban de expresión. Cuando logró hacerse oír por encima de los chapoteos en el barro, dijo:

-¿Qué Manada de hombres tiene su guarida junto a los pantanos, Mysa? No conozco esta parte de la Selva.

-Id hacia el norte, entonces -rugió el búfalo indignado, ya que Mowgli le había dado un buen pinchazo-. Ha sido una broma digna de un pastor de vacas desnudo. Id a contárselo a los de la aldea que hay al pie del pantano.

-A los hombres no les apasionan las historias de la Selva y no me parece, Mysa, que tener una cicatriz más o menos en la piel sea motivo para reunir un consejo. Pero iré a echar un vistazo a esa aldea. Sí, iré. Calma, calma. Que venga el Amo de la Selva a cuidaros mientras pacéis no ocurre todas las noches.

Saltó sobre la tierra poco firme que había al borde del pantano, sabiendo perfectamente que Mysa jamás le embestiría estando sobre ella y soltó una carcajada, ya corriendo, al acordarse de la furia del búfalo.

-Aún no he perdido toda la fuerza -dijo-. Será que el veneno no me ha llegado al hueso. Allí hay una estrella muy baja.

La observó por un agujero muy pequeño que hizo con las manos juntas.

-¡Por el toro que me compró, si es la Flor Roja..., la Flor Roja junto a la que me tumbé una vez..., incluso antes de llegar a la primera Manada de Seeonee! Ahora que la he visto terminaré mi escapada.

El pantano acababa en una llanura ancha donde brillaba una luz. Hacía ya mucho tiempo que Mowgli no intervenía en asuntos de hombres, pero aquella noche el resplandor de la Flor Roja le hizo seguir avanzando.

-Echaré una ojeada -dijo-, como hacía en los viejos tiempos, y veré cuánto ha cambiado la Manada de los hombres.

Olvidando que ya no estaba en su propia Selva, donde podía andar a sus anchas, corrió despreocupadamente sobre la hierba cargada de rocío hasta llegar a la choza de la que salía luz. Tres o cuatro perros avisaron de su llegada ladrando, pues estaba a las afueras de una aldea.

-¡So! -dijo Mowgli, sentándose silenciosamente-. Lo que tenga que suceder, sucederá. Mowgli, ¿acaso tenéis aún algo que ver con los cubiles de la Manada de los hombres?

Se pasó la mano por la boca, acordándose del lugar en que le habían dado con una piedra años atrás cuando le echaron de la otra Manada de hombres.

Se abrió la puerta de la choza y apareció una mujer escudriñando la oscuridad. Lloró un niño y la mujer dijo por encima del hombro:

-Dormid. No es más que un chacal que ha despertado a los perros. Falta poco para que amanezca.

Mowgli, oculto en la hierba, empezó a temblar como si tuviese fiebre. Conocía perfectamente aquella voz pero, para asegurarse, gritó suavemente, sorprendido de ver cómo recordaba el lenguaje de los hombres:

-¡Messua! ¡Messua!

-¿Quién llama? -dijo la mujer con un quiebro en la voz.

-¿Me habéis olvidado? -dijo Mowgli.

Notaba la garganta seca al hablar.

-Si sois vos, ¿cuál es el nombre que os di? ¡Decidlo!

Había entornado la puerta y apretaba sus manos contra el pecho.

-¡Nathoo! ¡Nathoo! -dijo Mowgli, pues, como recordaréis, éste fue el nombre que Messua le dio cuando llegó a la Manada de los hombres por primera vez.

-Venid, hijo mío -gritó ella.

Mowgli entró a la luz mirando fijamente a Messua, la mujer que había sido tan buena con él y cuya vida había salvado, protegiéndola de la Manada de los hombres hacía mucho tiempo. Estaba más vieja y tenía el pelo gris, pero los ojos y la voz no le habían cambiado. Como mujer que era, esperaba ver a Mowgli tal como era cuando se separaron, y lo miró desconcertada levantando la vista desde el pecho del chico hasta la cabeza que rozaba el dintel de la puerta.

-Hijo mío -balbució; y luego, echándose a sus pies-: Pero ya no es mi hijo. ¡Se trata de un dios de los bosques! ¡Ahai!

Viéndolo allí de pie, bajo la luz roja de la lámpara de aceite, fuerte, alto y hermoso, el largo pelo negro cayéndole sobre los hombros, el cuchillo colgado del cuello y la cabeza coronada con una guirnalda de jazmines blancos, no hubiera sido extraño tomarle por uno de los dioses salvajes de que hablan las leyendas de la Selva. El niño, medio dormido en un camastro, se levantó de un salto y empezó a chillar aterrorizado. Messua se volvió para tranquilizarlo mientras Mowgli permanecía inmóvil, observando los jarros de agua, los calderos, el cofre para el grano, y todas aquellas pertenencias humanas que le resultaron tan familiares.

-¿Qué queréis comer o beber? -murmuró Messua-. Todo esto es vuestro. Os debemos la vida. Pero, ¿es cierto que sois aquél a quien yo llamaba Nathoo, o sois un dios?

-Soy Nathoo -dijo Mowgli-. Mis territorios están muy lejos de aquí. Vi esta luz y me acerqué. No sabía que vos estuvierais aquí.

-Al llegar a Khanhiwara -dijo Messua tímidamente-, los ingleses quisieron ayudarnos a hacer algo contra aquellos aldeanos que intentaron quemarnos. ¿Lo recordáis?

-En efecto, no lo he olvidado.

-Pero cuando la ley inglesa lo tuvo todo a punto, fuimos a la aldea de aquellas gentes malvadas y nos encontramos con que ya no existía.

-Aquello también lo recuerdo -dijo Mowgli con un ligero estremecimiento de uno de los orificios de la nariz.

-Mi hombre, después de aquello, se puso a trabajar en los campos al servicio de otro y, por fin (pues era un hombre realmente fuerte), logramos tener un poco de tierra aquí. No es tan buena como la de la otra aldea pero no necesitamos mucho... nosotros dos.

-¿Y él dónde está..., el hombre que escarbaba en la tierra cuando tuvo miedo

aquella noche?

-Murió... hace un año.

-¿Y éste?

Mowgli señaló al niño.

-Mi hijo, que nació hace dos lluvias. Si sois un dios, concededle el favor de la Selva para que esté a salvo entre vuestras..., vuestras gentes, igual que hicisteis con nosotros aquella noche.

Cogió en brazos al niño que, olvidando su pánico, sacó una mano para jugar con el cuchillo que colgaba sobre el pecho de Mowgli, el cual apartó los dedos diminutos con mucho cuidado.

-Y si sois Nathoo, el que el tigre se llevó -continuó Messua, ahogando un sollozo-, entonces él es vuestro hermano pequeño. Dadle vuestra bendición de hermano mayor.

-¡Hai-mai! ¿Qué sé yo de eso que llamáis bendición? No soy ni un dios, ni su hermano, y..., madre, madre, me pesa el corazón.

Al dejar al niño en su sitio sintió un escalofrío.

-Cómo no -dijo Messua, afanándose con los calderos de la cocina-. Eso os pasa por andar en los pantanos de noche. No hay duda de que la fiebre os ha calado hasta el tuétano.

Mowgli sonrió ante la idea de que algo pudiera hacerle daño en la Selva.

-Voy a encender un fuego y beberéis leche caliente. Guardad la guirnalda de jazmines; el olor es demasiado fuerte para un sitio tan pequeño.

Mowgli se sentó murmurando y tapándose la cara con las manos. Notaba toda clase de sensaciones extrañas, ajenas a él hasta entonces, exactamente igual que si le hubieran envenenado, y se sentía mareado, enfermo. Bebió la leche caliente a grandes sorbos y Messua le daba palmaditas en la espalda de cuando cuando, sin saber muy bien si era su hijo Nathoo, el de los tiempos de antaño, o una maravillosa criatura de la Selva, pero alegrándose al ver que por lo menos era de carne y hueso.

-Hijo -exclamó finalmente, con los ojos brillando de orgullo-, ¿os han dicho alguna vez que sois el más hermoso de los hombres?

-¿Eh? -dijo Mowgli, pues naturalmente nunca había oído nada semejante.

Messua soltó una carcajada tierna y alegre. Le bastaba con ver la expresión del rostro de Mowgli.

-¿Soy la primera, pues? Así es como debe ser, aunque ocurre pocas veces que una madre diga estas cosas agradables a su hijo. Sois muy hermoso. Nunca he visto un hombre como vos.

Mowgli volvió la cabeza, intentando verse por encima de uno de sus hombros endurecidos, y Messua volvió a reírse durante tanto rato que Mowgli, sin saber por qué, empezó a reírse con ella, mientras el niño corría de uno a otro riendo también.

-No, no debéis reíros de vuestro hermano -dijo Messua cogiéndolo en brazos y acercándoselo al pecho-. Cuando seáis la mitad de hermoso que él os casaremos con la más joven de las hijas de un rey y, entonces, iréis montado en elefantes muy grandes.

Mowgli no había entendido una palabra de cada tres; la leche caliente estaba empezando a hacerle efecto tras su larga carrera, con lo cual se hizo un ovillo, y al minuto siguiente ya estaba profundamente dormido; Messua le apartó el pelo de los ojos, le echó una tela por encima y se sintió muy feliz. Siguiendo la costumbre de la Selva, Mowgli acabó durmiendo al aire libre durante el resto de la noche y todo el día siguiente;

pues su instinto, que nunca dormía del todo, le decía que no había nada que temer. Terminó por despertarse con un salto que hizo temblar toda la choza, porque la tela que tenía sobre la cara le había hecho soñar con trampas; y allí estaba, de pie, con la mano en el cuchillo, los ojos inquietos cargados de sueño, listo para luchar en cualquier momento.

Messua soltó una carcajada y puso la cena frente a él. No había más que unas pocas tortas rústicas cocinadas sobre el fuego humeante, un poco de arroz y unos tamarindos en conserva bastante ácidos; justo lo suficiente para aguantar hasta la caza de la noche. El olor del rocío en los pantanos le había abierto el apetito, además de hacerle sentir cierta ansiedad. Quería poner fin a su escapada primaveral, pero el niño se empeñaba en que lo cogiera en brazos y a Messua se le había antojado peinarle aquella larga melena de color negro azulado. Mientras lo peinaba cantaba unas absurdas canciones para niños, y tan pronto llamaba a Mowgli su hijo como le regaba que diera al niño algo de su poder sobre la Selva. La puerta de la choza estaba cerrada, pero Mowgli oyó un ruido que conocía perfectamente y vio a Messua abrir la boca horrorizada en el momento en que una gran pata gris pasaba por debajo de la puerta y Hermano Gris, desde fuera, soltaba un aullido ronco y lastimero, mezcla de ansiedad y temor.

-¡Esperad fuera! No quisisteis venir cuando os llamé -dijo Mowgli en el lenguaje de la Selva sin volver la cabeza.

La enorme pata gris desapareció.

-No..., no traigáis a vuestros..., vuestros sirvientes con vos -dijo Messua-. Yo..., nosotros siempre hemos vivido en paz con la Selva.

-Viene en paz -dijo Mowgli levantándose-. Acordaos de aquella noche en el camino a Khanhiwara. Delante y detrás de vos había docenas como éste. Pero al menos veo que el Pueblo de la Selva no olvida, ni siquiera en primavera. Madre, me voy.

Messua se apartó humildemente, pensando que no había duda de que era un dios de los bosques; pero al poner Mowgli la mano en la puerta sus sentimientos de madre le hicieron echar los brazos al cuello del chico una y otra vez.

-¡Volved! -susurró-. Seáis mi hijo o no, volved, pues os quiero... Mirad, él también está triste.

El niño se había puesto a llorar al ver que se iba el hombre del cuchillo brillante.

-Volved alguna vez -repitió Messua-. Sea de día o de noche esta puerta nunca estará cerrada para vos.

A Mowgli le dio la sensación de que le estaban tirando de todas las cuerdas de la garganta, y la voz le salió como arrancada con dificultad al contestar:

-Por supuesto que volveré. Y ahora -dijo al apartar la cabeza del lobo que le hacía carantoñas en el umbral-, tengo una queja que daros, Hermano Gris. ¿Por qué no acudisteis los Cuatro cuando os llamé hace tanto tiempo?

-¿Tanto tiempo? Si fue ayer por la noche. Estaba... estábamos en la Selva cantando las canciones nuevas, pues ésta es la Temporada del Lenguaje Nuevo. ¿Lo sabíais?

-Es verdad, es verdad.

-Y en cuanto terminamos de cantar todas las canciones -siguió Hermano Gris, hablando con convicción- fui tras vuestro rastro. Me separé de los demás y os seguí con pie ligero. Pero, hermanito, ¿qué hacéis aquí comiendo y durmiendo con la Manada de los hombres?

-Si hubierais venido cuando os llamé, esto no hubiera ocurrido -dijo Mowgli,

corriendo mucho más deprisa.

-¿Y ahora qué va a suceder? -dijo Hermano Gris.

Mowgli iba a contestar cuando una chica envuelta en una tela blanca pasó por uno de los senderos que llegaban desde las afueras de la aldea. Hermano Gris desapareció inmediatamente y Mowgli retrocedió hacia un campo de altos sembrados sin hacer el menor ruido. Casi hubiera podido tocarla con la mano mientras los tallos verdes y tibios se juntaban tapándole el rostro ayudándole a esfumarse como un fantasma. La chica dio un grito, porque creía haber visto un espíritu, y juego suspiró. Mowgli separó los tallos con las manos y se quedó mirándola hasta que estuvo fuera del alcance de su vista.

-No sé qué sucederá ahora -dijo, suspirando a su vez-. Pero, ¿por qué no vinisteis cuando os llamé?

-Nosotros os seguimos..., os seguimos -murmuró Hermano Gris lamiéndole un talón-. Os seguimos siempre, menos en la Temporada del Lenguaje Nuevo.

-¿Y me seguiríais hasta la Manada de los hombres? -susurró Mowgli.

-¿No os seguí la noche en que nuestra primera manada os expulsó? ¿Quién os despertó cuando dormíais en los sembrados?

-Sí, pero, ¿una vez más?

-¿No os he seguido esta noche?

-Sí, pero, ¿una vez más, y otra, y puede que otra, Hermano Gris?

Hermano Gris guardó silencio. Luego, gruñendo entre dientes, dijo:

-El Negro tenía razón.

-¿Y qué dijo?

-Que el hombre siempre vuelve al hombre. Raksha, nuestra madre, dijo...

-También lo dijo Akela la noche del perro Jaro -murmuró Mowgli.

-También lo dice Kaa, la más sabia de todos nosotros.

-¿Y vos qué decís, Hermano Gris?

-Ya os han expulsado una vez diciéndoos palabras feas. Os han partido la boca con piedras. Enviaron a Buldeo para que os matara. Querían arrojaros a la Flor Roja. Vos, y no yo, sois quien ha dicho que son malvados y necios. Vos, y no yo (que sigo a los míos), hicisteis que entrara la Selva en su aldea. Vos, y no yo, habéis inventado una canción contra ellos más amarga que la nuestra contra el perro Jaro.

-Os he preguntado qué decís vos.

Iban hablando mientras corrían. Hermano Gris siguió trotando sin contestar y luego dijo entre salto y salto:

-Cachorro de hombre... Amo de la Selva... Hijo de Raksha... Hermano de cubil..., aunque me olvide de alguna cosa que otra en primavera, vuestro rastro es mi rastro, vuestra guarida es mi guarida, vuestra caza es mi caza, y vuestra lucha a muerte es mi lucha a muerte. Hablo en nombre de los Cuatro. Pero, ¿qué vais a decir a la Selva?

-Bien pensado. Al avistar la presa conviene matarla sin esperar. Id por delante y dad el aviso para que se reúna el Consejo, que yo les diré lo que siento en el estómago. Pero puede que no acudan... Al estar en la Temporada del Lenguaje Nuevo, tal vez se hayan olvidado de mí.

-¿Y vos no habéis olvidado algo también? -ladró Hermano Gris por encima del hombro mientras se agazapaba para correr al galope, y Mowgli lo siguió muy pensativo.

En otra época cualquiera, la noticia hubiera hecho acudir a todos los habitantes de la Selva con el pescuezo erizado, pero ahora estaban ocupados cazando, luchando, matando y cantando. Hermano Gris corrió de uno a otro, exclamando:

-¡El Amo de la Selva vuelve con el Hombre! Venid al Consejo de la Roca.

Y el pueblo, contento y acalorado, se limitó a contestar:

-Ya volverá con los calores del verano. Las lluvias le harán volver al cubil. Venid a correr y cantar con nosotros, Hermano Gris.

-Pero es que el Amo de la Selva vuelve con el Hombre -repetía Hermano Gris.

-¿Eee... Yoawa? ¿Es que la Temporada del Lenguaje Nuevo va a ser menos dulce por eso? -le respondían.

Por tanto, cuando Mowgli, entristecido, trepó por aquellas rocas tan familiares hasta el lugar donde fue presentado al Consejo un día, no halló más que a los Cuatro, a Baloo, que se había quedado casi ciego de viejo que era, y a la enorme Kaa, con su sangre fría habitual, enroscada en torno al puesto vacío de Akela.

-,Termina aquí, pues, vuestro rastro, hombrecillo? -dijo Kaa mientras Mowgli se arrojaba al suelo con el rostro entre las manos-. Lanzad vuestro grito. Vos y yo somos de la misma sangre..., hombre y serpiente unidos.

-¿Por qué no habré muerto bajo el perro Jaro? -gimió el chico-. Mi fuerza me ha abandonado y no es por ningún veneno. Oigo pasos tras mi rastro noche y día. Cuando vuelvo la cabeza es como si alguien se hubiera escondido de mí en ese mismo instante. Voy a ver si está detrás de los árboles y no lo encuentro. Llamo y nadie me contesta, pero es como si alguien me escuchara y se guardara la respuesta. Me tumbo en el suelo pero no descanso. Hago una escapada primaveral pero no me tranquilizo. Me baño pero no me siento refrescado. La muerte me enferma pero no me atrevo a luchar más que para conseguir comida. La Flor Roja me recorre el cuerpo, mis huesos parecen hechos de agua... y... ni siquiera sé lo que sé.

-Sobran las palabras -dijo Baloo lentamente, volviendo la cabeza hacia donde estaba echado Mowgli-. Ya lo dijo Akela junto al río, que Mowgli acabaría obligando a Mowgli a volver a la Manada de los Hombres. También lo he dicho yo. Pero, ¿quién hace caso a Baloo hoy día? Bagheera..., ¿dónde está Bagheera esta noche?... También lo sabe. Es la Ley.

-Yo ya lo sabía cuando nos conocimos en las Guaridas Frías, hombrecillo -dijo Kaa moviendo sus poderosos anillos para cambiar de postura-. El Hombre acaba volviendo con el Hombre, aunque la Selva siga aceptándolo.

Los Cuatro se miraron entre sí, desconcertados pero serviciales.

-Entonces, ¿la Selva no me expulsa? -balbució Mowgli.

Hermano Gris y los tres gruñeron enfurecidos diciendo:

-Mientras sigamos vivos nadie se atreverá...

Pero Baloo los interrumpió.

-Yo os enseñé la Ley. Me corresponde hablar -dijo-; y aunque ya no veo las rocas que tengo delante, veo muy lejos. Ranita, seguid vuestro propio rastro; haced vuestra guarida con los de vuestra misma sangre, con vuestra manada, con vuestro pueblo; pero cuando haya necesidad de garras, dientes u ojos, o alguna noticia que haya que llevar velozmente de noche, recordad, Amo de la Selva, que no tenéis más que dar la voz.

-La Selva Media también es vuestra erijo Kaa-. Y el pueblo al que represento no es pequeño precisamente.

-Hai-mai, hermanos míos -exclamó Mowgli, echando los brazos al aire y sollozando-. ¡Ni siquiera sé lo que sé! Yo no me iría, pero mis pies se mueven solos. ¿Seré capaz de renunciar a estas noches nuestras?

-Vamos, levantad los ojos, hermanito -contestó Baloo-. Esta caza no tiene nada de vergonzoso. Cuando nos hemos comido toda la miel abandonamos el panal vacío.

-Una vez que hemos mudado la piel -dijo Kaa-, no podemos ponérnosla de nuevo. Es la Ley.

-Escuchad, predilecto mío -dijo Baloo-. Nosotros no tenemos palabras ni voluntad para reteneros aquí. ¡Levantad los ojos! ¿Quién sería capaz de oponerse al Amo de la Selva? Yo os he visto jugar con esas piedrecillas blancas cuando erais una ranita diminuta; y Bagheera, que os compró por el precio de un toro joven recién matado, también os vio. De aquella Vista sólo quedamos nosotros dos como testigos, puesto que Raksha, vuestra madre de cubil, yace muerta junto a vuestro padre de cubil; todos los de aquella Manada de Lobos han muerto hace tiempo; vos sabéis mejor que nadie dónde fue a parar Shere Khan; y Akela murió entre los dhole, donde, de no haber sido por vuestra sabiduría y fuerza, también hubiera muerto la segunda Manada de Seeonee. Lo único que queda son unos cuantos huesos viejos. Ya no se trata del cachorro de hombre pidiendo permiso a su manada, sino del Amo de la Selva cambiando de rastro. ¿Quién se atreve a poner en tela de juicio las costumbres del hombre?

-Pero en cuanto a Bagheera y el toro que me compró -dijo Mowgli-. No me gustaría...

Sus palabras quedaron ahogadas por un rugido y un ruido de algo que se movía entre la maleza que tenían debajo; en ese momento, Bagheera, ágil, fuerte, e igual de imponente que siempre, apareció frente a él.

-Esta es la razón erijo, mostrando una pata ensangrentada- de que no haya venido. La cacería ha sido larga pero ahora yace muerto entre los arbustos..., un toro en su segundo año..., el toro que os devuelve la libertad, hermanito. Todas las deudas quedan ya pagadas. Por lo demás, mi palabra es la palabra de Baloo.

Lamió un pie a Mowgli.

-Acordaos de que Bagheera os ha querido siempre -exclamó desapareciendo de un salto. Al pie de la colina volvió a dar un grito fuerte y prolongado-: ¡Que tengáis buena caza en vuestro nuevo rastro, Amo de la Selva! Acordaos de que Bagheera os ha querido siempre.

-Ya lo habéis oído -dijo Baloo-. Ya está todo dicho. Marchaos ahora; pero antes venid aquí. Acercaos, Ranita Sabia.

-Mudar de piel siempre es duro -dijo Kaa mientras Mowgli lloraba y lloraba con la cabeza apoyada en uno de los flancos del oso ciego y abrazado a su cuello, mientras Baloo, ya casi sin fuerzas, intentaba lamerle los pies.

-Ya escasean las estrellas -dijo Hermano Gris olfateando el viento de la madrugada-. ¿Dónde dormimos hoy? Pues, de ahora en adelante, seguiremos rastros nuevos.

Y ésta es la última de las historias de Mowgli.

10

Canción de despedida

[Esta es la Canción que Mowgli oyó tras sus pasos mientras caminaba por la Selva hasta llegar a la puerta de Messua.]

BALOO

Fui yo, Baloo, ahora viejo, aquel que enseñó un día
la Senda de la Selva a una Ranita sabia.
¡En recuerdo de Baloo, ahora viejo y ciego,
cumplid entre los Hombres la Ley de su Manada!
Seguid la nueva Ley como si fuera el Rastro,
sea reciente o antigua, esté limpia o manchada;
seguidla día y noche, seguidla a todas horas,
en recuerdo de Baloo, que os ama más que a nada.

Y si vuestra Manada sufrir os hace a veces,
decid: «Ya está Tabaqui aquí y de nuevo canta.
Y si vuestra Manada trabajando os agota, decid:
«A Shere Khan matar aún hace falta.»
Cuando el cuchillo a punto para matar esté,
cumplid siempre la Ley y seguid vuestra marcha.
¡Proteged al cachorro del dolor y el peligro,
la miel y la raíz, la palmera y la rama!
¡Mirad, la Selva entera está a vuestro favor,
los árboles y el viento, los bosques y las aguas!

Librodot

KAA

La ira es la semilla, es el germen del Miedo.
Sólo el ojo sin párpado de tal libre se halla.
dejéis que os afecte de la Cobra el veneno,
mas por lo que al discurso de la Cobra os ataña,
conviene que con ella habléis abiertamente
pues la fuerza es hermana de la buena crianza.
No sobrevaloréis vuestras capacidades,
ni prestéis vuestra fuerza a una podrida rama.
Y para que vuestro ojo no se os atragante,
calculad bien los gamos que coméis y las cabras.
Si, después de comer, a dormir queréis iros,
cuidad que vuestra cueva sea honda y retirada.
Por el este y oeste, por el norte y el sur,
lavaos la piel y luego tened boca cerrada.
(¡Por hoyos y grietas, por estanques azules,
Selva Media, seguid a la Ranita sabia!)
¡Mirad, la Selva entera está a vuestro favor,
los árboles y el viento, los bosques y las aguas!

BAGHEERA

Yo conozco muy bien el valor de los hombres
pues sabéis que mi vida empezó en una jaula.
¡Y por la Cerradura Rota que me libró,
Cachorro de Hombre, no os fiéis d. vuestra raza!
Cuidad de no elegir un rastro enmarañado,
sea rocío oloroso o luz de estrellas pálidas.

No hagáis tampoco pactos con los Hombres-Chacal,
en Manada o Consejo, para guarida o caza.
Responded con silencio cuando escuchéis que os dicen:
«Veníos con nosotros, no hay riesgo ni amenaza.»
Responded con silencio cuando a buscar se acerquen,
para herir a los débiles, vuestro valor y maña.
No os jactéis de tener del bandar la destreza.
Llegad ante la presa y mantened la calma.
No dejéis que os aparten del rastro que seguís
canciones ni señales ni llamadas extrañas.
(¡Neblina matinal o crepúsculo claro,
Guardianes de los Ciervos, servid a nuestra Rana!)
¡Mirad, la Selva entera está a vuestro favor,
los árboles y el viento, los bosques y las aguas!

LOS TRES

Sobre la misma senda que seguiréis ahora,
sólo hasta los umbrales que a todos nos aterran,
donde crece la Flor que da capullos rojos;
y durante las noches que bajo las estrellas
pasaréis apartado de nuestro cielo-madre,
a nosotros, amigos vuestros, oiréis de cerca.
Y, cuando os despertéis en cada madrugada,
triste con el recuerdo y nostalgia de la Selva,
para hacer las labores del día interminables,
¡sabed que a vuestro lado está la Selva entera,
los árboles y el viento, los bosques y las aguas,
más la Sabiduría, el Respeto y la Fuerza!